

Universidad Nacional de Misiones. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Secretaría de Investigación y Postgrado. Maestría en Antropología Social

Maestranda
Lic. Carla Traglia

Trabajo, cambio social y nuevas formas de habitar en una colonia agrícola fronteriza de Misiones

Tesis de Maestría presentada para obtener el título de “Magíster en Antropología Social”

“Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899”.

Directora
Dra. Brígida Renoldi
Co-Director
Dr. Alejandro Daniel Oviedo

Posadas, Misiones 2019



Esta obra está licenciado bajo Licencia Creative Commons (CC) Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



Secretaría de Investigación y Postgrado
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Misiones



PPAS
Programa de Posgrado
en Antropología Social

Tesis de Maestría en Antropología Social

Trabajo, cambio social y nuevas formas de habitar en una colonia agrícola fronteriza de Misiones



Ph.: Carla Traglia

TESISTA: Lic. Carla Traglia

DIRECTORA: DRA. BRÍGIDA RENOLDI

CO-DIRECTOR: Dr. Alejandro Daniel Oviedo.

Mayo, 2019

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	6
INTRODUCCIÓN	
El camino hacia la Colonia	8
Algunas consideraciones previas	11
Del trabajo de campo a las preguntas de investigación	14
Objetivos y metodología de trabajo	17
Organización de la tesis	19
CAPÍTULO I: Eventos ¿inesperados?	
Una mañana atípica en la Colonia	23
El operativo	29
Días después	31
La trastienda	40
Etnografía: Imponderables, conflicto y cambio social.	42
CAPÍTULO II: Los <i>cambios</i> y las nuevas formas espaciales	
De un imponderable al abordaje del cambio social	51
Sobre el uso de la perspectiva etnográfica	55
La villa: un emergente de cambio y conflicto social	57
La villa se parece a...	59
Desplazamientos y migración de la población rural en contexto	63
Cambios en el trabajo rural de yerba mate	66

La ocupación agraria en números	67
Los que se quedan: trabajadores con residencia rural	73
CAPÍTULO III: De las formas de habitar y subsistir	
Vivir en la <i>villa</i>	76
Vivir en <i>chacra ajena</i>	93
El trabajo, el rebusque y las políticas	104
CAPÍTULO IV: Antiguos y nuevos pobladores	
Entre (des)conocidos	117
La génesis de Colonia Letizia: una historia más de inmigración y colonización	123
La Compañía agrícola de plantaciones Suizo-Argentina y la afluencia de inmigrantes europeos	128
“Huí a tiempo en la cobardía”: paraguayos en los bordes del Paraná	134
Los primeros establecimientos: del auge a la crisis	138
El último gran éxodo: los `90	149
Vivir en la <i>chacra</i> : de peones a productores.	153
<i>Nosotros y ellos</i> : antiguos establecidos, nuevos marginados.	159
CONSIDERACIONES FINALES	166
GLOSARIO	178
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	179

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS, IMÁGENES Y CUADROS

FOTOGRAFÍAS

Fotografía 1. Portada: <i>Los caminos de la Zafra I</i> . Ph.: Carla Traglia	
Fotografía 2. <i>La espera....</i> Ph.: Carla Traglia	30
Fotografía 3. <i>Escenas de un operativo.</i>	33
Fotografía 4. <i>Campamento de tareferos.</i>	35
Fotografía 5. <i>Tarefeando para no aflojar.</i>	38
Fotografía 6. <i>Asentamiento de tareferos.</i>	61
Fotografía 7. <i>Tarefeando para no aflojar II</i>	68
Fotografía 8. <i>Tarefeando para no aflojar III</i>	71
Fotografía 9. “La pequeña capilla de la Colonia”	81
Fotografía 10. Primer escuela realizada de con madera. Año 1951.	81
Fotografía 11. <i>Vivir en la villa</i>	85
Fotografía 12. <i>Los tareferos que regresan</i>	89
Fotografía 13. <i>El patio trasero</i>	92
Fotografía 14. <i>Los caminos de la zafra II</i>	96
Fotografía 15. <i>Los caminos de la zafra III</i>	102
Fotografía 16. <i>Los efectos del veneno en el suelo</i>	109
Fotografía 17. Una familia de inmigrantes europeos	120
Fotografía 18. Un mujer inglesa con sus hijas y otros niños suizos...	121
Fotografía 19. Una familia mestiza...	123
Fotografía 20. “El puerto en un día de animación extraordinaria”	130
Fotografía 21. “Camino principal a través de la plantación de yerba de la Compañía Suizo-Argentina”	134
Fotografía 22. Matrimonio entre un inmigrante alemán y una inmigrante paraguaya	137

Fotografía 23. “Asentamiento de familias alrededor del Puerto”.	138
Fotografía 24. “En un <i>rozado</i> el tractor se lleva el palo’...	141
Fotografía 25. “La mansión suiza”	144
Fotografía 26. Trabajadores realizando el rejunte de hoja verde...	146
Fotografía 27: Un productor familiar de yerba mate entrega su yerba mate a un secadero privado de la Colonia.	150

IMÁGENES

Imagen 1. Mapa de viviendas de Colonia Letizia	78
Imagen 2. Plano de mensura de la propiedad de la Compañía Suizo - Argentina, año 1925.	131
Imagen 3. Plano de mensura ampliado, Compañía Suiza Argentina de Plantaciones, 1925	133

CUADROS

Cuadro 1. Población urbana y rural en la Provincia de Misiones, según variación censal 1991-2010	65
Cuadro 2. Proporción de población urbana y rural en la Provincia de Misiones, según variación censal 1991-2010.	65
Cuadro 3. Población de 14 años y más ocupada y ocupados en el sector agropecuario, total país, año 2001 y 2010.	69
Cuadro 4. Población ocupada y ocupados en el sector agropecuario de la provincia de Misiones, año 2001 y 2010.	70
Cuadro 5. Población de 14 años y más ocupada en el sector agropecuario según categoría ocupacional por año, Provincia de Misiones.	71
Cuadro 6. Explotaciones agropecuarias (EAP) por tipo de delimitación, según Total del país y Provincia de Misiones.	72

AGRADECIMIENTOS

Aprendí que las ideas, a las que sometemos a juicios, debates, reflexiones y métodos, tienen su propia temporalidad y que necesitan una dosis de amor para poder fluir y así poder ser, finalmente, plasmadas en el papel. Aprendí que la investigación es un estilo de vida, y que como tal, es más divertido y enriquecedor si se transita con personas que nos acompañan con generosidad, sinceridad, complicidad y respeto. Para mí esas personas son Brígida Renoldi y Alejandro Daniel Oviedo, a quienes estoy profundamente agradecida por su dirección en estos años de trabajo y por acompañarme en este camino de crecimiento profesional y personal.

Sin dudas este trabajo tampoco hubiera sido posible sin la generosidad de las personas que habitan en la Colonia y que me abrieron las puertas de sus casas para compartir conmigo de forma desinteresada una parte de sus vidas. A ellos también muchas gracias.

Quisiera agradecer especialmente al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas por brindarme la Beca Doctoral desde 2014 a 2019 con cuyo financiamiento pude realizar esta investigación y mi formación de posgrado. También al Dr. Roberto Carlos Abinzano, por confiar plenamente en mí y acompañarme con su dirección en el trayecto de beca doctoral.

A la Universidad Nacional de Misiones, pública y gratuita, en la que realicé los niveles de grado y posgrado en Antropología Social. A las y los profesores quienes generosamente compartieron sus conocimientos a lo largo de estos años, y a mis compañeros de estudio. En el contexto actual, no podría dejar de expresar mi más sincero agradecimiento y acompañamiento absoluto a todas las y los trabajadores que formamos parte de dichas instituciones, con la convicción de que el camino adecuado para el desarrollo del país no puede escindirse del desarrollo científico y tecnológico.

A Claudio Varela y Carolina Gutiérrez, por su amistad y apoyo incondicional en este trabajo y por compartir la calidez de su hogar conmigo.

A mis compañeros y compañeras del equipo de trabajo de la Zona de Etnografía Marginal (ZEM) Laura Anger, Romina Bravo, Celso Centurión, Romina Hillebrand, Hernán Piava, Ezequiel Ledesma, Mario Barrio Cáceres, Juana De Haro, Lucas Gutierrez y Martín Figueredo, con quienes revitalizamos la pasión por la antropología en cada encuentro. Debo también mis agradecimientos por sus lecturas rigurosas y sugerencias durante el desarrollo de esta tesis.

Al Dr. Javier Gortari y a los integrantes de los equipos de investigación de los proyectos “Trabajando en la cosecha: relaciones laborales en el agro de la provincia de Misiones” (16H499/

2018), “Estrategias Asociativas - Políticas Públicas y Desarrollo Rural en la Provincia de Misiones” (16H447/ 2016-2019) y “Encadenamientos económicos agroindustriales y trabajo rural en la provincia de Misiones” (16H444/ 2016-2017) acreditados en la Secretaría de Investigación y Posgrado de esta Facultad; con quienes he tenido la oportunidad de compartir instancias de trabajo y un nutritivo diálogo interdisciplinario durante estos años.

Al Mgter. Guillermo Castiglioni, por compartir sus conocimientos e impulsarme siempre a terminar este trabajo, dándome ánimo y tiempo para debatir en el espacio de trabajo docente que compartimos en la cátedra Antropología Rural, Departamento de Antropología Social (FHyCS, UNaM)

Al Dr. Leopoldo Bartolomé, con quien tuve el privilegio de compartir los últimos años en la secretaría de este posgrado y por quien, sin lugar a dudas, nunca hubiera llegado a Misiones. Con la certeza que, desde algún lugar, acompañó y guió con su mirada cómplice, todo este proceso. Gracias Leo...

A Marcos Gabriel Nuñez, por su amor, su aliento y su comprensión al acompañarme a transitar otra etapa más de la vida.

A mis amigas, amigos y familiares, por estar siempre y compartir todos los días este hermoso camino de la vida.

Mi más profundo agradecimiento

INTRODUCCIÓN¹

El camino hacia la Colonia.

Durante el invierno del 2015 asistí a un curso de formación sobre Horticultura Ecológica que dictaba la Multiversidad Popular de Posadas (ONG CEMEP-ADIS², Misiones). El curso se realizaba todos los sábados en la EFA³ Tajy Poty [Lapacho rosado], una escuela secundaria intercultural bilingüe para jóvenes guaraní que se encuentra en el paraje Yacutinga del Departamento de San Ignacio (Misiones) y que linda con una comunidad Mbya-guaraní a la que pertenecen varios de los estudiantes. El grupo de personas que tomábamos el curso estaba formado por algunos docentes de ese instituto y de otras escuelas, vecinos de la ciudad de Gral. Roca, productores hortícolas, y otros jóvenes curiosos por el tipo agricultura no convencional.

Durante esta experiencia conocí a Don Contreras, dueño de una chacra donde producían yerba mate y otros cultivos bajo el sistema de agricultura biodinámica. Él me invitó a conocerla y a pasar unos días colaborando en algunas tareas agrícolas y aprendiendo sobre dicho sistema productivo. Su chacra queda en Colonia Letizia, un pequeño poblado rural donde residen 150 familias, a 25 kilómetros del municipio de Jardín América (localizado sobre la Ruta Nacional 12), Departamento de San Ignacio. Me dispuse a ir allí junto a mi compañero, en una moto de 250cc. Al abandonar el camino asfaltado y tomar el de tierra tuve la impresión de que entrar y salir de allí era una verdadera odisea para sus pobladores. Ciertamente el camino estaba bastante estropeado por las lluvias y la falta de mantenimiento vial. Debíamos tener mucho cuidado para no resbalar con las piedras sueltas o algún que otro pozo.

Cuando llegamos a la Colonia noté que había dos calles principales sobre las que se aglutinaban varias familias: una de empedrado, paralela al río Paraná, y una calle de tierra perpendicular al río

¹ **Nota al lector:** Los nombres de las personas que participaron han sido cambiados para evitar su identificación. Así como también los nombres de los municipios y de la colonia involucrada en este estudio son ficticios. No obstante, se mantienen breves referencias a una localidad cercana y la pertenencia departamental dentro de la Provincia. Algunas fotografías corresponden al lugar original del estudio, mientras que otras son ilustrativas para referenciar procesos, en cuyo caso también he decidido, mediante esta decisión, preservar las identidades e identificaciones con el lugar. Adviértase que los términos nativos serán identificados con cursivas, mientras que las categorías teóricas serán destacadas con comillas. Las citas textuales de entrevistas serán indicadas con comillas cuando no excedan las 40 palabras, mientras que las que las más extensas serán en citas separadas, válidas también para las citas bibliográficas.

² Centro Misionero para la Educación Popular - Asociación para un Desarrollo Integral y Sustentable

³ Escuela de la Familia Agrícola.

que establecía otro límite. Paradójicamente esta colonia había sido dividida entre dos municipios, aunque todos allí la siguen llamando “Colonia Letizia”. Hacia el oeste del camino empedrado había un barrio de viviendas IPRODHA⁴, y hacia el este, otro barrio con casas de madera, habitadas por trabajadores rurales sin tierras, según mis propias suposiciones iniciales. Desde el año 2010 venía investigando la realidad de los trabajadores rurales dedicados a la cosecha de yerba mate, por lo que me resultó familiar este tipo de asentamiento. Seguramente aquello que veía era un barrio de *tareferos* [cosecheros de yerba mate].

El camino de tierra, perpendicular al río, también oficiaba de límite entre los dos municipios a los que corresponde la Colonia. Hacia el sur, pertenece al Municipio J. D. Perón, donde además se emplazan las escuelas primaria y secundaria. Hacia el norte, el Municipio de Colonia San Casimiro concentra los barrios antes mencionados, el Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS), la cancha de fútbol, una Iglesia Evangélica y otra Católica y el Salón de Usos Múltiples Municipal (SUM, que se encuentra abandonado). Hacia el final del camino de tierra se encontraba la chacra de Don Contreras, a la que meses más tarde decidí mudarme y comenzar el trabajo de campo.

Llegué a vivir a la Colonia en marzo de 2016, junto a mi compañero. Nos alojamos durante cinco meses en la planta superior de la casa de Don Contreras y Claire, su esposa. Una vez allí confirmé aquello que ya había experimentado en mi primera visita: entrar a la Colonia es algo así como iniciar una aventura, uno entra pero no sabe exactamente cuándo ni cómo saldrá. Son 25 km de piedras, ojos de agua y barro (si ha llovido), subidas y bajadas que cuando se mojan dificultan el paso y se vuelven muy peligrosas. Las fuertes lluvias desalientan cualquier intento de transitar los caminos, que no solo se vuelven un problema para el tránsito de la población, tornándolos además peligrosos, sino que dificultan la entrada de docentes, médicos, y por supuesto, los camiones para buscar la producción agrícola. Este problema es común a la mayoría de las colonias de Misiones.

En las primeras semanas, también comencé a entender que la forma de organizar el trabajo agrícola-productivo con trabajadores locales difería de las formas que venía analizando en trabajos anteriores. A diferencia de la dinámica de traslado de cuadrillas para actividades específicas desde la ciudad al campo, aquí productores y trabajadores compartían un mismo espacio marcado no sólo por un vínculo vecinal, afirmado en el conocimiento mutuo y el tiempo de residencia, sino por la definición polisémica del espacio y su distribución según la pertenencia a diferentes categorías sociales.

⁴ Instituto Provincial de Desarrollo Habitacional de la Provincia de Misiones.

Durante este período de trabajo, que se extendió hasta fines de julio de ese mismo año, me dediqué principalmente a indagar sobre los cambios relativos a la organización del trabajo agrícola. Entre tanto, realizamos junto a Don Contreras, Claire y mi compañero un proyecto de producción hortícola bajo principios agroecológicos y biodinámicos. Esta experiencia de trabajo de la tierra me permitió tomar contacto con muchos trabajadores rurales de la Colonia, a pesar de no ser tan frecuente la necesidad de contratarlos en calidad de ayudantes para dichas tareas. El contacto con los vecinos y el hecho de estar conviviendo y produciendo junto a dos agricultores y un biólogo, también me permitió aprender acerca de los ciclos biológicos de los cultivos y algunos conocimientos prácticos sobre el trabajo de la tierra en ese territorio particular. En consecuencia, logré una mayor comprensión sobre los procesos de trabajo agrícola, que eran con frecuencia el primer tema de conversación con los vecinos más cercanos a la chacra y la demás gente de la Colonia.

La permanencia en el lugar me permitió observar tempranamente que los pobladores reconocían “límites” precisos que ejercían una clasificación del espacio, además de los inmediatamente reconocibles, como la frontera nacional marcada por el límite natural que establece el Río Paraná. Estos “límites” referían frecuentemente a la delimitación del espacio “habitable”. La división entre chacras destinadas a la producción agrícola y la formación reciente del asentamiento — la *villa municipal* — se mostraba como uno de los *cambios* más señalados por los pobladores de la Colonia. A su vez, resultaba curioso que sea sólo *la villa* señalada como depositaria (o cuanto menos, referente directa de) esos tan desdichados *cambios*, debido a que en el otro extremo de la calle principal de empedrado también se emplazaba otro barrio, el de viviendas IPRODHA. Ambos eran diferenciados tanto por la composición social de los miembros del hogar como por las características materiales de las viviendas.

A menudo, quienes habitaban en *la villa* eran calificados negativamente por parte de quienes residían en el espacio destinado a las chacras. Los atributos en torno a estas calificaciones se vinculaban a tres cuestiones centrales: la primera de ellas estaba relacionada a que la mayoría son trabajadores estacionales cuya actividad principal es la *tarefa* [cosecha de yerba mate], a la sazón, la actividad regula el ciclo ocupacional anual. Aunque son contratados informalmente, al ser ésta su principal fuente de ingresos es frecuente que en *tiempos de tarefa* (el período comprendido entre abril y septiembre) no haya tiempo libre para otro tipo de trabajos. Además, al ser una tarea manual, los trabajadores saben que es una fuente de trabajo más o menos segura, por tratarse de un tipo de tarea que se requiere todos los años, y de manera ineludible, de la mano de obra de la zona. La

segunda cuestión hacía referencia a que la mayoría de las familias que allí residen complementan sus ingresos laborales con transferencias no contributivas provenientes de diferentes políticas sociales, entre las cuales se destacan el Salario Madre de 7 Hijos, el Salario Universal por Hijo para la Protección Social, la Pensión por Discapacidad, y las Jubilaciones para Peones Rurales. Por último, el tercer aspecto refería a que el nuevo espacio, conocido por los pobladores de la Colonia como “la *villa*”, era visto por los más antiguos como un espacio mayormente habitado por familias provenientes de Paraguay. Estas familias eran señaladas como inmigrantes recientes que buscaban radicarse en Argentina para obtener los beneficios que otorgaba la Seguridad Social, en un momento histórico particular en que el Estado nacional comenzó a tener mayor visibilidad a través del acceso de la población a determinadas políticas públicas.

Algunas consideraciones previas

Sin duda, el énfasis de mi mirada en los aspectos mencionados estuvo relacionado con algunas experiencias en investigaciones previas. Cursando los últimos años de la carrera de grado en Antropología Social, la facultad ofrecía a los y las estudiantes el trabajo de relevamiento de datos cuantitativos para la evaluación de determinadas políticas públicas. Estos estudios eran encomendados a las Universidades Nacionales desde distintos organismos estatales, entre los cuales se encontraban el Ministerio de Desarrollo Social, el Ministerio de Educación y, también, la Gobernación Provincial. En el año 2010 comencé a trabajar en las tareas de relevamiento del Primer Censo Provincial de Tareferos, actividad que se extendió hasta mediados de 2011. En los meses en que realizamos este trabajo pude observar que las familias censadas vivían en condiciones habitacionales precarias, con un acceso dificultoso a bienes y servicios básicos, y sin goce pleno de sus derechos sociales y laborales. En su mayoría, subsistían con los escasos ingresos obtenidos durante los meses que abarca la actividad de cosecha de la yerba mate y algún ingreso proveniente de la Seguridad Social. Esta primera experiencia me permitió conocer las arbitrariedades de ese mercado de trabajo y las asimetrías del sistema productivo agroindustrial, y me llevó a estudiar la problemática del trabajo rural enfocada en la actividad yerbatera de la provincia de Misiones. Me interesaba analizar el lugar que comenzaron a ocupar los tareferos en el mercado de trabajo, especialmente a partir de los cambios ocasionados por su acceso a ciertas políticas públicas.

No obstante, este fenómeno inicia con el advenimiento del proceso de éxodo rural de las familias de

trabajadores rurales de la provincia de Misiones, principalmente desde la década de 1990. En aquel momento, miles de familias comenzaron a trasladarse y asentarse en las periferias de las ciudades intermedias provinciales, debido al cierre de establecimientos agrícolas y a la caída de la producción yerbatera cuando ésta sufrió los embates de la desregulación económica. Pues, en 1991 se había eliminado la Comisión Reguladora de la Yerba Mate (CRYM), el principal ente regulador de la actividad; implicando una fuerte caída de precios de la materia prima.

Más de una década después de este fenómeno de emigración rural, y en el marco del trabajo de relevamiento censal, observaba que las familias tareferas habían comenzado a tener un mayor acceso a nuevas políticas sociales, entre las que se encontraban principalmente la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social sancionada en 2009 (AUHPS. Decreto 1602/9 Ley 24.714). Las Asignaciones Familiares funcionan como un conjunto de programas destinados al otorgamiento de transferencias económicas a familias en distintas situaciones de empleabilidad de sus miembros adultos, es decir, personas económicamente activas; se encuentran, por ello en relación a la carga de la familia que éstos pueden sostener. La Ley 24.714 que rige el Sistema de Asignaciones Familiares en Argentina es aplicada por el Administración Nacional de Seguridad Social (ANSES) bajo dos sub-sistemas: uno de carácter contributivo que rige para todos los trabajadores en relación de dependencia laboral, y el otro, de carácter no contributivo, para personas económicamente no activas, sin relación de dependencia laboral (es decir, trabajadores informales o monotribustistas sociales), dentro del cual se incluye la AUHPS (Traglia 2014).

En este sentido, noté que la residencia urbana de los trabajadores rurales favorecía el acceso a las nuevas políticas sociales, así como también contribuían a alcanzar un mayor grado de estabilidad a las históricamente inestables economías familiares de estos trabajadores; inclusive permitieron sostener y acompañar, en algunos casos, los procesos de negociación de las condiciones de contratación laboral (Op.cit.). Es decir, asistíamos a un proceso de transformación social que comenzaba a incorporar a los trabajadores informales de la economía a un sistema estatal de seguridad social bajo un nuevo paradigma de protección social.

En América Latina, en los años sucesivos a los gobiernos neoliberales de los años '90 se gestó un proceso de desarrollo de políticas públicas basadas en el reconocimiento de los derechos de ciudadanía que exigió a los Estados Nacionales ampliar los esfuerzos para dar cobertura a vastos sectores de la población que no eran alcanzados por la seguridad social tradicional (MTEYSS, 2014). En este contexto se reconocía que los problemas de la desigualdad de ingresos y la ineficacia de las políticas públicas para enfrentarla tenían como explicación fundamental los

elevados índices de informalidad laboral que afectaban a las economías nacionales y regionales. Como señalan Cecchini y Martínez (2011) los mercados laborales no habían logrado transformarse en una puerta de entrada universal y dinámica a los esquemas de protección social, por lo que es durante este período en el que se vislumbró la necesidad de desarrollar sistemas de protección social no necesariamente vinculados al trabajo, potenciando los mecanismos no contributivos. Las respuestas para enfrentar la desigualdad se hallarían en la tesis de la “universalización de la protección social” mediante la aplicación de políticas sociales afines y, consecuentemente, en la extensión de una política de cargas tributarias que enfrentaría serias dificultades ante las vicisitudes de un mercado de trabajo afectado estructuralmente por su carácter informal.

Sin embargo, a dos años de aplicación de las AUHPS, el paradigma proteccionista se veía amenazado por la persistencia de la informalidad y los bajos aportes a la Seguridad Social, lo cual se sumó a un contexto en el que se buscaban reformar los mecanismos de regulación laboral. En lo relativo a mi referente empírico, el antiguo Régimen Agrario, Ley 22.248 sancionada en 1980 durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983), había suprimido el derecho a huelga, la negociación colectiva, la Ley de Contratos de Trabajo (Ley Nro. 20744) y había suspendido las funciones de la Comisión Nacional de Trabajo Rural. En 2011, se sanciona la Nueva Ley de Trabajo Agrario N 26.727 la cual, no sólo impulsó la restitución de antiguos derechos laborales sino que redefinió las categorías de trabajadores rurales vigentes. Entre ellas cobra relevancia el reconocimiento de aquellos trabajadores no permanentes que realizan una prestación discontinua debido a la estacionalidad de las tareas, pero que sin embargo trabajan hace varias generaciones en la misma actividad, y muchas veces, para el mismo empleador. Ello permitió incorporar a los *tareferos*, un grupo compuesto por entre 15.000 y 17.000 trabajadores aproximadamente en todo el territorio provincial, de los cuales, por aquellos años, el 80% se encontraba en un régimen de informalidad laboral.

Esta ley tuvo un fuerte impacto por haber implicado la creación del Registro Nacional de Trabajadores y Empleadores Agrarios (RENATEA). En lo que respecta a la situación de los *tareferos*, la contratación de asalariados con prestación discontinua estaba ampliamente extendida, por lo cual a casi un siglo de ejercicio de esta actividad, se asistió a un proceso de ardua resistencia al registro por parte de los empleadores, así como también de algunos trabajadores. El RENATEA reconocía a las organizaciones sindicales, para canalizar operativamente el proceso de registro laboral, un problema no solamente administrativo sino eminentemente político.

En síntesis, a lo largo de esta investigación indagué tanto sobre las condiciones de trabajo y de vida

de este grupo social como también sobre los cambios que se vislumbraban en sus ámbitos familiares y laborales, las formas de organizar el trabajo familiar y sus dinámicas grupales. Durante el año 2012, desarrollé trabajo de campo en 4 barrios en que habitaban la mayor cantidad de *tareferos* de la localidad de Jardín América (Dpto. San Ignacio). Ésta investigación tuvo por resultado mi tesis de grado en Antropología Social en el año 2014, titulada “Ahora tenemos el salario: transformación de las familias tareferas de Jardín América a partir del acceso a la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social”, dirigida por el sociólogo Dr. Víctor Rau.

Del trabajo de campo a las preguntas de investigación

Mis investigaciones previas estuvieron situadas en contextos periurbanos con sus particularidades, entre las cuales deben considerarse, por ejemplo, que en las ciudades existe un mayor acceso a bienes y servicios que brinda el Estado a través de una amplia variedad de instituciones como el ANSES, escuelas y hospitales; también la posibilidad de acceder a una mayor variedad de empleadores e inclusive, a una cartera de trabajos de tipo urbano en los períodos de inter-zafra. Otro factor significativo en los barrios en que realicé dichas investigaciones fue la intervención activa del Sindicato de Tareferos y la presencia del RENATEA en diversos espacios de organización de los trabajadores.

Es por esto que durante el período inicial del trabajo de campo etnográfico en Colonia Letizia, los contrastes con aquello que había observado en espacios urbanos y periurbanos eran emergentes para nuevas preguntas de investigación. En este espacio rural y fronterizo, la visión vigente sobre los *cambios* evidenciaba una estrecha vinculación entre las formas que adopta la producción agrícola y el trabajo rural, y el acceso de algunos pobladores a las políticas públicas. A este respecto, las preguntas iniciales fueron: ¿De qué manera determinados cambios en las condiciones estructurales influyen en la vida cotidiana de las familias que viven del trabajo y la producción agrícola?, ¿Cuáles son las respuestas que desarrolla la gente en la Colonia para interpretar y reaccionar frente a los nuevos marcos de acción que introducen las políticas públicas en sus formas de vida? y ¿En qué aspectos de la vida cotidiana se ven más interpelados por los factores del cambio y conflicto identificados?

Hasta mediados de la primera década del 2000 los pobladores de la Colonia no reconocían la presencia del Estado nacional a través de sus políticas, ni tampoco existía *la villa*, un espacio donde

se encuentran nucleados los principales beneficiarios de políticas sociales de allí. Esta visibilidad del Estado sucede en un contexto en el cual, hasta hacía muy pocos años, las “mejorías” de la comunidad se circunscribían al trabajo comunitario y cooperativo de los pobladores y la disposición de los funcionarios locales. Entre esas prácticas comunitarias los pobladores recuerdan la construcción de las escuelas primaria y secundaria, la capilla, la *salita*, el mantenimiento de la cancha de fútbol y, temporalmente, de los caminos; mientras que las necesidades individuales de las familias eran cubiertas a través de los cultivos de autoconsumo, por ingresos obtenidos de la producción agrícola para la venta y/o la venta de fuerza de trabajo, o mediante los intercambios recíprocos de alimentos entre los vecinos. El espacio, que estaba organizado y distribuido principalmente entre chacras y establecimientos agrícolas, cristalizaba las relaciones sociales y la organización de las prácticas cotidianas de la comunidad.

De modo que otro de los ejes fundamentales del *cambio* y que los pobladores de la Colonia marcaban denodadamente (sobre todo quienes habitaban fuera de ella) se vinculaba a que la *villa* es un espacio inapropiado para la producción de cultivos y animales de consumo doméstico. El condicionante del escaso espacio físico denotaba ciertas prácticas y formas de vida de los habitantes de la *villa* que eran cuestionadas por los colonos y trabajadores más antiguos. En ese sentido, ellos se referían de forma negativa hacia los trabajadores de la *villa*, señalando que “son haraganes”, “ventajeros”, “vagos”, que “quieren vivir del estado”, que “son gente que quiere todo de arriba” y que “ya no saben trabajar”. Estos conceptos operan como productores de diferencias entre un “ellos” y un “nosotros”, un fenómeno susceptible de ser analizado.

En tal sentido, otra dimensión era precisodilucidar: ¿cómo se construyen esas valoraciones sobre ese espacio y sus habitantes? O aún ¿qué sentidos se construyeron históricamente en torno a la categoría de trabajador rural y cuáles son los nuevos sentidos y formas de representarlos? En primer lugar, la ruptura con anteriores formas de vivir, trabajar y habitar en el territorio, pone en cuestión las estructuras sobre las que históricamente se ha organizado el sistema de producción agrícola dominante en la Colonia. Bajo esta óptica, al señalar que la actividad se abasteció desde sus inicios con mano de obra paraguaya, resulta necesario indagar en la historia de fundación para comprender ¿Cuál fue el papel de los trabajadores y migrantes en la conformación de su estructura social? y también ¿Por qué *la villa* sugiere un cambio desde el punto de vista de sus pobladores?.

Al indagar en el proceso de génesis de la Colonia, y establecer una diferenciación social marcada a través de la producción de límites espaciales entre *la villa* y *las chacras* pude notar que existía una tercer forma de habitar a la que los pobladores denominan *chacra ajena*. En ella habitan cuidadores

de chacras que han sido abandonadas por las familias colonas y que se encuentran a cargo de trabajadores que, al igual que los que habitan *la villa*, no tienen tierras propias. Esta forma de habitar es reconocida por los pobladores como una práctica habitual que se realiza desde los primeros tiempos de formación de la Colonia. Ante ello, resultó relevante indagar acerca de ¿Cuál es la forma a partir de la cual se establecen los acuerdos entre estas familias y los propietarios de la tierra? ¿Cuáles elementos cambian y cuáles permanecen? ¿Qué perspectiva del *cambio* sostienen estos trabajadores?

El análisis de la constitución de un territorio, marcado por múltiples movibilidades — sociales, espaciales, temporales — constituye un punto inicial de esta investigación, al permitir entender el espacio social sobre el que se desarrolla la vida de las personas y comprender sus dinámicas particulares, tanto en el ámbito productivo y laboral como en la vida cotidiana. En virtud de ello vemos que, desde una perspectiva histórica y procesual, la movilidad de población en esta zona rural a través de la frontera se ha dado en función de los requerimientos de mano de obra agrícola, es decir, al propio ritmo de los procesos de producción, en los que observamos momentos de auge y de crisis.

Otro punto central de esta investigación refiere a que aquellos señalados como “diferentes” lo son en función de atributos estigmatizantes vinculados a su condición laboral y migrante (trabajadores rurales, informales, destinatarios de políticas sociales y paraguayos). Esta cuestión me llevó a considerar que estaba frente a un proceso de diferenciación social, cristalizado en la división espacial, que conducía al establecimiento de dos grupos de pobladores cuya delimitación podía interpretarse y comprenderse a través de su propio contraste. En este sentido, un último campo de indagación busca comprender ¿Qué condiciones de vida y posibilidades encuentran los trabajadores y migrantes al asentarse en *la villa* o en *chacras ajenas*?, ¿Cómo se auto perciben los trabajadores y cuál es su forma de considerar los cambios de la Colonia?, ¿Se recrean las formas de sociabilidad en respuesta a las nuevas formas de organización de las economías domésticas de los pobladores de la Colonia?, ¿Qué rol juegan las políticas sociales y qué normas y valores cuestionan? Y finalmente si la constitución las nuevas formas de habitar de los trabajadores, a saber *la villa* y las *chacras ajenas*, ¿son indicadores de un fenómeno de resistencia a la emigración rural?

Objetivos y metodología de trabajo

El objetivo general que orientó esta investigación fue analizar los cambios que se produjeron en la sociabilidad de los pobladores a partir de las nuevas formas de habitar en la Colonia. Los objetivos específicos atendieron a las dimensiones de análisis que posibilitarían una mayor comprensión del proceso de cambio social. Me propuse abordar las distintas formas de apropiación del espacio, al expresar un proceso de diferenciación entre sus pobladores. Asimismo, me interesé por comprender cómo los cambios, entendidos desde las experiencias nativas, representaban una modificación en la dinámica social, en las formas de concebir el trabajo y en las formas de sociabilidad, y de qué manera los cambios afirmaban o cuestionaban formas preexistentes. Finalmente me propuse analizar la historia de la Colonia a través de los relatos de antigüedad y autoctonía de sus pobladores más antiguos, lo cual me condujo a indagar tanto en el proceso de colonización e inmigración como en la relevancia de la frontera en este espacio social, que se caracteriza por la movilidad y permanencia de múltiples individuos y grupos familiares con distintas trayectorias sociales.

Para alcanzar dichos objetivos, he partido de una premisa metodológica que no pretende (al igual que lo han indicado otros estudios antropológicos sobre el cambio social - agrario) negar la importancia de las estructuras y procesos económicos y sociales, es decir, de “que las fuerzas económicas son más importantes para la existencia de ciertas pautas sociales y modelos de interpretación de la realidad que las ideológicas y morales” (Stolen 2004:27). Se trató más bien de adoptar un enfoque dinámico, relacional e histórico que permitiera dar cuenta tanto de los procesos de continuidad como de discontinuidad entre las múltiples dimensiones de la vida cotidiana. El enfoque relacional dialéctico que propone Eric Wolf (1993) supone “conocer procesos que van más allá de los casos separables, que se mueven entre y más allá de ellos y que en el proceso los transforman”. Esto me permitió relacionar problemáticas, analizando los procesos que se generan en sus interdependencias y relaciones históricas contextuales (Achilli, 2005). Asimismo, como ha señalado Geertz “los grupos sociales están definidos por una multiplicidad de factores: clase social, adhesión política, ocupación, raza, orígenes religiosos, preferencias religiosas, edad, sexo, lugar de residencia” (1987:149), afirmación que me llevó a reconocer que la relación del hombre con el trabajo se constituyó aquí como una “puerta de entrada” para alcanzar una comprensión más holística de la vida de la gente en esta colonia agrícola.

Dado el objetivo propuesto, adopté para este trabajo el enfoque etnográfico, al permitirme privilegiar y visibilizar los espacios intersticiales, las relaciones interpersonales, las interacciones,

los imponderables de la vida social y las comunicaciones cotidianas. Desde esta perspectiva se trata de descubrir y poner especial énfasis en las categorías nativas que son elaboradas a partir de una miscelánea de valores, intereses, formas de representación y de acción que a los ojos del forastero pueden parecer contradictorias.

Entiendo que este enfoque permite construir conocimiento desde la propia experiencia del investigador, de la experiencia del otro, en el sentido clásico ya diseminado por Malinowski desde *Los Argonautas*. Este es, en definitiva, uno de los aspectos centrales de la antropología social. Siguiendo la perspectiva epistemológica de Bourdieu y Wacquant (1992) que, en Argentina, antropólogas como Rosana Guber han puesto en la escena central del quehacer antropológico, se trata de un trabajo que será producto del encuentro de reflexividades investigador-interlocutor de campo, pues “las descripciones y afirmaciones que hacemos sobre la realidad no sólo informan sobre ella, la constituyen” (Guber 2011). Así, describir una situación es, pues, definirla, construirla. A este respecto, el epistemólogo chileno Hugo Zemelman (2010) plantea que la construcción de conocimiento permite una auto construcción como sujeto, siendo por tanto imposible disociar los dos procesos.

En tanto ello, luego de cinco meses de haber habitado en la Colonia, las visitas y estadias se extendieron de forma periódica hasta agosto de 2017. Realicé tres estadias que llegaron a comprender un mes de duración, privilegiando los períodos de interzafra; mientras que las visitas abarcaron entre 2 y 4 días, en las cuales realicé actividades puntuales (como entrevistas previamente pautadas) o simplemente encuentros casuales. A lo largo del trabajo de campo empleé técnicas y herramientas tales como entrevistas en profundidad, observación directa y observación participante. Dado que “observar supone que obtener información significativa requiere algún grado siquiera mínimo de participación” (Guber 2011: 59), comparto con la autora que la observación participante ocupa un lugar importante en el trabajo de campo, en la medida que permite evidenciar aquellos intersticios de la vida cotidiana que no pueden ser alcanzados por el registro oral o los métodos cuantitativos, a la vez que permite evitar el análisis de las representaciones sobre las visiones del mundo de un modo estático. Como señala Geertz (1997) se trata de explicar interpretando aquellas expresiones que utilizan las personas para referirse a su mundo y que pueden parecer enigmáticas en su superficie. Ello permite considerar asimismo al cambio social desde las perspectivas nativas, esto es, qué entienden mis interlocutores por cambio social y qué fenómenos o explicaciones encuadran en dicha expresión. Como sostiene Viveiros de Castro (2016), esta forma de concebir el

trabajo antropológico supone que los problemas que estudiamos son en sí mismos radicalmente diversos;

Sobre todo, ésta concepción parte del principio de que el antropólogo no sabe de antemano cuáles son esos problemas. Lo que la antropología pone en relación, en este caso, son problemas diferentes, no un problema único ('natural') y sus diferentes soluciones ('culturales'). El "arte de la antropología" (Gell, 1999), pienso yo, es el arte de determinar los problemas planteados por cada cultura, no el de encontrar soluciones para los problemas planteados por la nuestra.

Durante el empleo de estas técnicas, el registro se complementó con notas en el diario de campo, fotografías y registros audiovisuales, evaluando la viabilidad de su uso en los casos específicos. Sumado a ello, acudí al análisis de otras fuentes secundarias tales como datos cuantitativos de censos y relevamientos (principalmente el Censo de Tareferos 2010 realizado por la FHYCS, UNaM), fotografías antiguas del lugar, diarios, revistas, archivos históricos, entre otros.

Finalmente debo mencionar que esta tesis se enmarca en el plan de beca doctoral aprobado y financiado por CONICET desde 2014 a 2019, denominado "Trabajo y Políticas Sociales. Una etnografía del proceso de trabajo de la cosecha de la yerba mate en la Provincia de Misiones"; el mismo se vinculó con el proyecto de investigación "Encadenamientos económicos agroindustriales y trabajo rural en la provincia de Misiones" 16H644, de la Secretaria de Investigación y Posgrado de la Universidad Nacional de Misiones.

Organización de la tesis

La tesis está organizada en cuatro capítulos que invitan al lector a hacer un recorrido temporal retrospectivo en el abordaje del cambio social. Ello implica que los capítulos van desde el presente hacia el pasado, desde un momento preciso del trabajo de campo a los albores del contacto interétnico de los primeros pobladores de la Colonia.

El **capítulo I** presenta un relato etnográfico acerca de un evento al que analizo como un "imponderable", teniendo en cuenta la relevancia adjudicada por Malinowski a la irrupción de eventos imprevistos que desatan cadenas analíticas e interpretativas sobre las dinámicas sociales. Esta narrativa versa sobre una secuencia de acontecimientos sucedidos la mañana del 17 de Julio de

2016 en la que se muestra de qué manera personas, hechos y paisajes que parecen aislados pueden informar al etnógrafo sobre una compleja trama social. También, remitiendo a una de las más célebres contribuciones de Geertz, recurro a la descripción densa como una pieza indiscutible de la etnografía, que sirve para dotar de sentidos a diferentes fenómenos que muchas veces, abordados como meras abstracciones, resultan en descripciones imprecisas o reducidas de la realidad. Es por ello que el relato muestra una variedad de situaciones que afectan de forma diferencial a distintas personas pero que, a la vez, las ponen en relación. Entre las situaciones que se describen, se presenta una fiscalización laboral a la chacra de unos antiguos colonos de la zona. Una situación de entrevista posterior, da cuenta de las argumentaciones elaboradas por el propietario respecto a lo sucedido y muestra de numerosos elementos relativos a la vida social y política de la Colonia, así como de los problemas para desarrollar la producción agrícola.

Seguidamente se analizan los núcleos que organizan el relato etnográfico, mostrando la relevancia metodológica de tomar un “imponderable de la vida cotidiana” para escenificar y tejer las relaciones sociales que exponen la trama en la cual esos fenómenos tienen lugar en la Colonia. El proceso metodológico significó para la investigación un cambio de perspectiva en cuánto al mirar, al observar, y al propio desarrollo del relacionamiento con los nativos. En este sentido, arribar a un imponderable no sólo significó la posibilidad de revelar las múltiples conexiones entre hechos y personas que parecían estar aislados entre sí, sino que permitió dar un giro rotundo sobre el enfoque epistémico (antes, marcadamente historicista) en cuanto a la perspectiva del cambio social.

El **capítulo II** aborda y fundamenta el pasaje metodológico de la presentación del “imponderable” a los cambios que perciben los pobladores de la Colonia desde un plano socio-espacial, es decir, objetivados en la distribución del espacio habitable. En tanto que los procesos de cambio y conflicto han sido ampliamente estudiados por la antropología social, interesa tomar algunos aportes de la perspectiva procesual de cambio social propuesta por Gluckman en la Escuela de Manchester, así como también dar cuenta de los argumentos acerca de por qué consideraré los *cambios* como perspectivas nativas, en plural. Se trata entonces de abordar desde un enfoque etnográfico el sentido que los nativos asignan a cierto tipo de abstracciones imprecisas sobre las que muchas veces hablamos desde las ciencias sociales para referirnos a los espacios, las personas y los contextos en los que trabajamos.

El fenómeno de emergencia de la villa obrera municipal en el núcleo de esta colonia agrícola representa un emergente del cambio para sus pobladores. Por lo tanto expondré y analizaré los factores estructurales que permiten contextualizar su emergencia. Explicitaré también los

fundamentos que dan especificidad a este enfoque sobre trabajadores rurales que aún habitan en las zonas rurales de Misiones. Por último, mostraré que los procesos de movilidad y migración poblacional (los cuales pueden explicarse desde una perspectiva económica y política de los cambios de la estructura agroindustrial yerbatera) significaron cambios en las formas de habitar dentro de la Colonia (formas a las que me referiré como Vivir en la *villa*, Vivir en *chacra ajena* y Vivir en la *chacra*).

El **capítulo III** describe las dos primeras formas de habitar que identifiqué, a partir de las cuales pueden abordarse y comprenderse diversas trayectorias laborales de los pobladores de la Colonia. Aunque se contraponen, identifican un mismo sujeto social: el trabajador rural sin tierras. Ubicados en espacios diferenciados, se trata de describir los *cambios* que experimenta cada grupo en términos laborales y sociales, y cuáles son las ventajas de habitar en uno o en otro lugar. Por ello, ambos acápite: “Vivir en la villa” y “Vivir en chacra ajena”, muestran la historia de conformación y de resignificación del espacio en términos de las presiones de una estructura agrícola que provocó los movimientos de población rural, determinando que ambos sean espacios sobre los cuales resistir las pulsiones migratorias.

En la última parte de este capítulo, indago puntualmente sobre los cambios experimentados en la intervención estatal para la regulación del trabajo y el acceso a políticas sociales que impulsaron mejoras en las economías domésticas de los trabajadores. Éstos cambios implicaron repensar el lugar que ocupan los trabajadores en la comunidad y llevaron a cuestionar viejas formas y normas respecto al comportamiento de los trabajadores quienes, liberados del yugo de un único patrón (por ser expulsados de “su propiedad” o por no convivir más con ellos), adquirieron nuevas formas de concebir el trabajo agrícola.

El **capítulo IV** versa sobre el proceso de génesis de la Colonia. Se muestra aquí, desde una perspectiva histórica y procesual, la constitución de la diferencia entre un grupo de pobladores que se contraponen a otro apelando a un conjunto de valoraciones morales relativas a la forma en que se conceptualizó históricamente el trabajo agrícola. La conformación de un “extraño” como un inmigrante ilegítimo que viene a ocupar un espacio (señalado como improductivo) y a “vivir del estado” contraponen visiones respecto de un pasado que es mostrado con un período de mayor cohesión social, donde lo moral y lo normativo se construyeron en torno a relaciones de producción desiguales, pero no por ello acabadamente cuestionadas. Los *cambios* evidenciados y las diferencias esgrimidas por este grupo, al que denominaré como los “establecidos” haciendo alusión al trabajo de Elias y Scotson “Establecidos y *outsiders...*” (2016), son relatados en buena medida a partir de

la apelación a una memoria colectiva que emana relatos de antigüedad y “autoctonía”. Para finalizar analizaremos que más allá de las diferencias entre los distintos pobladores, ambos grupos pertenecen a una misma clase trabajadora, o al menos, sus historias migratorias encuentran orígenes similares, aunque los contextos de posibilidad hoy sean distintos para unos y para otros.

CAPITULO I

Eventos ¿Inesperados?

Una mañana atípica en la Colonia

Mientras escuchábamos el informativo de radio República, la única FM de alcance provincial que se sintoniza en la Colonia, desayunaba junto a Don Contreras y conversábamos sobre el recorrido que haría yo ese día. Aquello ya se había convertido en un ritual de todas las mañanas: hablar sobre a quién visitaría, alguna anécdota o chisme de la Colonia o los problemas del sistema -convencional- de producción⁵. Luego, él se dispuso a ir a la huerta, pues debía seguir preparando la tierra para los nuevos canteros. Para mí, ese jueves iba a ser el último de las dos semanas previstas para esta etapa de trabajo de campo.

Eran las 8 de la mañana cuando salí de la chacra en el auto para comenzar mi jornada de trabajo. Todavía había neblina, aunque el sol comenzaba a brillar y secar un poco las plantas. El camino estaba mojado y la tierra colorada parecía jabón. Conducía despacio cuidando que las ruedas del auto no se desvíen hacia las pronunciadas canaletas. El silencio, más la ausencia de movimiento de personas y vehículos, se hacía sentir en el trayecto. Al pasar por la fábrica de dulces abandonada, a tan sólo 500 metros de la chacra de Don Contreras, pude observar que el único que estaba cosechando era Esteban. Su yerbal linda con el predio del edificio, recostándose en la vera del camino. Un grupo de más de diez *paisanos* (Mbya Guaraní) se disponía a comenzar sus tareas de cosecha de Yerba Mate, actividad conocida en la región como la *tarefa*⁶. Estaban allí reunidos, casi sin moverse. Todos me siguieron con sus ojos al pasar, con sus miradas retraídas pero curiosas,

⁵ En su chacra, Don Contreras y Claire utilizan el método biodinámico, un enfoque holístico de la agricultura que considera tanto las energías vitales de la naturaleza como sus necesidades materiales. Además se rige por los ritmos cósmicos en la producción vegetal y en la cría animal, estableciendo un calendario que programa los días favorables para cada tipo de tarea. Ver: “Introducción al método de agricultura biodinámica”, Ehrenfried E. Pfeiffer (1992) AABDA. http://aabda.com.ar/wp-content/uploads/Introduccion_a_la_agricultura_Biodinamica.pdf

⁶ El término proviene del portugués *tarefa* ó *tarifa*. En español significa tarea u obra que debe ser concluida en un determinado tiempo y que se realiza a destajo.

algunos apenas alzaron sus manos para saludarme. Aquellos paisanos no eran de la Colonia, por lo que algún *cuadrillero*⁷, los había llevado hasta allí.

Esa escena me dio una pista sobre el destino comercial de la yerba de Esteban. Sospeché que él no se la estaba entregando ni al secadero ni a la cooperativa de Colonia San Casimiro, pues ellos tienen cuadrillas conformadas por gente de la zona, y allí no hay pobladores guaraníes. Seguí andando, mientras me seguía llamando la atención la ausencia de ruidos, gritos, *sapucay* y cantos de los *tareferos*, quienes exclaman con vigor su energía durante las largas y duras jornadas de trabajo. Tampoco se oían ruidos de camiones o tractores. Todo estaba quieto, hasta parecía domingo.

Por el camino solitario una joven caminaba con un bebé en brazos envuelto en unas cuantas mantas. Al niño apenas podía verle la cara desde el auto. Yo iba hacia la *salita* a entrevistar al médico, dado que era el único día que entraba a la colonia, y que había sido asignado a la zona recientemente. Durante más de un año la *salita* no tuvo médicos que asistieran al lugar. Entonces frené el auto y me ofrecí a llevar a la mujer con el bebé. Aceptó mi ofrecimiento sin más, todavía faltaban 2 km para llegar. Subió y dio un portazo muy fuerte. Se llamaba Silvia y vivía sola con su hijo, a unos cuantos metros más hacia el río, bastante lejos de la chacra adonde me alojaba. Nuestras casas estaban del lado de Letizia que pertenece al municipio J. D. Perón. Porque la Colonia está en el límite de dos municipios. No obstante, sus pobladores se siguen refiriendo a ella como “Colonia Letizia”.

Con Silvia hablamos de los problemas que ocasiona no tener médicos permanentes en la *salita* y del hecho de que ésta se encuentre del lado que le corresponde a Colonia San Casimiro, lo que implica ciertos celos para la atención de los que viven del lado de J. D. Perón. También me contó que su marido estaba preso. Silvia lo había denunciado por el abuso sexual cometido contra una de sus hijas, motivo que también llevó a que la niña fuera enviada a la ciudad, a la casa de una tía. El hecho no dejó de sorprenderme, aunque durante el trabajo de campo ya había escuchado sobre varias situaciones de violencia intrafamiliar, principalmente de los hombres hacia las mujeres eran rumores. Advertí que en este espacio rural, lo “masculino” y lo “femenino” es construido a partir del lugar preferencial que ocupan unos y otras en los ámbitos de lo “agrícola” y lo “doméstico” respectivamente. Como yo pasaba más tiempo en las cocinas de las familias que en los yerbales, la

⁷ El *cuadrillero* es la denominación que adquiere en este contexto particular la figura del contratista. Las cuadrillas están organizadas en grupos de 10 a 20 trabajadores rurales que son trasladados desde sus zonas de residencia urbana hacia los yerbales durante la jornada laboral ó periodos semanales, quincenales o mensuales. Dependiendo el grado de formalidad de la cuadrilla y la distancia a los centros de control, las cuadrillas pueden estar formadas por trabajadores y ayudantes de éstos, que suelen ser miembros de la familia nuclear, incluyéndose niños, niñas, adolescentes y el o la cónyuge de aquel.

confianza que había establecido con algunas de las mujeres me permitía conocer algunas cuestiones más íntimas de sus vidas familiares; y por ende casos que debieron ser atendidos en la *salita* por este tipo de situaciones.

La mirada del bebé que Silvia llevaba en brazos denotaba sufrimiento, parecía que padecía algún tipo de dolor o incomodidad. Silvia había mencionado durante el camino recorrido juntas que su bebé no estaba bien, que algo le pasaba. Con 3 meses de vida, pesaba apenas 4 kilos, pero era sin embargo un bebé grande. La alimentación básica de Silvia era a base de *reviro*⁸, una masa hecha a base de harina de trigo refinada, aceite y agua tan consumida en Misiones, y mandioca. Silvia era una trabajadora rural que, como muchas otras, llevaba a su bebé a los yerbales durante la jornada laboral. Su único ingreso era a través de la *tarefa*. El día entero su bebé permanecía en una hamaca hecha de trapos, colgada de las ramas de los árboles mientras ella trabajaba.

Cuando llegamos a la *salita*, unas cuantas mujeres aguardaban a ser atendidas por el médico. La *salita* es el Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS), y allí vive y trabaja Anastacia, la promotora y asistente de salud, quien ese día se mostraba en un tono arrogante, pues podía percibirse un tono de autoridad en el cual ella imponía sus propias reglas en un espacio que le pertenecía. La máxima expresión de su rol de funcionaria, mediadora directa con el médico, ponía en escena una performance que no hacía otra cosa que expresar el dominio que ella tenía de la información. Cuándo vendría el médico, qué debía hacerse, cuáles eran los requisitos que debían cumplirse para ser atendidos. . Las mujeres reconocían ese trato como habitual y por ello quizás aguardaban afuera, sin compartir el mate que ella tomaba con otro grupo de vecinas que se ubicaron adentro. De un espacio al otro, intenté observar y dialogar con los dos grupos de mujeres que esperaban, las que lo hacían en el hall de entrada y las que conversaban con Anastacia adentro. El comentario durante la espera era la notable tranquilidad y silencio en la Colonia. Llamaba la atención sobre todo porque eran meses de *tarefa*, el día estaba bueno, y nadie había salido a *tarefear*.

Noté que el trato de Anastacia hacia ciertas mujeres era despectivo, quienes mostraban desconocimiento sobre el problema de sus niños o los requisitos para los controles. Anastacia recibió al poco tiempo un mensaje del médico informando que no vendría. Justo había llegado Concepción con su nieta en brazos, la esposa de Joselo, uno de los capataces que más personal maneja en la Colonia para el secadero de Schnieper, su patrón de toda la vida y con quien sigue trabajando a pesar de haberse jubilado hace unos cuantos años. Concepción apenas fue saludada, y

⁸ El *reviro* constituye la base alimentaria de los trabajadores y pequeños productores en la Provincia de Misiones.

en respuesta ella saludó tímidamente al resto, inclusive a mí, aunque había estado en su casa conversando en reiteradas oportunidades.

Dado que la única situación de urgencia era la del bebé de Silvia, Anastacia la llamó para realizarle el control de peso y talla, estimando la necesidad de un tratamiento urgente por la avanzada desnutrición del pequeño. Inmediatamente se comunicó con la intendente para que le proveyera de una leche especial para alimentarlo, pero la funcionaria no contestó el teléfono. Como se hacía notar la inaceptabilidad de la condición del niño —pues todas miraban atentamente— Anastacia comenzó a relatar las bondades de la funcionaria municipal y su predisposición para atender a las familias en condiciones críticas, dirigiéndose principalmente hacia mí, pero buscando complicidad con el resto de las mujeres que la escuchaban. Aseguraba una y otra vez que la *salita* siempre es una prioridad para el municipio, porque es la única institución estatal perteneciente a Colonia San Casimiro que se emplaza dentro Letizia. Sin embargo, las mujeres de allí no reparaban en manifestar, principalmente Anastacia, la parte de culpa de Silvia quien, se rumoreaba, seguía asistiendo al marido y que por tal motivo había descuidado la salud de su hijo. El problema se desplazaba entonces de la desnutrición del niño, la violencia familiar e institucional sufrida por Silvia y la inacción de los funcionarios locales, hacia la inaceptable actitud de esta joven madre de gastar sus pocos pesos en llevar alimentos y ropa a su marido apresado por su propia denuncia.

En ese instante, desde la puerta de la *salita*, vimos pasar rápidamente una camioneta blanca del Ministerio de Trabajo. Se dirigía hacia el fondo, hacia donde los paisanos estaban cosechando los yerbales de Esteban. Aunque me preocupaba este hecho, no quise acercarme directamente a lo que claramente era una fiscalización por parte del organismo, en la que controlan las condiciones de empleo de los trabajadores. Concepción, quien todavía permanecía allí, comentó que Javier (el encargado del secadero de yerba) no había mandado a los *tareferos* ese día a cosechar porque sabía que la gente del Ministerio aparecería. Se respiraba un aire de complicidad y, de alguna manera, todos estaban advertidos de esa situación. Ello explicaba que muchos trabajadores se habían “tomado el día”.

Ya casi a media mañana me dispuse a ir a visitar a Doña Arami, la esposa de Justino, que vivían cerca de la *salita* y con quienes teníamos una relación más afectiva que con el resto de los vecinos. Cerca del mediodía emprendí el regreso a la chacra de Don Contreras, donde me alojaba. En el camino me encontré con Pocho, antiguo pocero⁹ de la Colonia, quien aprendió con su padre el

⁹ Oficio local que consiste en la excavación de pozos de agua. Este oficio está desapareciendo.

oficio (casi en extinción) de hacer los pozos de agua. Su padre era paraguayo, como la mayoría de trabajadores de oficio de allí. A Pocho lo había conocido durante mi primera estadía, entre marzo y julio de 2016, en un momento crítico cuando su bebé de 15 días de vida, estaba gravemente enfermo. Ellos suponían que se debía a la ingesta de miel, proporcionada para aliviar un resfrío. No todos saben que la miel es peligrosa para los bebés. Al parecer, ello determinó una peligrosa infección que, al no ser inmediatamente atendida, casi le costó la vida. Pocho estaba sobre el camino, pidiendo ayuda a cualquiera que pasara en un vehículo que pudiera sacarlo de la Colonia para llevar a su hijo al hospital (porque el taxi que esperaba no llegaba, y además le cobraría 500 pesos por el viaje). La ambulancia no estaba disponible y, además, como señaló Pocho, “ellos no son de Roberta” (intendente de Colonia San Casimiro), con lo cual me daba a entender que no serían asistidos.

Desde aquel episodio en el que lo llevamos hasta el hospital habían transcurrido 14 meses. Él, Rigoberta, y el hijo mayor de la pareja se trasladaron a Posadas para acompañar al niño, quien aún permanecía internado, ahora ya con un cuadro de hidrocefalia muy avanzado, por razones que él no supo explicar. En la casa había quedado a cargo la hija mayor, de 14 años, quien a los seis meses “se acompañó”¹⁰ con un vecino y hoy espera su primer hijo. Pocho estaba de paso, cuidando a los tres niños que estaban asistiendo a la escuela y que habían quedado solos al cuidado y ojo atento de una vecina y su hermana mayor que vivían inmediatamente enfrente de su casa. Durante la conversación que mantuvimos, Pocho relató detalladamente el estado de salud y los procedimientos médicos a los que se había sometido a su hijo. Así mencionó que toda la familia subsiste de los ingresos percibidos por el Sistema de Seguridad Social, en su carácter no contributivo. Él percibe una Pensión por Discapacidad, debido a las afecciones que sufre en sus pulmones por la inhalación de gases durante los años que realizaba pozos de agua para los vecinos de la zona. En ese momento Pocho destinaba todos los fondos de su Pensión a los gastos ocasionados por la internación, posponiendo su propio tratamiento médico. Además, su mujer también recibe el *salario universal*, que es la forma en la que denominan localmente a la Asignación Universal por Hijo para la Protección Social (AUHPS)¹¹. La percepción de estos derechos por parte de ambos, quienes no están casados legalmente, implica el señalamiento sobre la familia de Pocho como una de las

¹⁰ Expresión nativa “se acompañó” se usa para referirse al acto de concubinato.

¹¹ El *salario universal* o el *salario* es la forma en que los sujetos se refieren a la AUHPS. Su similitud con la forma “salario familiar” del sistema contributivo de Seguridad Social en Argentina, ha implicado problemas para conocer y aprender acerca de su funcionamiento desde la aparición de la AUHPS. Ello debido, en gran medida, a las dificultades de acceso a la información sobre la Seguridad Social. Ver: Traglia, 2014.

familias que viven del estado. Sus vecinos alegan que ambos están en condiciones físicas de trabajar, pero que prefieren no hacerlo por vagancia, porque antes de los planes trabajaban. El juzgamiento moral que realizan algunos pobladores a las familias que perciben transferencias monetarias estatales es un argumento clave en la erosión de la “cultura del trabajo” a la que remiten estos sujetos.

No obstante, Pocho no reparó en señalar la dificultad de las personas que, como él, deben ser asistidos de urgencia y se ven impedidos de salir de la Colonia a tiempo por la falta de ambulancias y asistencia municipal desde ambas jurisdicciones. En este sentido, algunos vecinos habían manifestado que ellos tienen sus *ayudas*¹² y que por ello no deberían pedir más asistencia. Pero con un bebé internado, los gastos para la familia se incrementaron notablemente, mostrando que aunque perciban estos ingresos, los recursos son insuficientes para solventar a una familia de 6 niños y 2 adultos.

A estas problemáticas, se suma la falta de trabajo para personas que, como él, no pueden realizar esfuerzo físico, y la pérdida de clases de los chicos de la Colonia, debido a las dificultades frecuentes de los docentes de ingresar por el mal estado de los caminos, Pocho expresa su deseo de trasladarse a vivir a la ciudad de Posadas donde vislumbra la posibilidad de alcanzar una mejor calidad de vida. En su historia destacaba que allí “a nadie le importa la vida de los pobres”, claramente esos ‘nadie’ estaban representados por un gran número de funcionarios estatales, fundamentalmente los locales. El “aislamiento” no es sólo como un hecho fáctico (la distancia física a un centro urbano), sino que se expresa, se encarna, como un sentimiento de angustia y desesperación que ponen de manifiesto la incertidumbre y la imprevisibilidad ante situaciones de emergencia y que, por tanto, configuran el deseo de migrar. En este sentido, vivir en la Colonia es estar bajo el umbral de limitaciones en el habitar, el transitar, el estudiar, e inclusive, en realizar otro tipo de actividad laboral.

La Colonia está a 25 kilómetros de la localidad de Jardín América, donde se encuentra el hospital. En este contexto, el mal estado de los caminos a causa de las frecuentes lluvias en esta región subtropical, suele manifestarse como uno de los factores de mayor dificultad para la comunidad, no sólo para salir en situaciones de emergencia o para el ingreso de maestros o médicos, sino también constituye un gran problema en la vida cotidiana de los pobladores de la Colonia como el transportes de mercadería. Las afinidades políticas se evidencian y problematizan frecuentemente,

¹² La *ayuda* es la forma de denominar a los derechos sociales percibidos por el Sistema de Seguridad Social.

condicionando la viabilidad de las obligaciones estatales y los derechos ciudadanos, significando inclusive negar la asistencia a aquellas familias que no respondan a los gobernantes locales.

Luego de la charla de casi una hora con Pocho acerca de sus pesares y los de su familia, de la difícil situación económica que atravesaban y sus deseos de mudarse a Posadas, seguí mi camino.

El operativo

Era mediodía y el sol ya comenzaba a picar. Inmediatamente me topé con la camioneta del Ministerio. Pude advertir que la camioneta Amarak color blanca llevaba la inscripción del Ministerio de Trabajo, pero no del Registro Nacional de Trabajadores Rurales y Empleadores (RENATRE), organismo al que recientemente se le había re-asignado dicha función. En su interior iba uno de los dirigentes del Sindicato de Tareferos, Freddy, con quien años atrás habíamos trabajado juntos acompañando la creación de la organización¹³.

Al reconocernos, nos bajamos de los vehículos y nos saludamos ya que hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Claro que sólo lo sabíamos nosotros en una situación donde había varios espectadores locales atentos. Descuidando el contexto, el lugar donde él y yo habíamos detenido los autos y donde nos dispusimos a conversar con aparente familiaridad era frente la villa, desde donde nos observaban quienes aguardaban en sus casas que los fiscalizadores del Ministerio se retiren para poder ir a trabajar el poco de tiempo que quedaba del día. En ese instante supuse que sería noticia. Mi condición de forastera y curiosa sería netamente asociada a la de funcionaria – espía del Ministerio de Trabajo.

Así fue que seguí camino, intranquila por ese tenso momento que seguramente daría lugar a confusiones. No tardé en llegar al “lugar de los hechos”. Allí una camioneta vieja atravesaba el camino. Era de Octavio, el cuadrillero, que debatía con Esteban al rayo del sol. Bajé la ventanilla y sabiendo lo sucedido le pregunté a Esteban qué había pasado. Esteban estaba colorado, no sé si por el sol o por los nervios. Con ímpetu, prácticamente a los gritos, me respondió: “me denunciaron, no sé quién fue el hijo de puta que me denunció”. Se me hizo un nudo en la garganta porque sospechaba que podría ser mirada como una posible delatora, en principio por el encuentro repentino con Freddy, y luego porque era la única que no pertenecía a ese lugar. Además,

¹³ Los tareferos de la zona iniciaron un proceso organizativo a causa de su crítica situación como trabajadores rurales. En el contexto de la modificación de la Ley de Trabajo Agrario en Noviembre de 2011, Ley N° 26.727, crearon el SITAJA, Sindicato de Trabajadores de Jardín América, el cual luego pasó a llamarse Sindicato de Trabajadores de Misiones.

prácticamente, él a mí no me conocía, nos habíamos visto una vez, y aunque sabía que me estaba quedando en lo de Don Contreras y Claire, allí nadie es “demasiado de fiar”. Para anticiparme le mencioné que en otro momento pasaba a verlo para que charláramos tranquilos.

Fotografía 2: *La espera...*



Ph.: Carla Traglia

Corrí inmediatamente a contarle lo sucedido a Don Contreras, quien no pudo disimular su preocupación por las posibles represalias que se tomarían, si ese rumor se afirmaba como verdad. Supuse que quizás su intranquilidad se relacionaba a un hecho sucedido más de 10 años atrás, cuando Don Contreras y Claire estaban recién llegados a la Colonia se habían atrevido a realizar una denuncia al Ministerio de Ecología por la extracción ilegal de madera nativa de uno de los propietarios de tierras del lugar. A los pocos días de efectuada la denuncia, fueron maniatados en un sospechoso asalto que duró más de 12 horas y que parecía ser un trabajo por encargo, o al menos la magnitud del hecho los hizo sospechar eso. Además, simultáneamente el funcionario del Ministerio de Ecología que comandó el operativo había sido asaltado y golpeado brutalmente en su casa. Esta

historia ellos me la contaron el primer día que llegamos a su casa, y además siempre era el primer tema de conversación con toda la gente con la que me entrevistaba. Desde entonces, todo intento de denuncia quedó sopesado por esa experiencia.

Por el hecho de tratarse de una colonia ubicada sobre la frontera entre Argentina y Paraguay, se habla de que ésta es una de las zonas “calientes” en el tráfico de mercaderías ilegales, como marihuana y/o cigarrillos. Ello ya constituía un elemento relevante para tener recaudos en el trabajo de campo. Que me asociaran con el ente fiscalizador no sería una situación propicia para continuar con mi trabajo, principalmente porque muchos allí seguían sospechando de mi presencia y de mis preguntas. Había vivido allí 5 meses, pero seguía yendo por períodos de 20 a 30 días en los que sólo me dedicaba a recorrer las casas de los vecinos, lo cual resultaba todavía “un poco raro” para algunos pobladores.

Fue así que debatimos sobre las posibilidades y decidimos que Don Contreras iría a conversar con Esteban, pues a pesar de no ser amigos, mantenían un trato cordial. Ese día me fui de la colonia y no me animé a regresar sino cinco días después, cuando ya se habían aclarado un poco las cosas...

Días después

El día de la fiscalización el Ministerio encontró 14 personas trabajando en negro (es decir, no registradas formalmente), entre las cuales se encontraban menores de edad y algunas de ellas incluso no poseían Documento Nacional de Identidad. A Esteban le dijeron que debería pagar una multa de 20.000 pesos por cada uno. El grupo de trabajadores había sido reclutado y trasladado allí por Octavio, un cuadrillero que tampoco se encontraba registrado ante el Ministerio de Trabajo. Esteban asumió toda la responsabilidad para salvar a su hermano, quien no reside en la Colonia pero es propietario de los yerbales que se fiscalizaron ese día. Con motivo de cosechar los yerbales de la chacra de su compañera y los suyos, Esteban fue quien había contratado el servicio, que además incluía el traslado y venta de hoja verde para las dos chacras.

Esteban había contratado una cuadrilla de trabajadores paisanos que no era de la Colonia. Las *cuadrillas* suelen estar formadas por trabajadores criollos o paisanos. Ante la situación de informalidad laboral, los cuadrilleros instruyen a los *tareferos* sobre cómo actuar si se presenta un control. Sobre lo cual Esteban mencionaba: “Viste que los tareferos son todos indígenas, todos

paisanos y menores de edad (...) siempre cuando venían ¡así salían, así al monte se escapaban!... Y acá no, salieron toditos adonde estaba la camioneta”.

Ese modo de actuar me llamó la atención. Pues habían transcurrido muy pocos años desde que las fiscalizaciones comenzaron a tornarse más frecuentes, en el 2012. Durante 2013 había tenido oportunidad de participar en una fiscalización del RENATEA¹⁴, en la que esa reacción de escapar y esconderse de los trabajadores había dificultado el operativo, entendiendo que habían sido amenazados por los capataces y obligados a correr.

Sin embargo en esta circunstancia —cuatro años después de que las fiscalizaciones se instalaron en la zona como una “posibilidad”— los trabajadores se mostraron reticentes a “correr y esconderse”. A este respecto Esteban señalaba el reciente antecedente de un empresario de la zona, quién tiene secadero y grandes yerbales al que los trabajadores se le “revelaron”:

Sabiendo cómo viene la mano le dijeron que cuando veían la camioneta desaparezcán, ¡‘rajen al monte!’. ¿Y sabes lo que hicieron hace un mes atrás? Cayó el Ministerio de Trabajo y cuando venían les dijeron ¡‘rajen!’. ¡Y no!, se agruparon toditos alrededor de la camioneta. Porque dicen que les favorece a ellos. Como si fuese que les están explotando, hijos de perra. No tienen ni para comer, les dan de comer y (...) es el primer año que están haciendo esto los paisanos. Ellos ya son dueños.

La “desobediencia” de los trabajadores puso de manifiesto que, por el contrario, los trabajadores manifestaron conocer sus derechos, entre los cuales sabían que ellos no serían sancionados por el Ministerio de Trabajo. La acción desarrollada por los paisanos quizás ponía de manifiesto la negativa a continuar soportando amenazas y maltratos por parte de los patrones. ¿Para qué correr si están siendo explotados en condiciones no permitidas por la ley?.

¹⁴ Registro Nacional de Trabajadores y Empleadores Agrarios (RENATEA) fue un ente independiente en jurisdicción del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, creado en 2012 cuyo objetivo fue el cumplimiento del Nuevo Estatuto del Peón Rural, Ley Nro. 26.727. Los artículos 106 y 107 de dicha ley dispusieron el otorgamiento de las funciones de control y registro. Este organismo fue disuelto por decreto presidencial N° 1014 en 2016, bajo la presidencia de Mauricio Macri, mediante el que se promovió el restablecimiento de sus funciones a partir del 1° de enero de 2017 al antiguamente denominado Registro Nacional de Trabajadores Rurales y Empleadores (RENATRE), Ente de Derecho Público no Estatal, de conformidad con lo establecido en la Ley N° 25.191 sancionada en 1999. El RENATRE estuvo históricamente a cargo de la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), un sindicato fuertemente criticado por su escaso accionar en defensa de los derechos de los trabajadores rurales del país, y particularmente de los *tareferos* de la provincia de Misiones.

Fotografía 3: *Escenas de un operativo*



Ph.: Carla Traglia

En mi experiencia de trabajo de campo anterior, desde fines de 2011 a mediados de 2013, había observado un escaso o nulo conocimiento sobre la existencia y función de organismos gubernamentales o sindicales en los cuales encauzar reclamos y exigir el cumplimiento de derechos laborales (Traglia, 2014). Lo que observaba en ese momento era una reacción inusual entre un grupo de trabajadores indígenas que se enfrentaban a las amenazas y la posibilidad de represalias de sus patrones. Ello me llevó a preguntarme acerca de qué estaba pasando realmente detrás de ese acto de rebelión.

La fiscalización al campo de Esteban constató la irregularidad de la situación de registro (y carencia de documentación de identidad) de los trabajadores, pero también dió cuenta de las condiciones en las que se encontraban acampando. Dormían bajo carpas negras, sin agua potable, sin baño, debían proveerse sus propios alimentos y no tenían luz eléctrica. Uno de los argumentos de Esteban respecto a estas condiciones, fue la diferencia entre los tareferos criollos y los paisanos. Sus

obligaciones como empleador podían solaparse ante el presumible conflicto que genera contacto interétnico entre ambos grupos:

... lo que pasa es que ellos no comparten con los criollos y ellos querían estar todos en carpa. Porque allá (en la chacra donde dormían) ellos tienen para vivir adentro de la casa, pero no, ellos hicieron carpita, si viven bajo carpa estos. Ese fue todo el problema (...) tiraron sus colchones y todo ahí en el piso y dormían ahí.

Para la mayoría de los productores rurales, la provisión de viviendas que cumplan con los requisitos exigidos por el nuevo Estatuto del Peón Rural roza el despropósito. Exigen una inversión de capital que no tienen posibilidad de realizar. A la vez que no lo consideran necesario. Creen que el *tarefero* puede aguantar vivir y trabajar como siempre lo ha hecho¹⁵, es decir en condiciones de sobreexplotación y precariedad laboral, basadas en la incertidumbre, los bajos salarios, la rotación entre varios empleadores a lo largo de un ciclo productivo y la informalidad del vínculo laboral.

En este sentido, alegando la arbitrariedad de los requisitos solicitados por el organismo estatal respecto a la condición de vida de los trabajadores, Esteban arremetió contra los cambios que busca impulsar la legislación laboral en el sector rural:

...porque vos no sabés el derecho que tiene hoy el obrero rural, no te imaginás (...) tenés que tener baños químicos, y escuchame, en la *villa*, nadie tiene baño, tienen letrina, no tienen donde bañarse, no tienen un carajo, y ¿por qué te tienen que venir a extorsionar así?

En ese momento pude darme cuenta de que los *cambios* tan denodadamente marcados por Esteban y por la mayoría de los pobladores “legítimos” de la Colonia, referían a una serie de transformaciones relativas a la distribución de la población en el territorio de la Colonia. Este asentamiento, al que Esteban y otros pobladores se refieren como la *villa*, es representada entonces como el *cambio* social y espacial fundamental en la Colonia. Las condiciones habitacionales de la *villa* cobran protagonismo al contrastar una situación ideal — la que exige la ley al determinar las condiciones de trabajo dignas— con una situación real acuciante.

¹⁵ *Tareferos* es el vocablo con que se identifica y reconoce a los cosecheros de yerba mate en la sociedad regional y que para el sentido común la figura del tarefero es símbolo de trabajo esforzado en las más duras condiciones, siendo valorizado como un aspecto de prestigio social y por el cual se construye su identidad profesional Rau (2012).

Fotografía 4: Campamento de tareferos.



Ph.: Carla Traglia

Este nuevo asentamiento cuestiona los modos tradicionales de organización socio territorial de la Colonia y pone de manifiesto las precarias condiciones de vida de los *tareferos* que ahora viven todos “amontonados” en un mismo lugar. La *villa*, donde habitan exclusivamente los trabajadores rurales de la zona, condensa todas las características con las que se ha naturalizado frecuentemente su modo de vivir: viviendas precarias, carencia de servicios, hacinamiento, poco o nulo espacio para cultivos de autoconsumo, terrenos compartidos por varias familias.

Sandra, la mujer de Esteban, me ofreció quedarme a comer, mientras preparaba huevos fritos y nos cebaba un tereré de naranja. Nosotros continuamos con la charla. La tarde estaba terminando de caer y la tranquilidad allí era tanta que, hasta cuando hablábamos, lo hacíamos en un tono pausado, al compás del canto de los insectos que habitaban la noche. Juntos empezaron a contarme, desde su perspectiva de productores propietarios, sobre las vicisitudes de la creación de la *villa*. Fue el único momento en que Sandra intervino en la conversación, pues de lo contrario con ella sólo cruzamos palabras cuando Esteban no estaba cerca o no podía escucharnos. Los trabajadores que habitan la

villa “son haraganes y siempre quieren aprovecharse”, decían ambos casi simultáneamente. “Como viven cerca de las chacras pueden disponer de su tiempo libremente y ya no respetan a los patrones; se comprometen con realizar tareas que luego no cumplen, o que no finalizan”. Para ambos este aspecto es consecuencia de los *cambios* que introdujo el Estado al otorgarle derechos a “esta gente” — una forma recurrente de referirse a pobladores del asentamiento — y permitirles vivir en esas tierras fiscales en las que ni siquiera tienen un espacio apropiado para producir para el autoconsumo. En este sentido, el espacio es cuestionado porque para ellos condensa todos los males que aquejan a la comunidad: la pérdida de la “cultura del trabajo”, por la que se trabajaba tanto adentro como afuera de la chacra para poder subsistir. Por no encontrar “buenos trabajadores” entre esa gente, Esteban y Sandra ya no buscaban *tareferos* de la *villa*. Esta vez habían decidido contratar una cuadrilla extra local.

Esteban sopesaba su responsabilidad en todo el proceso de fiscalización, en tanto se consideraba como demandante del servicio de cosecha. Él deslindaba una y otra vez su culpa en el cuadrillero, señalando que desconocía la gravedad del asunto; y a pesar de ello, reconoció que no había constatado que se tratase de una cuadrilla no registrada. Durante la fiscalización, el *cuadrillero* escapó al monte. Los trabajadores no corrieron, corrió quién los contrató. Fue Esteban quien tuvo que enfrentar la situación. sin saber —aparentemente— la implicancia de responsabilizarse por el hecho. Esteban cubrió al cuadrillero pero sin demasiada efectividad. Si bien ambos eran responsables, él debería pagar la multa de 280.000 pesos por la infracción al declararse como dueño y contratante, en el acta constaba la razón social a su nombre.

¿Por qué había decidido venderle la hoja verde de Yerba Mate y realizar la cosecha con un *cuadrillero* al que desconocía? ¿Cuáles serían las ventajas de contratar trabajadores que no residían en la Colonia? Encontré una primera pista para responder a estas preguntas en el tipo de venta de hoja verde que Esteban buscaba realizar. A él un vecino de la zona le había dicho que la cooperativa estaba llevando sólo hojas y que no llevaban más palos, es decir, las ramas que se incluyen para aumentar el peso en las cargas de yerba mate. Tanto a los productores como a los trabajadores les resulta conveniente introducir un porcentaje de palo en los raídos¹⁶. La cosecha de yerba mate es un tipo de actividad manual cuyas remuneraciones son percibidas a destajo (es decir, por el peso del producto).

¹⁶ Raído es la denominación regional que se utiliza para nombrar los bultos de yerba mate recién cosechada, sujetos por *ponchadas*, trozos cuadrados de tela plástica. Cada raído suele contener entre 80 y 100 kilogramos de hoja verde.

La posibilidad de cosechar con palo y de un pago acelerado, le generó a Esteban la expectativa de un beneficio inmediato. Aunque él siempre había entregado su yerba a la Cooperativa, los precios que ésta pagaba por la hoja verde no eran buenos.

El precio fijado por el Instituto Nacional de la Yerba Mate por kilo de hoja verde en el año 2017 era de \$6,10 (US\$ 0,35). Pero los productores yerbateros sabían que no podían vender a ese era un precio, ningún acopiador por entonces pagaba más de \$1,90 (US\$ 0,11).

“A mí me decían si te pagan \$2 o \$1.90 cerrá tu ojo y entregá, porque no va a valer más la yerba. El año pasado estaba \$4.80 y pagaron \$2.70 a 120 días. Y si viene un tipo y te da \$2,30 a 30 días ‘vendele’, y yo le vendí sin conocerlo”.

Advertía en este punto una contradicción. Esteban contrató y vendió su yerba a un desconocido, que había sido recomendado por un amigo. El cuadrillero le dijo que también llevaría el palerío. Sin embargo, corría el riesgo del descuento que se aplica ante el exceso de porcentaje de palo permitido. Fue entonces cuando Esteban señaló que, en realidad, la incorporación de palos era más bien una ventaja para el tarefero “para que los tareferos ganen algo, pero el que sale perjudicado sos vos, no el tarefero, si en cada carga vienen como 200 kg de descuento”.

La estrategia de reducir el costo de la mano de obra a través de una contratación ilegal, incorporando a su vez un porcentaje extra (no permitido) de palos a las cargas, le permitiría obtener una mayor rentabilidad que beneficiaría tanto a Esteban como al cuadrillero y a los trabajadores.

El discurso que desarrolló Esteban en aquella ocasión para relatar los hechos lo llevó a colocarse como un pequeño productor yerbatero sin condiciones materiales de afrontar los gastos de contratación legal de la mano de obra. A pesar de ser un pequeño productor —que posee pocas hectáreas con cultivo implantado—, sus condiciones materiales de vida no son semejantes a las de otros productores agrícolas de la Colonia cuyos ingresos provienen principalmente de la yerba mate. En el predio hay una fábrica de grandes dimensiones (originalmente destinada a la elaboración de dulces de frutas) que fue creada por su hermano y que actualmente se encuentra sin actividad. Esteban vivió hasta sus cuarenta años en la ciudad, tuvo aserraderos y una serie de emprendimientos en los que trabajó siempre de manera independiente. Cuando sus padres entraron en la etapa de vejez, se vio exigido a volver a la chacra materna para hacerse responsable de su administración. Allí levantó una hermosa casa de ladrillos y realizó inversiones importantes para tener un mayor confort. Tiene una buena camioneta que le permite movilizarse a la ciudad cuando lo precisa y ya realizó varias inversiones tanto en cultivos como en alguna maquinaria agrícola.

¿Desconocía realmente Esteban las condiciones exigidas para la contratación de mano de obra o se trataba de una estrategia argumentativa para disimular su responsabilidad?

Durante la conversación, cuando el foco de atención fue puesto en el sistema de agroindustria yerbatera y en las desigualdades que genera, pude notar su posicionamiento crítico frente a los secaderos y a los grandes productores de la zona. Para diferenciarse de estos actores más capitalizados, Esteban se mostró, inclusive, en defensa de los tareferos “porque a veces también defiende al tarefero”, dijo una vez. En tono de denuncia, insinuó que los actores más capitalizados de la zona (empresarios) emplearían mano de obra registrada pero solo a modo de “pantalla”, es decir, como una maniobra para esquivar los controles estatales. Pues ellos saben que son más visibles ante los organismos de control estatal y que por lo tanto deben tener un porcentaje aceptable de registro del personal.

Fotografía 5: *Tarefeando para no aflojar I*



Ph.: Carla Traglia

Debido a los niveles de producción que manejan tienen una mayor exposición frente a la burocracia estatal. Así y todo, los empresarios emplean diferentes tipos de estrategias para reducir el costo de

mano de obra, entre las cuales son frecuentes las amenazas de despido, recibos de sueldo falsos o con menor porcentaje de kilos cosechados (por ejemplo, mediante la alteración de balanzas), y principalmente el precio notablemente menor al reglamentario por la tarea de cosecha: entre \$0.80 a \$1 el kilo (U\$S 0,05) de hoja verde en 2017. Estas estrategias empresariales generan una mayor dificultad para obtener los subsidios Inter-zafra¹⁷, una suma de dinero fija que perciben los trabajadores registrados en los períodos de inactividad.

Otra cuestión mencionada por Esteban es el aprovechamiento de estos empresarios que sobre explotan a su personal en tareas que son consideradas actividades diferenciadas. Durante la estadía pude observar que una empresa de la zona estaba utilizando al personal (registrado) para cosechar yerbales sucios (es decir, cubierto de vegetación — malezas), implicando la reducción del porcentaje de hoja verde cosechada diariamente por los trabajadores (el trabajo de cosecha y limpieza se realizaban de manera prácticamente simultánea). La falta de mantenimiento de los yerbales disminuye la productividad de las plantas y eso trae aparejado que, como menciona claramente Esteban

...de 5 plantas a lo mejor tenes 3 que te sirvan. 3 están llenas de Isipó [planta trepadora nativa] o a lo mejor no tienen hoja. Vos tenés las 3 plantas que rebajarle con tijera... vos vas a cosechar las dos últimas plantas de allá.

Este accionar esconde una mayor explotación de los trabajadores, que motiva el abandono de muchos tareferos a ese empleador por la escasa remuneración percibida. Los trabajadores no registrados tienen una movilidad mayor entre los empleadores disponibles que aquellos que son registrados o personal permanente de las empresas. Esa “movilidad” se ve condicionada por este tipo de cuestiones. “El que tiene un lindo yerbal, ese rinde” dicen los tareferos. Dicha situación se asienta sobre la desigualdad en la participación económica de los diferentes tipos de actores involucrados en la actividad yerbatera en la Provincia de Misiones.

¹⁷ Para la obtención de este subsidio provincial que perciben los trabajadores de la yerba mate durante los meses de interzafra, éstos deben cumplir con los requisitos establecidos por el Ministerio de Trabajo de la Nación. Para el año 2018 se solicitaron tres recibos de sueldo, ingreso mínimo de \$3.000, fotocopia del DNI y constancia de CUIL. El monto de los subsidios están sujetos tanto a la cantidad de solicitantes como a los fondos disponibles de la entidad otorgante.

La trastienda

El relato de Esteban oscilaba permanentemente entre un tono pausado, descriptivo, y otro que demostraba su bronca, mediante insultos dirigidos al estado. Su referencia al “estado” era difusa. Aludía a este tanto para hablar de acciones gubernamentales que respondían a políticas nacionales, como de determinados comportamientos y dinámicas de los gobernantes locales.

Cuando Esteban comenzó a relatar cómo se erosionó su relación personal con la familia gobernante local pude comprender que existía, por fuera de esa situación de fiscalización “azarosa” del Ministerio de Trabajo, un entramado más complejo que implicaba una enemistad política entre ambos, atravesada por intereses claramente económicos. Las pistas me llevaron a considerar la posibilidad de que la fiscalización significara una maniobra que ponía al descubierto diferentes posiciones en el campo de juego local.

El Ministerio de Trabajo, acompañado por representantes del Sindicato de Tareferos de Misiones, ingresó a su predio a partir de una denuncia con el propósito de constatar si los trabajadores rurales estaban registrados formalmente y trabajando bajo las condiciones prescritas por la Ley Nro. 26.727. Tal como había sospechado Esteban aquel día en que nos encontramos en el camino, se trató de una emboscada. Decía que todos allí sabían que “la fiscalización caería sobre él”, y que “uno a otro le avisaron a todos los tareferos”, motivo por el cual nadie estaba cosechando en los demás yerbales.

¿Quién era el denunciante y por qué lo habría hecho? El rumor de mi implicancia en lo acontecido se había disuelto rápidamente al instalarse otro que decía que a Esteban lo habían denunciado Nekito (pariente del intendente local que, entre otros negocios que desarrolla, acopia y verde hoja verde de Yerba Mate) y Javier, el encargado de un secadero privado de la zona. Tanto Nekito y Javier, como el hermano de Esteban (propietario real del yerbal fiscalizado) pretendían ser candidatos a intendentes por segunda vez, y habrían tomado dicha medida en respuesta al rumor de que el hermano de Esteban buscaba también presentarse a elecciones. Percibí que existía cierto recelo a que el hecho de no residir en la Colonia lo convertía en un candidato ilegítimo y un contrincante al que había que atacar. Además había escuchado de algunos vecinos que su intención era interpretada como una maniobra para acceder a recursos estatales y así reactivar la fábrica que estaba parada.

Sin embargo, Esteban estaba tranquilo. Había encontrado la forma de eximirse del pago de la multa efectuada por el Ministerio. Esteban tenía contactos “que le permitieron zafar”:

Y no, creo que va terminar así nomás, porque a lo último nos terminamos enterando que el que ocupa un cargo muy alto es un primo nuestro y que dijo ‘junten todos los papeles que puedan juntar y de alguna manera eso va a quedar en la nada’. Y de alguna manera eso va a quedar en la nada y ya que es nuestro pariente, ya está...

Las chacras de Esteban y las de su hermano pertenecen a la sección de la Colonia que se emplaza sobre la jurisdicción del Municipio Colonia San Casimiro, ubicado en dirección norte. Esteban y Sandra viven en un extremo de la Colonia bastante alejado del centro, donde se nuclea la mayor parte de la población, es decir, están a 2 km de la *villa* y el barrio de viviendas. Hace aproximadamente 10 años atrás el hermano de Esteban construyó la fábrica, una planta elaboradora de dulces y pasta de ananá, que coincide temporalmente con la creación de la *villa*. La fábrica era vista como una fuente de generación de empleo, tanto para quienes allí trabajaban como para quienes abastecían con materia prima el emprendimiento (otros pequeños productores de la colonia). Implicaba además un nuevo tipo de empleo, pues en la zona no existía otra planta elaboradora de productos alimenticios, más allá de los secaderos y molinos yerbateros que emplean poco personal permanente.

Este proyecto productivo había sido inicialmente demandado por la familia gobernante para ser desarrollado en sus propias tierras, ubicadas a varios kilómetros de allí. El negocio iba a sellarse con el apadrinamiento del intendente de la hija de Esteban y Sandra. Una serie de problemas personales y de salud de la pequeña hicieron que las familias se enemistasen y el padrinazgo no sucediera. Además, los hermanos habían evaluado que el costo de traslado de la materia prima y del alquiler de tierras no eran necesarios, por lo que decidieron levantar la fábrica en su propia chacra.

Pero el acceso a la Colonia por el deterioro del camino, la falta de agua potable y los problemas con el servicio eléctrico, que son recurrentes, constituyen problemas en la vida cotidiana de los vecinos de la zona, y no serían la excepción para la fábrica. Las dificultades para comenzar un proyecto de semejante envergadura en esas condiciones se hicieron notar tempranamente. La ausencia de medidas para mantener los caminos por parte de los funcionarios locales significaba serias dificultades para sacar los productos. Y ello debido principalmente a la fragilidad de los envases de vidrio en los que se envasaba y comercializaban los dulces. A esto se sumaron factores económicos,

entre los que Esteban mencionaba la apertura de la importación de pasta de ananá desde Ecuador, una situación inconveniente para mantener una rentabilidad de la producción. Estos condicionantes y la dificultad de acceso a créditos empresariales llevaron a los hermanos al cese de la planta.

Iniciaron entonces una estrategia de reconversión con motivo de no dejar a los empleados sin trabajo y evitar afrontar los gastos de indemnización por despido. Fue así como rápidamente la fábrica se transformó en productora de ladrillos. Esta estrategia fue posible ya que el mismo personal había participado en la producción de los ladrillos durante la construcción de la fábrica y poseía los conocimientos pertinentes. Ello significó para los hermanos una posibilidad de reconvertirse a una actividad considerada rentable, tanto para el mercado local, como para el abastecimiento de ladrillos en una construcción que el hermano de Esteban emprendería en la capital provincial. Sin embargo, nuevamente las distancias y el deterioro de los caminos dificultaban la salida del producto. Terminaron cerrando y fue a partir de allí que su hermano se propuso disputar la intendencia. La fábrica fue paulatinamente desmantelada. En la actualidad permanecen unas pocas máquinas y herramientas que son custodiadas a diario por Esteban quien habita a pocos metros, mientras aguarda que se resuelva su remate, una situación por demás acuciante para los hermanos.

Etnografía: Imponderables, conflicto y cambio social

Haciendo uso de la técnica de la descripción densa formulada por Geertz (2003), y de lo que Guber (2011) señala como un registro completo¹⁸, el relato pone en escena situaciones imprevistas acontecidas en la Colonia la mañana del 7 de Julio de 2017. El lector se preguntará por qué si el foco de este trabajo está puesto en la emergencia de la villa obrera municipal como el punto de partida para advertir un proceso de cambio social, comenzamos esta tesis con un relato etnográfico

¹⁸ “Cualquier acontecimiento, incluidas las situaciones de entrevista, está enmarcado en coordenadas de tiempo y espacio, dentro de las cuales algunos actores llevan a cabo ciertas actividades. En un registro completo no pueden faltar ninguno de estos elementos [PATE: personas - actividades - tiempo - espacio], como tampoco su peculiar relación, sea que provenga de lo manifiesto o de las inferencias del investigador. Se contará, además, con información requerida que resulte pertinente al tema: *Espacio*: se incluye información acerca de las dimensiones del ámbito de información o de la entrevista, como el mobiliario, sus condiciones, objetos, decoración y también acerca del ámbito mayor en el que se inserta el espacio particular del intercambio. *Tiempo*: atañe, por un lado, al segmento temporal en que transcurren la observación, el encuentro y la entrevista y, por otro, a la secuencia de hechos vicisitudes de la interacción entre el investigador y los presentes. En todo registro conviene incluir qué lapso temporal abarca, la hora de arribo del investigador y del o los informantes. Las *personas* presentes, desde el comienzo hasta el final de la observación o entrevista, mantienen diversos grados de relación con el investigador (...). Las *actividades*, contemplar el número de personas que las llevan a cabo, la división de tareas, cadenas de mando y poder, así como el ritmo, el tipo y maduración y el grado de habitualidad de esas personas en el lugar” (Guber. 2011: 105-106)

que hace hincapié en un fenómeno `extraordinario' que no informa *exclusivamente* sobre ella. Antes de elucidar ese interrogante debemos recordar al menos una de las enseñanzas que nos ha brindado Malinowski en su prestigiosa obra *Los argonautas del Pacífico Occidental*, publicada en 1922. Él señalaba la necesidad de contemplar “toda una serie de fenómenos de gran importancia que no pueden recogerse mediante interrogatorios ni con el análisis de documentos, sino que tienen que ser observados en su plena realidad” (Malinowski, 1972:36), a los que llamó “imponderables de la vida real”. Estos son, “ya de por sí importantes como hechos de la vida real, son parte de la verdadera sustancia del edificio social y sujetan los innumerables hilos mantenedores de la cohesión familiar, del clan y de la comunidad” (Op.cit.). Es decir, aquello sobre lo que nos advertía Malinowski acerca del quehacer del trabajo de campo, cobró sentido al momento de argumentar el objetivo de este relato.

La intención fue invitar al lector a introducirse en el aspecto “íntimo” del problema desde la descripción más detallada posible de la trama social de la que este fenómeno emerge. Cargado de peripecias, incidentes, sujeto a diferentes tonos de intensidad y buscando mostrar las diversas destrezas que los sujetos van desarrollando en los distintos momentos, la descripción fue desanudando una situación cúlmine que podría haber sido reducida, simplemente, a la descripción de una “fiscalización de las condiciones de contratación y de trabajo de una cuadrilla de trabajadores rurales en algún yerbal de la provincia de Misiones”. Es decir, a un hecho empírico que informa acerca de lo que Malinowski señala como la “estructura legal, cristalizada y establecida”. Sin embargo, con la etnografía podemos añadir algo fundamental “al frío esquema de la estructura social (...) aportando toda clase de detalles sobre el comportamiento, el escenario y los pequeños incidentes” (Op. Cit. pp. 35).

El relato se organiza en tres núcleos narrativos. El primero de ellos presenta mi experiencia de un día de trabajo en campo, cuyo objetivo inicial fue conocer y pautar una entrevista con el nuevo médico asignado a la *salita* para tener un acercamiento a su perspectiva biomédica sobre los problemas de salud de los pobladores de la Colonia. Principalmente me interesaba saber acerca de aquellos vinculados a la actividad laboral, las carencias nutricionales, los problemas relacionados al hacinamiento y la falta de acceso al sistema público de salud. No obstante, inmediatamente iniciado el recorrido, ese día me fui involucrando en una serie de hechos que me llevaron a preguntarme acerca de la compleja relación existente entre los diferentes tipos de problemas cotidianos de los pobladores de Letizia. Ordenados cronológicamente, cada uno de ellos estaban informando sobre un aspecto singular y, a la vez, sobre una trama de intereses enfrentados:

1. La salida de la chacra y la dificultad de la circulación vehicular por los caminos internos de la colonia que son al amanecer aún más intransitables debido a la humedad del ambiente. Ello limita no sólo la movilidad sino también la organización temporal de las actividades diarias.
2. El silencio en ese momento del día a pesar del buen clima, la ausencia de trabajadores y capataces en actividad como indicadores de una circunstancia atípica.
3. El encuentro repentino con una cuadrilla de paisanos en un yerbal vecino cuya contratación era indicador de una venta de yerba a un secadero o acopiador extra local.
4. El encuentro con una mujer joven, madre, trabajadora rural, que caminaba con su bebé en brazos por uno de los caminos vecinales en dirección a la *salita*, para que sea atendido por el médico a causa de su agudo grado de desnutrición. Esta mujer vive en *chacra ajena*¹⁹ en un segmento de la Colonia bastante alejado del núcleo poblacional, y en ese momento atravesaba serias dificultades debido a conflictos de violencia intrafamiliar (agravado por situaciones de abuso sexual a una de sus hijas) la condujeron a ser el sostén económico del grupo familiar.
5. La presencia exclusiva de mujeres con sus hijas e hijos en la *salita* informa sobre la división por géneros en el acompañamiento y cuidado.
6. La dificultad de acceso a la información sobre los requisitos exigidos por los programas de asistencia (tales como Hambre Cero, AUH, Plan Nacer, Plan Mamá). Este hecho permite ver la complejidad del conflicto que representa para los pobladores la distancia de la Colonia al hospital zonal (ubicado a 25 km=
7. La actitud de la asistente de salud, vinculada fuertemente a la intendente del municipio de Colonia San Casimiro, a quien, muchos vecinos de la Colonia, no reconocen como una funcionaria interesada por los problemas de la comunidad y la división de las mujeres en dos grupos dando indicios de relaciones conflictivas.
8. La larga espera de las mujeres y los niños para ser asistidos por el médico y la organización de sus rutinas que implica abandonar tareas domésticas y agrícolas para ir al encuentro con el médico que ingresa una vez a la semana ó cada quince días. Las dificultades de cobertura para el médico que es asignado a varias salitas de la zona y el estado de los caminos que dificultan su organización temporal para llegar a todas en el lapso de tiempo prescripto. La falta del médico ese día.
9. La opinión crítica de algunas mujeres acerca de la situación de la joven madre manifestando

¹⁹ Este categoría refiere a una de las formas de habitar que desarrollaré en el capítulo 3.

acerca de una forma de concebir moralmente el rol de madre y esposa. La respuesta inmediata de la asistente para atender al bebé, en una condición de riesgo. La exaltación de la figura de la intendenta municipal vinculando su deber público a su carácter y carisma personal.

10. El silencio y las miradas entre las mujeres, seguidas del comentario alusivo sobre el aviso previsto de una fiscalización ese día, frente a la aparición repentina y veloz de una camioneta del Ministerio de Trabajo, en dirección a un yerbal del fondo, alarmó acerca de la cuadrilla de paisanos.

11. La visita a la casa de Doña Arami y Justino, siempre dispuestos a conversar y compartir unos mates. Su casa era un espacio abierto de diálogo, de amistad y cordialidad, y algunas veces, un momento de 'descanso' durante los recorridos diarios.

12. El encuentro con vecino de la *villa* que informa acerca de las dificultades de habitar en la Colonia, y particularmente, de las dificultades económicas que atraviesa al tener a un hijo menor padeciendo grave afección de salud, lo cual implica la reorganización de la dinámica familiar y el traslado constante desde la Colonia hacia la capital provincial donde se encuentra internado el niño. También da cuenta las relaciones conflictivas de la población con la intendencia, que condiciona el acceso de las familias habitantes de la villa a la asistencia en situaciones de emergencia. Este contexto se complejiza si tenemos en cuenta la desatención en el mantenimiento de los caminos de tránsito vecinal, la carencia de una movilidad particular, la falta de antenas telefónicas y de ambulancias para el traslado de enfermos hacia el hospital zonal.

13. El encuentro con la camioneta del Ministerio de Trabajo y con un dirigente del Sindicato de Tareferos frente a las miradas curiosas de los vecinos de la villa.

14. El encuentro con el propietario del yerbal fiscalizado y la expresión de sospecha, ante la posibilidad de una denuncia, en un tono angustiante y nervioso.

15. Mis especulaciones acerca de las posibilidades de un rumor que me señale como denunciante de la situación irregular de contratación de los trabajadores.

El día terminó con la salida de la Colonia, ante la posibilidad de verme involucrada en una situación extremadamente comprometedor que podría, o cerrarme las puertas del trabajo de campo, ó lo que era más inquietante aún, provocar algún tipo de represalia.

A partir de esta esta línea temporal del relato de un "imponderable" encontré un argumento significativo para invitar al lector a introducirse en la trama compleja de la vida cotidiana en la Colonia. Es decir, que el registro de este imponderable se constituyó en sí mismo "en una ventana hacia afuera y hacia adentro" del proceso de conocimiento. Siguiendo a Guber, "el registro es, en

suma, la imagen del proceso de conocimiento de otros y de sí mismo que va experimentando el investigador (...) No es un depósito de información sino uno de los elementos fundamentales que el investigador lleva a cabo consigo para conocer a sus informantes al tiempo que se conoce a sí mismo. Por consiguiente, no es una fotocopia de la realidad sino una buena 'radiografía' del proceso cognitivo" (Guber 2011:108-109).

El segundo núcleo del relato versa acerca del momento de regreso a la Colonia. Transcurridos algunos días, habiéndose despejado el rumor de mi involucramiento, me atreví a solicitar a Esteban una nueva entrevista. El registro de los hechos anteriores sirvió, tal como indica Guber (2011), como una herramienta que indujo la reformulación del contenido y los canales de encuentro. Hasta ese momento, había pasado decenas de veces frente a la fábrica y de la chacra de Esteban, había tenido varias entrevistas con algunos vecinos que trabajaron para él en diferentes oportunidades (e inclusive para sus padres). Tenía algunas someras referencias sobre su personalidad y comportamiento, pero sólo había tenido una oportunidad de hablar personalmente con él. En dicha circunstancia tuvimos una larga conversación sobre la historia de vida de sus padres (primeros inmigrantes polacos) y el desarrollo productivo de su chacra, los recuerdos de su infancia y de su temprana emigración de la Colonia, su regreso en la etapa de vejez de sus padres, su vida familiar, el desarrollo del proyecto de la fábrica junto a su hermano.

En ese momento mis preguntas tenían por objetivo conocer cómo se había creado Colonia Letizia y en qué contexto los inmigrantes europeos habían arribado a estas tierras y se habían establecido rápidamente como propietarios y patrones de un grupo de trabajadores, en su mayoría, inmigrantes paraguayos o pobladores criollos e indígenas. Este objetivo incidió inicialmente en mi preferencia por entrevistar a familias que, como la de Esteban, eran la segunda o tercera generación de los primeros inmigrantes europeos. A medida que me iba acostumbrando a una dinámica de recorridos diarios, que implicaban el rol activo para participar y observar de sus rutinas, así como escuchar las largas y entretenidas historias de 'los antiguos' de la Colonia, iba descubriendo diferentes miradas y posicionamientos acerca de los *cambios* que experimentaban estos pobladores en la actualidad.

El registro de la situación de fiscalización (y la indefectible necesidad de tomar distancia por unos días), me permitió realizar un repaso y un análisis sobre la situación experimentada. Esas aproximaciones incidentales y el conflicto latente en torno a la aparición de un ente de regulación estatal significaron un momento "bisagra" respecto de lo que, hasta ese momento, consideraba un intento bastante magro de realizar una periodización de los momentos centrales (o los hitos más significativos) de la historia de la Colonia. Aunque esta empresa no era en sí misma un fracaso, el

caos que percibía (principalmente en mis registros y en la forma de encauzar las conversaciones) se circunscribía a la de algún modo se había creado una imagen que me acercaba más al rol de historiadora que de antropóloga. En parte, la antropología social era un trabajo “extraño” que me resultaba difícil explicar a la gente con la que trabajaba; ello llevó a que rápidamente se popularice la idea de que era “la chica que quería escribir la historia de la Colonia”. Este rol me permitía aliviar una carga aún más pesada: al principio de mi trabajo, algunos vecinos habían sospechado que mi presencia allí podría estar vinculada al robo o apropiación de bebés, algo que según decía Lautaro, un trabajador rural y *olero*²⁰ que vivía en la villa, “pasaba antes, que había gente que venía a buscar chicos a la Colonia para llevárselos y después las madres nunca más los veían”. Sobre ello también había sido acusada por Lorena, una vecina de Pocho que se mostraba desconfiada ante mis visitas recurrentes a su casa, cuando él y su mujer estaban ausentes, acompañando a su hijo en la ciudad de Posadas. Es decir que mi trabajo de “historizar” la Colonia fue esencial para despejar este primer rumor y adquirir confianza con la gente. Y aunque ello luego me abrió puertas, cerró otras con cierta beligerancia, principalmente entre los trabajadores de la villa que no se consideraban a sí mismos voces legítimas para hablar sobre ‘la historia’ del lugar; pero que además no eran legitimados por las familias más antiguas, que consideraban que eran las portadoras de “alguna historia” digna de ser revitalizada.

La posibilidad de regresar rápidamente a la Colonia y concretar rápidamente un encuentro con Esteban significó un paso decisivo en el desarrollo del proceso de investigación, en tanto permitió reencauzar mi interés acerca de los cambios recientes en la realidad actual de la Colonia. Fue a partir de allí que percibí una mayor apertura de la gente (y en primer lugar con Esteban) para conversar acerca de los problemas y los *cambios* presentes, entre otras cosas, aliviaron la carga del rol de historiadora que se me habían otorgado. Esta situación me permitió darle “actualidad” a los *cambios* que los sujetos me relataban con asiduidad, y que sin embargo no podía desanudar de un pasado fuertemente marcado por el proceso de colonización fundacional de la Colonia.

En la entrevista realizada el día 12 de Julio de 2017, Esteban expone la situación de fiscalización, relata los motivos por los cuales recurrió a la contratación de una cuadrilla extra local y las complejidades de un sistema de producción yerbatero que oprime, desde su punto de vista, al pequeño productor primario. Argumenta que es la estructura agroindustrial la que coloca a los colonos en una posición desventajosa frente a las empresas mejor articuladas con otros eslabones productivos. Arguye que el escenario de concentración económica es favorecido por un sistema de

²⁰ En la región, *olero* deriva de la palabra *olería*, que es el espacio donde se producen ladrillos con el barro ñaú,

regulación de precios (a través del Instituto Nacional de la Yerba Mate -INYM), que no cumple los acuerdos, empujando al pequeño productor a elaborar estrategias para aumentar la ganancia. Entre las cuales se incluye la contratación de cuadrillas no registradas formalmente, y que por lo tanto, incumplen la normativa vigente que establece las condiciones de contratación y de trabajo definidas en la Nueva Ley de Trabajo Agrario , vigente desde diciembre de 2011. Según Esteban, estos mecanismos de contratación son ampliamente extendidos tanto entre pequeños productores, que efectivamente se encuentran en una dificultosa situación para afrontar los gastos de contratación legal de la mano de obra, como entre productores yerbateros de mayor capacidad productiva. En su caso, me resultó peculiar la decisión de no entregar la materia prima a la Cooperativa Yerbatera pues, aunque señaló las irregularidades en el precio del producto, también destacó que su padre había sido socio de la misma y que jamás habían tenido inconvenientes. En Letizia, la mayoría de los productores yerbateros entregan la hoja verde de yerba mate a la Cooperativa Yerbatera de Colonia San Casimiro, ó al secadero de Schnieper, uno de los empresarios yerbateros más grandes de la Colonia e hijo de las primeras familias suizas que llegaron allí. Estos secaderos realizan el trabajo de cosecha con *cuadrillas* locales, liberando al productor del `problema` de conseguir cuadrillas en blanco, de registrar trabajadores para la cosecha y de realizar el traslado del producto hasta el secadero. Este servicio es descontado al productor en el momento del pago. Sin embargo, Esteban es enfático al destacar que estas empresas tampoco cumplen con esos requisitos de legalización de las cuadrillas:

...ellos les blanquean, pero pagan el seguro de vida y nada más, porque después no tienen interzafra no tienen ni un beneficio, y entonces la gente si o si tiene que desaparecer cuando pasa algo. Desaparecen y quedan los cuatro tipos que están en blanco.

Los trabajadores de la Colonia deben aceptar estas condiciones dado que son las dos únicas empresas que contratan tareferos de la zona todos los años.

No obstante, Esteban resalta el argumento del precio de venta y la posibilidad de incorporar una mayor cantidad de palos en la carga, para señalar el motivo por el cual había decidido realizar la cosecha con una cuadrilla extra local. Esta explicación no lo eximía de un requisito ineludible: verificar la regularidad en la contratación de la cuadrilla, dado que según lo establecido por la ley el dueño del yerbal es “solidariamente responsable” en situaciones de irregularidad (Ley 26.277, Art. 12 y 13). Esteban no decidió contratar trabajadores locales, por considerarlos poco confiables, desobedientes y poco productivos. La actitud reticente hacia los trabajadores de la Colonia estaba

condicionada por una falta de confianza en la *gente de la villa*, a la que señala como *recién llegados, ventajeros, paraguayos que vinieron por los planes*; fundamentando sus adjetivaciones con una experiencia reciente en la que relata que fueron los paraguayos los que ingresaron a su chacra a “matar ganado para comer”, causándole una significativa pérdida económica y un ingrato disgusto debido a la falta del accionar policial en esta zona rural. Tanto este hecho, como el robo de cultivos y herramientas son señalados con asiduidad por varios de los vecinos de la Colonia, como una práctica habitual adjudicada a los nuevos pobladores.

Otra cuestión importante es el carácter que adquiere la contratación de trabajadores, al que alude Esteban cuando hace referencia a las condiciones de trabajo registradas durante el operativo. El origen étnico (guaraní) de la cuadrilla parecía ser un basamento suficiente para justificar el incumplimiento de los derechos que él, en tanto empleador, debe asegurar a los trabajadores. Este aspecto es inmediatamente asociado a los trabajadores de la *villa*, cuando señala que allí viven sin viviendas dignas, sin baños ni servicios. Dice: “ni para comer tienen”, para volver enfático sobre el sentimiento de injusticia que le provoca tener que brindar a los trabajadores condiciones que no poseen en sus propios hogares. Estos derechos, exigidos actualmente bajo un nuevo marco legal, aunque todavía no son cumplidos por la mayoría de los empleadores, han tenido una fuerte repercusión en la zona debido al accionar reconocido del Sindicato de Tareferos de Misiones (cuya Secretaría General se localiza en Jardín América) y el RENATEA. Desde la perspectiva de este productor yerbatero, este proceso es interpretado como un empoderamiento de los trabajadores, al experimentar una modificación en sus conductas tales como la “desobediencia” acerca de la forma en la que tendrían que haber actuado ante la presencia de un control estatal. Estas nuevas formas de respuesta lo llevan a percibir una pérdida de poder sobre la mano de obra, manifiesta a través de expresiones como “ellos ya son dueños” ó “porque vos no sabes los derechos que hoy tiene un obrero rural”.

El tercer momento del relato etnográfico expresa el conflicto político que trasluce el “imponderable”. Indaga acerca de los motivos de la denuncia realizada a Esteban, entre los cuales se encuentra la disputa en torno a la presentación a las elecciones municipales por parte de su hermano. En este sentido, una de las cuestiones centrales detrás del conflicto estuvo dada en la capacidad de agenciar determinados mecanismos de regulación estatal como parte de una estrategia política, y en la cual se entrecruzan dos roles en un mismo individuo: productor - empresario y político - candidato a intendente. El sentido que adquiere la fiscalización se torna eminentemente político, en éste espacio en el cual determinados mecanismos estatales son accionados por intereses

personales, e inclusive en la misma resolución del conflicto, en la cual Esteban señala que un pariente lograría absolverlo de la multa que debía pagar por el ilícito.

En este sentido, Balbi (2010) afirma que:

La etnografía es un campo fértil para el estudio de los límites y alcances de esta clase de actividad estatal, incluyendo el análisis de las maneras en que las poblaciones locales experimentan esa actividad estatal y producen otras formas de regulación que se entrecruzan con las emanadas de las agencias del Estado (Pp.173)

Se trata de observar cuán alejadas o cercanas se encuentran las prácticas escritas de las prácticas reales y cómo ellas son configuradas en una trama de relaciones sociales determinadas por distintos elementos.

Con relación a la denuncia y el conflicto, también he hecho alusión a otro motivo que antecedió al cierre de la fábrica de dulces y que da cuenta de los intereses económicos que enemistaron a la familia gobernante con la familia de Esteban, y que se expresan en la disputa política. Este proyecto, además de haber sido visionado por el intendente de Colonia San Casimiro (quien buscaba vincularse al emprendimiento), había exigido al municipio el mantenimiento de los caminos. Ello puso de manifiesto una vez más que la cuestión de los caminos constituye un problema central no sólo para el tránsito cotidiano, sino que es una condición necesaria para desarrollar emprendimientos productivos. Los vecinos alegan que es difícil asistir a los mercados regionales porque no tienen cómo sacar su producción tanto por la falta de vehículos como por el estado en que se encuentran los caminos, dificultando el acceso a posibles canales comerciales.

Por lo mencionado hasta aquí, es posible afirmar que la presentación de este “imponderable” (la fiscalización) ha permitido acercarnos y mostrar una trama de interrelaciones que exponen algunos aspectos centrales de los conflictos y los cambios que perciben los pobladores de la Colonia, como factores determinantes de su vida cotidiana.

Con objetivo de retomar y analizar la perspectiva nativa del cambio social, en el próximo capítulo se abordará la dinámica de relaciones que se establece entre los trabajadores sin tierras y los dueños de las explotaciones agrícolas, entre nuevos y antiguos pobladores, focalizando en la nueva configuración socio-territorial que expresa la emergencia de *la villa*.

CAPITULO II

Los cambios y las nuevas formas espaciales

De un “imponderable” al abordaje del cambio social

En el relato del capítulo anterior presenté una diversidad de elementos y dimensiones de la trama de la vida social que se encuentran incrustados en un mismo espacio-tiempo y que, siguiendo la propuesta de Gluckman, sirven para analizar el cambio y el conflicto desde la perspectiva procesual. Aunque Gluckman y los estudiosos de la Escuela de Manchester²¹ se focalizaron en el estudio de sociedades que pasaban a ser consideradas complejas y en procesos de transformación (y siempre bajo la cúpula de la noción de sistemas), desde una perspectiva dialéctica, sus aportes me han servido para comprender que todo orden, o al menos lo que se presenta en su plano más aparente, es construido a partir de situaciones contradictorias, relaciones y conflictos que deben ser abordados de manera temporal y entendidos a partir de su propio ritmo.

Las relaciones sociales no son estáticas y eternas, sino cambiantes y guiadas por intereses que divergen de una situación a otra. Desde esta perspectiva los conflictos se hacen presentes en los subsistemas de la sociedad, siendo posible un equilibrio relativo dentro de la estructura social. Es decir, que solo puede haber estabilidad o equilibrio en el plano macrosocial, si se garantiza la continuidad temporal y la fluencia de los conflictos en el plano microsociedad²².

Para el caso que presento, los conflictos que atraviesa la comunidad de Letizia pueden ser analizados en el plano microsociedad, sin desconocer la estructura macro social y su relativo “equilibrio”. Aunque los conflictos y los cambios percibidos se ubiquen sobre planos diferenciados

²¹ El equipo estuvo formado por investigadores tales como como Clyde Mitchell, J. Barnes, E. Colson, Mary Douglas, Victor Turner, entre otros. La originalidad de los postulados de Gluckman permite diagnosticar que, más que una continuidad con los supuestos teóricos de sus predecesores, introdujo una transformación epistemológica y un cuestionamiento a ellos, principalmente a las bases de la antropología británica representada por RadcliffBrown, Schapera, Fortes, Malinowski, Marett y Evans- Pritchard. Su crítica arremete principalmente contra la teoría funcionalista que considera cualquier elemento contradictorio del sistema social como un elemento disfuncional, es decir, que haría peligrar la cohesión y estabilidad de la estructura. Para el funcionalismo, el equilibrio social era visto como estático y por tanto ahistórico.

²² Para abordar con más detalle los aportes de Gluckman a la antropología del conflicto y su propuesta para el análisis de situaciones sociales, ver *Costumbre y Conflicto en África* (2009).

(a los que Gluckman llama “subsistemas”), como son el trabajo, la salud, la vivienda, la escuela, los medios de conexión-comunicación, se encuentran estrechamente relacionados. Es decir, muestran que lejos de ser esferas aisladas, o “aislables”, o solamente personas o hechos puntuales o excepcionales, las que entran en relación en un proceso de cambio o de conflicto social, se trata de “tramas” (de personas, de cosas, de lugares) que nos permiten dar cuenta de la complejidad de las relaciones, no como naturalezas fijas, sino como un espacio donde convergen una multiplicidad de elementos. En este sentido, el esfuerzo metodológico del relato etnográfico se centró en considerar y reconstruir los elementos percibidos por la etnógrafa con el fin de analizar esas tramas y desarmar categorías aparentemente fijas. Y es en este sentido que podemos tomar el hecho de la fiscalización como un imponderable a partir del cual describir y analizar una situación social, que no sólo refiere a la intervención del Estado en la relación entre productores y trabajadores, sino principalmente a las múltiples formas en que el Estado se manifiesta, se incorpora, se conceptualiza y se vivifica.

Desde la perspectiva del cambio social propuesta por Gluckman, el punto de partida para el análisis que realiza el antropólogo es la consideración de la “situación social”, a la que piensa como el “material crudo” del antropólogo y en las que debe ser capaz de interactuar con:

...los acontecimientos que observa y a partir de los cuales y de sus interrelaciones en una sociedad particular abstrae la estructura social, las relaciones, las instituciones, etc., de dicha sociedad. Por medio de ellos y de nuevas situaciones debe comprobar la validez de sus generalizaciones (Gluckman 1987: 228).

Son situaciones sociales al estar interrelacionadas con otro tipo de situaciones del sistema social.

Todos los eventos que envuelven o afectan a los seres humanos son sociales, desde la lluvia o un terremoto hasta el nacimiento o la muerte, o el acto de comer y defecar (...) Una situación social es el comportamiento en algunas ocasiones, de individuos como miembros de una comunidad, analizado y comparado con otras situaciones. De esta forma el análisis revela el sistema de relaciones subyacentes entre la estructura social de la comunidad, las partes de la estructura social, el medio ambiente físico y la vida fisiológica de los miembros de la comunidad (Gluckman 1987: 238)

Entre las situaciones sociales a las que hace referencia el autor se pueden tomar aquellos conflictos que expresan relaciones sociales problemáticas, dramáticas, tensas o inestables, a través de las cuales es posible observar la conexión entre coerción social y acción individual. Estas situaciones conducen a los sujetos a adherirse a posturas, identidades o valores, movidos por intereses propios,

que pueden agruparlos y enfrentarlos. Lo que se deja entrever en la descripción de la situación social, y que Gluckman analiza con detalle en el caso de Zululandia moderna, es el hecho de que los miembros pueden formar parte de distintos grupos a la vez, que se oponen entre sí o se agrupan contra otros, y ello debido a que muchos intereses y relaciones confluyen en una persona. En este sentido, el equilibrio de la estructura social está dado “por las relaciones interdependientes entre diferentes partes de la estructura de una comunidad en un periodo particular” (Gluckman 1987: 260).

Por ende, el equilibrio siempre es temporal.

El funcionamiento de la estructura consiste en la cambiante condición de miembro de grupos en diferentes situaciones, ya que la pertenencia de un individuo a un grupo particular en una situación particular está determinada por los motivos y valores que influyen sobre él en tal situación. Así, los individuos pueden vivir vidas coherentes a través de la selección situacional de una mezcla de valores contradictorios, creencias incompatibles, e intereses y técnicas variadas (Gluckman 1987: 261).

En los cambios en la participación de los grupos en situaciones diferentes se revela el funcionamiento de la estructura, porque es allí donde podemos ver su interacción creativa. En este sentido, pudimos observar que la manera en que reaccionaron los paisanos cuando vieron llegar la camioneta de la fiscalización, daba cuenta de que en esa situación particular emergieron mecanismos de autodefensa de sus derechos y que apuntaron más a la cohesión de los trabajadores, antes que a la obediencia del funcionamiento de las relaciones preexistentes fundadas en el sometimiento. Pero su participación en esa situación estaba sin duda determinada por los motivos y valores que influenciaron esa acción. En este sentido, resultaba notorio que en un contexto de traslado de la *cuadrilla* a un lugar que no era el suyo propio, estos paisanos sintieran cierto empoderamiento para actuar de esta forma, mientras que las *cuadrillas* locales, formadas por trabajadores de la *villa*, no apelen a este tipo de mecanismos, sino por el contrario actúen recluyéndose en sus hogares hasta que la fiscalización desaparezca. Se trata de formas diferenciadas en que los sujetos desarrollan una práctica social, y que nos permite ver el funcionamiento de la estructura en una situación social determinada.

Esta atención puesta en el proceso permitiría además abordar cómo las acciones de los sujetos afectan, mantienen o transforman las estructuras sociales de larga duración. Las personas actúan a partir de la multiplicidad de circunstancias en las que se ven involucradas.

Desde la perspectiva de cambio social de Gluckman es precisamente en los conflictos, las contradicciones y en las diferencias en que se puede encontrar el equilibrio de la estructura social. Así llega a concluir que a fin de dar cuenta del cambio social, se debe poder analizar el equilibrio social en la comunidad en diferentes momentos y mostrar cómo los equilibrios sucesivos se relacionan entre sí. En este sentido, debe definirse de manera prioritaria el tiempo como categoría principal de la investigación. Sin embargo, no se trata de arribar a un sentido de equilibrio estático, que apunte a mostrar que las instituciones se mantienen invariables o que la estructura se ha conservado intacta a pesar del cambio, sino más bien de armar una ficción provisional, una foto de la situación de cambio social y los elementos que lo provocan, para analizar y observar a esa estructura como si estuviera en equilibrio (Gluckman, 1978). Es decir, no todos los tipos de cambios tienden a provocar los mismos efectos, algunos permiten una continuidad de la estructura social mientras que otros sugieren o tienden a una ruptura.

Vale considerar que el análisis de estas discusiones contribuyó a reflexionar tanto sobre las estrategias metodológicas como sobre las cuestiones teóricas en las que el conflicto y el cambio social pueden ser abordados. La teoría de la Escuela de Manchester ha puesto en escena nuevamente al individuo, al plantear la necesidad de un abordaje microsociológico de la teoría de la acción que propició la elaboración de un conjunto de instrumentos de investigación que contribuyen a la aprehensión de procesos, acciones y secuencias de desarrollo a partir de una perspectiva histórica de sociedad en movimiento y en constante flujo (Feldman – Bianco 1987: 11).

La orientación procesual del análisis de conflictos ha puesto en escena una nueva pregunta que vino a cuestionar fuertemente al estructural funcionalismo: ¿cómo la sociedad se transforma?. El privilegio sobre los procesos, la contradicción, el conflicto entre normas, la manipulación de reglas, ocuparon el campo de atención de la antropología británica, cuya crítica arremetía a la idea voluntarista, racionalista e individualista de la acción social. Observar el comportamiento del individuo en situaciones estructuradas ha conducido a un camino de posibilidades para explicar la complementariedad de la estructura y la organización social sin necesidad de escindir las mutuamente, tornándose posible aprehender la fluencia y el movimiento de la sociedad. Este aspecto ha sido central para considerar esta teoría en el abordaje de los conflictos y cambios en la comunidad que emergieron en la descripción de un imponderable.

Sobre el uso de la perspectiva etnográfica

Como pudo advertirse en el capítulo anterior, admitir que es el proceso de apropiación y significación de las políticas públicas (y el ejercicio de las funciones del Estado en sus márgenes) el que propulsa los cambios en una pequeña comunidad rural que se emplaza en un límite fronterizo, me llevó a considerar las perspectivas nativas en torno a estos procesos políticos. Tomarlas como la 'piedra angular' en el desarrollo de la etnografía, permite abandonar las preconociones que se tienen frecuentemente sobre el estado, la política, las políticas (en plural) y el poder, pero también sobre categorías como 'trabajador rural', 'tarefero' o 'beneficiario'. Esto permite focalizar en la mirada que tiene la gente sobre los procesos de cambio que experimentan en su vida cotidiana. A propósito de ello, el material etnográfico resulta relevante para la teoría social puesto que

Es lo que puede dar a los megaconceptos con los que se debaten las ciencias sociales contemporáneas —legitimidad, modernización, integración, conflicto, carisma, estructura, significación— esa clase de actualidad sensata que hace posible concebirlos no sólo de manera realista y concreta sino, lo que es más importante, pensar creativa e imaginativamente con ellos (Geertz, 1987 [1973]:34).

En ese sentido, Balbi (2010) señala que la perspectiva etnográfica permite aprehender una porción del mundo social a través de un análisis centrado estratégicamente en las perspectivas nativas y tendiente a integrarlas coherentemente en sus productos, suponiendo la existencia de la diversidad y diferencias empíricas presentes en todos los hechos sociales (Pp. 72). A este respecto, Guber (2013) señala que:

Los actores se conducen en el mundo social de acuerdo con las reglas y opciones posibles. Es en el entramado significativo de la vida social donde los sujetos tornan inteligible el mundo en que viven a partir de un saber compartido —aunque desigualmente distribuido y aplicado— que incluye experiencias, necesidades, posición social, modelos de acción e interpretación, etcétera.

Balbi y Boivin (2008) destacan la capacidad de la etnografía de conferir a estas nociones de sentidos múltiples y de las relaciones en ellas contenidas, atendiendo de manera detallada a los usos que los actores hacen de ellos. Por su parte, Balbi (Ibíd.) indica que:

Las perspectivas nativas constituyen un camino privilegiado para acceder al conocimiento de lo social no sólo porque son parte de ello sino, particularmente, porque los actores deben necesariamente tener algún tipo de visión de su propio mundo social,

tal que les permita operar en él (pp. 172).

Por otra parte, inmiscuirnos en un proceso de desnaturalización de conceptos, sugiere incrementar la capacidad de entender cada concepto en la vida cotidiana de los actores. Así, a la vez que son categorías nativas, son nuestras herramientas teóricas, y por ello es necesario no “congelarlas tornándolas nociones estáticas carentes de otra virtud que la de transmutar procesos sociales complejos en (supuestas) entidades reificadas”, antes bien se trata de “desnudar el carácter contingente – social e histórico – que suele asociársele” (Balbi y Boivin 2008:10,11). Por su parte, Balbi (Ibídem) señala que las perspectivas nativas, en plural,

No se identifican con las verbalizaciones de los sujetos sino que corresponde a una construcción analítica desarrollada por el etnógrafo en base a análisis de la totalidad del comportamiento observado, atendiendo especialmente a la información no verbal que comporta la acción social (lo cual no sólo los actores no verbalizan sino que, en gran medida, son incapaces de expresar discursivamente) y a la que encuentra inscripta la propia materialidad del mundo social (pp. 172, 173).

El trabajo etnográfico, como proceso de investigación, debe ser abordado desde su propia condición dinámica y forma parte de la empresa del etnógrafo prestar atención a las perspectivas nativas en plural. No es posible construir una perspectiva nativa unificada en un medio social dado, porque significaría cargarla de una especificidad empíricamente improbable, una singularidad unificada contradictoria en sí misma. Como señala Wagner (2010), es en el trabajo de campo donde encontramos “la zona de ambigüedad”, es decir, el sentido amplio y el sentido restringido, el sentido marcado y el sentido no marcado de los asuntos que las personas consideran importantes, y que crean, en última instancia, la “cultura”. ¿Qué es importante para ellos y qué es importante para nosotros?, ¿Qué tipo de representaciones/categorías presuponemos en el trabajo de campo?. En tanto que éste es una experiencia creativa, productiva (Ibídem), en la medida en que el objeto experimental del antropólogo es el propio antropólogo, desanclarse de sus propias categorías es su tarea más difícil.

Es por ello que mi interés radicó en adherir a la etnografía como una mirada analítica adecuada que me permite comprender y centrarme estratégicamente en las perspectivas nativas sobre lo que significa el *cambio* en la vida de la comunidad de la Colonia, a partir de registrar ciertas categorías nativas que son tomadas mas frecuentemente como categorías teóricas: el trabajo, el estado, las políticas, lo político, los trabajadores rurales. Buscaba comprender cómo estas se manifiestan en una situación concreta donde se ponen en juego relaciones personales y de poder. Para alcanzar ese

objetivo, no podía obviar aquello sobre lo que la gente me advertía con asiduidad, el foco de los *cambios* se mostraba en la emergencia de la *villa*. Si quería averiguar cómo las cosas cambiaban en la Colonia, este lugar representaba un buen lugar donde mirar, preguntar, observar.

Así como la fiscalización, en tanto “imponderable”, se presentó como una bisagra desde donde mirar hacia atrás y hacia adelante el proceso de conocimiento, la *villa* estaba allí. Siguiendo a De Certeau (1999), todo relato es un relato acerca de una práctica del espacio, y por esta razón tiene importancia para las prácticas cotidianas. La *villa*, como objeto de señalamiento de los “males que aquejan a la comunidad”, como manifestación de lo que estaba cambiando en la Colonia, se circunscribía a un espacio y a la gente que lo habita, lo transita. Ella era, entonces, lo cotidiano, el presente... pero también, por contraste, un lugar desde donde mirar el pasado.

La villa: un emergente de cambio y conflicto social

El fenómeno de emergencia de la villa obrera municipal en el núcleo de esta colonia agrícola se presentó como un emergente del *cambio* para los antiguos pobladores de la Colonia. En principio muchos de mis interlocutores iniciales, mayormente productores agrícolas cercanos a la chacra donde residía, criticaban la presencia de nuevos pobladores, “esta gente no es de acá mismo” repetían una y otra vez para señalar seguidamente que “vienen todos del Paraguay”. Estos supuestos eran utilizados para restarles legitimidad tanto como pobladores de la Colonia, como trabajadores y beneficiarios de políticas públicas. Ante estos argumentos se abrieron nuevos campos de indagación. En primer lugar, vislumbrar de dónde eran realmente los nuevos pobladores y si efectivamente eran migrantes paraguayos, ¿por qué migraban? ¿desde cuándo y cómo lo hacían?, y ¿qué particularidades adquiriría esta Colonia al estar localizada en un límite fronterizo?

A partir de estas preguntas, delimitar la forma de abordar la frontera fue otro objeto de interrogación epistemológico. La frontera es una categoría analítica cuya definición más clásica se remonta a la idea de un límite preciso que actúa como una línea imaginaria que permite definir jurisdicciones estatales, derechos y obligaciones civiles. La frontera delimita la apropiación política del espacio a partir del cual deviene el estado-nación. Sin embargo, el vivir en la frontera permite entender que se trata —además— de lugares que deben ser pensados y abordados analíticamente como espacios dinámicos, y no necesariamente como límites. El concepto de frontera adquiere un carácter polisémico —en tanto cada frontera tiene una dinámica propia— y procesual, en la medida que la frontera como territorio está en constante transformación. Se trata entonces de abordar la frontera

como un proceso histórico y cotidiano, que no es rígido, como una línea de paso, en el sentido asignado por Van Gennep (2008), a través del cual se puede dar cuenta de flujos de personas, del intercambio de bienes y servicios y de la construcción de identidades que conjuga, siguiendo a Bartolomé (2006) lo que se encuentra “adentro” y “afuera”, esto es, la frontera en tanto un proceso dinámico y no necesariamente como límite. A la vez, siguiendo al autor, si consideramos que la diferencia se presenta como una “variación amenazante”, o como señala Simmel (2012), que es a través de ella que “construimos” al “extranjero”, como una amenaza potencial, sobre quien debe marcarse una distancia social tal que permita asignar los males y pesares internos... quizás entonces valdría preguntarse si los habitantes de la villa son igualmente conceptualizados a los trabajadores paraguayos que migraron en la década del '80 o inclusive antes cuando la Colonia recién comenzaba a constituirse.

Históricamente, los límites son impuestos como una forma de organización del espacio y como un mecanismo para constituir territorios. Ellos establecen distintas esferas de la organización social (estratos o clases sociales), política (estados nacionales, provinciales, departamentales, municipales), religiosa, o por actividad productiva (como el caso de lo rural/urbano). En esta línea de argumentación sostendré que los territorios de frontera no son totalidades homogéneas, atemporales, y sus pobladores se encuentran envueltos en una dinámica de constante movilidad. Siguiendo a Grimson (2003), la frontera se va desplazando en diferentes direcciones, porque la frontera nunca fue ni será dato fijo y definido de una vez y para siempre. Para analizar la formación de la frontera introduce “el concepto de *fronterización*, que designa los procesos históricos a través de los cuales los diversos elementos de la frontera son construidos por los poderes centrales y por las poblaciones locales” (pp.43). Este concepto enfatiza, desde un punto de vista sociocultural, en la idea de frontera como “un objeto inacabado e inestable. Un objeto constantemente disputado de diversas formas. Un objeto que como producto histórico de la acción humana puede ser –y es– reestructurado y resignificado” (Op.cit).

En un sentido similar, Renoldi (2013) señala que:

Se trata de territorios nacionales sobre los cuales políticas de Estado han formulado e imaginado mapas: políticos, geográficos, de movilidad, de delitos, de jurisdicciones, de acción gubernamental. Pero también sobre ellos, por ellos o contra ellos, las personas que circulan y habitan la frontera van creando sentidos específicos, creando y usufructuando la trama que se teje en el día a día en diálogo explícito o través del silencio (pp. 125) .

Por estos espacios transitan personas y objetos y en el tránsito mismo se establecen formas de relacionamiento. Renoldi menciona que la frontera es mucho más que un concepto, se trata de una experiencia a través de la cual se escenifican contrastes, se produce una variedad de formas de vida y de recorridos. “Es un ambiente donde la versatilidad es moneda de cambio”, y ello implica que “estos ambientes están hechos de vida y de vidas, y sus tramas cuentan historias particulares susceptibles de ser escritas” (Op.cit. Pp. 128).

Precisamente esta idea de movilidad es la que me condujo a pensar en “aquello que ha sucedido siempre”, es decir, la llegada temporal de trabajadores paraguayos para asistir las necesidad del mercado de trabajo rural en la zona de la frontera entre Argentina y Paraguay, y lógicamente, la posibilidad de un asentamiento permanente de dichos migrantes.

Advertir sobre la movilidad, la circulación de las personas y los objetos a través de la frontera, y partir de un fenómeno que es descrito por los propios pobladores de la Colonia como una “invasión de los del otro lado”, implica pensar en los cuatro elementos constitutivos de toda frontera política, señalados por Grimson (2003): “el *límite* en sí mismo y los territorios que divide, la *población* asentada en ambos lados, los *regímenes* de flujos socioculturales que los atraviesan y los *sentidos* que la frontera adquiere” (p. 44). Los diferentes sentidos asignados al funcionamiento de la frontera, el estado y los límites (móviles) que se establecen en los movimientos materiales y simbólicos, permiten comprender las disputas socioterritoriales que se dan en torno a la constitución de este nuevo asentamiento poblacional. En este sentido, en el proceso mismo de entendimiento de los *cambios* afloran disputas y conflictos inherentes a la apropiación legítima de los recursos estatales (tales como la propiedad de tierra o las transferencias monetarias que habilitan las políticas sociales), en el que se ponen en evidencia diferentes intereses contrapuestos y, a su vez, miradas contradictorias sobre un mismo proceso.

A continuación abordaré la formación de la *villa* para poner en contexto el lugar desde donde emergen ciertos discursos recriminatorios y moralistas que depositan los pobladores más antiguos sobre la figura del inmigrante paraguayo, trabajador y morador de la *villa*.

La villa se parece a...

Los antiguos pobladores de la colonia, que viven en chacras y son descendientes de familias que llevan varias generaciones allí, se refieren a la *villa* en un sentido despectivo, semejante al de una

villa urbana o periurbana, aunque muchos de ellos nunca hayan estado en una antes. Las comparaciones muchas veces hacen referencia a los barrios de tarteros que se formaron en los últimos 20 años en las periferias de distintos centros urbanos de la provincia. En ellos, los grupos familiares (nucleares o ampliados) conviven en espacios de pequeñas dimensiones, por lo general, terrenos fiscales. Estos espacios son conceptualizados como “asentamientos informales” debido a la situación irregular en la tenencia de la tierra de quienes habitan en ellos. La irregularidad es provocada por las escasas o nulas posibilidades de acceder legalmente a la propiedad privada de un terreno tras emigrar de sus antiguas residencias, por lo general, zonas rurales.

Un asentamiento es el establecimiento de viviendas agrupadas en un territorio común, en el cual los individuos se establecen generalmente en grupos familiares. Los asentamientos se forman en espacios considerados periféricos o marginales, localizándose cerca o en medio de zonas con recursos naturales suficientes o abundantes, como el agua dulce. Generalmente comienzan a gestarse como espacios de refugio de poblaciones desplazadas que perciben riesgos en sus lugares de origen. En este sentido, pueden ser transitorios, temporales o permanentes.

Los asentamientos informales suelen emplazarse en lugares poco aptos para habitar, frecuentemente con severos problemas ambientales y de infraestructura. Contrariamente a los procesos de urbanización formal, los asentamientos informales primero ocupan el terreno, después construyen las viviendas y por último trata de acceder a los servicios, lo cual configura un proceso particular sobre el cual no es posible aplicar las normas de los procesos formales (Cravino, 2012), que en términos formales implican una mayor planificación y previsión. No obstante ello, referirnos a los asentamientos en términos de procesos no formales, nos lleva a pensar en una forma de clasificación binaria de tipo formal/informal que conduce a repercutir en otro tipo de conceptualización dicotómica: lo normal y lo anormal. En ese mismo sentido, la mirada de los asentamientos informales desde el enfoque de “lugarización” habla acerca de la construcción discursiva del lugar, social, cultural y política para la elaboración de supuestos que se basan en la marginalización como un elemento de identificación del espacio como “disfuncional” o “anormal” (Lombard, 2015). Los discursos locales emanados acerca de los asentamientos informales revelan opiniones complejas y ambivalentes sobre ellos, reproduciendo y perjudicando la categorización binaria sobre la “informalidad” (Op.cit.).

Fotografía 6: *Asentamiento de tareferos*



Ph.: Carla Traglia

A pesar de la especificidad del referente empírico sobre los efectos generados por represas hidroeléctricas, Leopoldo J. Bartolomé (1984, 1985, 1987 en Catullo y Brites, 2014) ha considerado relevante diferenciar las relocalizaciones urbanas de las rurales. En este sentido señala que el desplazamiento de poblaciones rurales, en cuyos lugares de origen rural las unidades residenciales coinciden con las unidades productivas, conlleva frecuentemente su inserción en sectores subalternos que viven en condiciones de pobreza, dificultando aún más la planificación del grupo y condicionando sus “estrategias de supervivencia” al tener que adaptarlas necesariamente al contexto urbano.

Por otro lado, en los asentamientos rurales, urbanos y periurbanos, una característica particular es que mantienen una estructura económica propia, en el sentido de que su población suele desempeñarse en un tipo de actividad específica, como es el caso de las ‘villas de tareferos’. En

general, los ingresos económicos obtenidos por estas actividades son bajos. La perspectiva estructuralista sostiene que los asentamientos de este tipo son producto de las desigualdades del desarrollo capitalista (Mangin, 1967; Perlman, 1976; Davis 2006, en Lombard 2015), en cuyo caso, las transformaciones en la estructura agraria misionera provocaron un proceso de éxodo rural (esto es, la expulsión progresiva de familias sin tierras desde las zonas rurales a las urbanas) y, en consecuencia, cambios en la dinámica social y económica de los pobladores rurales.

No obstante ello, las familias expulsadas del campo, principalmente las de trabajadores rurales, mantuvieron el vínculo laboral con el campo. A los asentamientos urbanos en los cuales los tareferos son reclutados, Rau (2012) los ha denominado *barriadas*, señalando que se emplazan en las periferias de las ciudades intermedias provinciales, y que son espacios favorables para localizar, organizar y trasladar a las cuadrillas hacia los yerbales cercanos.

Aunque algunos asentamientos comienzan como grupos de personas que se dedican más o menos al mismo tipo actividad económica, es común que, a medida que se van consolidando en el tiempo, las actividades tiendan a diversificarse. En situaciones de urbanización de la mano de obra agrícola puede observarse la tendencia de los trabajadores a buscar empleo en las ciudades durante períodos de contra estación, y sus aspiraciones a empleos durables que les permitan abandonar el trabajo rural. A este respecto, en trabajos previos a esta investigación, he podido observar que, si bien todavía la actividad de cosecha de yerba mate sigue siendo su principal fuente laboral y la que regula sus ciclos ocupacionales, los tareferos manifestaron el deseo de emplearse en ámbitos urbanos, al menos, durante la época de interzafra (Traglia, 2014).

Los asentamientos rurales, conceptualizados por la geografía como poblado – “villages”, en inglés, se caracterizan por ser agrupaciones con baja densidad de población y sus habitantes sostienen un vínculo estrecho con la actividad agrícola, ganadera, la pesca artesanal y/o la caza. Tienen en común con los asentamientos informales se erigen de manera improvisada y crecen en condiciones de saneamiento y servicios deficientes o nulos; las viviendas son construidas generalmente por los miembros del grupo que la habita, y están hechas de materiales endebles como cartón, láminas u otro tipo de materiales reciclados de baja calidad, y sus habitantes tienden a vivir hacinados.

Al preguntar a los colonos sobre la conformación de la *villa municipal* en la Colonia, observé que ellos consideran que, al igual que los asentamientos urbanos de tareferos, se erigen como un lugar “informal” y por tanto considerado “anormal”, quienes la definen como un espacio ocupado ilegítimamente, y que se aleja de las formas de habitar “tradicionales”. En este sentido, los modos de habitar de la población, principalmente de los trabajadores, devinieron en una forma que se

asemeja más a una villa - asentamiento urbano, pero en un espacio que sigue siendo predominantemente rural. En un contexto que da indicios de un movimiento emigratorio pronunciado de los trabajadores rurales del campo a la ciudad, cabría también preguntarse si se trata de un fenómeno de resistencia a la emigración a las ciudades.

A continuación se presentan algunas características estructurales del proceso de desplazamiento de poblaciones rurales, a fin de comprender con mayor detalle la situación de los trabajadores rurales que permanecen actualmente en esta zona rural y el contexto en el que se inscriben los cambios a los que venimos aludiendo.

Desplazamientos y migración de la población rural en contexto

Diferentes estudios muestran que, en el contexto latinoamericano, la migración hacia las ciudades de los pobladores rurales se presenta como una de las consecuencias del proceso de modernización de los sectores agrícolas y pecuarios, y la consecuente expansión y concentración de capital (Klein, 1985; Aparicio, Giarraca y Teubal, 1992; Aparicio y Benencia, 2016). En Argentina, venimos atravesando por este proceso de descenso sostenido de la población rural desde la segunda mitad del siglo pasado. Ya en 1978 la CEPAL señalaba la disminución de la Población Económicamente Activa en los sectores agropecuarios, y que las pequeñas ciudades del interior del país crecían a merced del despoblamiento rural y la concentración de la tierra. Al observar los datos proporcionados por los Censos Nacionales de Población del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) de 1991, 2001 y 2010, podemos ver que en el año 2001, según el Censo Nacional de Población realizado por el INDEC, en Argentina la población rural había disminuido un 11% en el último decenio, es decir, 3.850.000 personas menos habitaban el campo y se habían desplazado hacia las ciudades.

Este fenómeno de desplazamiento de la población rural se enmarca a su vez en un proceso que se conoce como “pampeanización”²³, un fenómeno de agriculturización que en Argentina inicia en la década del '60 con la extensión del cultivo de granos, en particular de maíz, trigo, girasol y soja, propios de la región pampeana central. Esta actividad se expandió hacia las zonas perimetrales de esa región y también a regiones extra pampeanas, afectando a las economías regionales

²³ “Pampeanización” viene de la palabra “pampas”, una zona de llanuras extensas, sin vegetación arbórea, ubicada en la región central de la Argentina. Para profundizar en este proceso, ver: Azcuy Ameghino y Ortega, 2010; Pengue W., 2014.

tradicionales e implicando cambios rotundos en su estructura agraria. La profundización de la modernización agrícola y la concentración de capital que trajo aparejado este proceso ha provocado, desde la década de 1970, un proceso de expulsión de la población rural que no tiene perspectivas de freno a nivel nacional.

El impacto entre los productores minifundistas, asalariados y semiasalariados agrícolas de las economías regionales, es decir, aquellos que producían para el mercado interno²⁴, puede observarse en la diversidad de cambios evidenciados en cuanto a las formas de organización familiar y las estrategias económicas, la erosión en la identificación con las actividades laborales agrícolas; e inclusive, cambios respecto a las perspectivas de futuro y de movilidad social que se producen con la proximidad hacia la asistencia estatal y el acceso a servicios públicos que se encuentran en las ciudades.

En la zona de estudio vimos que, a pesar de que la provincia de Misiones tiene una proporción elevada de población rural respecto del resto del país (siendo la segunda con mayor población rural, esto es, un 26% total de su población habita en estas áreas), el fenómeno migratorio a las ciudades también significó, siguiendo la tendencia nacional, una disminución del 11% de la población rural respecto de la urbana según la variación intercensal 1991-2010²⁵ (Cuadro 1 y 2). A la vez, siguiendo los registros del INDEC, he observado que se produjo un proceso de concentración de la población rural, ya que en 2010 la población agrupada ascendía un 3% respecto de la población dispersa, mientras ésta tendía a disminuir. Es decir que existe menos población habitando en lugares considerados como “campo abierto”. Al analizar estos datos comparativamente a nivel nacional, por regiones y provincias, Quaranta (2010) señalaba que “en el censo 2001 ya se mostraba en la provincia de Misiones una tendencia al descenso moderado de la residencia rural dispersa a favor de las localidades rurales y de las pequeñas ciudades de entre 5.000 y 10.000 habitantes” (p. 22).

²⁴ A comienzos de los años 70 y hasta mediados de los 80 el PBI agropecuario creció mientras que el PBI nacional se mantuvo estancado. Este crecimiento se explicaba por el proceso de “agriculturización” de la región pampeana que comienza a producir granos y oleaginosas para el mercado externo. Este “boom” se produce por la incorporación de un paquete tecnológico que incluía maquinarias, agroquímicos y semillas “híbridas” que permitieron incrementar los niveles de productividad ampliamente. En el otro extremo, los productores regionales, partícipes del mercado interno, no pudieron incorporar estas innovaciones y fueron, por el contrario, subsumidos a los vaivenes económicos y los procesos de consolidación de agroindustrias que concentraban tierra y capital. Éstas avanzaron en detrimento de los sectores menos competitivos, es decir, campesinos y asalariados agrícolas. Ver Aparicio, Giarraca y Teubal, 1992.

²⁵ Si observamos a su vez el crecimiento de población, podemos observar que la provincia de Misiones presenta un crecimiento poblacional que supera ampliamente el promedio nacional que se encuentra en torno al 11%. En 2001, Misiones fue la 7ma provincia con mayor crecimiento, con una variación relativa del 22,4 % respecto del censo 1991, y en 2010 ocupó el 8vo lugar, con una variación relativa del 14,1 % respecto del 2001 (INDEC, 2010).

Cuadro 1. Población urbana y rural en la Provincia de Misiones, según variación censal 1991-2010.

Año	Población de Misiones				
	Total	Urbana	Rural		
			Total	Agrupada	Dispersa
1.991	788.915	493.417	295.498	44.369	251.129
2001	965.522	680.048	285.474	42.687	242.787
2010	1.101.593	812.554	289.039	54.389	234.650
Variación intercensal 1991/2010	40	65	-2	23	-7

Fuente: INDEC, 1991, 2001, 2010.

Cuadro 2. Proporción de población urbana y rural en la Provincia de Misiones, según variación censal 1991-2010.

Año	Población de Misiones				
	Total	Urbana	Rural		
			Total	Agrupada	Dispersa
1.991	100	63	37	15	85
2001	100	70	30	15	85
2010	100	74	26	18	82

Fuente: INDEC 1991, 2001, 2010.

Estos datos informan acerca del fenómeno de emigración de las colonias agrícolas, y en particular, de una tendencia hacia la concentración de la población en asentamientos informales, permitiendo enmarcar la emergencia de la *villa* municipal de Colonia Letizia en un proceso más general de desplazamiento poblacional y de cambios en los perfiles agrícola-productivos en toda la provincia.

Cambios en el trabajo rural de la yerba mate

Si consideramos que la producción de yerba mate es una de las actividades económicas principales del sector agrícola provincial, y en particular de Colonia Letizia, es menester señalar que el mencionado fenómeno de expulsión y migración de la población rural se explica en un contexto de liberalización y desregulación de la actividad, principalmente a partir de la eliminación de la Comisión Reguladora de la Producción y Comercio de Yerba Mate (CRYM) en 1991.

“La eliminación de la CRYM afectó la producción yerbatera y con ella los flujos migratorios. De una estructura agraria yerbatera caracterizada históricamente por la pequeña explotación, se pasó a una regida por la concentración de la tierra. Esto supuso una disminución en el uso de trabajo familiar en favor de las relaciones salariales en los yerbales de grandes empresas” (Aparicio, Re y Pereyra, 2016:102).

En este sentido, la desregulación de la actividad yerbatera trajo aparejado un proceso de concentración de la tierra y de capital y en consecuencia la proletarización total o parcial de numerosos productores agrícolas familiares y la expulsión de trabajadores que residían en áreas rurales. Rau (2012) señala tres razones principales que los asalariados agrícolas identificaron como motivos de la emigración rural:

(1) que en el campo “no hay trabajo”, (2) “que la asistencia social, laboral y alimentaria que brinda el Estado en las áreas urbanas con necesidades, no parecen accesibles en el campo por lo que las posibilidades de acceso a estos beneficios contribuye a atraerlos a las ciudades”, y (3) que las barriadas constituyen una forma habitacional que permite una localización accesible para los contratistas de mano de obra (pp. 84).

En efecto, estos “reservorios de mano de obra”, que los patrones o contratistas reclutan para las tareas agrícolas estacionales, acompañaron los procesos de flexibilidad laboral hacia una actividad económica con menos regulaciones del estado. Asimismo, estas formas de re-localización de la mano de obra exigían nuevos modos de organización del trabajo, con una creciente precarización y flexibilización laboral, y la aparición de contratistas como una nueva figura central en la re-configuración de las relaciones laborales. Rau (2005, 2012) analiza el rol que cumple la subcontratación de cuadrillas por parte de empresas contratistas de mano de obra, y señala que resulta una estrategia fundamental de las empresas para simplificar la gestión, disminuir los costos fijos y eludir las implicancias jurídicas de la contratación directa. Así, las tareas de gestión y transporte de las cosechas quedaron a cargo de un intermediario informal, por lo general un ex

trabajador de la empresa al que se le ofreció el desempeñarse en las mismas funciones, pero de “forma autónoma”. A partir de este momento, las formas de empleo de los trabajadores cosecheros comenzaron a diferenciarse por dos sistemas de contratación:

La primera de ellas refiere a la contratación directa —individual, “en dupla” o en un pequeño grupo” — por parte de productores primarios, contrataciones que definen un segmento caracterizado por la informalidad y la mayor precariedad —es decir, el carácter incierto de los vínculos laborales—. Bajo este sistema es frecuente la presencia de relaciones personales previas o “vínculos paternalistas”. El segundo sistema es a través de cuadrillas de cosecheros a cargo de las empresas agroindustriales; vínculos que tradicionalmente se han caracterizado por una mayor formalidad —contratos escritos regidos por normas legales, recibos de sueldo, aportes a la seguridad social, etc. — y mayor estabilidad, es decir, continuidad y perdurabilidad del empleo (Rau 2012: 78).

El reclutamiento en el espacio físico de las barriadas, que concentran la población para integrar las cuadrillas, resulta un elemento fundamental para estas nuevas dinámicas. Además, a partir de este momento, el mercado laboral yerbatero deja de movilizar trabajadores con residencia extraregional y de países limítrofes, dadas las nuevas características de reclutamiento arriba mencionadas (Rau 2005, 2012; Aparicio et.al 2016). Desde los años 1990 en adelante “comienza a hacerse perceptible una sobreoferta de capacidad laboral transitoria” (...) “territorialmente concentrada, corporativamente desorganizada y fuertemente competitiva; compuesta por un volumen de mano de obra agrícola desocupada y pauperizada” (Rau, 2012:87).

No obstante, la yerba mate continúa siendo una actividad que ordena los ciclos laborales de miles de familias de asalariados agrícolas en la provincia, en cuyo marco, desde hace ya más de 20 años los obligan a trasladarse temporalmente para las cosechas desde las áreas urbanas a las rurales, así como también de una localidad a otra. Desde una perspectiva de procesos migratorios,

en la actualidad, aún grupos de trabajadores (aunque se desconoce su número exacto) migran en forma permanente o estacional buscando emplearse en la tarea (cosecha). Estos desplazamientos son especialmente intra provinciales y tienen una clara tendencia a la concentración periurbana en los principales centros poblacionales de la provincia (Aparicio, Re y Pereyra, 2016: 99).

La localización de trabajadores rurales en las periferias urbanas no sólo agudizó algunas carencias

materiales y la pobreza, sino también modificó radicalmente las dinámicas y condiciones de trabajo²⁶. No obstante, los asalariados agrícolas siguen siendo imprescindibles en la actividad yerbatera por no ser ésta susceptible de un proceso masivo de mecanización de las tareas de cosecha. La mano de obra y las tareas manuales de cosecha siguen siendo indispensables y se estima que se emplean al año entre 15.000 y 17.000 trabajadores y trabajadoras. La única opción tecnológica disponible para acelerar el proceso de cosecha son las tijeras electrónicas, que además de reducir el requerimiento de mano de obra, suponen una inversión que la mayoría de los productores yerbateros no puede realizar. Si consideramos que en la actualidad, de los 11.705 productores yerbateros²⁷ que se registran en la provincia, el 76% posee menos de 10has y éstos controlan el 52% de la superficie cultivada, es posible comprender que la mayoría de los productores no posean un capital suficiente para realizar tal inversión.

Fotografía 7: Tarefeando para no aflojar II



Ph.: Carla Traglia

²⁶ Como sostienen Thompson y Meillassoux el excedente de mano de obra fue abandonado a la miseria, a la muerte, a la caridad, o entregado a nuevas migraciones hacia tierras más lejanas aún (Meillassoux 1977: 152-3).

²⁷ Numero de productores activos al mes de Diciembre de 2018. Consultado en: <http://www.inym.org.ar/?s=estadisticas&m=p>. Ultima consulta: 13-12-18

Sin embargo, la extensión masiva de la aplicación de tecnologías de la industria agroquímica sí afectó la inserción de estos trabajadores contra estacionalmente, al sustituir las tareas de mantenimiento y desmalezamiento por el uso de herbicidas, obligándolos de esta forma a buscar empleos en otros sectores de la economía durante el período de interzafra. Así las cosas, una de las explicaciones del éxodo refiere principalmente a que la crisis agraria en la década de 1990 provocó una reducción del empleo en las chacras, afectando fundamentalmente a los asalariados permanentes que evidenciaron una reducción de empleo en torno al 50% en el período intercensal 1988-2002 (Rau, 2012; Gortari 2016).

La ocupación agraria en números

Como mencioné anteriormente, la residencia de la población rural disminuyó a nivel nacional. En efecto, también observamos una disminución porcentual de la población ocupada en el sector agropecuario, que para el año 2001 representaba el 8,22% de los ocupados mientras que en el año 2010, esta proporción disminuía al 6% (Cuadro 3).

Cuadro 3. Población de 14 años y más ocupada y ocupados en el sector agropecuario, total país, año 2001 y 2010.

Año	Población de 14 años y más ocupada - total país	Ocupados agropecuarios	%
2001	10.913.187	897.507	8,22
2010	18.076.746	1.088.624	6

Fuente: INDEC 2001, 2010.

En la provincia de Misiones, donde se presenta la de mayor proporción de ocupación en la rama de actividad agropecuaria, observamos que la disminución de la población ocupada en el campo ha mostrando una disminución del 1,3% en la variación intercensal 2001-2010 (Cuadro 4). Ello permite afirmar que Misiones sigue teniendo un porcentaje importante de ocupados agropecuarios por lo cual persiste una estructura social organizada en torno a esta rama de actividad, a pesar de los

cambios en las formas de residencia. Como corolario de ello, puede entenderse la existencia de barrios enteros en las periferias urbanas donde residen, con cierta exclusividad, trabajadores rurales. En este sentido, coincido con Quaranta (2010) al señalar que

“los cambios poblacionales fueron acompañados por transformaciones en el perfil ocupacional de los residentes rurales y por el tipo de residencia de los ocupados en el sector agropecuario. La residencia rural y la ocupación agropecuaria dejaron de ser condiciones que se presentan simultáneamente” (en Neiman 2010:16).

Cuadro 4. Población ocupada y ocupados en el sector agropecuario de la provincia de Misiones, año 2001 y 2010.

Año	Población de 14 años y más ocupada	Ocupados agropecuarios	%
2001	337.450	70.557	20,9
2010	416.316	81.591	19,6

Fuente: INDEC 2001, 2010.

Por otra parte, respecto a las categorías ocupacionales²⁸ en la actividad agropecuaria, también es necesario notar que, según el INDEC (2010) mientras que a nivel nacional en la rama agropecuaria (sector privado) los obreros o empleados representaban el 60% de la ocupación, en Misiones esa proporción se reduce a menos de la mitad (29%), siendo más importante la presencia de trabajadores por cuenta propia (39%) y de trabajadores familiares (27%) en el desarrollo de actividades agrícolas, ganaderas y forestales.

En este sentido, al atender a la variación intercensal 2001-2010, observamos que el porcentaje de asalariados agropecuarios de Misiones se eleva en un 3% respecto del total de ocupados, mientras que las categorías trabajador por cuenta propia y trabajador familiar presentan un descenso similar. Si consideramos que el carácter histórico de la estructura agrícola misionera es predominantemente familiar, los datos expuestos revelan que estamos frente a un proceso de asalarización de la población ocupada en agricultura, simultáneamente al proceso expulsión de la población rural hacia los ámbitos urbanos y una mayor concentración de la misma en sectores rurales de tipo agrupado,

²⁸ Para una definición de las categorías ocupacionales que utiliza el INDEC consultar Informe: Encuesta Permanente de Hogares Conceptos de Condición de Actividad, Subocupación Horaria y Categoría Ocupacional. file:///Users/carlatraglia/Desktop/colonia%20gisela/bibliografia%20citada/EPH_Conceptos_INDEC%202011.pdf

expresado en los párrafos precedentes.

Cuadro 5. Población de 14 años y más ocupada en el sector agropecuario según categoría ocupacional por año, Provincia de Misiones.

Año	Ocupados en la rama agropecuaria	Categoría ocupacional							
		Obrero o empleado	%	Patrón	%	Trabajador por cuenta propia	%	Trabajador familiar	%
2001	70.557	18.391	26	3.075	4	29.681	42	19.410	28
2010	81.591	23.951	29	3.751	5	31.659	39	22.230	27

Fuente: INDEC, 2001, 2010.

Fotografía 8: Tarefeando para no aflojar III



Ph.: Carla Traglia

Finalmente, si se sostiene que existe un proceso de concentración de capitales, la comparación de los Censos Nacionales Agropecuarios 1988, 2002 y 2008 (INDEC), permite observar una drástica disminución a nivel nacional del número de establecimientos agropecuarios, en torno al 20,8 % (de 421.221 EAP's en 1988 a 333.533 en 2002). El CNA 2008 muestra que a nivel nacional la superficie agropecuaria estimada es de 180.345.568, mientras que la que corresponde a EAP's censadas es de 155.424.819. Este número abarca unas 276.581 EAP's en todo el país (con y sin límites definidos), lo cual indica una variación censal respecto de 2002 del 17,1%. Asimismo, al observar los registros de la región NEA, se produce una disminución del 5% de EAP's de hasta 25 has (las que son mayormente consideradas como explotaciones familiares), mientras que los segmentos mayores a 25 has aumentan un promedio de 2% cada uno.

Cuadro 6. Explotaciones agropecuarias (EAP) por tipo de delimitación, según Total del país y Provincia de Misiones.

País y Provincia	Explotaciones agropecuarias								
	CNA 1988			CNA 2002			CNA 2008		
	Total	Con límites definidos	Sin límites definidos	Total	Con límites definidos	Sin límites definidos	Total	Con límites definidos	Sin límites definidos
Total del país	421.221	378.357	42.864	333.533	297.425	36.108	276.581	251.082	25.499
Misiones	28.566	27.517	1.049	27.955	27.072	883	26.567	25.762	805

Fuente: INDEC, Censos Nacionales Agropecuarios 1988 y 2002 y 2008

En la provincia de Misiones la disminución de EAP's no resulta tan dramática entre los censos 1988 y 2002, pues solo disminuyen en un 2,3%. Teniendo en cuenta que en Misiones la cobertura del censo fue parcial (como en otras provincias), según los datos preliminares arrojados por el CNA 2008, se presenta una disminución del 7% respecto de 1988. Es decir, que si entre 1988 y 2002 habían desaparecido 611 EAP's en la provincia, entre el 2002 y el 2008 se censaron 1388 explotaciones menos.

Estos datos estadísticos nos impulsan a pensar las causas estructurales de los procesos de expulsión de población rural, pero también a alcanzar una mayor comprensión, desde un enfoque

interdisciplinario, de la permanencia de poblaciones que resisten a estas pulsiones emigratorias y que vienen configurando nuevos escenarios entre los trabajadores rurales desde hace ya más de tres décadas. En este sentido, debe afirmarse que las nuevas configuraciones del territorio que comprende Colonia Letizia, suponen un diálogo con los procesos de transformación y cambio en la estructura agraria de Misiones, respecto del avance del sistema agroindustrial y su tendencia a la concentración de la tierra y la expulsión de las poblaciones rurales.

Los que se quedan: trabajadores con residencia rural

En los párrafos precedentes he expuesto, a partir del análisis de datos censales y de los aportes de investigaciones previas, que el trabajo rural en la yerba mate es un tipo de actividad que moviliza geográficamente a los trabajadores, implicando procesos de movilidad residencial, pero que ello no siempre fue así, o al menos no lo ha sido de la manera predominante que lo es en la actualidad.

El trabajo rural en Misiones localiza a la población en torno a un espacio concreto. Los tareferos residen principalmente en asentamientos urbanos o peri-urbanos, o como en el caso de Letizia, en un asentamiento rural. Las características mostradas acerca de las dinámicas organizativas y las condiciones de compra y venta de la fuerza de trabajo, permite que podamos referirnos a la tarea con la noción de “mercado local de trabajo”. Aparicio y Benencia señalan que,

“desde una perspectiva emparentada con la sociología económica, los mercados de trabajo son resultado de construcciones sociales que se diferencian histórica y espacialmente y se encuentran socialmente reguladas por una diversidad de formas que incluyen, entre otras, la legislación laboral, la acción del Estado, las organizaciones sindicales, las normas sociales en las que se encuentran socializados los actores, entre otros aspectos” (2016:13).

Como vimos anteriormente, Misiones está entre las provincias con mayor porcentaje de población rural y población ocupada en agricultura. Sin embargo, las condiciones estructurales del mercado de trabajo local no ofrecen alternativas a los tareferos y peones rurales. Ellos realizan sus actividades laborales en condición de vulnerabilidad y precariedad, y su situación se agudiza por la creciente concentración del proceso productivo, determinando a su vez condiciones de extrema precariedad

habitacional y de pobreza, descripta frecuentemente en los estudios sociales de la región²⁹.

Desde la perspectiva de la sociología rural, Rau ha caracterizado a los cosecheros de yerba mate como poseedores de una “identidad profesional bien definida, consolidada, rica en atributos sociales y de larga data en la región” (Rau 2012: 13). Señala que son sujetos que carecen de tierras y de una disposición a participar en la estructura agrícola como agricultores semi-asalariados o campesinos sin tierras (es decir, como “agricultores proletarizados o semiproletarizados que aspiran a reencontrarse con la posesión de este recurso”). Quienes componen el grupo social de tareferos “no han manifestado aspiraciones o deseos orientados a devenir productores agrícolas sino, por el contrario, aspiran a mejorar sus condiciones laborales y de vida en tanto obreros agrícolas o a través de alguna forma no precaria de inserción en el empleo urbano regional u extra regional” (Op. Cit). Si bien los estudios sobre trabajadores rurales tareferos se han interesado fundamentalmente por trabajadores que habitan en las asentamientos urbanos (es decir, por un tipo de asalariados agrícolas que vive, como menciona Rau, en las ciudades intermedias de la provincia, y que no tiene perspectivas de retorno al entorno rural), la mención a sus antiguas residencias rurales sólo remiten a la contextualización histórica para entender de dónde provienen y cuál es su génesis como clase social. Es decir, indagan su condición de movilidad territorial permanente como una característica constitutiva de la actividad de cosecha de yerba mate, y en tanto protagonistas del éxodo rural que trajo aparejada la crisis de los años 1990, a partir del cual se infieren dinámicas socio-laborales comunes.

Por ende, no se han atendido de igual manera las particularidades de aquellos trabajadores rurales que aún viven en las colonias y cuyas identidades se inscriben en la pluriactividad rural. En contraste a la afirmación respecto de “carecer de una disposición a constituirse como productores agrícolas”, he encontrado que los trabajadores de la Colonia, situados históricamente y en un área rural, han mostrado que cuando las condiciones para acceder a tierras destinadas al desarrollo productivo familiar resultaron favorables, las han trabajado y puesto en producción. Estos trabajadores, devenidos actualmente en pequeños productores agrícolas, optaron por quedarse en la Colonia trabajando sus propias chacras. Pues, fue principalmente a partir de la década del '80 cuando las antiguas chacras y establecimientos agrícolas, pertenecientes en su mayoría a inmigrantes europeos y sus descendientes, comenzaron a ser vendidas a otros empresarios yerbateros, empresas madereras, así como también a ex trabajadores con una capacidad de ahorro o

²⁹ Para una revisión de estudios sociales regionales de autores locales que indagan, desde distintas disciplinas, en las condiciones de vida de los tareferos, Ver *Tareferos, vida y trabajo en los yerbales*, Re, Roa y Gortari (compiladores), Editorial Universitaria, UNaM, Posadas, 2017.

inversión, favorecida por “arreglos” con sus antiguos patrones. A este proceso me referiré en el capítulo 4 al mostrar las historias de las familias de Joselo y Justino, ambos, hijos de trabajadores paraguayos que residían en establecimientos y grandes chacras de los primeros colonos de origen suizo y que, ante la posibilidad de comprar pequeñas chacras no dudaron en adquirirlas. Por otra parte, algunas de pequeñas explotaciones agrícolas que permanecieron son cuidadas por trabajadores que se refieren a ellas como *chacras ajenas*, en las cuales son *cuidadores* y trabajan en tareas agrícolas para el propietario de la explotación, pero también para su propio consumo, e inclusive, para la venta. No obstante, otros trabajadores, que no lograron reubicarse en las chacras, ni tener acceso a la propiedad de la tierra, ni tampoco decidieron migrar a la ciudad (o lo hicieron y regresaron), actualmente residen en el asentamiento de trabajadores, la villa.

Entonces considero que las situaciones sociales que atañen al espacio rural de Colonia Letizia, difieren de las analizadas para las barriadas urbanas, presentando especificidades principalmente en sus dinámicas laborales y de vida. Esta cuestión nos lleva a repensar al tarefero y al peón rural misionero como un sujeto social históricamente constituido por la explotación, la enajenación y su condición subalterna, que sigue resistiendo en el territorio a fuerzas estructurales que lo subsumen a un ritmo de trabajo productivista y a una posición estructural sumamente desfavorable.

Siguiendo a Marc Augé (2000), en las formas espaciales se entrecruzan y se combinan trayectorias individuales, pero también colectivas. Por lo tanto, en los siguientes capítulos veremos que en la Colonia se presentan tres formas predominantes de habitar y que resultan útiles a fin de localizar los cambios que sufre la Colonia y sus pobladores:

1. Vivir en la villa
2. Vivir en chacra ajena
3. Vivir en la chacra.

Dado que estas formas en la ocupación del espacio están principalmente vinculadas con las dificultades de continuar con un modelo previo de producción, trabajo y residencia que promovía una agricultura complementaria de autoconsumo, y que permitía la reproducción de relaciones domésticas de producción entre peones y productores rurales y sus familias, en adelante presento, la perspectiva de los pobladores respecto de *cambio social* percibido a partir de tres formas distintas de habitar. Esto permite analizar la producción de diferencias y la generación de conflictos, en la medida en que son los *cambios* latentes, circunscriptos espacios determinados, los que afectan las formas de sociabilidad y los modos en que se organiza la vida cotidiana en la Colonia.

CAPITULO III

El trabajador rural y sus formas de habitar la Colonia

Vivir en la villa

Así como en numerosas zonas rurales de la Provincia de Misiones, en Colonia Letizia la migración forzada de los trabajadores rurales y las familias de agricultores (propietarios de tierras) hacia los centros urbanos más próximos, ha producido cambios visibles de orden demográfico. Sin embargo, existe un proceso de resistencia a esas transformaciones forzosas de la estructura productiva que pueden ser analizadas a partir de procesos tales como la emergencia de la *villa* y otro tipo de agrupaciones en los ámbitos rurales, o la modalidad acuñada como vivir en *chacra ajena*.

Abínzano (2004) señala una serie de elementos que caracterizan la cuestión agraria integral, entre los cuales identifica

“la defensa de una forma de vida como un rechazo explícito a las emigraciones. Los agricultores saben que ya no pueden migrar a las ciudades en busca de una vida mejor porque hay desempleo y el riesgo cierto de terminar en ‘villas miseria’ o ‘favelas’”³⁰.

El caso de los trabajadores rurales se agrava cuando tampoco pueden acceder a la tierra o la vivienda en las mismas zonas rurales, y entonces, el impulso a migrar en busca de mejores oportunidades se presenta como la única opción. En este sentido existe un imaginario social que ha llevado a una cuasi “naturalización” de la condición voluntaria y móvil de los trabajadores rurales y de los tareferos.

Pero lo que observamos durante el trabajo de campo es una férrea resistencia por parte de algunas familias a irse del campo, y que se afirma en la “defensa de una forma de vida” expresada, no sólo en la residencia como un factor identitario, sino en la negación a una ruptura de los lazos con la tierra, con el entorno natural y la pérdida del control del tiempo de trabajo. Esto también está

³⁰ Para el autor, la cuestión agraria integral y, en particular, las luchas por la tierra, aparecen como un factor *dominante* en las propuestas y acciones de los movimientos. Existen otros factores vinculados a la cuestión agraria integral y que están relacionados a “la resistencia contra las represas hidroeléctricas, la defensa de los ecosistemas, la recuperación de técnicas tradicionales (sobre todo de agricultura orgánica) la incorporación de nuevas tecnologías apropiadas, la facilitación del acceso a los mercados, la instalación de ferias francas, y muchos otros temas vinculados a la vida y la producción rural en el ámbito de los pequeños productores y campesinos”. Interesa a este antropólogo la cuestión agraria integral en tanto que se constituye en un centro atractor de luchas sociales por sobre las divisiones nacionales fronterizas (2004)

presente en las percepciones y valoraciones de los trabajadores rurales y se materializa en cierta medida en que algunas familias deciden permanecer en la *villa* aunque las condiciones sean precarias, o inclusive aunque tengan menos oportunidades laborales que en las ciudades.

Al rememorar las épocas de la producción de citrus y tung a partir de la segunda mitad del siglo pasado y hasta la década de 1980, Don Jaime, un productor oriundo de la Colonia y vecino de Don Contreras, establece la vinculación que existe entre las antiguas formas de habitar de los trabajadores y las actuales:

En ese momento, algunos tenían conventillos o les hacían casitas, donde ponían al personal. Desde esa época pervive la idea de la villa de los trabajadores, eran lugares donde se instalaba al personal. Algunos patronos cedían terrenos para que vivan y hasta les daban el papel de propiedad. Hoy en día usted llega, pide trabajo, tal vez hay, pero para vivir búsquedónde, cómo. Entonces es ahí que surge la villa municipal, por ejemplo. Y bueno, ahí es donde va la gente, arman sus casitas y se van y viven.

Desde los años en que Letizia fue creada como colonia agrícola, en la década de 1920, los dueños de las explotaciones acostumbraron tener al personal residiendo y trabajando en el mismo predio, garantizando su disponibilidad constante y la formación de un tipo de trabajador rural que estuviera “sujeto” exclusivamente al establecimiento y las condiciones de trabajo y de vida impuestas por el patrón. La permanencia del trabajador en el interior de la explotación es una práctica que pervivió por años.

Actualmente, algunos trabajadores siguen viviendo en *chacra ajena*, pero ya no bajo el formato de villas obreras. La extrapolación de la categoría villa a un asentamiento reciente se remonta al concepto de “asentamiento de trabajadores” descrito por Don Jaime, pero adquiere una forma distinta cuando es creada por el Estado y no por un actor privado (dueño de una explotación).

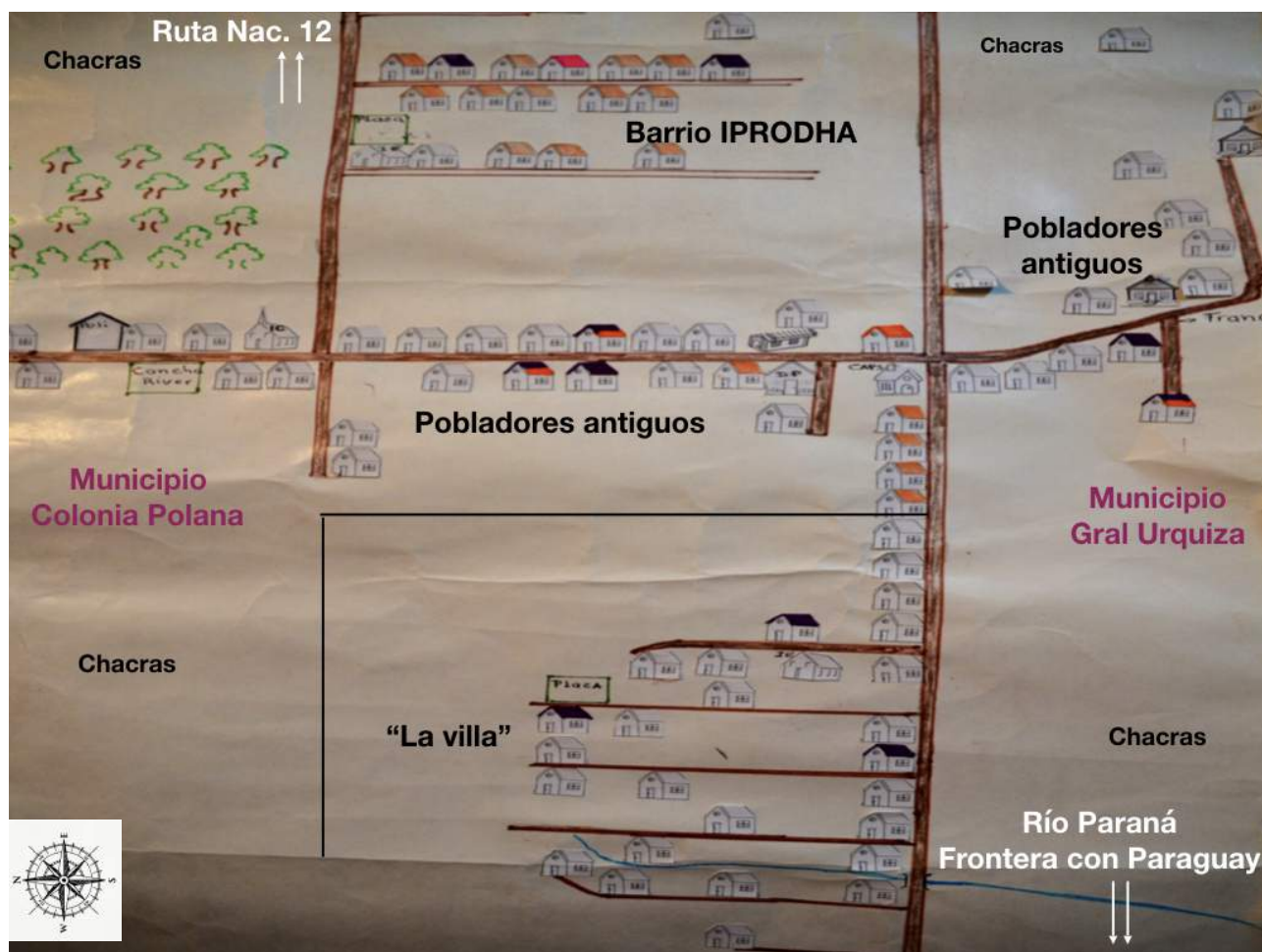
En la *villa* viven quienes carecen de medios de producción, en similitud con las barriadas ubicadas en las periferias de las tramas urbanas. Este fenómeno nos lleva a pensar sobre los motivos de los que se quedan, en la resistencia de estas familias trabajadoras en las colonias y su especial ubicación en pequeños lotes donde difícilmente pueden desarrollar cultivos para el autoconsumo o para la venta.

El proceso de conformación de los asentamientos en la Colonia es relativamente reciente: desde 1993 en el caso del barrio de viviendas IPRODHA³¹, y de poco más de 10 años en el caso de la

³¹ Instituto Provincial de Desarrollo Habitacional.

villa. El primero es un asentamiento formal, producto de la planificación y construcción de las viviendas por parte del gobierno provincial estatal. Del otro lado, observamos un asentamiento informal el cual, a pesar de que los lotes fueron asignados a las familias por el municipio, la provisión de servicios y viviendas dignas fue insuficiente y precaria. Como he referido anteriormente, la villa es un conglomerado de viviendas localizadas en tierras fiscales que se encuentran dentro del Municipio de Colonia San Casimiro . El frente se encuentra sobre una calle de tierra que, a su vez, oficia de límite entre los municipios de Colonia San Casimiro y J. D. Perón. Esta calle-límite, en dirección oeste-este, es una arteria principal para el tránsito vecinal que conduce hacia la costa del río Paraná, frontera con la República de Paraguay.

Imagen 1. Mapa de viviendas de Colonia Letizia



Gentileza de Anastacia.

Las tierras que corresponden a la *villa* fueron donadas gracias a la gestión de Marta, una mujer de origen suizo que llegó a la Colonia para trabajar como institutriz en la década del '30, porque había

echo un programa de formación vigente en esa época llamado “Lenguas vivas”. Como hablaba muy bien francés, la llevaron a sus 17 años, de institutriz para los hijos de los suizos, dado que en esos años no había escuela primaria. Una vez allí se casó con Kurt Schnieper, un suizo que llegó en 1924 a trabajar en la Compañía Agrícola de Plantaciones Suizo-Argentina. Era una generación de suizos que arribó a la Argentina con mucho capital económico y logró acrecentar su capital social. Formaban parte de una colectividad muy selecta, que tenían por costumbre, por ejemplo, juntarse en lo de los Schnieper a jugar al bridge (juego de naipes). Los suizos habían hecho un club en Santo Pipó al que llamaron el Hotel Suizo. Allí también se reunían para jugar al tenis y hacían sus fiestas y reuniones³². De estos eventos sobrevivió una red de relaciones sociales muy importantes. Ello permitió a Úrsula viajar en los años 1980 a la ciudad de La Plata para solicitar personalmente al propietario y empresario Jorge Bunge, que hiciera efectiva la donación de las tierras que corresponden actualmente a la villa, al municipio de Colonia San Casimiro. Su intención era construir allí una sala de atenciones médicas primarias, un destacamento policial y otros servicios para la comunidad. De este accionar por parte de Úrsula sobrevive actualmente la antigua salita, hoy nombrada Centro de Atención Primaria a la Salud (CAPS) y que se emplaza en una de las cuatro esquinas, y es el punto de referencia principal de la Colonia.

Sobre esta historia tuve oportunidad de conversar con uno de sus hijos, Kurt Schnieper. Él fue el único de los cuatro hermanos que continuó con la producción yerbatera en la chacra de sus padres, quienes además son recordados en la comunidad como uno de los inmigrantes suizos “fundadores” de la Colonia. Actualmente Schnieper es un empresario reconocido en el rubro de la actividad yerbatera y propietario del único secadero privado de la Colonia. Según lo que él recuerda su madre pudo pedir personalmente a Bunge la donación de las cinco hectáreas que hoy comprenden la villa dado que “entre los suizos eran muy unidos”.

Durante esta conversación pude notar el rechazo de Schnieper al establecimiento de un asentamiento de trabajadores en ese espacio fiscal. Según él, los deseos de su madre habían sido emplazar allí instituciones que otorguen un carácter más “civilizado” y “urbano” a la Colonia, no sólo como emblemas de progreso sino de confort para la población. La comisaría sería de fundamental importancia ya que, como él relataba, eran frecuentes los atracos y las redadas con los vecinos paraguayos que cruzaban el río con frecuencia para asaltar las casas y robar ganado. Las cinco hectáreas “eran para eso, no para que hagan un barrio allá abajo en el arroyo”; sobre lo cual también destacaba que en consecuencia, la villa trajo aparejada la acumulación de residuos en el

³² Sobre este proceso me referiré en el capítulo IV.

arroyo y prácticas sanitarias de sus habitantes poco saludables.

Sin embargo, en esos años de facto, los militares no querían que se emplazaran instituciones allí, por lo que la comunidad decidió construir la salita y el destacamento con la organización de un *minga*³³ en la que participaron muchos vecinos. Esas modestas construcciones edilicias fueron levantadas por los habitantes de la Colonia y sostenidas luego por distintas políticas públicas nacionales, provinciales y locales.

Zunilda es una mujer nacida en la localidad de San Ignacio, que vive en la Colonia desde hace 60 años. Se casó con Don Pepe, un hombre mucho mayor que ella, y viven en una chacra próxima a la villa, donde producen yerba mate y algunos cultivos para el consumo familiar. A propósito de aquel momento en que Úrsula consiguió la donación, Zunilda recuerda el entusiasmo que tenían los vecinos para colaborar en la construcción de la salita. De estos hitos, sobrevive en su memoria la idea de que en ese pasado (que era sin dudas “mejor que el presente”) la gente de la Colonia se organizaba con entusiasmo para alcanzar objetivos que sean benéficos para toda la comunidad. Esas edificaciones, la salita y el destacamento, las hicieron entre los vecinos:

“Uno cargaba piedra, otro mojaba, cargaba ladrillos, y hicieron así. Era para la entrada del baile que se hacía en un depósito de Tung de C., y la gurisaá [grupo de jóvenes] hizo la salida para no pagar la entrada al baile. Cómo era antes no es cierto?...”.

En otras oportunidades este tipo de recuerdos volvieron a ser destacados en la voz de otros vecinos que rememoraron la historia de la iglesia católica, la escuela primaria y secundaria, las cuales también fueron creadas por el trabajo comunitario de la gente de la Colonia.

³³ Minga, *mink'a* o *minga* en quechua, *minca* del quechua *minccacuni* «solicitar ayuda prometiendo algo»; o *mingaco*. Es una práctica precolombina de ayuda comunitaria o ayuda voluntaria, cuyo principio básico es la cooperación y la reciprocidad, sea para un bien común o de una familia de la comunidad. En la actualidad, esta práctica se desarrolla en varios países de Latinoamérica, principalmente en los medios de vida rurales.

Fotografía 9: “La pequeña capilla de la Colonia”. Es recordada como una obra realizada de forma comunitaria (S/F).



Fuente: Archivo personal de Claire

Fotografía 10: Primer escuela realizada de con madera. Año 1951.



Fuente: Archivo personal de familia colona.

A principios de la década pasada el espacio sobrante de esas cinco hectáreas donadas al Municipio de Colonia San Casimiro, que no fue ocupado por la salita y el destacamento policial, fue entregado a las familias sin tierras para vivir y cultivar que comenzaban a ser expulsadas de las diversas explotaciones agrícolas. Estas tierras fueron divididas en pequeños lotes de distintas dimensiones, en su mayoría bajo el formato de tiras de 10 mts por 20 mts. Zunilda se refiere a la villa señalándola como un espacio que ha sido ocupado por autorización del matrimonio de intendentes que gobiernan la Colonia desde hace 3 mandatos consecutivos:

Ese barrio que le dicen la villa era todo monte, era para cementerio ahí, había cruz y todo. Y nadie quería ir ahí, pero se hicieron las casitas ahí nomás. La gente nadie compró nada, le pidieron a la intendente un pedazo. Ellos hacen la casita y les dan chapa, le dan cartón, y hay gente más arriba.

Ante la necesidad de los trabajadores de encontrar un lugar donde vivir, las tierras fiscales que corresponden a la villa comenzaron a ser entregadas a las familias. En principio, se trató de una cuestión de emergencia habitacional. Sin embargo, una vez que el jefe o jefa de familia tomó posesión del lote (por contrato con el municipio), estos terrenos fueron subdivididos hasta en dos o tres secciones para edificar nuevas viviendas, en las cuales habitan sus hijos o hijas con sus respectivas familias, significando que las condiciones habitacionales se agudicen por el hacinamiento. Por lo general, las viviendas son realizadas con “materiales de descarte” de los aserraderos de la zona, o con materiales reciclados, como chapas viejas o chapas de cartón. Con respecto a esto último, Schnieper señalaba que:

Esa es la falla de los intendentes que tenemos, que hacen un barrio sin nada, les dan casas hechas de costaneros [sobrantes de madera aserrada], en vez de buscar un lugar con servicios mínimos de agua y luz.

Mas allá de la percepción de los pobladores más antiguos, me preguntaba quiénes son realmente los que viven en la *villa*. En su mayoría son familias de trabajadores que llegaron allí al ser desalojados de los lugares donde residían anteriormente: las chacras o establecimientos que sus dueños han vendido o que han dejado al cuidado de una única familia. Llegaron a la *villa* los que antiguamente vivían en *chacra ajena*, los desafortunados de una crisis económica y social y que vieron allí la posibilidad de permanecer en la Colonia y vivir con la libertad que implica poseer un lugar propio.

Karen, una trabajadora rural que habita en la villa, llegó a la Colonia a sus 24 años con una cuadrilla

de tareferos proveniente de su ciudad natal (Oberá), en donde vivía con su madre y hermanos en un asentamiento de tareferos que fue creciendo con el transcurso de los años. “Es un lugar donde había muchísima gente, pero a mi ya me gustaba vivir en la chacra, siempre andaba por las chacras”. A pesar de haber vivido siempre en chacra ajena, actualmente reside en la villa dado que su marido enfermó y la chacra donde estaban quedaba muy alejada del camino dificultando, aún más, la movilidad en situaciones de emergencia. Ella comentaba que antes la mayoría vivía en chacra ajena, que era gente de las mismas chacras que se fue moviendo y quedaron finalmente en la Colonia. Decía que la mayoría de familias decidió irse de las chacras por descuido de los patrones:

El patrón si es bueno, te arregla la casa pero si es un patrón que no se interesa del personal, es como que uno sufre más, y si uno está en un lugarcito así uno puede arreglar como uno quiere. Y la forma que uno puede va arreglando, ese es el cambio.

En este sentido, Karen siente orgullo al mostrarme su pequeña casa. A pesar de tener un gran deterioro en algunas de sus partes, ella está arreglando con lo que puede ahorrar de lo poco que le sobra del salario universal que percibe por su nieto, quien vive a su lado y asiste a la escuela primaria de la Colonia. La casa se la compró a una señora que se fue a vivir al pueblo. Karen hizo hace poco tiempo una mejora, gracias a la visita de uno de sus hijos que durante sus vacaciones vino desde Buenos Aires (donde vive hace cinco años), y le instaló un baño y puso piso alisado en la entrada y la habitación. Ahora Karen procura tener piso en la cocina y arreglar las paredes de madera porque muchas de ellas están podridas.

Florencio otro vecino de la Colonia, tiene 68 años y es un trabajador rural que vive en *chacra ajena* y se ha dedicado la mayor parte de su vida a las actividades agrícolas en las diferentes chacras de la Colonia. Un sábado por la mañana (el único día de la semana que no trabajaba) logramos juntarnos a conversar. Siempre lo veía pasar en su antigua bicicleta con un machete y un termo con agua colgados del manubrio. Conversando sobre la formación de la villa él comentaba que “hoy por hoy hay más gente que antes, antes era más poco y había lugar para todos. Y ahora dan terrenos para vivir, para hacer las casas”, destacando sobre ello que antes todo era más difícil para los trabajadores rurales, porque siempre estaban sujetos al buen atino del patrón. Sin embargo, el advenimiento de un gran éxodo rural en la Colonia, significó el abandono de las chacras, la desidia y la pérdida de espacios de trabajo. Él señalaba que una de las cuestiones que notaba como un gran cambio respecto de cómo eran las cosas antes, radicaba en que ahora “Hay chacras que volvieron a quedar monte porque se abandonó, y se hizo de vuelta monte, y antes se utilizaba todo [el personal] cuando se limpiaba”. Así, la reducción del tiempo de ocupación del personal, también es un factor

que explica, desde su punto de vista, la expulsión y emigración de muchos trabajadores de la Colonia, y subsidiariamente, la creación de la villa.

La demanda de tierras siguió creciendo a medida que las familias comenzaban a salir de las chacras y otras comenzaron a llegar desde Paraguay con intenciones de radicarse allí. Muchos trabajadores cruzan todos los años desde Paraguay durante las temporadas de cosecha de yerba mate. El abastecimiento de mano de obra paraguaya para el mercado de trabajo yerbatero sigue siendo, al menos en la zona de estudio, una situación recurrente a pesar del aumento en los controles de la actividad por parte del Estado Argentino. Los trabajadores que cruzan desde el vecino país se instalan en la zona durante los meses de zafra yerbatera, principalmente entre abril y octubre. Su migración temporaria se ha establecido como una regularidad, pues forma parte su ciclo anual de trabajo. Esta situación ha generado redes sociales basadas en lazos de parentesco o amistad, fundamentales para el proceso migratorio. En este sentido, a pesar de la línea artificial que constituye la frontera, esta movilidad temporal o permanente de trabajadores paraguayos, muestra que las relaciones entre los pobladores de uno y otro lado del río continúan siendo constantes, intensas y fundamentales en la dinámica del trabajo agrícola. Su permanencia en la villa, aunque a veces de manera temporal, puede agudizar las condiciones de hacinamiento en los hogares de las familias que residen de forma permanente.

Lorena es una trabajadora rural de unos 60 años que vive en la villa. Ella conoce a la mayoría de la gente que vive allí, en gran parte porque su esposo es el pastor de la Iglesia evangélica (a la que asisten muchas familias de la Colonia), pero también porque en su familia todos y todas son trabajadores rurales. Aunque ella es de la localidad de Montecarlo, desde su juventud habita y trabaja en Letizia. Al igual que Karen, tuvo oportunidad de conocer la Colonia por formar parte de una cuadrilla de tareferos que había sido contratada para la cosecha de uno de los yerbales de la zona. En una oportunidad en que conversábamos sobre la formación de la villa ella decía que, actualmente,

...hay mucho personal que son paraguayos que vienen de Paraguay a tarefear, pero no tienen documento. Acá hay muchos, acá para arriba, y acá, y más allá arriba [hace un gesto para señalar los alrededores de la villa en todas múltiples direcciones, sin precisar un lugar] ...y hay quien tiene documento y quien no tiene documento, pero donde vos miras hay paraguayos. Ellos vienen en tiempo de tarea cruzan ellos, vienen de a tres, de a cuatro y se quedan a tarefear y quedan en la casa de los parientes, así.

Fotografía: *Vivir en la villa*



Ph.: Carla Traglia

La entrega de los terrenos a las familias de trabajadores sin tierras ha provocado un paroxismo político entre los habitantes de la Colonia, porque sostienen que los intendentes se han “abusado de la necesidad de la gente” para favorecer su propia continuidad como funcionarios públicos del municipio. Así la mayoría de los vecinos de la Colonia, inclusive quienes habitan en la villa no han reparado en señalar de forma recurrente que el proceso de entrega de los lotes respondió a las prácticas clientelares de los intendentes de los tres últimos períodos gubernamentales de Colonia San Casimiro que, como mencioné anteriormente, estuvieron a cargo de la misma familia, siendo los primeros dos de Neko y el actual, de su esposa: Roberta.

Para poder acceder a los lotes de la *villa* los funcionarios exigían tanto el cambio de domicilio a San Casimiro como la lealtad electoral. A este respecto Raquel, de 40 años, ama de casa y madre de 4 hijos, había participado de la campaña política de Javier, encargado del secadero, quien era un candidato opositor a la actual funcionaria. Ella señalaba que la familia gobernante cometía muchas injusticias y se “aprovechaban de la gente”. Su marido era uno de los trabajadores efectivos/

asegurados del secadero, lo que explicaba también en parte su participación en la campaña política del patrón. Respecto de la villa, me contaba que

...El que cobra el agua, que trabaja con ellos [Municipio], ese mensuraba y le daba el terreno a la gente, pero vos tenías que hacer el cambio y tenías que votar por ellos. Si vos eras de J. D. Perón o de Jardín, vos tenías que hacer el cambio de domicilio a San Casimiro y tenías que votar por ellos.

Aquí la cuestión del límite municipal se manifestó como un emergente conflictivo. El cambio de domicilio fue marcado como un requisito fundamental para poder acceder al terreno. Ello condujo a que en los últimos años la mayoría de las familias hayan optado por cambiar su domicilio al municipio de Colonia San Casimiro, inclusive aunque muchas de ellas hubieran vivido toda su vida en Letizia, pero del lado que corresponde a J. D. Perón. O inclusive, hayan rotado de lugar en varias oportunidades alternando entre uno u otro municipio. A este respecto, Florencio contaba su situación domiciliaria:

Acá pertenece a J. D. Perón, pero tengo mi domicilio en San Casimiro, porque como estamos en la Colonia... casi todos estamos en San Casimiro ... pero tengo mi domicilio ahí. Es más cerca. Algunos cambian, no les gusta una cosa y por eso ya cambian de domicilio. Pero a mí eso no me gusta hacer, porque no me gustó algo de la municipalidad ya voy a cambiar.

Por otra parte, la cuestión de la división municipal no sólo pone en juego las estrategias individuales y familiares para acceder a un terreno, sino que es el preludeo al acceso a otras *ayudas* estatales. El habitar en el “límite” (un doble límite compuesto no sólo por la división municipal, sino también por la frontera nacional) incrementa las posibilidades de asistencia social [estatal] en la medida en que se establecen relaciones personales con distintos gobiernos locales de turno. Cuando un municipio no responde, se puede acudir al otro.

Para Karen este conflicto entre ambas intendencias y la gente de la *villa*, pero también de quienes no habitan en ella, implican una erosión de las formas en que los pobladores se relacionan, provocan desunión y dificultan la organización entre ellos para encauzar un reclamo que apunte a mejorar sus condiciones habitacionales en ese espacio:

Yo digo que si había una unión iba a estar mas arreglado en todas partes, porque iban a sentir, iban a ver la necesidad, bueno hoy arreglamos acá, mañana arreglamos allá, pero como hay una divisa cada uno arregla su parte, como hay gente acá que tiene su

domicilio en J. D. Perón, necesita ayuda va a pedir a J. D. Perón, o alguno que no se lleva bien acá con la intendente, y hace su domicilio en San Casimiro y va al otro intendente de acá. Y a veces los intendentes ayudan más a los de los otros municipios porque ellos tienen seguro que esos les van a votar, y los que son del propio municipio muchas veces no les votan porque ya conocen qué clases de personas es. Ese es otro tema también. Y la gente se cambian todo, hacen sus domicilios en otros lados.

La permanencia en la *villa* conlleva vivir bajo condiciones de vida caracterizadas por la incertidumbre, la sensación de “no importarles a nadie”, como señala Lorena y Rigoberta, quien también es una antigua trabajadora rural y actualmente es la esposa de Pocho, a quien llevamos hasta el Hospital aquel día en que su hijo estaba gravemente enfermo. El sentimiento de “abandono estatal” se manifiesta en la necesidad constante de estar recurriendo a los municipios en busca de ayuda porque en la Colonia “ya casi no hay trabajo”. Todo ello trae consigo sentimientos de desazón, angustia, desesperación y los deseos de migrar, principalmente entre las generaciones más jóvenes. Como decía en alguna oportunidad Ayala, uno de los trabajadores rurales más antiguos de la zona, “los jóvenes de aquí ya no quieren quedarse”. Pero ello también, y en gran medida, por los sentimientos de abandono estatal que pude percibir en la totalidad de las personas con las que hablé a lo largo de mi trabajo de campo. A modo de ejemplo, Lorena y Rigoberta, relataron que hacía al menos cinco años que la intendenta no se asomaba a la villa a ver cómo estaba la gente. Durante su campaña electoral había prometido la realización de las “Viviendas de tareferos”, es decir, la ejecución de un programa provincial promulgado en 2008 por el cual se aprobaba (en el marco del convenio con el “Programa Federal de Mejoramiento de Vivienda - Mejor Vivir”) la construcción de viviendas destinadas a los trabajadores rurales. Este programa contaba con financiamiento del Gobierno Nacional, a través de la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda, y estimaba “mejorar la calidad de vida en cuanto a espacio e instalaciones, creando asentamientos próximos al lugar de trabajo” (Resolución N° 102/08 del Instituto Provincial De Desarrollo Habitacional (IPRDHA)). Así la ejecución de las obras se realizaría en conjuntos de 50 viviendas.

Respecto de este programa habitacional, Lorena cuenta furiosa la desidia de la intendenta y sus falsas promesas electorales:

Acá Letizia está olvidado para la intendenta. Cuando empezaron las elecciones yo le dije a mi marido que yo iba a votar por ella, porque a la semana que se postuló dijo ‘mirá, nosotros ganamos y a la semana venimos y te hago la casa’. Y vino y me hizo una casa chiquita acá, me puso el techo que yo tengo hasta ahora. Y después yo tenía

que cambiar, porque era provisorio, y vino el frío, vino el viento, y no iba a estar así. Y ahí tuve que comprar, y cuando yo hice todo, puse una tabla buena, dijo que ella me hizo. Y nada que ver!. Teníamos piso de tierra, y uno tiene que dejar de comer para hacer un piso.

Sumado a ello, la villa carece de alumbrado público, tiene una provisión de agua potable que resulta insuficiente para su población y hace algunos años atrás eliminaron el destacamento policial. Esta institución es frecuentemente reclamada por los vecinos, debido a los problemas relacionados a la inseguridad por el tráfico ilegal de mercancías con Paraguay o los atracos en las chacras, pero también por las recurrentes situaciones de violencia, agravadas por el consumo de alcohol en la villa. Anastacia, la asistente de la salita, sostiene que en situaciones de violencia ha sufrido la desesperación de tener que asistir emergencias médicas en soledad, llegando inclusive a presenciar el fallecimiento de los heridos, por no contar ni con ambulancias ni con policías que la ayuden en esos acontecimientos. Ella destaca que muchos de estos conflictos vecinales podrían evitarse si estuviera presente la autoridad policial, ya que anteriormente oficiaban para mantener “el orden” y controlar los hechos de violencia. Cuando debe asistir estas urgencias, Anastacia cuenta con la colaboración de los bomberos o de los policías de Colonia San Casimiro o Jardín América, quienes frecuentemente deben sacar accidentados en sus vehículos, ya que por el mal estado de los caminos las ambulancias no pueden llegar hasta la Colonia.

En ese sentido, la proximidad entre los vecinos, que se da en la villa y el barrio de viviendas, es señalada como un *cambio* en las formas de sociabilidad en la Colonia. Emergen conflictos vinculados al chisme, el consumo de alcohol entre los jóvenes (principalmente los varones) y la violencia física, entre las cuales también se han mencionado casos de violencia sexual. Sobre esto último, se ha referido Karen al relatar la violación que sufrió su nieto de 9 años de edad, por parte de un vecino de la villa de 16 años, con quien debe encontrarse todos los días. Por su parte, la madre del adolescente alega la inocencia de su hijo. Ambas asisten a la iglesia evangélica y el conflicto es mediado por el pastor de la Iglesia, quien ha llegado a solicitar la clemencia de Karen para levantar la denuncia judicial que ella inició contra el adolescente, por implicar para la familia un importante gasto de dinero al trasladarse a la ciudad cada vez que el juez cita al acusado. El pastor de la Iglesia es quizás la única “autoridad” que logra mediar en situaciones como la mencionada. Rigoberta, señalaba en una oportunidad que la Iglesia Evangélica ha cobrado mucha importancia en la vida religiosa y comunitaria de la gente, porque desde que llegó a la Colonia realiza cultos dos veces por semana, mientras que la Iglesia Católica “hacía una vez por mes, y

además siempre mostró signos discriminatorios entre los grupos de descendientes europeos y los criollos, llegando a distinguir horarios de misas para unos y otros. Rigoberta dice que, “a lo mejor por eso dejaron todos”³⁴.

Fotografía 12: *Los tareferos que regresan*



Ph.: Carla Traglia

³⁴ Sobre la historia de la Iglesia Católica, Concepción tenía algunos registros sobre un trabajo que realizaron alumnos de la escuela secundaria hacía algunos años, en los cuales entrevistaron a sus abuelos. Entre los escritos que fueron compartidos por ella, pude observar imágenes de los dos estadios de construcción de la Capilla. La primera, realizada en 1940, fue realizada gracias a la donación de media hectárea al Obispado de Posadas por parte de la familia polaca de apellido Tainski. Esa donación se realizó en 1935, mediante un contrato de “palabra” en la que se acordó la construcción de la Capilla, efectuada cinco años más tarde con la colaboración de los vecinos de la Colonia, la mayoría de ellos polacos. Esta capilla realizada primeramente en madera, permitió que la población recibiera la catequesis y se efectuaran las ceremonias sacramentales como comuniones, confirmaciones y matrimonios. Veinte años más tarde se encomendó la construcción de la Capilla con materiales más resistentes, es decir, cemento y ladrillos. En aquella construcción también participó toda la comunidad. Un sacerdote muy reconocido en la provincia y oriundo de Colonia Letizia, el padre José Czerepak, fue quien ofició la primera misa de la nueva Capilla el 8 de diciembre de 1960.

Sobre estos episodios son referenciados algunos de los cambios que trae aparejado el hecho de habitar en la villa, conflictos para los cuales sus pobladores señalan que no existe una autoridad estatal presente.

Con intención de contrastar estos hechos con la posibilidad de vivir en la chacra, Raquel, que es ama de casa vive junto a su marido y sus hijos en una chacra propia, me comentaba que:

...en la villa se pelean y toman, y hacen chisme. Acá en la chacra es distinto, si le visitas a tu vecino es porque se le metió la vaca, o se te escapó un animal, o te lo encontrás en el camino. No es como en la villa ahí que están todos encima y se pelean, que por el marido...que porque le miró feo... Así es. Acá no, porque Doña Zunilda está allá y a veces le ves, a veces no. Hay silencio, hay una tranquilidad!. Pero en la villa dios me libre!. Hay que darles una hectárea a cada uno ahí para que no se peleen tanto.

Una de las cuestiones centrales de la *villa* es la manera en que este espacio físico se manifiesta, ante la mirada de los otros, como un lugar opuesto al resto de la Colonia. La proximidad física, la pérdida de la intimidad por la convivencia cercana con los vecinos, los ruidos, la mayor presencia de jóvenes y las nuevas prácticas asociadas a la pérdida de un estilo de vida “rural” como sinónimo de tranquilidad y respeto, parecen contrastar con de manera permanente con un ideal al que se desean retornar pero cuyo camino de regreso ya no existe. La diferenciación que se objetiva o materializa en el espacio físico debe ser pensada como producto de una lógica histórica y no a partir de la naturaleza de las cosas, como señala Bourdieu (2007):

La estructura del espacio se manifiesta, en los contextos más diversos, en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio. En una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el efecto de naturalización que entraña la inscripción, duradera de las realidades sociales en el mundo natural (Pp. 120).

En este sentido, considero que el espacio físico, el lugar de la villa constituye un espacio reificado que, en palabras de Bourdieu, vendría a presentarse como la consecuencia de la distribución de determinados bienes y servicios, así como también de agentes individuales y grupos localizados

físicamente (en tanto cuerpos vinculados a un lugar permanente), provistos de oportunidades más o menos importantes de apropiación de esos bienes y servicios. Quienes habitan allí son trabajadores rurales que han sido expulsados de los espacios que habitaban antiguamente sobre los cuales no tenían ninguna capacidad de agenciamiento, decisión o derecho a permanecer, porque los contratos de cesión eran informales y se basaron históricamente en acuerdos “de palabra”. Así las cosas, la disponibilidad de tierras fiscales, acompañado por el advenimiento de un período de mayor distribución y acceso a un nuevo sistema de seguridad social que proveía la posibilidad de contar con ingresos regulares modificó no sólo las relaciones y las formas de habitar dentro de la Colonia, sino que condicionó la simbolización que se tiene sobre quienes habitan ese nuevo espacio físico.

Como señala Bourdieu:

Las grandes oposiciones sociales objetivadas en el espacio físico (por ejemplo capital/provincia) tienden a reproducirse en los espíritus y el lenguaje en la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, vale decir, en tanto categorías de percepción y evaluación o de estructuras mentales (parisiense/provinciano, chic/no chic, etcétera) (Op.cit.).

En este sentido, Joselo planteaba que:

Algunos de la villa son tareferos, pero otras ya tienen sus pensiones, su sueldo de madre de siete hijos o su salario universal, y así viven... pero antes todos trabajaban los doce meses del año, porque en la Colonia siempre hay trabajo. Cuando yo fui capataz siempre le decía a mi patrón que había gente que eran changares y ellos terminaban su tarea hay que pagarles porque no tenían otro ingreso... Y yo me acuerdo que llegaban los lunes y vos tenías gente acá pidiendo trabajo. Y ahora ya no, vos tenéis que salir a buscar y mendigarles para que trabajen. Y eso pasa porque el país le malacostumbró a la gente con los sueldos. En vez de poner un buen precio justo para el productor vienen y le dan sueldo a montones de vagos, que viene [de Paraguay] se hacen documentos y ya enseguida tienen una pensión.

En este fragmento Joselo presenta su visión acerca de aquello que consideramos transcurre en un proceso de objetivación de la diferencia a partir de localizar espacialmente el problema de la distribución de determinados recursos estatales y que se vinculaba a la corrosión del carácter del trabajador rural de Colonia Letizia . Con ello me refiero principalmente al sentido asignado por Sennet (2006), en cuanto a que los cambios acaecidos en el ámbito laboral tensionan y discuten el

Fotografía 13: *El patio trasero*



Ph.: Carla Traglia

carácter formador de la personalidad y la identidad de los trabajadores vinculados con una misma actividad a lo largo de su ciclo vital, pero también como un espacio de construcción de rutinas fuertemente sostenidas por valores colectivos en torno al compromiso, la confianza, la integridad y la permanencia. Así el autor plantea que, aunque desde el punto de vista operacional, todo puede parecer perfectamente claro, desde el punto de vista emocional, el cambio es terriblemente ilegible.

Vivir en *chacra ajena*: antes y ahora

La expresión “vivir en *chacra ajena*” comienza a acuñarse cuando muchas familias habitaban en los establecimientos o en las chacras donde trabajaban. Allí también podían desarrollar, de forma complementaria, la agricultura de autoconsumo en base a relaciones domésticas de producción. El grupo familiar vivía en el mismo espacio donde trabajaba y desarrollaba sus actividades productivas a partir de la activación de la dimensión operacional del grupo doméstico, en la medida que los patrones les prestaban parcelas para la producción de alimentos. Dentro de esta modalidad se emplearon muchas familias de trabajadores rurales desde la génesis de la Colonia hasta el cierre de los establecimientos agrícolas durante la década del '90. Bajo esas formas de convivencia y coexistencia de patrones y trabajadores se establecieron lazos sociales, formas de trabajo y maneras de concebir los arreglos que inclusive hoy son reactivados bajo nuevas formas de explotación.

En oportunidad de una entrevista realizada en marzo de 2017 en la ciudad de Posadas, en la Asociación de Productores Agrícolas de Misiones (APAM), Schnieper comentaba que su padre les daba una hectárea de tierra a cada obrero, “una hectárea limpia para que hagan todas sus cosas”. Además les prestaba las herramientas, la rastra, la sembradora. Los trabajadores disponían de los fines de semana para preparar la tierra, en la que plantaban poroto, maíz, mandioca. En ese mismo espacio también tenían animales para el consumo familiar, preferentemente cerdos, pollos y eventualmente alguna vaca. Para establecer una diferencia con los trabajadores contemporáneos, Schnieper expresa que “Así era antes, nuestros empleados no iban al supermercado y venían con yogurt en la mano (...) Ahora están todos en Jardín [América], se jubilaron y se fueron todos a Jardín”.

El asentamiento de las familias dentro de la explotación resultaba fundamental para la satisfacción de las tareas de cultivo y labranza de las tierras que comenzaban a entrar en el circuito de producción agrícola, destinado a los mercados de alimentos regionales y extra regionales. Bajo esta modalidad, además, el productor de origen europeo y que recién comenzaba a establecerse en la Colonia, podía garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo sin demasiada inversión de capital. En este sentido, Javier, de unos 60 años de edad, hijo de inmigrantes polacos y nacido en la Colonia, y uno de los trabajadores principales del secadero, mencionaba que la familia de Schnieper era de las mas “importantes de la Colonia”, refiriéndose a que eran los que más empleados tenían. “ ¡Ellos tenían un pueblo entero al lado de la casa, tenían 70 familias!”, y ello debido a la elevada demanda de mano de obra que provocaba la gran explotación. “Porque tenían citrus, tenían 1000 toneladas de limón, 1000 toneladas de pomelo y 1000 toneladas de naranja. Porque esta era un

colonia citrícola primero, allá por el año cuarenta y pico” (Entrevista realizada en Julio de 2017).

Como veremos en el capítulo siguiente, es posible distinguir dos tipos sociales agrarios en este periodo: el “colono”³⁵ y el “trabajador rural”, diferenciados por sus condiciones materiales y sus orígenes étnicos. El trabajador vivía, por lo general, en una parcela del colono, en chacra ajena, y producía para el consumo de su grupo familiar en los momentos de descanso, con las restricciones de tiempo y espacio que el dueño de la chacra imponía, esto es, un control del proceso productivo circunscripto a los momentos “libres” y en el espacio destinado para tal fin. Por su parte, las tareas vinculadas a la explotación del patrón podían variar en intensidad y por la estacionalidad de la producción, pero nunca se suspendía en su totalidad. El tiempo se medía a partir de diferentes ritmos e intensidad de trabajo, lo que exigía la participación total o parcial del grupo familiar. Sin embargo, a pesar de ser trabajadores asalariados de carácter permanente, la posibilidad de un tiempo de vacaciones o de cese de actividades, no era contemplado. “En el campo no hay descanso”, sostenían algunos entrevistados al referirse a aquella época.

El vivir en la chacra de los patrones, además de asegurar la disponibilidad y el control de los trabajadores, permitía que se ocuparan no sólo de las tareas de la explotación, sino que también fueran requeridos para las necesidades personales de sus patrones, es decir, tareas no agrícolas. Relativo a ello, Joselo me contaba que él...

...a veces era el acompañante, hacía como de guardaespaldas de la señora, porque sabía manejar. Entonces la señora me decía ‘Joselo vamos’, y yo iba, le llevaba al pueblo, a donde ella me decía. Estaba disponible a toda hora. Por eso quizás su hijo también después me valorizó.

Por su parte, a las mujeres correspondían las tareas de aseo de las grandes casas, los oficios de modista, lavanderas, o el cuidado de animales y huertas. Es decir, que ellas se encargaban el amplio espectro que abarcan las tareas de aseo y cuidado de los niños y niñas de sus patrones, a la vez que realizaban las de su propio grupo familiar y ayudaban a sus maridos en las tareas agrícolas. Respecto de su rol en las tareas de la chacra, siempre es presentado como subsidiario al del hombre.

³⁵ Bartolomé (1975) señala que el término “colono” denota en Misiones no solamente un tipo social agrario predominante, sino también una serie de referentes culturales que hacen al ethos regional y que contribuyen a destacarlo dentro del país. Así, el colono misionero es típicamente un productor agrícola de origen inmigratorio europeo relativamente reciente. En un porcentaje alto son propietarios de la tierra que trabajan, y a cuya propiedad accedieron recibiendo de padres o a lo sumo abuelos a los que les fue otorgada bajo planes de colonización oficiales o privados. A diferencia de las zonas de colonización agrícola más antiguas, los colonos de esta zona son originarios de la región norte y este de Europa. Por otro parte, Schiavoni (2008:13) señala que el colono misionero o agricultor familiar es un sujeto relativamente capitalizado, fruto de políticas estatales dirigidas que facilitaron el acceso a la tierra pública mediante planes de colonización, incorporación al cultivo regulado de yerba mate y fomento de cooperativas agrícolas.

Al respecto, Ayala, un trabajador rural y productor yerbatero de 63 años, antiguo poblador de la Colonia, señalaba que esta división del trabajo aún perdura en las chacras. En su casa, su nuera ocupa el rol de madre y cuidadora del hogar. Dice que las mujeres “participan” en la chacra, pero que

...sus tareas son livianas, llevan y llevan su muda de cebolla, sandía, melón, hacen un poquito y ya está. Eso hacen las mujeres, trabajitos livianos y sino, cuando se empieza a tirar la sandía, se mete por en medio y arranca los yuyos, porque la mayoría de las mujeres aparte de participar, tienen sus tareas en la casa. Claro, porque la casa no es sólo vivir ahí, y si hay chicos y tiene que ir a la chacra le van a tener que dejar. Es complicada la vida de las mininas.

Concepción, la esposa de Joselo, llegó inclusive a contarme durante una conversación mantenida en su casa, acerca de las vicisitudes de acarrear el agua que se consumía tanto para el aseo doméstico como para el consumo humano, porque el pozo del que disponían se secaba con frecuencia. En la época de su juventud, cuando recién se acompañaron³⁶, ella se mudó a la casa de él, dejando la residencia paterna como era habitual en aquel entonces. Ambos vivían en una pequeña casa dentro de la explotación de los Schnieper. A ella le correspondía caminar un kilómetro hasta el río Paraná para traer agua, trayecto que realizaba generalmente con sus hijos pequeños. El camino iba en declive hacia el río, motivo que hacía que el regreso con el gran peso del agua vertida en una enorme fuente sobre su espalda, se tornase una situación por demás agotadora y angustiante. Era un verdadero sacrificio como ella misma expresa, porque obviamente debía hacerlo todos los días, y hasta inclusive en varias oportunidades en un mismo día. Sin embargo, una mañana Joselo decidió relevar a su esposa en la tarea y fue cuando comprendió el dolor y el cansancio que podía sentir su esposa a diario por ello. Lo que llevó a que Joselo reclamara a sus patrones el arreglo del pozo de agua para abastecer a su familia y los demás trabajadores con agua potable.

Después de duras y extensas jornadas de trabajo para el patrón, los peones rurales debían producir sus alimentos y administrar los recursos de los que disponían, estableciendo así una dinámica de funcionamiento que implicaba la colaboración de todo el grupo familiar. Como señalaba Joselo, en aquellos años, se compraban muy pocas cosas:

Los de antes tenían todo, huevo, maní, antes se mataba un chanco grande y tenías carne y grasa, y eso te daba de comer, guardabas la carne en la grasa. Algunos nomas

³⁶ Categoría nativa que refiere al estado de concubinato de una pareja.

usaban aceite, pero era más acostumbrado a lo casero, algunos usaban hasta la grasa de carne para hacer reviro y pan. Y eran muy pocas cosas las que se compraban.

Fotografía 14: *Los caminos de la zafra*



Ph.: Carla Traglia

Seguidamente Joselo señaló que, en contraste a aquellas épocas en que se producía lo que la familia consumía, “hoy en día la gente compra hasta la mandioca con cáscara”. Su enunciado connota más que un deterioro y pérdida de estas prácticas agrícolas y familiares, un cambio en la valoración moral sobre el trabajo agrícola en las generaciones contemporáneas de los trabajadores de la Colonia.

Sin embargo, este proceso que señalamos es constitutivo de la expansión del capitalismo. Como analizaba Meillasoux la función de las “huertas obreras” es su integración a una economía parcial de autosubsistencia que los trabajadores movilizan para la producción de su propio alimento en su tiempo libre, reduciendo por lo tanto el costo de su fuerza de trabajo, pues “lo que la familia retira de su huerta o de su parcela, el capitalista, so pretexto de la concurrencia, lo deduce del precio de la

fuerza de trabajo” (Engels, 1872/1957, citado en Meillasoux 1977:154). Esta producción para la subsistencia en simultáneo con el trabajo remunerado, bajo el sistema de producción capitalista implica la aparición de una renta en trabajo y de plusvalía. “La primera procede de la transferencia gratuita de una fuerza de trabajo producida en la economía doméstica hacia el sector de la producción capitalista, la otra de la explotación de la fuerza de trabajo comprada por el capitalista” (Meillasoux 1977:164). No obstante, como menciona el autor, en el lugar de trabajo ambas no se presentan por separado, es decir, no se diferencia de manera consciente un tiempo de trabajo gratuito y otro de trabajo remunerado, sino que la renta en trabajo y la plusvalía se realizan al mismo tiempo.

Esto significa que, como ha mostrado la teoría social, el trabajo como relación social no garantizaba la reproducción social de los trabajadores al costo real de su reproducción. Schiavoni (2008) menciona que una de las causas del subdesarrollo de la economía agraria está relacionada con lo que, desde los enfoques marxistas de los años 1970, se señalaba como el mantenimiento de una agricultura de base doméstica y la subordinación/subsunción del campesinado al capitalismo. El éxito del capitalismo radica en su capacidad para sostener relaciones de producción y procesos de trabajo transformados, que aseguran una fuerza de trabajo al sector capitalista a un precio inferior a sus costos de reproducción. Desde esta perspectiva, Laclau señala que “resulta clave, para un sostenido proceso de acumulación, la existencia, en algún sector del sistema, de unidades productivas en las que las bajas tecnologías y la superexplotación del trabajo permitan contrapesar el efecto depresivo de la creciente composición orgánica sobre la tasa de ganancia en las industrias de dinámicas o de avanzada. (...) las empresas en las áreas periféricas están en condiciones ideales para realizar ese papel” (Laclau 1978: 39, en Schiavoni 2008:15).

La supervivencia de estas modalidades, el “vivir en chacra ajena” como dicen las voces nativas, favoreció la “acumulación originaria” de los establecimientos agrícolas y de algunos colonos, que como en el caso de la familia Schnieper, pudieron comenzar con una explotación en la que empleaban numerosas familias a bajo costo, y que en la actualidad se constituye como una de las familias más capitalizadas de la Colonia. Su capital (acrecentado) permitió que la familia haya emprendido el procesamiento industrial de la hoja verde de yerba mate con la instauración del secadero.

Con el avance del proceso de industrialización de la agricultura se desencadenó una serie de factores mencionados por los productores que cambiaron abruptamente los modos de producir, de trabajar y también de residir. Entre ellos se destacaron la falta de políticas públicas para apoyar a los

agricultores, como la de regulación de precios, la asistencia técnica para las explotaciones y la promoción del desarrollo rural, pero principalmente la llegada de capitales extranjeros para plantar monocultivos de especies exóticas como el pino. Sumado a ello, el envejecimiento de la población rural y la falta de reemplazo debido a la emigración de las generaciones más jóvenes, llevó a que en los últimos 20 años muchos colonos y empresarios agrícolas abandonasen sus explotaciones. Dado que estos actores eran los que mayor cantidad de mano de obra empleaban, su clausura obligó a las familias obreras que vivían allí a salir en busca de un nuevo lugar y, por tanto, a una ruptura de los lazos con la tierra que se mantenían por la convivencia en el campo. Esta transición será abordada con mayor detalle en el capítulo siguiente.

Lo que interesa destacar aquí es que, en la Colonia, algunas familias se reubicaron en otros espacios, buscando alternativas al éxodo rural. Entre las estrategias desarrolladas por estas familias sin tierra, comenzaron a acuñarse nuevas modalidades o *arreglos* para permanecer en las chacras a pesar de que las condiciones empeoraban. Ante el advenimiento de estos cambios en la producción agrícola, el concepto de “vivir en chacra ajena” adquirió un nuevo sentido. Antiguos trabajadores rurales pasaron a ocupar los cargos de cuidadores de aquellas chacras cuyos propietarios ya no las habitaban. Los propietarios de la tierra entablaron diferentes tipos de acuerdos con algunas familias de la zona que necesitaran principalmente un espacio para vivir. Este es el caso de Karen, que vivió en chacra ajena hasta que su marido enfermó y falleció hace algunos años atrás y debieron mudarse a la villa. Ella mencionaba que, desde que se conocieron, siempre vivieron en chacra ajena. Junto a su marido hacían diversos tipos de trabajos, pero principalmente tareas productivas y de mantenimiento del lugar que cuidaban, algunas de las cuales eran remuneradas por su patrón, el dueño de la explotación. Entre ellas destaca la carpida, la macheteada y la tarefa. Se trataba de un trabajo que implicaba la colaboración de todo el grupo familiar. Señalaba:

Hacíamos todo lo que había para hacer, pero así mismo vivíamos de kilo a kilo, nunca alcanzaba para ir a Jardín a mericar, se tenía que atropellar fríos, lluvias, todo. Siempre plantábamos y teníamos una huertita. Y tenía pollos y esas cosas, y trabajaba con él para que sobre para comprar algo”.

Estos arreglos, al suponer que la familia cuidadora puede producir para su consumo en el espacio disponible, implican que el patrón pague salarios que son escasos, e inclusive, que el acuerdo no suponga remuneración alguna. En el caso de Karen, el último patrón con el que trabajó, era un hombre que reside en la ciudad de La Plata, y que se dedica a la producción de yerba mate

biodinámica, al igual que Don Contreras. Durante los últimos años que vivieron allí junto a su marido y sus hijos, el patrón les enseñó algunas prácticas agrícolas “ecológicas” para que ellos pudieran realizar el mantenimiento de la chacra siguiendo los preceptos de este sistema productivo (una condición que para él resultaba sobre todo una necesidad porque la chacra es controlada periódicamente por una certificadora privada de producción orgánica (nacional) y otra biodinámica (internacional):

Nos enseñó cómo teníamos que hacer con las plantas, que hay que plantar con buen ánimo, que no hay que tirar los papeles, que teníamos que hacer un coso [contenedor] donde teníamos que tirar todas las cosas que son orgánicas, muchas cosas aprendimos con él.

Ello implicó que Karen y su esposo aprendieran nuevas prácticas agrícolas y que sus tareas especializadas sean remuneradas mensualmente por su patrón, aunque ese salario sólo les alcanzaba para comer. Sin embargo, previo a ello, el hecho de no disponer de un ingreso estable y suficiente por las tareas realizadas comprometía sus economías familiares, llevando a la adquisición de deudas con los mercados locales.

En esa época cuando vine acá, fue muy duro para mí, porque trabajamos duro y parejo durante 7 años, para poder criar a los chicos, porque en ese tiempo no había ni un plan social, nada. Mi nene tenía 4 años cuando me junté con él y hoy está por cumplir 28.

A este respecto Karen señalaba que ellos siempre debían "sacar fiado para las mercaderías" [alimentos], pero que cuando conseguían algún trabajo y podían saldar la deuda, otra vez debían volver a pedir fiado para poder adquirir nuevas mercaderías. Este tipo de sistema de endeudamiento, es una situación recurrente en las familias de trabajadores de la Colonia, principalmente entre aquellos cuyas residencias se encuentran sujetas a la incertidumbre constante y sus economías son inestables.

Otra de las cuestiones que me llamaba la atención en el caso de Karen eran los motivos por los cuales familias como la de ella, habían optado por vivir en chacras ajenas en vez hacerlo en la villa o trasladarse a las áreas urbanas donde, según ella misma expresaba, había más libertad para moverse o conseguir otro tipo de empleos.

Karen destacaba que vivir en chacra ajena implicaba el compromiso de cuidar el espacio, pero que no se disponía del mismo para una producción controlada plenamente por la familia, sino que estaba sujeta al tipo de arreglo con el dueño de la explotación:

A veces, no puedes plantar una planta ni arrancar porque no es tuya, siempre estás cuidando lo ajeno. Se podía tener una huertita así chiquita pero no mucho espacio. Porque las chacras te dan así, te dan un lugar para vivir nomás, y que tenga una sombra, un patio, el agua, eso. Y una casita así, humilde, de madera.

No obstante, comparaba aquellas épocas con su residencia actual en la villa, con la cual percibe un contraste en el sentido otorgado a la disposición de un espacio amplio, en contacto con la naturaleza, silencioso y sin la necesidad de interactuar a diario con diferentes vecinos, algunos de los cuales conoció al comenzar a vivir allí.

Yo vine aquí [la villa] y al principio no me adaptaba porque nunca estuve viviendo así entre la gente, siempre en la chacra. Entonces me costó mucho. Estaba más adentro, hacía calor y yo estaba adentro. No salía casi afuera, solo para buscar leña o ir al baño, y ahora por suerte salgo un poco más. Ya hicieron dos años que estoy acá.

Esos acuerdos, de cesión por usufructo, permiten a las familias una continuidad con un modo de vida vinculado al espacio rural, donde el lugar para vivir, producir para el consumo familiar y trabajar, pueden permanecer en una relativa superposición témporo-espacial, pero donde además la disposición del espacio, la proximidad con el monte y el silencio son también preferidos como estilo de vida.

En la chacra uno puede salir un rato, caminar y volver. Y acá tenés que estar acá y saber sobrellevar con los vecinos. Yo me doy más con los chicos porque suelo hacer pan dulce y les invito, y ellos vienen y están conmigo.

Por otra parte, el grupo familiar se torna una ventaja para acceder a los “arreglos” con los dueños de la tierra, dado que los propietarios buscan familias en la que los miembros puedan participar de las tareas de cuidado (vigilia) y en las distintas tareas agrícolas y de mantenimiento requeridas. Los “arreglos” se alcanzan por la confianza que el dueño de la tierra tiene en el jefe de familia; jefatura que generalmente descansa en un hombre mayor del grupo familiar al que se contrata y, en el caso de acordarse un pago, es al único que se remunera.

Al analizar los casos de familias agrícolas del noreste misionero, Schiavoni sostiene que en la situación de frontera, la pertenencia a un grupo doméstico facilita el acceso a la tierra y el proceso de instalación agrícola (ayuda en mano de obra, herramientas, mudas y semillas para las nuevas plantaciones, consejos técnicos, enseres domésticos, etc.). Además, la familia opera como agente transmisor del oficio (la mayoría de los hijos permanece en la ocupación paterna) (Schiavoni, 1995:

139,140). En un sentido similar, para el caso de las familias que habitan chacras ajenas en Colonia Letizia, la instalación de grupo familiar completo provee mayor seguridad al propietario tanto en el cuidado y la vigilancia de las parcelas como en el mantenimiento, y es esta posibilidad la que favorece la negociación o el “arreglo” entre el cuidador y el dueño de la tierra.

En ocasión de una conversación mantenida con Florencio recordaba que desde que sus padres llegaron allí, en la década de 1960, siempre vivieron en chacra ajena. Cuando él era niño vivió inclusive en la chacra de Don Contreras en la que, en aquellos años, Don Fernández (un inmigrante inglés que había vivido anteriormente en Buenos Aires) había desarrollado una gran plantación de tung y tenía varias familias viviendo en su chacra y trabajando para él.

Florencio tiene quince hermanos de la misma madre. Una de sus hermanas consiguió el trato con el dueño de la chacra donde actualmente reside junto a cuatro de sus cinco hijos varones. Esa chacra era de un señor que falleció, pero como sus herederos no quisieron ir a vivir allí, dejaron a la hermana de Florencio para que la cuidara y cosechara la yerba. Lo que obtienen de la yerba es para ellos, es una forma de pago por el cuidado de la tierra. Florencio dice que es un contrato de palabra por la confianza que le tenían a su hermana, quien también ha fallecido recientemente. Los dueños no volvieron más al lugar, de modo que él cosecha las cinco hectáreas de yerba junto a sus hijos. “Estamos acá nomas”, dice. Florencio entrega la yerba al secadero de Schnieper, pero señala que muchas veces tiene que esperar para poder cobrarla. El yerbal es viejo, dice que está reducido en un 50% de lo que producía antes, que este año (2017) solo sacaron unos seis mil kilos en dos hectáreas. Si quieren volver a producir con mayor rendimiento deben invertir en nuevas plantas y mucho tiempo de trabajo humano en la tierra.

Aunque él siempre trabajó solo para mantener a sus hijos, también les enseñó a tarefear y trabajar la tierra. “Yo un poco por lástima antes no les quería llevar a ellos a tarefear, pero en la tarefa me rinde que vayan, me ayudan, es todo para una sola olla (...) ahora ellos ya están grandes y me cuidan a mí”. Además, la familia también cultiva mandioca entre la yerba, una práctica muy habitual en la zona para optimizar el espacio productivo. La mandioca se planta entre los liños de la yerba [líneas en las que se planta], y contribuye a mantener el yerbal más limpio, es decir, libre de malezas. “Gracias a dios mis hijos me ayudan y están conmigo, me ayudan y estoy contento por lo que ellos hacen por mí (...) plantamos mandioca para la venta. Por ahí contratamos dos personas para la cosecha”.

Fotografía 15: *Los caminos de la zafra III*



Ph.: Carla Traglia

Así Florencio enfatizaba que ellos estaban mejor que antes porque podían subsistir de los ingresos que obtenían por la venta de yerba y mandioca, pero además por la jubilación como “peón rural” que comenzó a percibir dos años atrás, cuando logró que un abogado del Sindicato de Tareferos lo ayudara a realizar los trámites pertinentes: “me lo tramitó un abogado, y cuando vino él me aviso y me vino a buscar para llevarme a cobrar”. Además, Florencio sigue trabajando en changas, en tareas que considera que puede seguir haciendo para complementar los ingresos de la familia. Dado que él es uno de los trabajadores más antiguos de la zona, tiene además una gran demanda de trabajo por ser considerado por la mayoría de los patrones un “buen trabajador”, y ello en parte por la responsabilidad y dedicación que muestra en el desempeño de las tareas que realiza, pero principalmente por dos características que lo hacen ser reconocido como tal: el ser puntual y cumplidor. Florencio señala que:

Cuando uno es cumplidor uno tiene trabajo con cualquier patrón. Yo siempre trabajo

donde el patrón, yo siempre trabajo de changarín, poco tiempo asegurado. Pero donde un patrón me daba trabajo yo siempre era cumplidor, entonces el patrón me apreciaba, me quería porque yo cumplía con él. Me gusta ser así responsable, mientras tenga esa fuerza que Dios me da, me gusta trabajar y ser cumplidor con mi patrón. Mi patrón de ahora está en Oasis y él siempre me llama y me pregunta cómo está todo, atiendo su chacra y me comunico siempre con él.

Con vigor agrega que:

...por ahora estoy bien, estoy con 68 años, tengo fuerza para trabajar. Yo me siento con fuerza todavía para trabajar, porque si dejo de trabajar ahí yo digo que me van a doler los huesos, me voy a sentir cansado, por eso ando mucho en bicicleta y eso ayuda mucho a mantener el cuerpo liviano.

A pesar de que tareas de cuidado y mantenimiento, ó tareas específicas como cosechas o replantes, pueden ser remuneradas por los dueños de las explotaciones (como en el caso de Karen), estos trabajadores agrícolas deben complementar sus escasos ingresos con cultivos de autoconsumo, o de manera temporal, emplearse en otro tipo de tareas (como en el caso de Florencio). Actualmente la modalidad de vivir en chacra ajena sin la presencia permanente de los patrones, otorga al trabajador y su familia no sólo un espacio para habitar y trabajar, sino que les permite también tener eventualmente mayor libertad para acceder a otros empleos disponibles.

A partir de estas historias pude observar cómo se presentan de manera simultánea los diferentes roles que pueden adoptar los miembros de la familia que vive en chacra ajena. Pueden ser cuidadores de chacra, pero también trabajadores rurales, por jornada o por tarea, tareferos o agricultores familiares. Sus trayectorias muestran la acumulación de un determinado capital social que se pone en juego ante la necesidad de acceder a parcelas para vivir. Como señala Schiavoni (1995), aquí también vimos que la cohesión social del grupo familiar mejora sus condiciones de reproducción, a pesar de encontrarse en condiciones de semi-asalarización delimitadas. Son importantes para este tipo de sistema de organización las relaciones personalizadas, basadas en el conocimiento mutuo y el reconocimiento de la familia por parte de los dueños de las chacras y también de los vecinos no propietarios.

En la historias de Karen y Florencio observamos que, para poder acceder a estos arreglos, el “estatus” en torno a la confiabilidad de la familia cuidadora es un aspecto sumamente relevante, dado que se basa en la trayectoria laboral principalmente del que asume el rol de jefe de familia,

con aptitudes requeridas como el cumplimiento de las tareas y la aceptación de los requerimientos del patrón.

El trabajo, el “rebusque” y las políticas

Otra de las cuestiones que permite explicar la permanencia de trabajadores en la Colonia (y de la ocupación agrícola de residentes urbanos) tiene que ver con las características agronómicas y las dificultades para mecanizar la cosecha de acuerdo a la tecnología disponible, que demoraron el avance de grandes capitales sobre la etapa primaria de la producción, principalmente la yerbatera, y que explica, en parte, la continuidad hasta nuestros días de decenas de miles de agricultores familiares (Traglia et.al 2018:21). Las familias que todavía permanecen saben que, al menos en los meses de cosecha yerbatera, van a tener trabajo.

No obstante, esta situación permanencia de trabajadores y agricultores está en relación con las políticas públicas que históricamente incidieron en la economía agraria de la provincia, buscando morigerar el impacto de la concentración en los eslabones producción, industrialización y comercialización de los productos primarios. Entre 1936 y 1991 funcionó la Comisión Reguladora de la Yerba Mate (CRYM) y el Mercado Consignatario: “ambos organismos públicos nacionales encargados, el primero de controlar la producción en base a cupos de cosecha y prohibición de nuevos cultivos, y el segundo asegurando la compra de la producción primaria a precios fijados por la Comisión” (Slutzky, 2014: 392-393). Además en 1974, se intentó regular la economía agropecuaria con la creación del Instituto de Producción y Comercialización Agropecuaria y Forestal (IPICA), que en su directorio contaba con representantes de organizaciones de agricultores y de trabajadores rurales. Su función era regular y controlar producciones, fijar precios de productos, canalizar recursos para inversiones en la industrialización, entre otras acciones. Pero la desregulación de la actividad yerbatera, con la eliminación de la CRYM, condujo a la sobreproducción de yerba mate por parte de los grandes propietarios de más del 50% de plantaciones, lo cual condujo a que rápidamente se produjese el descenso del precio de la materia prima y un mercado de trabajo sobreofertado.

En 2001 se creó por Ley el Instituto Nacional de la Yerba Mate (INYM), con el que comienza una nueva etapa en la puja distributiva de este encadenamiento económico. El INYM se convirtió en el espacio público de disputa entre productores, cooperativas, industriales, trabajadores y los

representantes del gobierno nacional y de los gobiernos provinciales (Misiones y Corrientes). Considerando al INYM como el campo político institucional donde el Estado y los actores sociales con intereses en pugna articulan y disputan la toma de decisiones que reglamentan la actividad y que tienen un impacto directo sobre el campo económico estructurado alrededor del mercado de la materia prima, la distribución del ingreso que ese mercado determina impacta en las condiciones de vida de miles de productores y obreros rurales (Gortari, 2016 en Traglia et.al 2018:21).

Estas políticas públicas actuaron principalmente para regular cuestiones relativas a la producción y la comercialización de los agricultores familiares y los grandes empresarios agrícolas, mientras la situación de los trabajadores rurales siguió siendo invisibilizada. Fue recién a partir de la implementación de la nueva Ley de Trabajo Agrario (Nro. 26.727) del 2011 que la patronal, que obviamente incluye a pequeños, medianos y grandes productores, se vio exigido a formalizar y regularizar la contratación de los trabajadores y, por ende, a mejorar sus condiciones de trabajo.

El análisis localizado en una colonia agrícola donde habitan unas 200 familias permite conocer de forma directa la diversidad de situaciones diferenciadas en el tiempo y el tipo de empleo del trabajo rural según el tamaño de explotación agrícola. Al analizar la participación desigual de los diferentes actores económicos en el ámbito agrícola se observa que, ante un contexto nacional que dificulta la implementación de políticas económicas nacionales a favor de los agricultores y trabajadores de la región, se pone de relieve la importancia de analizar la implementación de políticas específicas de regulación de los mercados, la promoción y el cumplimiento de los derechos laborales (Op.cit.). Pues, a escala territorial estas políticas públicas que no diferencian la participación relativa cada tipo de actor económico y su localización en un escenario específico, impactan de manera desigual generando rispideces, incongruencias y conflictos en las relaciones sociales y laborales, porque sin lugar a dudas transforman múltiples dimensiones de la vida cotidiana de los pobladores, en este caso, de Colonia Letizia.

Con ello, el incremento de los controles ha impactado visiblemente en las dinámicas de contratación, generando tácticas y estrategias para evitarlos, o dificultando la contratación de los trabajadores de la Colonia. Tal es el caso que presentamos en el capítulo I, cuando vimos la estrategia de Esteban de contratar una cuadrilla extralocal.

María y Rigoberta, ambas trabajadoras rurales que suelen ir a trefear, machetear, plantar o carpir junto a sus maridos, en una conversación sobre los cambios que más impactan sobre sus dinámicas laborales, señalaban que los colonos chicos (pequeños productores de hasta 10 hectáreas) tienen miedo de contratarlas a ellas, principalmente en su rol de ayudantes. En este sentido para ellas

resulta injusto admitir que “la gente no quiere trabajar” debido a que lo que realmente pasa allí es que, según relata María:

...muchos no te quieren dar trabajo para que no les metas en compromiso. Porque viste que hay muchos que vienen de Posadas y le encuentran que no están blanqueados [registrados] y les multan. Por eso es que nadie quiere dar trabajo acá. Si me acuerdo que mi hijo y mi marido estaban carpiendo allá y le corrió todo por esos que vienen de Posadas [fiscalización], porque ellos no estaban asegurados, nadie mismo. Corrió todo...y ahora el patrón trae de Roca, trae gente de allá a limpiar la chacra porque están asegurados”.

En este sentido, los productores “chicos”, como los que habitan de forma permanente en la Colonia y que dan trabajo a la gente, están en una situación difícil para emplear trabajadores, bajo el riesgo cierto de ser inspeccionados por el Ministerio de Trabajo. Para Don Jaime por ejemplo, que trabaja su chacra junto a sus hijos, resulta difícil contratar personal porque no le conviene hacer contratos de servicio de cosecha por el volumen que producen, entre 3000 y 5000 kilos de hoja verde al año. Ni siquiera les conviene demasiado a los trabajadores, porque esa cantidad cosecha una cuadrilla de 10 personas en un día o dos. Antes Valdez realizaba la cosecha para un vecino que tenía mucha yerba y podía aprovechar sus máquinas para llevar su propia yerba mate, la que levantaba junto a su familia en unos pocos días de trabajo. Como hoy está muy enfermo, recurre a sus vecinos para que lo ayuden pero señala que deben hacerlo con mucha cautela porque siempre está el riesgo cierto de que aparezca la gente del Ministerio. Él tiene miedo porque cobra una pensión por discapacidad, y al ser el sustento más regular de su familia, sospecha que podría perderlo, o al menos eso le han dicho en la municipalidad. Sobre su percepción del riesgo está el miedo de perderlo todo, porque el Estado también puede hacer eso, dejarlo en la calle: “

Hoy en día, si una persona se accidenta, aunque venda todo no voy a poder pagar y voy a tener que dejar a toda mi familia en la calle; por eso trato de hacer con ellos, con mi familia. Cuanto más pocas personas somos, mejor.

Para él, que no encuentra alternativas a la producción agrícola ni tiene acceso a otro tipo de mercados, las leyes favorecieron mucho a los tareferos, porque

...algunos artículos en la ley son mucho pedir... que un productor chico, que tiene 10 o 5 hectáreas no puede competir con uno que tiene 100 o 200, uno tiene que vender un montón para poner al personal tal como exige la ley, y en todos los ramos que uno

produce es miserable el precio.

Desde su punto de vista, eso hizo que las leyes que comenzaran a apretar a los colonos, contribuyendo el éxodo de la población de la Colonia

Porque el colono no agarró más personas y las personas salieron y se empezaron a ir, otras personas vendieron, y después entró Alto Paraná compró casi todo y quedó poquito, porque rodeó casi todo... cuando se fueron los grandes, esas leyes fueron perfeccionándose, haciéndose cada vez más rígidas, mas duras y esa ley fue afectando a muchas personas, y hoy en día le afecta más al más chiquito, le apreta... hay muchas cosas que no coinciden, entonces las leyes están para que les favorezcan al del medio para arriba, al del medio para abajo no.

En Letizia el trabajo rural es algo que “se perdió mucho” para este pequeño productor. Y una de las cuestiones centrales en torno a la percepción de la pérdida del trabajo gira en torno a la forma en que el Estado interviene para favorecer a las grandes empresas, perjudicando a los productores chicos de monocultivos, que se vean forzados a evadir su obligaciones como empleadores de mano de obra. Antes, cuando existían empresas en la zona, se contrataban distintos tipos de trabajadores, tractoristas que entraban y salían de la Colonia con la producción, ello sugería también la posibilidad de otras alternativas a la tarea monótona de cosecha y limpieza. Así, Don Jaime señalaba que en ese período,

podías trabajar un buen tiempo, pero hoy en día eso no existe más. Acá prácticamente cada uno se arregla como puede, tiene sus cosas y nada más y así se defienden, todo por arriba, para ir sobrellevando. Porque hay cosas que por ejemplo, limpiar la chacra no te conviene porque lo que usted vende no cubre la limpieza. El gasto no cubre nunca, usted tiene que poner siempre el doble para cubrir. Y cuando no hay, entonces uno busca la ventaja, le pasa el herbicida un poquito y ya está nomás

Hoy la aplicación de herbicidas ha reducido considerablemente la ocupación de los trabajadores agrícolas de la Colonia. Aproximadamente 20 litros de herbicida alcanzan para limpiar entre 5 y 6 hectáreas de yerba mate (es decir, entre 3 y 5 litros por hectárea), siempre dependiendo de la calidad del producto. En el momento en que realicé el trabajo de campo (2016-2017), un productor debía gastar 1600 pesos por una hectárea de limpieza manual, mientras que aplicando el agroquímico el gasto disminuía a 800 pesos por hectárea. Una tarea que implica mucho gasto físico de energía y que puede llevar unos 4 días (si no llueve). Además, cuando los patrones deciden emplear mano de

obra, buscan por lo general trabajadores “que sepan”, es decir, que tengan una buena destreza en el manejo de las herramientas y conocimientos botánicos sobre qué plantas se deben cortar y cuáles no. Este era el caso de algunos trabajadores de la Colonia, como son Florencio, Carlitos y Ayala, que son reconocidos como los “mas antiguos” pero que, a pesar de tener más de 65 años, siguen siendo requeridos porque se han ganado la buena reputación tanto por sus conocimientos agrícolas como por su responsabilidad en el trabajo.

Pero con la aplicación de herbicidas químicos esa comunión que se produce entre plantas que son benéficas para el ecosistema y plantas que invaden o matan la yerba mate, es imposible. Los agrotóxicos matan todo, inclusive la yerba mate, si no se lo sabe aplicar con precaución. Su manipulación tiene que ser en extremo cautelosa y no debe tocar el tronco de la planta de yerba mate, sólo rodearla. Es necesaria una sola persona para manipular la mochila con el aspersor y cubrir una hectárea, lo cual puede llevar una mañana de trabajo. Y a pesar de los riesgos para la salud de quién lo aplica o de que quemen la planta por una mala manipulación, al productor le conviene en términos de rentabilidad económica mantener sus yerbales con esa tecnología química. Pero, además, le permite descontar el riesgo de emplear trabajadores informalmente para esta tarea. Entonces, la opción termina siendo aplicar agrotóxicos en detrimento de emplear trabajadores rurales.

Sobre ello Don Jaime justifica que

...bueno cada uno tiene su método, su forma de enfrentar las cosas. No hay uno que pueda vender y pagar bien al peón, y hacer bien las cosas, nada de lo que uno vende no alcanza. No hay cosas que alcancen. El pino no tiene precio, la yerba tampoco.

Por este motivo, el trabajo rural requerido fuera de la tarea específica de la cosecha resulta en un privilegio que no todos los colonos o trabajadores con tierra pueden darse, siendo sólo contratado un trabajador cuando las condiciones lo requieren de manera ineludible, por ejemplo, para tareas como replante o inclusive cuidado de chacras, y no tanto para el mantenimiento y limpieza de los cultivos.

Además cuando apelan a ello, los salarios que pagan son por lo general muy bajos, lo cual genera descontento entre los trabajadores de la villa.

Lautaro, un joven trabajador rural que se define a sí mismo como *olero* [elabora ladrillos de forma artesanal], también señalaba que ahora ya no tienen mucho trabajo debido al uso de venenos. Porque antes se limpiaba con asada y machete, porque además nadie en la colonia tenía un tractor, a

excepción de los suizos o los alemanes que habían traído sus máquinas en los barcos. Él decía que la gente pobre trabajaba la tierra con bueyes, araba la tierra con animales y por lo general, los trabajadores que tenían tierras acostumbraban a hacer mingas, se intercambiaban trabajos entre sí porque los lotes eran chicos y el trabajo se podía terminar en un día con la colaboración de los vecinos. Sin embargo, señalaba que ahora los trabajadores o los colonos que tienen unas pocas tierras tienen que tener dinero para pasar una rastra y pagarle a otro trabajador, porque el intercambio, la minga, se ha perdido como práctica comunitaria entre los vecinos, quienes a menudo manifiestan no conocerse porque “hay mucha gente nueva”.

Fotografía 16: *Los efectos del veneno en el suelo*



Ph.: Carla Traglia

En algunas oportunidades he tenido la posibilidad de escuchar a quienes residen en las chacras sobre su predisposición para ceder lotes a quienes no los tienen, para que trabajen en la producción de hortalizas, inclusive para la mandioca, un tubérculo del cuál se consume sobre todo su almidón y que forma la base de muchos platos regionales. En general este tipo de prácticas son más

reconocidas entre los productores de mandioca en otras zonas de la provincia, pero que no he podido identificarlas como un rasgo notorio en esta Colonia. Se trata de “arreglos”³⁷ o intercambios entre una familia sin tierra que puede producir para la venta en un lote prestado, y otra familia que sede lotes productivos, mientras se beneficia con la limpieza y el cuidado de dichas tierras, externas al circuito productivo familiar. Estos círculos de reciprocidad no son muy extendidos en esta zona y el préstamo de tierras y el intercambio de productos son señalados como vestigios de un pasado cercano.

Así, para quienes habitan en asentamientos como la villa, es prácticamente imposible imitar las prácticas agrícolas de los colonos, la producción para el autoconsumo y el intercambio de *ayudas* mutuas (que podían incluir tareas agrícolas o intercambio de alimentos). La ausencia de estos rasgos notorios sensibilizan la percepción del cambio en la sociabilidad entre unos y otros, que además son visualizadas a partir de las formas de habitar en la Colonia. Lo cierto es que la *villa* se presenta, a los ojos de cualquiera que por allí transite, como un espacio con características completamente opuestas a las de las chacras, sean ellas de residentes por “arreglo” (como los de chacras ajenas) o por adquisición (compra) de las tierras. Las chacras todavía permiten una reproducción social basada en el trabajo predial de sus pequeñas explotaciones agrícolas, y en otros ingresos percibidos por el trabajo extra-predial o asalariado (en épocas de “vacas flacas”) cuando las cosechas no alcanzan a cubrir los ingresos necesarios de las unidades familiares.

Llegado tal punto, la forma en la que actúan las familias de trabajadores de la *villa* es sancionada moralmente en dos sentidos por los antiguos pobladores: el primero remite a que el trabajo asalariado es descuidado y discontinuo; y el segundo, a que se ha abandonado la producción para el autoconsumo, lo cual refuerza el disgusto de los antiguos pues representa la abolición de viejas prácticas. La conjunción de atributos y valoraciones morales que permitían la producción de la diferencia, de la alteridad, de una idea de “ellos y nosotros”, se sedimentaba, primero, en una cierta estructura o base material, es decir en la diferenciación inherente entre poseedores de medios de producción o de fuerza de trabajo, entre los que viven en las chacras y los que viven en la *villa*.

³⁷ Desde una abordaje etnográfico de las relaciones entre tierra, trabajo y capital en la producción de mandioca con destino comercial en Misiones, Vidal (2016) analiza la situación de los plantadores de este tubérculo en la zona oeste de la Provincia de Misiones. En esta rama de la producción, que implica a 800 trabajadores y 1000 productores de mandioca en todo el contexto provincial, muestra que existe una práctica arraigada de plantaciones en tierra “prestada”. Mediante contratos informales, plantadores de mandioca que no tienen tierra propia, a cambio de realizar labores de desmalezado de plantaciones forestales y yerbateras, utilizan el suelo fértil entre los líneas de las plantaciones perenes. Bajo esta forma singular de renta, el trabajo de desmalezado de las plantaciones forestales y yerbateras, es asumido por los plantadores de mandioca, quienes deben incrementar su auto explotación para cubrir el pago de esta “renta” (Traglia et.al., 2018:16).

Pero, fundamentalmente, en una multiplicidad de sentidos atribuidos al trabajo y el estado, como dos esferas que se influyen mutuamente, a partir la intervención de las políticas públicas, para corroer el carácter histórico del trabajo rural y los trabajadores.

Creo que en este sentido, los argumentos de Joselo y de Estanislao son ilustrativos sobre esta percepción del *cambio* en términos de menos disposición y de una reducción de la capacidad autogenerativa del "buen estado del trabajador". Primero Estanislao expresaba que:

La gente acá pasa hambre porque la gente son haragán, no quieren trabajar. Cuantas veces voy busco gente allá, te dicen que sí. Cuántas veces yo me levanto temprano porque me dicen "sí a las 7 vamos a salir". Y si vas a llevar un personal, tenes que llevarle de comer, hasta agua porque ni agua llevan. Y te mienten! Porque esta semana, dos veces madrugué! Y voy a la casa y están durmiendo. Uno con dolor de barriga y... acá no quieren trabajar. Como te voy a decir, el 100 por ciento de sangre guaraní, esos no quieren trabajar.

Y luego Joselo, tratando de poner en relación lo anterior, sostenía lo siguiente:

Yo quiero saber dentro de diez años qué va a pasar por acá. Porque acá la gente se va mermando viste. La gente antigua muere o se envejece y se va a la ciudad, más cerca de donde tiene atención médica. Y la gente joven solo piensa en "chupar" [beber alcohol], no tienen futuro, no quieren trabajar en la chacra, no quieren trabajar la tierra (...) porque hay que sacrificarse un poco, pero la gurisada no quiere, quiere que le den todo de arriba. Y quieren que les den todo, celular último modelo, crédito, y es demasiado para un padre que trabaja en la chacra. Y si tiene 5 o 6, porque todos tienen 5, 6, 7 hijos, entonces un papá no puede.

En contraste con estos argumentos, lo que observaba diariamente durante las primeras etapas del trabajo de campo era que en la época invernal había una amplia ocupación de la mano de obra disponible. De modo que esta época, la de la zafra yerbatera, resultaba incluso un mal momento para entrevistar a los trabajadores de la Colonia porque al recorrer la *villa* y sus hogares resultaba difícil encontrarlos; así, la mayoría de las veces que me acercaba a alguno de los niños y las niñas que correteaban por ahí me decían que "los adultos estaban trabajando". Ello me llevaba a que mis interlocutoras más asiduas fueran las mujeres, con las que compartí largas conversaciones en los patios de sus casas, hasta que el sol empezaba a caer y me retiraba para que ellas preparasen el mate

con el que esperaban a sus compañeros todos los días. Ellas solían señalar que la época fuerte de trabajo debe aprovecharse al máximo.

Marcelo que es empleado de la municipalidad de J. D. Perón y realiza tareas de mantenimiento de caminos y limpieza, también trabaja en las chacras esporádicamente. Aunque no tarefea, aprendió este oficio de chiquito con tan sólo 6 años cuando comenzó acompañando a su padre. El dice que hay muchos tareferos en la zona, y que cuando hay tarefa “se vive”, pero cuando la tarefa se acaba el trabajo merma y deben salir a buscar otra cosa.

Existe otro aspecto que es puesto en relación con la cuestión de la estacionalidad del trabajo rural en la Colonia y que algunos trabajadores han expresado en términos de la libertad que sienten al vivir y trabajar en las chacras. De una parte, está la cuestión de la naturaleza física del trabajo agrícola, en la que ellos admiten que es un trabajo fácil de aprender y realizar pero que “no es para cualquiera”. Tareas como el traslado del raído de la yerba o la carga a los camiones requieren de una gran destreza y fuerza física, y por tanto quedan vedados a las mujeres, los niños o los trabajadores más ancianos. Diferentes áreas del cuerpo sufren el peso y la exigencia de las tareas. Las manos se endurecen y los dedos se ensanchan, la piel se pone tersa y brillante, se resquebraja con facilidad, y sus uñas se ponen gruesas. El cuerpo de los trabajadores rurales parece estar siempre cargado y tieso, no se encorva, tiene una postura firme y rapaz. Son cuerpos moldeados por la necesidad que amerita el destajo, se gana lo que se produce, se cosecha lo que más se puede o se quiere ese día. Por ello los tareferos también señalan que la tarefa es un tipo de “trabajo libre”. Ellos sienten y expresan esa mayor libertad, porque allí “no se le puede exigir a nadie, ni al capataz, ni al dueño, ni a nadie, no se le exige al tarefero...” expresa Ayala para mostrarme que los cambios también se insertan en ese plano. Don Contreras solía quejarse de la falta de trabajadores a los que se les pueda exigir un tipo determinado de trabajo o un ritmo de productividad; porque ellos trabajan libres, cuando quieren parar o sentarse a tomar tereré lo pueden hacer. Ayala dice que:

Por eso se dice que cuando llega la *tarefa* los *tareferos* son los dueños, porque trabajan libres, trabajan dos horas, se sientan, toman un tereré, conversan un rato, después se levantan y continúan trabajando. El *tarefero* no hace caso, ellos son dueños y señores del yerbal, en cualquier yerbal, no tienen exigencias... por ahí todos están trabajando y uno está tomando tereré por ahí. Y por ahí vos sos el dueño del yerbal, vos quieres que rinda, querés librarte ya de la cosecha para hacer otra cosa, y no! Los señores están ahí tranqui...

Sin embargo, cuando el trabajador es asegurado, o contratado para integrar cuadrillas para migrar hacia otras zonas, el ritmo de trabajo es más “exigido”. Los tiempos de trabajo pasan a ser pautados por los capataces. Si se trata de empresas, los niveles de productividad de cada trabajador deben responder a la necesidad y urgencia de éstas, mientras que en la Colonia se percibe otra temporalidad. Allí, donde hay muy poco trabajo asegurado, el trabajo es percibido como más libre, o como decía Ayala durante una jornada en que lo acompañé en sus tareas en el yerbal de Don Contreras “cada uno es dueño de su personalidad ahí adentro del yerbal”, para indicarme que cada uno sabe que va a hacer, porque si no trabaja no obtendrá el *kilaje* y por tanto cobrará poco.

A este respecto, Florencio otro trabajador antiguo, que vive en chacra ajena y quien a sus 69 años sigue trabajando en las plantaciones, señalaba que el trabajo asegurada tiene la desventaja de estar implicado con un sólo empleador. Él lo expresó así:

De changas uno trabaja a gusto de uno, no hay exigencias. Y asegurado ya cambia porque hay que estar, todos los días en horario, todo, y ya no se puede agarrar y dejar un día y no ir a trabajar. Y si uno tiene que hacer, tiene alguna diligencia que hacer que no va a poder ir a trabajar, uno tiene que avisar al encargado que tal día no va a poder ir a trabajar. Y bueno eso es una cosa que hay diferencia, entre trabajar asegurado y changarín (...) A mí me gusta los dos, trabajar asegurado y changarín, porque a mí siempre me gusta cumplir, ser responsable con el trabajo, eso me gustó siempre. Pero ahora ya con la edad que tengo trabajo porque quiero nomas, ya nadie me obliga, ya no tengo una obligación, si me quiero quedar un día en casa me quedo. Si me quedo un día y el tiempo esta bueno para trabajar, me arrepiento, por que me quede. Me gusta trabajar, y siempre es una ayuda mas, aparte del sueldito que tengo, para mi es una ayuda mas trabajar, es como una extra.

Este antiguo trabajador interpreta que los cambios relativos a las formas de trabajo actual implican mejorías no sólo en lo que se paga por las jornadas o la tarea, sino en la forma en que los trabajadores son tratados. Y en este sentido, han sido reiteradas las historias que he escuchado respecto de las múltiples formas de explotación y de maltrato que los patrones ejercían hacia los trabajadores. En palabras de Florencio, el recordaba que antes “se sufría” porque la población era más pobre, iban a trabajar descalzos “íbamos en la helada blanca, y después todos los pies quedaban duros del frío, se sufría cuando yo era gurí”. Estas carencias eran producto de los bajos salarios y de la falta de, como dicen en la Colonia, “las *ayudas* que hay ahora”. Desde que aparecieron esas *ayudas*, los pobladores de la Colonia empezaron a estar mejor. Florencio señala que:

Para mí hay más mejoría en la vida, se vive mejor, ahora hay muchos sueldos y uno vive en abundancia, tiene lo que quiere, hay mucha facilidad para comprar lo que uno necesita, hay facilidad, y más antes no había eso, solamente uno vivía del trabajo, de lo que uno ganaba y era muy distinto. Pero yo a veces me pongo a pensar que ahora uno tiene facilidad de comprar lo necesario para la casa, ropa, calzado, y la comida, es mucho más fácil ahora que antes. Yo a veces me pongo a pensar lo que se sufría antes, y no alcanzaba para comprar ropa. Teníamos ropa, pero una única ropa. Y eso a veces yo me pongo a pensar, ¿por qué era así? Si todos trabajábamos en la familia... tenía que sobrar para poder comprar para uno, cualquier cosa necesaria. Y sin embargo no, para decir que le sobraba a papá, si lo que ganábamos no sobraba, apenas para comer. Era mucho la diferencia de los tiempos de antes con los de ahora. Y ahora sí, para mí es así, se vive mejor.

De otra parte, estas *ayudas* a las que se refiere Florencio, se ha presentado como un factor de diferenciación, no solamente respecto a quienes ocupan el área marginada (la villa), sino a las nuevas generaciones que la habitan. Desde una perspectiva del trabajo constante y una “cultura del rebusque” las políticas sociales han sido señaladas como artífices de una corrosión de la disposición hacia el trabajo de las generaciones más jóvenes, enfrentando no sólo a los productores con los trabajadores, sino a los mismos trabajadores entre sí. Los más antiguos se diferencian de los más jóvenes no solo en términos de conocimientos, sino en la búsqueda de “facilidades” que les permiten obtener algún tipo de *ayuda* del estado, como los *salarios universales* o las pensiones por discapacidad. No obstante, muchos de éstos trabajadores antiguos también han logrado obtener sus jubilaciones como peones rurales, aunque muchos de ellos hayan sido trabajadores informales y cuyos trámites jubilatorios fueron efectivizados en el mismo período a efecto de una mayor intervencionismo estatal respecto al ejercicio de derechos laborales.

Cuando Joselo señala que la gurisada “quiere que le den todo”, aparece la cuestión de las *ayudas estatales* como un elemento que profundiza las diferencias de los últimos años. A la pregunta “¿Por qué piensa que eso ha pasado, es decir, que un joven decide buscar una pensión y no buscar un trabajo?”, Ayala responde:

...Y bueno esto, para mí que se evolucionó demasiado, los chicos estos que estamos hablando, de 21 años que se hace el “columna desviado”, conocen muy bien y saben bien que carpiendo no se va a poder... y después otro empujoncito más, el papá le

manda, le dice, hacete el enfermo y andá a cobrar... para qué mi hijo va a andar trabajando (Ayala , trabajador rural, 70 años).

Así, en este tipo de comunidades, como son las colonias agrícolas de Misiones donde las familias pueden ejercer un cierto control y vigilancia sobre sus vecinos, resultan significativos los procesos de reconocimiento y distanciamiento social entre diferentes tipos de agentes que actúan para sobrellevar las crisis económicas y los cambios que se producen en los diferentes niveles de la producción agrícola.

Los cambios relativos al trabajo y por tanto a quienes lo realizan, están en absoluta relación con las políticas de regulación laboral y las políticas sociales. Una mirada situada en quienes viven día a día las vicisitudes de no tener tierras ni capital para producir y en un contexto en el que la única fuente de trabajo es el trabajo rural, permite comprender que las familias que habitan la villa sortean sus posibilidades de subsistencia entre los trabajos informales y esporádicos y los ingresos recibidos a través de los programas de la Seguridad Social no contributiva. Por ello, resultaba insuficiente pensar que ellos sobreviven sólo de los planes, como decían los productores, si no trabajan ni producen. Eran ante sus ojos nuevos trabajadores que prefieren vivir del estado. Ayala se mostraba indignado al dar su opinión ante este fenómeno:

Esa pensión, gente sanos, no tienen nada, 'sinvergüencia' nomás, propietarios adjudicados con la pensión. Y ese ya no busca el trabajo, si tienen, yo no sé cuánto cobran. Vos le ofreces algo, y ah! Dejate de joder si yo tengo 3000 pesos de upa que estoy cobrando. Y por culpa de ese tema, se quedan muchos colonos varados, así que no encuentran gente, no encuentran quién les pueda hacer el trabajo. 'Vení vos', 'no dejáte de macanear, yo tengo mi sueldo'. Pero si no le pide una barbaridad de plata, y si no no hago. (...)Y, pero, la atención esta se le dio demasiado mucho, mucho pensión, son gurisadas de 20 años".

Dentro de conjunto de *ayudas* percibidas por las familias de trabajadores rurales, se vincula el propio establecimiento de la *villa*, que les asegura el acceso a la vivienda y ciertos bienes y servicios garantizados por el estado, como por ejemplo, la provisión de agua potable o el acceso a programas de mejoramiento de viviendas. Como he señalado anteriormente, este fenómeno se inscribe en un momento histórico particular, marcado por el restablecimiento de la cuestión social y la centralidad de los derechos en la mayoría de los países de Latinoamérica durante los años llamados como "la década progresista", posteriores a la aguda crisis económica y política de los años '90.

La revitalización de la idea de que los derechos existen porque hay un Estado que los garantiza y que por tanto implican un gasto, una inversión; pero principalmente de que los derechos surgen porque es la propia comunidad la que entiende que son importantes (Gonzales Bartomeu 2011:18, en Holmes 2011), permite pensar en el impacto que tiene este paradigma en espacios sociales en los cuales esta cuestión estuvo librada a un estado de naturaleza, es decir, sin derechos, o con muy deficiente regulación estatal de los derechos que son reconocidos en la constitución nacional para los invisibles, también ciudadanos.

En Letizia, una colonia agrícola remota de la frontera argentina-paraguaya, este proceso de regulación estatal de las relaciones laborales resultó favorable para los trabajadores en un contexto en el que éstos habían sido expulsados de los establecimientos, y por tanto librados de la omnipresencia de la figura del patrón. Es decir que, “liberados” de la opresión física por ocupar su espacio, las condiciones de contratación comenzaron a ser cuestionadas, transformando aspectos tales como la disponibilidad, la obediencia y la correspondencia a un único patrón; y ello, en absoluta congruencia con la sostenibilidad que garantizaba contar con un piso de protección social mínimo a través de los ingresos que obtenían de las políticas sociales. Así considero que los discursos que contraponen la mirada de quienes emplean a la de quienes son empleados emerge en la medida en que surge una nueva forma de habitar que, en primer lugar, los libera de la angustia de sentirse sujetos a una *chacra ajena* y, por supuesto, a un único empleador.

En el capítulo siguiente presentaré los procesos de distanciamiento social, que desde una perspectiva histórica serán abordados desde la génesis de la Colonia a la sobrevivencia de los colonos y pequeños productores agrícolas actuales.

CAPITULO IV

Antiguos y nuevos pobladores

[Argentina era] ... “el país de las maravillas, del que se decía que la fecundidad era tal que ese pequeño pedazo de tierra podía alimentar a toda la humanidad”³⁸

Entre (des) conocidos

La historia de los pueblos del mundo es una historia de migraciones y de encuentros entre “extraños” y estos momentos siempre están atravesados por relatos de identidad que, siguiendo a Grimson (1997) nos “hablan de una pertenencia, una historia, una comunidad y sus fronteras (...) porque forman parte de la construcción de un entramado de referencias comunes que instituye un sentido de nosotros y los otros” (p. 2).

En ese sentido, en la historia de la Colonia se pueden advertir ecos de lo que Elias y Scotson (2016) analizaron al estudiar la pequeña comunidad suburbana de Winston Parva en su texto “Establecidos y Marginados”, al que denominaron como un “tema universal en miniatura”. Este texto ilumina el análisis de la fricción de dos grupos de residentes empíricamente reconocidos, “uno establecido desde antiguo y otro de conformación más reciente” cuyos miembros son tratados como extraños por el grupo ya establecido (Elias, 2012:29), porque además permite ver “cómo los grupos que en términos de poder son más fuertes que otros grupos interdependientes se consideran a sí mismos mejores en términos de humanidad”. En tanto el diferencial de poder estaría inscripto en que los grupos mejores estarían dotados de un “carisma grupal, de una virtud específica que comparten todos los miembros y de la que carecen los demás” (Elias, 2016:27-28). En este trabajo, realizado en los años '60, los sociólogos se preguntaban cómo sucedía aquello y a qué elementos apelaban los grupos establecidos para imponer la creencia de una superioridad humana sobre los menos poderosos. Siguiendo sus aportes teóricos, Elias propone el concepto de “configuración” para

³⁸ Alberto Roth *Erinnerugen* (1927-1985), Mimeo, p 6-7 [traducción de CG], citado en Gallero 2011:19

abordar un paradigma empírico sobre aquello que parece ser una regularidad universal: la relación entre establecidos y marginados:

El grupo establecido atribuía a sus miembros características humanas superiores, excluía a todos los miembros del otro grupo de cualquier tipo de contacto social no laboral con sus miembros: el tabú de estos contactos se mantenía con vida a través de controles sociales como el chisme elogioso para quienes lo cumplían y la amenaza del chisme recriminatorio contra los supuestos infractores (2016:29).

Con sus limitantes, este modelo contribuye a observar desde una mirada micro algunos problemas que se dan en una amplia variedad de situaciones similares y que, en el caso de comunidades rurales o de colonias agrícolas como la que aquí estamos analizando, (donde la frontera se constituye en un foco ineludible debido a los procesos de movilidad poblacional que propicia) pueden servir para analizar y ampliar la mirada sobre el problema. En palabras de Elias, este tipo de análisis puede servir como un paradigma empírico, cuya aplicación opere “como parámetro de otras configuraciones más complejas de este tipo, que nos permitan entender mejor características estructurales que comparten y las razones por las que, en condiciones distintas, funcionan y se desarrollan bajo líneas diferentes” (Op.cit.).

En el caso de Colonia Letizia, observaba que los pobladores más antiguos (los “establecidos”) solían referirse a quienes habitan en la *villa*, y en menor medida a quienes habitan en chacras ajenas, como las personas que “vienen del otro lado” o que “no son de la Colonia”. Se referían a la *villa* como el lugar en el que habita “lo peor” de ese segmento de trabajadores, porque en realidad no venían a trabajar, sino “para nacionalizarse y obtener los beneficios sociales que brinda el estado”. La apelación generalizada a la idea de un extraño y la percepción del *cambio* como “algo que viene desde afuera”, me llevó a pensar en aquello que ha sucedido siempre. Sin embargo, al nombrarlo, ese extraño puede corporeizar varios elementos que no necesariamente son identificados de manera consciente con personas físicas determinadas. Su presencia condensa aquello que Simmel señala como “la cercanía de lo lejano”. Y justamente lo lejano puede estar formado por una multiplicidad de elementos que provienen de distintos planos temporales o espaciales. Él insistía en cómo las formas espaciales son resultado de determinadas relaciones sociales; de manera que no es la vecindad física la que nos hace cercanos, como tampoco la distancia física la que nos vuelve extraños (Simmel 2012; 7). El hecho de sentirse extraño frente a otro es relevante de cualquier encuentro entre dos o más personas, porque es a partir de ello y de cómo se trasciende esa frontera entre lo que es extraño de lo que no lo es, a partir de lo cual cualquier tipo de relación puede

establecerse... ¿pero cuáles son las formas de construir al otro y de qué procesos emergen?

El contacto con extraños es constante, ya que las personas pueden estar frente a frente pero separadas por distancias inquebrantables de índole cultural, política o social (...) el extranjero resulta ajeno porque nos hemos encontrado en algún punto, porque aparece en el horizonte de nuestra existencia, y su hacer y el nuestro están condicionados recíprocamente. Pero es justo en el contacto que tenemos con éste que se manifiestan los elementos que lo definen como alguien no perteneciente a nuestro círculo, en tanto sus cualidades no provienen de éste, es "la cercanía de lo lejano" (Simmel, 2012: 7).

Estas "nuevas presencias" llevan a que quienes se consideran pobladores legítimos se diferencien apelando a la construcción de relatos de fundación que, como señala Marc Augé (2000), raramente son relatos de autoctonía. Esos relatos remitían a una época pasada, pero sin embargo su delimitación temporal resultaba difusa en demasía. Pues sus historias estaban marcadas, de forma recurrente, por adjetivaciones relativas al trabajo agrícola tales como el *sacrificio*, el *sufrimiento* y el *esfuerzo físico*. A su vez los relatos adquirirían todavía más legitimidad al señalar que el trabajo duro, constante y el sacrificio permanente afectaban a todo el grupo familiar. Otra característica común de esos tiempos pasados, y que contrasta con el presente, era una demanda de trabajo mayor y más constante. Estas pistas sobre un período memorable, con una dinámica de población movilizadora en función de las tareas agrícolas, permite comprender ese halo de "pujanza" a la que se refieren los antiguos pobladores cuando hablan del pasado y se distancian del presente, y también cuando tratan de distanciarse y diferenciarse de quienes habitan en la villa. Así se crean las condiciones para que la memoria se vincule con ciertos lugares y constituyan, como dice Marc Augé (2000) en un "lugar sagrado", es decir, lo sagrado como un lugar retrospectivo de la memoria, en el cual su carácter contingente permite comprender, en este caso, por qué las chacras vienen a ser aquí los lugares tangibles de lo precedente; de aquello que quedó pero que no es lo que era antes.

Ante estas memorias y estos contrastes resulta preeminente analizar, desde una perspectiva histórica y procesual, tanto la génesis de la Colonia, como ciertos hitos que marcaron períodos relevantes en sus casi 100 años de existencia. Así alcanzaremos una comprensión más cabal del lugar desde donde emergen ciertas expresiones que, en la actualidad, dan lugar a la constitución —y lugarización— de un "otro".

Fotografía 17: Una familia de inmigrantes europeos.



Fuente: Archivo personal de un colono.

Debe advertirse que Colonia Letizia nace del contacto cultural entre grupos extraños entre sí, y extranjeros respecto al país de acogida. Devenidos en inmigrantes, inmediatamente unos y otros ocuparon lugares del espacio marcados por la manifestación de la diferencia. Suizos, polacos, paraguayos y criollos, confluyeron en este territorio para dar forma a lo amorfo, estableciendo fronteras entre sí. Todos eran extranjeros en términos nacionales, que se encontraban habitando otro país, unos más lejos, otros más cerca de su país de origen.

Un rasgo inicial de la diferenciación social entre ambos grupos de inmigrantes, estuvo marcado por ser quienes venían del Paraguay los que trabajaron para los emprendimientos agrícolas de los inmigrantes europeos. La marca distintiva, desde el punto de vista de algunos colonos entrevistados, estaba trazada por la “mentalidad” de los paraguayos y criollos, quienes mostraban una actitud de desvalorización hacia lo material, básicamente hacia la propiedad privada de la tierra y determinados bienes, y un desinterés hacia los conocimientos y destrezas necesarios para organizar y explotar un espacio agrícola, en el marco del desarrollo de una economía capitalista incipiente. Es decir, una falta de “actitud para el progreso”. En contraposición, los colonos europeos y sus descendientes, se presentaban a si mismos como los detentores de una “pujanza” necesaria para alcanzar el progreso económico de la colonia, un progreso al que habían sido vedados por la crisis ocasionada en Europa motivada por la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Fotografía 18: Un mujer inglesa con sus hijas y otros niños de familias vecinas de origen suizo, en el predio de una casa de época.



Fuente: fotografía de archivo personal de Claire.

Sobre ello Justino señalaba que:

Don Carlos me contaba siempre la historia, que él nació en Ginebra, Suiza. Y son gente que vinieron acá a trabajar porque primeramente vinieron con otra mentalidad de trabajo. Porque acá el que estaba acá era paraguayo y paraguayo. Y paraguayo hay como en todos lados, hay el que es trabajador, muy trabajador y hay el que no quiere trabajar.

En un trabajo relativo a las memorias e imaginarios de este contacto europeo-criollo, Gallero menciona que, a pesar de haber convivido y haberse mezclado ambos grupos, los rastros de esa diferenciación aún perviven. De este primer contacto emergieron fuertes estereotipos (principalmente de los europeos hacia los criollos y paraguayos) a partir de los cuales los sujetos construyeron “memorias inversas, opuestas, que marcaron las relaciones sociales y definió estereotipos que hacen a la identidad social” (Gallero 2013: 184). En este sentido, Concepción se refería a la relación que se establecía entre polacos y criollos, recordando los estereotipos que se

presentaban para marcar una diferenciación social:

Los polacos eran siempre ellos nomas. Ellos no se mezclaban con los criollos. Siempre eran racistas, para ellos los criollos eran negros. Los papás de Ch. eran los que hicieron la iglesia, pero eran malos, porque le hacían trabajar a la gente y no le pagaban. Siempre fueron racistas. Y eso se veía en la familias mismo. Porque, por ejemplo, si un hijo de un polaco se casaba con una criolla, la criolla era despreciada. No había buena relación. Cuando éramos chicos ellos decían "los negritos", y uno escuchaba. Y en la escuela, los mejores alumnos eran todos polacos, íbamos todos juntos. Por ahí entre los chicos no había problemas, pero eran las mamás. Y los criollos se acercaban, pero después se fue perdiendo con el tiempo, despacito, porque ya se fueron mezclando, porque los polacos se casaron con criollas y las criollas con polacos y...para el amor no hay color. Eso hoy ya no pasa.

En ese mismo plano, la construcción de redes entre los inmigrantes europeos les permitió compartir experiencias de la migración, estrategias de adaptación cotidianas, angustias, proyectos, desafíos, costumbres y perspectivas, que contribuyeron a un relativo mantenimiento de sus rasgos culturales. Ese tejido permitía una configuración social a partir de la cual se sostenían lazos de parentesco y amistad y una identificación comunitaria que acompañaba el tránsito de la experiencia de migración. Descendientes de familias inmigrantes de aquellas épocas recuerdan que sus padres y abuelos habían creado dispositivos específicos para fortalecer su identidad frente a la población criolla, entre los cuales mencionaron los clubes privados, eventos y convites, escuelas a las que enviaban a sus hijos e inclusive viajes de lujo a los grandes centros urbanos, como Buenos Aires.

Como plantea Simmel, si la distancia dentro de la relación significa la lejanía de lo cercano, el extranjero significa la cercanía de lo lejano. En el caso de Letizia, este tipo de relación, definida por la extranjería y la diferencia, fue posicionando a los actores en un espacio jerarquizado a partir del poder que les otorgaba el capital y los recursos que acrecentaban ese capital (educación, relaciones políticas y sociales favorables, acceso a la comunicación y medios de transporte). Esta posesión de capitales colaboró para que los estereotipos elaborados en torno a estas diferencias se sedimentaran con el paso del tiempo y hoy puedan cristalizarse en discursos que se re-actualizan sobre los nuevos pobladores y sus formas de habitar, justificando o condenando sus prácticas y comportamientos; y formando una forma de comprensión que puede asemejarse a la relación entre establecidos y marginados, analizada por Elias y Scotson (2016).

Fotografía: Una familia mestiza formada por padre alemán, madre paraguaya y sus seis hijos e hijas. Fueron trabajadores de la Compañía Suizo-Argentina.



Fuente: Archivo familiar de un colono.

Veamos entonces cómo nació Letizia, para comprender desde una perspectiva histórica, relacional y procesual, los relatos fundacionales que son construidos actualmente por sus pobladores mas antiguos, es decir, los que viven en las chacras.

La génesis de Colonia Letizia: un historia más de inmigración y colonización

Debido a la carencia de datos oficiales o historiográficos específicos sobre Colonia Letizia, recurrí a las memorias de los antiguos pobladores para inferir que el momento fundacional se corresponde

con la segunda fase³⁹ de inmigración suiza (1920-1930) a la actual localidad de Santo Pipó (Departamento de San Ignacio). A partir de los encuentros y entrevistas mantenidas con los miembros más antiguos de la Colonia, entendí que sus relatos remitían al proceso conocido como la colonización de tierras privadas de Misiones, sucedida en las primeras décadas del siglo pasado. Pero antes es necesario esbozar algunas cuestiones relativas a la historia de la inmigración y colonización en Argentina y en Misiones en particular.

En primer lugar, la necesidad de atracción de inmigrantes, cristalizada en la idea de una “Argentina abierta al mundo” no puede explicarse meramente desde una dimensión demográfica, sino que se inscribe en una discusión más amplia que incluye la dimensión política, económica y social de la historia nacional (Novick, 2000). El proceso migratorio de fines del siglo XIX y principios del siglo XX se sedimenta durante un período de desarrollo capitalista dependiente, basado en la afluencia de capital y mano de obra extranjera, y una amplia disponibilidad de tierras potencialmente productivas. La política de población se enmarca en una estrategia de inserción del país al mercado mundial mediante un modelo agroexportador y una posición subordinada en la división internacional del trabajo. “La formación del Estado Nacional, oligárquico liberal, se basa en la idea central, de raigambre positivista, de progreso racional e ilimitado que aseguraría bienestar a todos sus habitantes” (Novick, 2000: 4).

Si bien la política de atracción de inmigrantes de origen europeo y de tez blanca para poblar las pampas y las ciudades data de la Constitución Nacional de 1853⁴⁰, su llegada masiva fue promovida por el otorgamiento de un marco jurídico a partir de la promulgación de la Ley Avellaneda⁴¹ que sostuvo, como política oficial, la unidad de dos procesos: la inmigración y la colonización. El período 1880-1920 es conocido como la “Argentina aluvial o período de la inmigración masiva” (Lobato, 2000: 11; en Zang 2017). En 1870 el país registraba 1.800.000 habitantes y hacia fines de 1920 la cifra ascendía a casi 12.000.000 de personas; ésta dinámica demográfica influyó en la composición, tamaño, ritmo de cambio y distribución espacial de la población. Así las cosas, el

³⁹ La primera etapa abarca de 1881 a 1920 (Gallero, 2009). Si bien no se registra una gran afluencia de personas de origen helvético al territorio de Misiones, en el período comprendido entre 1900-1936, arribaron a Misiones aproximadamente el 60% de inmigrantes suizos que ingresaron al país. En el período de entreguerras, este número se incrementó notoriamente, sobre todo luego de la firma del tratado entre Argentina y Suiza en 1937 con puntos de asentamiento donde predominaron Eldorado, Línea Cuchilla, Puerto Mineral, Oberá, Eldorado y Puerto Esperanza, entre otras. Por su parte, del total migratorio ingresado tras la firma del tratado, el 74% de los “subvencionados” se instalaron en Misiones (Zang, 2017: 318)

⁴⁰ Artículos 20, 25 y 67 inc. 16

⁴¹ Ley No 817 “De inmigración y colonización”, promulgada el 19 de Octubre de 1876.

drástico cambio demográfico ocasionó transformaciones irreversibles y con un gran impacto en la sociedad, de mayor significación teniendo en cuenta la escasez relativa de población nativa (Novick, 1997).

Estas transformaciones en el orden demográfico y en la estructuración de la sociedad argentina implicaron un proceso de diferenciación social en pos de un orden jerárquico y relacional, que emanaba de las proyecciones e imaginarios construidos sobre los distintos orígenes nacionales y étnicos que confluían en ese tiempo y espacio determinados.

Domenech (2008) sostiene que

A lo largo de más de un siglo de inmigración masiva en el país, el discurso estatal argentino ha oscilado entre una visión que contempla la inmigración como ‘contribución’ o ‘aporte’ y otra que la concibe en términos de ‘problema’ o ‘amenaza’, lo cual configura, en cierta forma, un sistema de clasificación que distingue entre potenciales ‘admitidos’ o ‘rechazados’, ya sea para ingresar y permanecer en el territorio o para formar parte de la nación (Pp. 3).

El proceso de aceptación o rechazo del migrante/ extranjero — el “inmigrante deseable” y el “inmigrante indeseable”⁴² — adquiere múltiples connotaciones en un espacio fronterizo y con una matriz social agraria como es la que da lugar a la provincia de Misiones, localizada en la región nordeste de Argentina. En este sentido, la mirada que el Estado construye sobre los diferentes sujetos (tipos de inmigrantes) oscila entre perspectivas que se gestaron no sólo desde la mirada estatal sino también desde las voces nativas, determinando en gran medida las condiciones de vida y de trabajo de los grupos sociales en cada territorio.

Por otra parte, al adentrarnos en la historia del poblamiento y colonización⁴³ de Misiones, ya desde

⁴² Este autor señala que las imágenes de aceptación y rechazo se construyen en favor de un contexto de participación política de los inmigrantes. “Como dice Devoto, los inmigrantes dejaron de ser “laboriosos” para volverse “potencialmente peligrosos”. A principios del siglo XX, con el crecimiento de la participación de los inmigrantes en la formación de asociaciones obreras y movimientos políticos socialistas y anarquistas, la figura del inmigrante se torna para las clases dirigentes una amenaza al orden y cohesión sociales. Con este panorama se relaciona la adopción de normas restrictivas y represivas como la Ley de Residencia de 1902, la Ley de Defensa Social de 1910 y el Decreto-ley de 1923. En este contexto, para los inmigrantes que fueron expulsados del país por motivos políticos a principios de siglo y para “potenciales subversivos” se reservaba el rótulo de “extranjero” (Devoto, 2003)” (Domenech 2008:3).

⁴³ Siguiendo a Gallero y Kraustotfl, “el poblamiento, a diferencia de la colonización, es un proceso no planificado, se trata más bien de asentamientos de grupos humanos en un lugar o región para habitar y/o trabajar en él. De modo, que un territorio dado puede ser poblado, ya sea por una acción colonizadora o por una ocupación espontánea, pero ésta última no debe confundirse con la primera porque son diferentes formas de apropiación del territorio” Gallero y Kraustotfl (2009:248)

el período de desestructuración de las Misiones Jesuíticas (1767), “la organización productiva y la configuración de un corpus cultural y simbólico favorecieron la conformación de una población que no reconoció fronteras políticas” (Gallero y Kraustotfl, 2009: 247). La condición de lindar con las Repúblicas de Paraguay y Brasil en el 90% de su territorio, y el 10% restante con la provincia de Corrientes⁴⁴, favoreció un proceso poblacional marcado por la movilidad y dinámica a través de sus fronteras, que desde su delimitación fueron débilmente controladas por el estado, tanto para el flujo de personas como de mercancías. Misiones es un provincia con población muy heterogénea y, aunque se le ha atribuido frecuentemente el romántico calificativo de “crisol de razas”, fue cuna de una permanente conflictividad social y étnica sujeta al encuentro de tantos tan distintos.

Alfredo Bolsi señala tres etapas del proceso de poblamiento de Misiones:

La primera, entre 1768 y 1810, se corresponde con la desestructuración de las Misiones Jesuíticas; la segunda se extiende hasta la finalización de la guerra de la Triple Alianza (1870) dando lugar a un débil movimiento espontáneo de población que revalorizó las condiciones particulares de Misiones; y la tercera, abarca hasta 1920, período caracterizado por la economía extractiva (Bolsi, 1976: 11).

A esta periodización Gallero y Kraustotfl agregan un cuarto momento (que se superpone temporalmente con la tercera) caracterizada por el arribo de colonos inmigrantes europeos y de países limítrofes, orientados hacia una economía de mercados agropecuarios. Un quinto período hace referencia a la etapa posterior a la provincialización de Misiones, desde 1953 hasta la actualidad.

Desde el segundo hasta el cuarto período, se asistió al proceso de colonización que impulsó una ocupación planificada de la tierra bajo el formato de colonias, que se realizaría tanto bajo la tutela del estado, como en manos de propietarios privados⁴⁵ (Art. Nro. 97, Ley Avellaneda). Con la federalización de Misiones como Territorio Nacional (1881), la mayor parte de su superficie pasó a manos privadas. Este vasto y peculiar territorio (cuyo rasgo más distintivo era el hecho de ser una región selvática subtropical) se repartió entre pocos grandes propietarios. Aproximadamente una treintena de latifundios de 25 leguas cuadradas fueron vendidas por la provincia de Corrientes en

⁴⁴ Las fronteras de la Provincia de Misiones se fueron definiendo a lo largo del siglo XIX, a saber: la Guerra de la Triple Alianza definió el límite con la República del Paraguay (1870). Luego de la federalización del Territorio Nacional de Misiones (1881), se definió el límite con la provincia de Corrientes (1882), y finalmente el límite con Brasil se estableció a través del arbitraje del Presidente Cleveland (1895) (Gallero y Kraustotfl 2009:247)

⁴⁵ Empresas colonizadoras que vendían parcelas de tierra.

1881 (Schiavoni 2016; Schiavoni y Gallero, 2017). Este periodo de latifundización de la tierra limitó el proceso de establecimiento de colonias estatales, hasta 1894 que el Estado logró dejar sin efecto algunas de las ventas realizadas (Zang, 2017).

En años sucesivos, agrimensores y naturalistas abrieron la posibilidad de ejercicio del poder político por parte del Estado Nacional sobre el territorio, pues resultaba fundamental el conocimiento del territorio y la medición de la tierra para sustentar las bases del establecimiento de un mercado de tierras (Schiavoni, 2016). Se visionaba una Misiones como frontera agraria, es decir, un espacio abierto que atrajera inmigrantes en busca de oportunidades de ascenso social (Baranger, 2000, Rodríguez 2015, Schiavoni 2016). Gallero menciona que hacia fines del siglo XIX Misiones era un Territorio Nacional⁴⁶ que presentaba perspectivas promisorias, y sobre todo, tierras disponibles: el Alto Paraná sobresalía por estar en manos privadas⁴⁷ y tener algunas iniciativas colonizadoras; y la zona centro, fiscal y en manos del Estado estaba desarrollando una política colonizadora oficial bastante «exitosa» (Gallero 2009: 35). La política de colonización estatal consistió en la

⁴⁶ Hacia 1880, el Estado Nacional mostraba una fórmula mixta en su organización dada por la combinación entre tradiciones opuestas al federalismo y al unitarismo, encerrando una paradoja (Orietta, 1997): el Estado estaba conformado por 14 provincias y 10 territorios nacionales cuyas tierras fueron incorporadas a partir de las sucesivas campañas militares llevadas a cabo en las llanuras pampeanas y chaqueña y de la meseta patagónica (en tanto que “espacios de conquista” habitadas por poblaciones indígenas “subersivas”). “Las provincias, tenían instancias de poder y coerción, preexistentes a la constitución del Estado y por tanto base de aquel; mientras que los territorios nacionales eran espacios geográficos-políticos creados por el Estado y dependientes del Estado nacional” (1997:95-96). Es decir que los territorios nacionales se crean como meras circunscripciones administrativas carentes de autonomía (Bucciarelli, 2013), por ende quedaban sujetos a la jurisdicción nacional y sus habitantes carecían de derechos políticos en tanto no alcanzaran el número de habitantes requerido (60.000) para adquirir su provincialización. El Territorio Nacional de Misiones es creado a partir de la ley 1532 sancionada en 1884. Durante los 70 años comprendidos en este periodo, los habitantes de los territorios nacionales fueron reconocidos como “pueblo de la Nación” pero no como verdaderos sujetos políticos con pleno derecho de ciudadanía. Orietta (1997) señala que “el proceso de constitución de ciudadanía tuvo un largo desarrollo, cargado de contradicciones, de un desenvolvimiento histórico de integración estatal—desintegración nacional en el intento de unir participación —representación con la modalidad de acumulación capitalista” (Pp. 95, 96)

⁴⁷ Gallero (2008) menciona que poco antes de la federalización de Misiones, “el gobernador de la Provincia de Corrientes logró que la legislatura provincial autorizara la enajenación de las tierras de los departamentos de Candelaria y San Javier, limitados por la divisoria de aguas central, extendiéndose hasta el territorio litigioso perdido luego con Brasil. Las tierras fueron adjudicadas en grandes fracciones a unos pocos propietarios que adquirieron una superficie de dos millones de hectáreas. En una noche se repartieron más de 762 leguas cuadradas (20.583 kilómetros cuadrados, equivalentes a más de las dos terceras partes de Misiones) en 38 fracciones, 25 de las cuales eran de 25 leguas cuadradas, una de 50 y otras menores” (Pp. 64, 65). Por ello los procesos de colonización privada y oficial quedaron circunscriptos a este hecho. Estos grandes latifundios pasaron a manos de propietarios ausentistas quienes pertenecían a las elites correntinas de las épocas y se interesaron tardíamente en la colonización. Entre 1883 y 1919 el frente de ocupación se caracterizó por la fuerte presencia de la colonización oficial, apuntada al desarrollo de una economía extractiva, principalmente de yerba mate y maderas de la selva; luego el frente avanzó gracias a la colonización privada por el Alto Paraná. “La colonización privada en el Alto Paraná tomó fuerza una vez finalizada la Primera Guerra Mundial. La singularidad de esta colonización estuvo dada en que los colonizadores privados administraban las tierras que compraron y no gerenciaban la tierra pública como establecía la legislación oficial. A fines de 1919 se concretaron dos proyectos colonizadores de gran envergadura” (Op.cit.)

distribución y otorgamiento de pequeñas parcelas pde hasta 25 hectáreas para el desarrollo de explotaciones familiares en las sierras centrales, mientras que la colonización privada ocupó las mejores tierras en los bordes del río Paraná. La matriz social⁴⁸ que se proyectó fue predominantemente agraria (Bartolomé, 1975. Abínzano, 1985), motivo por el cual se precisó de un cultivo poblador, que contribuyera al proceso de integración de esta región al mercado nacional (como sucedió en otras regiones del país, por ejemplo con el trigo en la Pampa Húmeda, la vid en Mendoza, el azúcar en Jujuy, la lana en la Patagonia). Aquí se promocionó la yerba mate como el “oro verde misionero”.

La Compañía agrícola de plantaciones Suizo-Argentina y la afluencia de migrantes europeos

Como señalé anteriormente, el momento fundacional de colonia Letizia se corresponde con la segunda fase de inmigración suiza (1920-1930) a la actual localidad de Santo Pipó (Departamento de San Ignacio). La historiadora local Zang menciona que entre los factores estructurales y económicos que impulsaron la migración de los suizos hacia Argentina, y principalmente a Misiones, se encontraba la implementación del régimen del Código Napoleónico con un marcado

⁴⁸ Anteriormente me he referido al concepto de *matriz social agraria*. Vale aclararse que el sentido aquí asignado a la idea de una matriz social agraria podría bien remitir a una expresión metafórica de una idea de “molde”, en tanto que una pieza que permite dar forma, es decir moldear *stricto sensu* una serie de elementos para constituir una nueva e única pieza. En el sentido biológico del término, matriz refiere a una forma anatómica del órgano de la mujer (útero) y de las hembras mamíferas donde se gesta el feto. En todas sus acepciones, el término refiere a la generación de una nueva forma, pero desde la combinación de elementos idénticos y/o complementarios. Ello supone pensar que la matriz favorece un proceso armónico y espontáneo, o cuanto menos, ordenado y pacífico. No obstante, ni Abínzano ni Bartolomé caen en el reduccionismo historicista de mediados del siglo pasado que da tratamiento a tales elementos bajo un óptica romántica de la llegada del inmigrante europeo a estas tierras, bajo un halo anecdótico e identitario de la colonización a partir de la conciliación del crisol de razas; por el contrario, estos autores integran varias dimensiones mundiales, nacionales y locales como partes del mismo proceso colonizador y logran distanciarse de esa matriz identitaria misionerista (Jaquet 2001: 128). Sin embargo, Jaquet sostiene que aunque estos trabajos incorporaron un nuevo paradigma sobre la historia misionera y la enriquecieron con el aporte de la sociología y la antropología, en alguno pasajes Bartolomé comete algunos anacronismos respecto de la fundamentación histórica, pecando de reproducir la idea de “espacio vacío” que acuñaron los historiadores de la matriz historiográfica como un dato de realidad. Sobre ella, se hace una traslación directa acerca de los prejuicios sobre la población guaraní, cuya voz oficial (de las autoridades estatales e historiográficas) percibió a los *indios* como objetos, despojados paulatinamente de sus pueblos, de sus yerbales, de sus ganados, y a los cuales sólo de los integró al sistema para ser usados como recurso útil y eficiente. Ubicados marginalmente, se los alejó y desvinculó del proyecto nacional, se fundamentó y justificó el despojo. En este sentido, la idea de una *matriz social agraria* operaría sobre la base del cercenamiento de la población nativa (indígena y criolla) al destino de peón rural del inmigrante europeo que vendría, sin más, a constituir una nueva “matriz social”, despojada del pasado indígena, y arraigada en el desarrollo de un economía principalmente vinculada a la agricultura.

sesgo liberal a partir de la segunda mitad del siglo XIX; el cual demandó una excesiva división hereditaria de la propiedad inmueble, impactando de manera negativa en las zonas rurales y provocando una gran expulsión de las poblaciones que allí habitaban. En simultáneo las malas cosechas y la baja en los precios de los productos agrarios, la creciente competitividad en el comercio internacional a raíz de la introducción del ferrocarril en 1847 y la desocupación en la industria textil como resultado de los adelantos técnicos, crearon un clima de inestabilidad en el país (Zang 2017: 313-314). El avance del capitalismo en el territorio suizo provocó un gran éxodo de su población a finales del siglo XIX y principios del XX.

El arribo de suizos a la localidad de Santo Pipó dió comienzo al poblamiento de la zona con fines agrícolas y productivos. Entre los primeros europeos que arribaron, los suizos son identificados como uno de los grupos pioneros en el cultivo de la yerba mate y su industrialización (Gallero, 2009). Esta historiadora ha analizado dicho momento como una fase en la que arribaron familias suizas que, escapando de las penurias de la posguerra⁴⁹ y con visiones de acrecentar sus pequeñas fortunas en el nuevo continente, pasaron a constituirse como la élite local de los territorios colonizados. Gallero señala también que esos jóvenes suizos que arribaron a Santo Pipó eran en su mayoría universitarios, de ambientes urbanos que poseían capital propio para invertir, lo cual también les permitió que en muy poco tiempo levantaran yerbales de cincuenta a doscientas hectáreas con una alta productividad.

Esta fase se inició con los emprendimientos colonizadores de Eugenio Lagier y Julio U. Martin a principios de la década de 1920. El primero de ellos proyectó (junto a Luciano Leiva) la Colonia de Santo Pipó (Gentiluomo de Lagier, 1999); se puso en contacto con el gobierno suizo para informar de la fertilidad de esas tierras y escribió personalmente a sus conocidos para interesarlos en la implantación de yerbales. El primer contingente vino entusiasmado, en un comienzo fueron suizo-franceses, luego se sumaron suizo-alemanes (Gallero 2009, 2011). Así las cosas, los suizos arribarían a estas tierras con perspectivas promisorias de desarrollar allí una próspera producción yerbatera que les permitiera comenzar una nueva vida.

En este contexto, la política de colonización (privada y pública) de Misiones proyectaba el cambio de una economía extractiva de yerba mate y madera nativas (un modelo que por entonces se encontraba en vías de agotamiento), por una economía supletoria, la yerba mate cultivada. Aunque ambos modelos coexistieron durante algún tiempo a principios del siglo pasado, el cultivo de la yerba mate forjaría el asentamiento definitivo de los inmigrantes europeos, significando un cambio

⁴⁹ Relativo a la Primer Guerra Mundial (28/07/1914 - 11/11/1918)

cultural y social (Gallero, 2011) a través de otras formas de organizar la producción. Esta zona de plantadores de yerba mate proyectada para la época por los suizos hizo que el impulso colonizador de Santo Pipó llevara a Julio U. Martín (quien desarrollaría uno de uno de los primeros molinos de yerba mate emplazado en la ciudad de Rosario, Martín y Cía) a encomendar la mensura de 4000 hectáreas de su propiedad en Puerto Mineral para fundar la colonia Oro Verde (Gallero, 2011). Entre Oro Verde y Santo Pipó se establecerían luego varias colonias agrícolas, entre las cuales se encuentra Colonia Letizia .

Entonces, es posible inferir que la conformación de Colonia Letizia tiene su punto genésico en este proceso colonizador, iniciado en la actual localidad de Santo Pipó y protagonizado principalmente por las compañías colonizadoras y de plantación agrícola. En el caso particular de Letizia se destacó en los relatos de los antiguos pobladores, el papel principal de la Compañía agrícola de plantaciones Suizo Argentina, cuyo administrador fue Charles Paul Dufaux (conocido como “Don Carlos”) quien desembarca en territorio nacional argentino el 25 de enero de 1924 con 22 años de edad, soltero, siendo Ingeniero y proveniente de Suiza - Helvetia⁵⁰.

Fotografía 20: “El puerto en un día de animación extraordinaria”



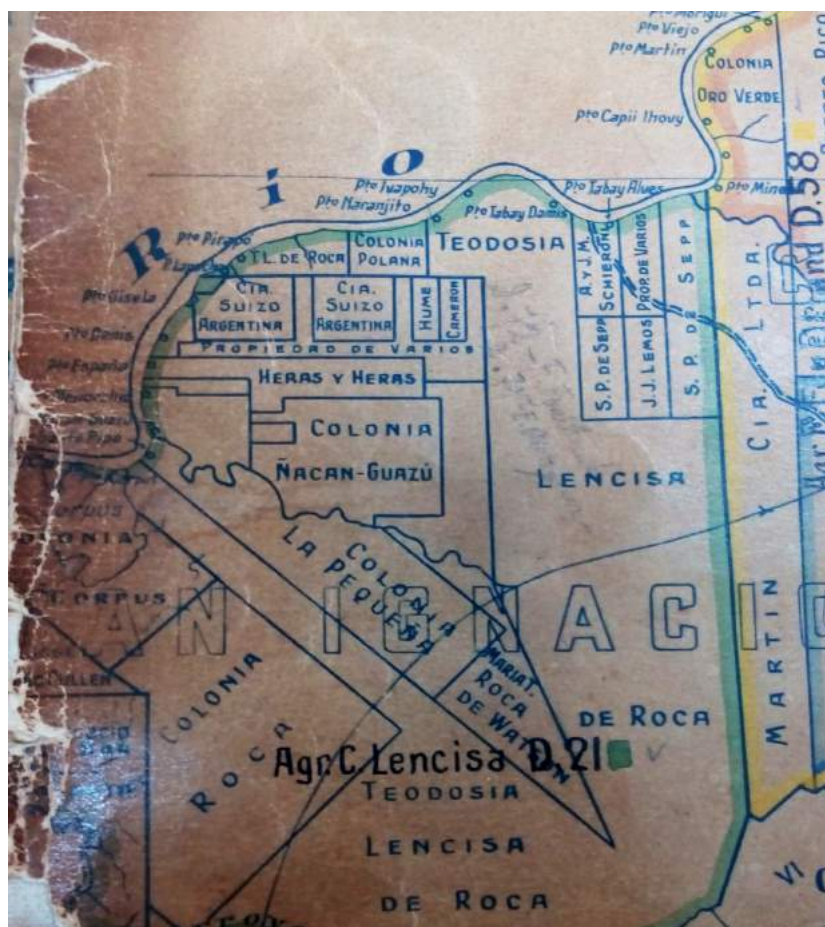
Fuente: Archivo personal de Claire.

⁵⁰ Resulta interesante que en el registro de Inmigrantes, del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (www.cemla.com), se evidencia un primer ingreso de Charles Dufaux en 1924 con la profesión de Ingeniero, y luego un ingreso en 1929 con la profesión de “plantador”.

Debe destacarse que primeramente Letizia fue un puerto emplazado en los márgenes del río Paraná; era uno de los más importantes de la zona y a su alrededor se nucleaba una gran cantidad de población que vivía de los intercambios comerciales habilitados por el transporte fluvial de mercancías y la situación fronteriza con Paraguay. Este puerto permitía mantener vínculos comerciales y sociales con otras poblaciones de la zona y sostener intercambios y conexiones comerciales con otros puertos, como Puerto España, Puerto Menocchio, Puerto Lapacho y el Puerto de Santo Pipó en el cual desembarcaban los inmigrantes suizos. En esa época el río Paraná era la principal vía de comunicación con la capital nacional.

Los barcos y lanchones, como el Guayrá, Iberá, Salto o España, entre otros, le dieron vida al puerto Santo Pipó. Los inmigrantes recién llegados se sorprendían del recibimiento que les daba la barranca, pues la orilla del río estaba bastante desolada, la selva vibraba de esplendor y sólo el canto de los pájaros les daba la bienvenida (Gallero, 2011:26)

Imagen 2. Plano de mensura de la propiedad de la Compañía Suizo - Argentina, año 1925.



Fuente: Dirección Provincial de Tierras de la Provincia de Misiones.

Más tarde, dado el crecimiento y expansión de las explotaciones agrícolas (destinadas principalmente al cultivo de la yerba mate) implicó que se comenzara a poblar la zona aledaña a Puerto Letizia, pasando a denominar esta área como una “Colonia”.

Aunque se desconoce la fecha en que empezó a nombrarse Colonia Letizia, sus pobladores más antiguos afirman que las tierras que actualmente son reconocidas como parte de la Colonia fueron tierras adquiridas por la Compañía Agrícola de Plantaciones Suizo-Argentina S.A., cuyo plano de mensura data de 1924⁵¹. Esta propiedad abarcaba la zona comprendida hacia el noreste de las actuales localidades de Santo Pipó y hacia el este de Jardín América. Según el Archivo General de Mensura Nro. 101 (encomendada por el Juez Dr. José Guzmán al agrimensor Raúl Chapaz el 17 de Julio de 1924), esta propiedad abarcaba 2000 hectáreas, lindantes con el dominio de León Denis y algunos remanentes de tierras de los “Campos de Roca de Misiones” (Gallero, 2011) que pertenecían a María Teodosia Roca de Watson, conocida como “La pequeña” por ser la hija menor de Rudencindo Roca, primo del ex Presidente de la Nación Julio A. Roca⁵².

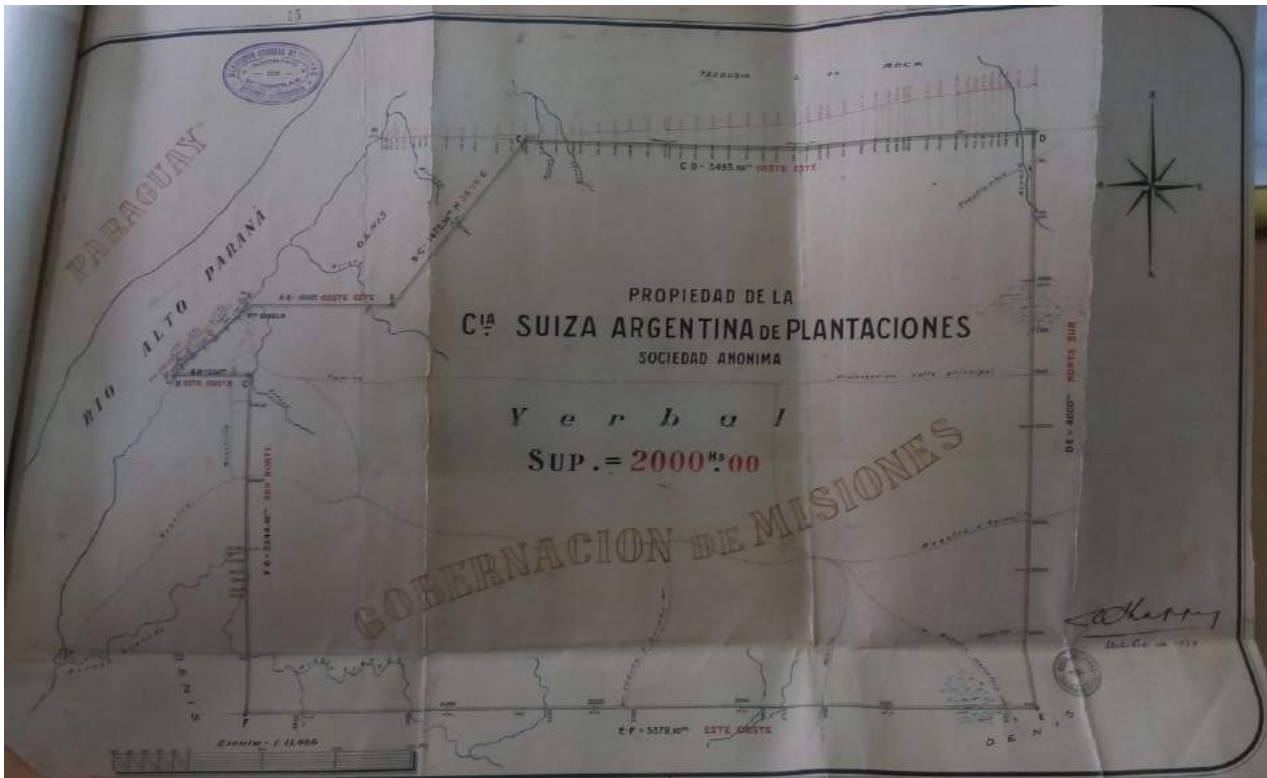
Las tierras de la Compañía Suizo Argentina fueron subdivididas en lotes de 25 a 100 hectáreas entre distintos propietarios, mayormente de origen europeo. En carácter de administrador de la Compañía Suiza y único apoderado para entregar tierras, Dufaux fue una figura central para la consolidación de una colonia agrícola basada en la pequeña explotación familiar, por haber favorecido no sólo la división de la gran propiedad en unidades productivas de distinto tamaño, sino por facilitar el acceso de un lugar para vivir y trabajar a las familias de trabajadores rurales (provenientes del Paraguay y/o las criollas que arribarían desde otras zonas de Misiones o Corrientes). La continua movilidad de población de trabajadores agrícolas que se desplazaban a través de la frontera y del interior provincial para abastecer la expansión del modelo de producción agrícola, permitió la consolidación de los emprendimientos europeos en el lugar. Éstos trabajadores también habitaban en la Colonia pero accedían a lotes y viviendas en situaciones disímiles, rotando de lugar con

⁵¹ El relato de antecedentes de las tierras de la Compañía permiten dar luz sobre este proceso de apropiación privada de la tierra que tiene su clausura en el otorgamiento de estas tierras a Don José Frías, en la provincia de Corrientes, mediante nombramiento del presidente Julio A. Roca , con fecha del 12 de abril de 1881. En lo sucesivo la propiedad es transferida al Dr. Miguel Goyena (confiriendo título definitivo el 24 de octubre de 1884), quien vende al Dr. Luis Castells el 15 de junio de 1888; por motivo de su fallecimiento, sus herederos venden a Don León Denis el 29 de abril de 1908. El 14 de abril de 1917, Denis vende estas tierras a Eduardo Gustavo Bunge, para su transferencia definitiva a la Compañía agrícola de plantaciones Suizo Argentina el 17 de Septiembre de 1923.

⁵² Alejo Julio Argentino Roca fue un político, militar y estadista argentino, artífice de la Conquista del Desierto, dos veces Presidente de la Nación -entre 1880 y 1886 y entre 1898 y 1904- y máximo representante de la Generación del Ochenta.

frecuencia, y a merced de las condiciones de empleo y de vida impuestas por los propietarios de la tierra. Para la época, la mayoría de los establecimientos agrícolas combinaba la formación de villas obreras en su interior con la contratación estacional o eventual de asalariados agrícolas.

Imagen 3. Plano de mensura ampliado, Compañía Suiza Argentina de Plantaciones, 1925



Fuente: Dirección Provincial de Tierras de la Provincia de Misiones

Frente a la inmigración de europeos, a quienes prontamente se los llamaría “colonos”, generó una situación cultural y étnica particular, sobre la cual Bartolomé destaca la carencia de una matriz cultural y social autóctona que pudiera asimilar a los recién llegados. Los únicos rasgos definitorios de una estructura estatal estaban compuestos por “una débil organización administrativa confinada a la capital del territorio y el español como lingua franca que los inmigrantes debían asimilar para comunicarse con la población predominantemente paraguaya y criolla, que comprendía a los obreros rurales y peones” (Bartolomé, 2007:17). En este sentido, el contacto entre ambos grupos estuvo marcado por la producción de diferencias, no sólo en términos de posesión de capital económico, sino también por la construcción de jerarquías que se basaba principalmente en la idea de progreso traída de Europa. Las diferencias culturales entre los europeos y la población local obligó a ambos grupos a convivir y crear nuevas prácticas, hábitos, normas. Las memorias relatadas

por diversos sujetos acerca de las épocas en que se produjo este primer contacto interétnico muestran que las formas de establecimiento de la población estuvieron sujetas a condicionantes tanto económicos como culturales. Sin embargo, a poco menos de un siglo del surgimiento de la Colonia, ciertos rasgos sobreviven en actuales formas de caracterizar a los grupo de pobladores que habitan los actuales asentamientos compuestos de trabajadores rurales.

Fotografía 21: “Camino principal a través de la plantación de yerba de la Compañía Suizo-Argentina”.



Fuente: Archivo personal de Claire.

“Huí a tiempo en la cobardía”: Paraguayos en los bordes del Alto Paraná

El fenómeno migratorio de paraguayos que participaron en la gesta colonizadora del Territorio Nacional de Misiones —y en particular, de Colonia Letizia— es abordado aquí a partir de un

recorte témporo-espacial. Por un lado remite a la delimitación de la frontera, en su sentido estático⁵³ (Reboratti, 1990), es decir al establecimiento de límites entre Estados nacionales; por otro, al desarrollo de un proceso de configuración social más complejo y que se enmarca en la apropiación y constitución de un territorio fronterizo, dinámico, cambiante, móvil. La población nativa reconoce en esos territorios cierta permeabilidad y libertad de circulación, pues al no estar estrictamente controlados por la burocracia estatal, los límites pueden ser atravesados y desdibujados cotidianamente.

En tal sentido, la formación de Colonia Letizia asiste a la confrontación de dos formas de concebir la frontera: en primer lugar, una política errática de delimitación, conquista y control del territorio nacional argentino mediante el asentamiento de colonias de inmigrantes de origen europeo; y en segundo lugar, la ubicación de las poblaciones de diferentes orígenes en un espacio social que se constituye principalmente a partir de las relaciones sociales e interétnicas, cuya matriz organizadora fue principalmente agraria.

La emigración de paraguayos es un fenómeno significativo para ese país, dado que el flujo de exiliados ha permanecido constante desde fines del Siglo XIX —fundamentalmente por la grave crisis económica y política que dejó la Guerra de la Triple Alianza— y se ha incrementado significativamente a lo largo del Siglo XX y principios del actual.

Factores como la posguerra (de la Triple Alianza en 1870), las guerras civiles (en particular la de 1947), la inestabilidad y anarquía, y el predominio de una reciente época de autoritarismo y persecución política (1954-1988), se constituyeron en evidente trasfondo de los ciclos de expulsión migratoria. Pero la economía paraguaya, de base tradicionalmente agrícola y ganadera y de escasa industrialización, ha sido y es el factor clave en la conformación social y en la configuración del perfil migratorio del país (Oddone⁵⁴, 2011:13).

Sobre esto, en una entrevista mantenida con Ayala recordábamos la historia de migración de sus padres paraguayos a la Colonia. Él señalaba que sus padres cruzaron el río [frontera internacional

⁵³ Reboratti (1990: 1) señala que en las ciencias sociales hay dos definiciones formales del término frontera. Las fronteras políticas, o "la parte del país que enfrenta a otro" (Guichonett y Raffestin, 1974), y donde implícitamente la frontera encierra al límite propiamente dicho, las cuales son predominantemente estáticas porque surgen de la concreción territorial de un Estado. Y las fronteras de asentamiento, que remiten a "la división entre áreas habitadas y deshabitadas dentro de un Estado (Prescott, 1965). Esta última tiene un sentido más amplio, con una clara connotación cultural y social: son las llamadas fronteras de asentamiento", y que "al estar atadas a fenómenos móviles y cambiantes, son dinámicas y no siempre resultan de fuerzas claramente definidas dentro o fuera de sí mismas".

⁵⁴ OIM: Organización Internacional para las Migraciones. ADEPO: Asociación Paraguaya de Estudios de Población.

con Paraguay] a la edad de 20 años, después de la Guerra:

Allá no había nada para hacer, vinieron a buscar trabajo y un lugar donde vivir. Primero mi padre trabajó en un establecimiento que se llamaba María Roberta , en San Ignacio⁵⁵ . Él tenía su libreta de trabajador, esa forma de formalizar no existía en Paraguay. Él huyó de Paraguay, 'huí a tiempo en la cobardía' decía el dicho, y aludía a la necesidad de escapar tanto de la guerra como de las miserias que los paraguayos sabían que venían tras ella. Era terrible en ese tiempo porque vos dejabas todo allá, tu casa, tu familia, tus hermanos.

La afluencia de pobladores luego de la Guerra de la Triple Alianza hacia el Territorio Nacional Argentino en general, pero hacia Misiones en particular, significó un problema para la estabilización de Paraguay quien debía gestionar su recuperación con una población diezmada que buscaba en la migración una buena alternativa a las miserias de la posguerra. El conflicto bélico culminó con una economía nacional completamente devastada y la aniquilación del más del 70% de la población paraguaya, siendo los sobrevivientes en su mayoría ancianos, niños y mujeres.

Las políticas tendientes a la reactivación económica y el repoblamiento del país promovieron la inmigración europea como una estrategia que ayudaría a alcanzar dicho objetivo. Sin embargo, paralelamente, imbuidos en la ideología liberal, el Estado establece una

política de privatización de las tierras a precios que provocan la avidez de empresas y sindicatos de compradores los que, en pocos años, se apropian del 35% del territorio nacional paraguayo donde se encuentran sus tierras más fértiles y sus extensos bosques y yerbales, estableciendo un régimen de latifundio. Este modelo no logra superar las consecuencias económicas y financieras críticas provocadas por la contienda bélica, que deja al país con sus arcas vacías y fuertes deudas de guerra que lo obligan a apelar a empréstitos internacionales leoninos que lo mantendrán en jaque por varias décadas, además de haber sufrido la destrucción de gran parte de sus infraestructuras productivas y su patrimonio edilicio (Oddone 2011:50).

La escasa generación de empleo y la mínima absorción de mano de obra se constituyen como dos factores estructurales y determinantes de expulsión de una población de paraguayos que buscó en las colonias agrícolas misioneras una mejor calidad de vida.

⁵⁵ San Ignacio es una localidad ubicada en la ruta nacional N° 12 en el Departamento de San Ignacio de la provincia de Misiones. Se encuentra a 57 kilómetros de la Ciudad Capital, Posadas, y se ubica a menos de 3 kilómetros del margen derecho del río Paraná.

De este lado del río, en las cientos de colonias agrícolas misioneras se recibió a los paraguayos que venían a trabajar en los emprendimientos particulares. Pero ese recibimiento no fue, por lo demás, carente del conflicto que habilita el contacto con un otro y en una condición subalterna. Sobre este período, Javier, que es descendiente de polacos y siempre vivió en la Colonia, señalaba que “siempre fue así, la mano de obra era muy paraguaya, había muchos paraguayos, para el tema del tung, de la yerba, y hay una corriente muy grande de paraguayos acá, que quedaron todos asentados”.

Fotografía 22 : Matrimonio entre un inmigrante alemán y una inmigrante paraguaya.

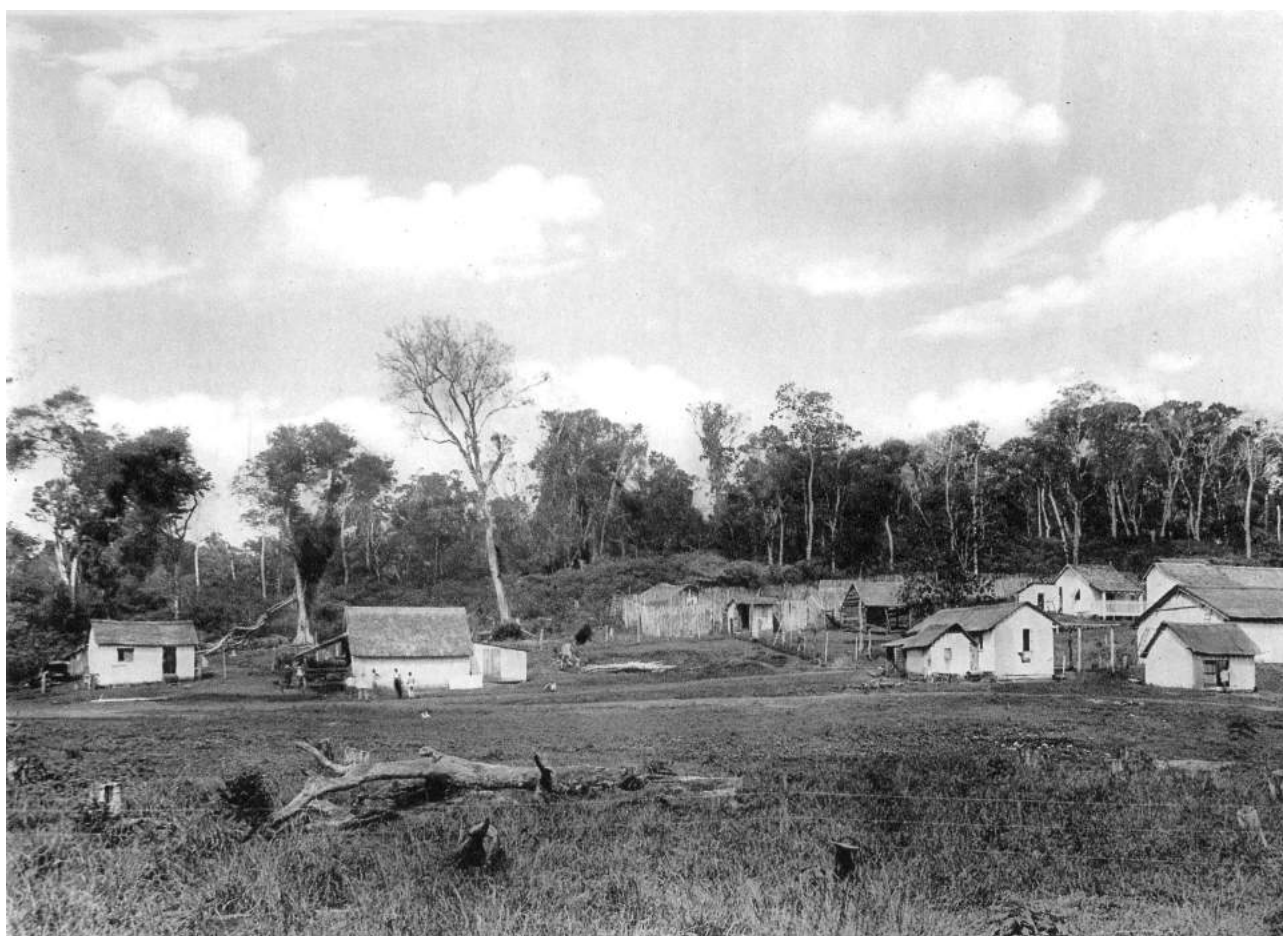


Fuente: Archivo personal de un colono.

Los primeros establecimientos agrícolas: del auge a la crisis

En Colonia Letizia las actividades económicas de gran escala comenzaron a partir de la extracción de la madera nativa en manos del administrador de la Compañía Suiza Argentina, Don Carlos Dufaux. Así la primer actividad productiva de las tierras de la Compañía consistió en la extracción de madera que se realizaba con rudimentarias herramientas y que los trabajadores manipulaban para introducirse a la selva y tumbar los exuberantes árboles, para lo cual se exigía de una gran destreza física.

Fotografía 23: “Asentamiento de familias alrededor del Puerto”.



Fuente: Bourquin y Cia. Libro de fotografías de Misiones editado en Bs.As (S/F).

A partir de la división y mensura de los lotes, se dió lugar a las plantaciones de yerba mate. En la década del '30, con la abrupta caída del precio de la yerba mate, debido a la importación ilegal de yerba proveniente de Brasil, la Compañía Suiza Argentina impulsa el loteo de tierras. Las primeras

chacras tenían 100 has, lo que demuestra que las primeras chacras eran más grandes que lo promediado para la época en otras colonias, donde se planificaron chacras de 25 has.

Por esos años, como mencioné anteriormente, habían arribado a la zona dos corrientes diferentes de suizos, que se asentaron primero de Santo Pipó. Schnieper señalaba que vino una corriente con mucho dinero, que compraron las tierras, hicieron grandes plantaciones de yerba y contrataron mucha gente. Éstos eran independientes de la Compañía, pero estaban al mismo nivel. Años después, empezaron a llegar los otros. A su padre, que vivía en Suiza, lo llamó una hermano en el año 1931 para que viniera a estas tierras, y pertenecía a la segunda tanda de inmigrantes suizos: “Esta segunda corriente eran suizos que no tenían dinero, que la remaron. A ellos que les tocaron las chacras “del fondo” de Santo Pipó, es decir, en una zona más alejada y que hoy es donde se emplaza la colonia. Schnieper señala que de esa primer corriente de suizos “adinerados” no quedó ninguno, porque todos se fueron en las primeras crisis yerbateras sucedidas hasta mediados de siglo. Su padre, que había venido con muy poco dinero (que había heredado de su abuelo) trabajó para la Compañía como operario y vivía en la casa del administrador:

Trabajaba de lunes a viernes allí y los sábados y domingos se iba a desmontar. Las primeras 6 hectáreas desmonta y empieza a hacer naranjas, después empieza a hacer 6 más, y así, despacito, despacito. El trabajaba solo, con las herramientas que había en el establecimiento.

Esta primer diferencia entre los suizos rápidamente se haría notar en el desarrollo económico de la Colonia. Los establecimientos de los más adinerados mostraban con ostento su estilo de vida. Así Schnieper señala que en estos primeros grandes establecimientos los suizos tenían casas enormes, que parecían mansiones, con techo de teja y una casa exclusiva para las visitas, canchas de tenis, pileta, y unas hectáreas donde tenían animales exóticos “...al tiempo que cuando llegaba la temporada de teatro o lírica o la ópera en Buenos Aires, la mitad de ellos se iba a Buenos Aires. Eran gente rica”.

En la década del '40 comenzó el furor de los cultivos de citrus y tung⁵⁶. Fue a partir de este período de implantación de cultivos que la Colonia se consolidó como una colonia agrícola prominente en las primeras décadas del siglo XX. En 1946 se fundó la empresa Santo Pipo Tungoil, la primer planta elaboradora de aceite, con más de 2.200 asociados en todo el ámbito provincial que funcionó hasta 1980 (Gallero, 2013:56). Esta planta procesaba 800 toneladas de tung al año provenientes de unas 2250 hectáreas aledañas a la empresa. La actividad generó rápidamente una gran afluencia de población en la zona agrícola que comprendía Santo Pipó y sus alrededores. Estanislao, un pequeño productor de yerba mate que reside en la colonia, charlando en una ocasión recordaba su infancia y comentaba:

Cuando yo era chico acá había cantidades de gente. Había una escuela de madera con más de 300 chicos. Después se hizo otra, un establecimiento más allá del 10 (km), allá era todo lleno de gente, era todo lleno de gente. La mayoría eran gente de Paraguay, pero sus hijos eran argentinos (...) La Cía. Suiza tenía - desde Naranjito era - todo yerbal y tungal. Esto acá, donde está el pinal, era todo tungal y tungal, ahí de Mijalki, allá de Varela, de Basiluk, pero vos te ibas para acá hasta Naranjito era tungal. Y la gente juntaba tung y carpía los tungales (...) y si todos eran pequeños. Porque, por más que eran 2, 3 has de tung, todos plantaban tung. Porque estaba ahí la aceitera, la Tungoil, acá cerca, y llevaban ahí, todos se asociaban, tenía como 3000 socios esa fábrica. No... los tiempos cambiaron.

Estanislao tenía 68 años al momento de la entrevista, es hijo de dos brasileños y nieto de inmigrantes polacos. Él nació en Santo Pipó y llegó a la Colonia a los 4 años. Si bien se ha dedicado en las últimas décadas a la producción de hoja verde de yerba mate, sus padres habían plantado y vendido tung a la aceitera. Su recuerdo refuerza algunos datos históricos provenientes de fuentes escritas, que afirman que ante la necesidad de mano de obra para las cosechas, la Compañía Suiza-

⁵⁶ El Tung (*Aleurites fordii*) es un árbol caducifolio originario de China y pertenece a la familia Euphorbiaceae. Es un árbol de porte mediano, que alcanza unos 20 metros de altura con una propagación de la corona. En Argentina se introdujo en 1929 para la extracción del aceite de sus semillas. Como requiere de ambiente cálido y húmedo, fue producido con gran éxito adaptativo en las provincias de Misiones y Corrientes. El principal comprador de este aceite ha sido Estados Unidos. En la década del 40, ese país demandaba el 70% de la producción mundial, absorbiendo las 3/4 partes de la producción de aceite de China (Jarosch, 1945). Con vistas de diversificar las actividades económicas-productivas de la región mesopotámica, esta gran demanda significó una oportunidad extraordinaria para las provincias argentinas productoras de incorporarse al comercio internacional de aceite de tung. También llamado *aceite de madera china*, es utilizado principalmente como impermeabilizante, pues es tipo de aceite que sirve para el revestimiento de diferentes tipos de materiales empleados en la industria o en el ámbito doméstico.

Argentina, la Santo Pipo Tungoil y otros establecimientos agrícolas yerbateros y forestales, atrajeron un gran número de trabajadores (principalmente paraguayos y criollos) que se asentaron definitivamente en la zona, para ocupar los puestos de obreros, peones o capataces, dado que los cargos administrativos y técnicos, y por supuesto, la propiedad de la tierra, por entonces correspondía principalmente a los suizos o a otros europeos.

Anteriormente me he referido a Joselo, un agricultor nacido en Paraguay y residente desde sus 3 años en la Colonia que se ha dedicado durante toda su vida a realizar y organizar las tareas agrícolas de la explotaciones agrícolas de la familia suiza Schnieper, una de las mas relevantes y la única que sobrevive de aquellos años. Si bien Joselo está actualmente jubilado como peón rural, se considera un capataz activo. En ocasión de una conversación mantenida en el año 2016, compartía sus recuerdos respecto a las épocas de la Compañía:

Letizia fue en ese momento de la Compañía Suiza Argentina. Y había muchas plantaciones de yerba y tung. Se necesitaba mucha gente para las cosechas y había mucho movimiento de gentes, de toda clase. La gente venía a laburar para las cosechas y se quedaban. Había más gente que ahora, porque la gente que se quedaba, quedaban como efectivos y eran pocos los temporarios. Mi papá era efectivo de la Compañía Suiza, hacía cosechas y después en el secadero

Fotografía 24: “En un *rozado*⁵⁷ el tractor se lleva el ‘palo’. Sólo quedarán las palmeras, que nunca se voltean, por costumbre o superstición” (Escrito por mujer inglesa detrás de la foto, año 1974).

Fuente: Archivo personal de Claire

Estas actividades agrícolas organizaron social y económicamente la Colonia. Además establecieron un patrón de ordenamiento territorial que se correspondía con la adopción de roles, que a su vez determinaron la adquisición de un estatus de trabajador/productor dentro de la comunidad. Dicho ordenamiento de la Colonia se configuró en torno a un modelo de producción agrícola que combinaba pequeñas y grandes explotaciones, producción familiar y trabajo asalariado. En este

⁵⁷ Se trata de una técnica agrícola tradicional de la zona de *tumba, roza y quema*, que consiste en cortar los árboles del monte y luego realizar la quema para delimitar y preparar el espacio de cultivo.



sentido, la unidad de residencia condicionó el devenir de los grupos domésticos⁵⁸. La residencia de las familias trabajadoras fue variando en función de tres factores principales:

- 1) la disponibilidad de tierras, tanto para vivir como para cultivar
- 2) el acceso al trabajo asalariado
- 3) la condición o el estatus de inmigración

Estos tres factores influyeron de manera diferencial en la configuración del territorio y distribución del espacio dentro de la Colonia.

Entre las décadas de 1920 y 1970 aproximadamente, los trabajadores que llegaban desde el Paraguay a la zona eran contratados por los establecimientos o en las chacras de mayor tamaño (100 a 200 has). La diferencia entre ambos radicaba en que los establecimientos eran propiedades de mayor envergadura, es decir, se trataba de grandes plantaciones que poseían un carácter empresarial en los que se realizaba el procesamiento industrial de materias primas (como el secadero de yerba

⁵⁸ Entiendo como *grupo doméstico* al “conjunto de individuos que viven en la misma casa y poseen una economía doméstica común” (cf. Tepich, 1973; Galeski, 1972, en Heredia 2003). “Es el grupo doméstico la unidad de residencia y es dentro de él que tiene lugar la reproducción física y, en gran medida, la reproducción social de sus miembros” (cf. Fortes, 1958 en Heredia 2003)

mate) y dentro de ellos habitaban los trabajadores que, según los relatos de los pobladores, llegaron a tener, en algunos de ellos, hasta 100 familias cada uno. Schnieper por ejemplo señalaba que estos grandes establecimientos llegaron a procesar entre 500 y 800 has de yerba y 400 has de tung. Entre ellos, uno de los más conocidos era el Establecimiento Menocchio, cuyo secadero hacía 200.000 kilos de yerba por día.

Por otra parte, las “grandes chacras” también pertenecían a inmigrantes europeos y realizaban producción primaria de cultivos como tung, yerba mate y citrus, empleaban una menor proporción de trabajadores y, por lo general, entregaban la producción a los establecimientos para su procesamiento y comercialización. Este era el caso de la familia Schnieper.

Era habitual en aquellos tiempos que ambos tipos de explotaciones estuvieran organizados en torno a la contratación con mano de obra permanente. Los trabajadores, que por lo general no tenían un lugar para vivir, ora porque eran inmigrantes sin documentación, ora porque la tierra resultaba económicamente inaccesible, accedían a lotes por sesión de usufructo para vivienda y producción para el autoconsumo en el interior de las chacras de sus patrones. El carácter permanente que imprimía esta modalidad de contratación de los peones, contribuía a fijar y generar lazos de mayor compromiso con las explotaciones agrícolas, lo cual no se podía garantizar con mano de obra temporaria. Se necesitaban trabajadores dispuestos y dóciles para las tareas agrícolas de envergadura como las que se desarrollaban. Estas chacras, que sobresalían con sus grandes casas de lujo para la época, ubicaban a unos metros, ocultas tras una cortina verde (monte nativo o implantación de especies exóticas), las casas de los trabajadores. Estas viviendas, siempre de propiedad de los colonos, eran prestadas a las familias de los peones rurales, pues de ese modo lograban “establecerlos”, mantenerlos controlados e inculcar normas morales y de conducta acordes a la idea de “buenos trabajadores”. Estas casas eran fundamentalmente realizadas con madera, aunque también las había de ladrillos. Por lo general, estaban ubicadas cerca de los galpones donde se almacenaba la producción y en la actualidad, aún pueden verse vestigios de algunas de ellas.

Joselo relata respecto de su propia historia familiar que en 1964 la Compañía Suiza cesó sus actividades en la zona, y por ese motivo, regresaron junto a sus padres nuevamente a Paraguay. Estuvieron hasta el año 1966 allá, hasta que decidieron retornar a causa de la falta de trabajo. Cuando volvieron se quedaron algunos días parando en el puerto, que por entonces era una zona que tenía oficinas de prefectura, un almacén de ramos generales, carnicerías, revisterías, roperías. Había movimiento de gente!, dice Joselo . Porque allí se vendía pescado, pero también algunas herramientas para labrar la tierra. Permanecieron ahí hasta que su padre consiguió trabajo en lo de

Don Schnieper. Ellos fueron los primeros en empezar a producir. Se refiere a Don Schnieper como el viejo Schnieper. Este hombre de origen suizo había sido empleado de la Compañía Suiza, trabajaba en la parte de máquinas. “Cuando construyeron su mansión, los Schnieper construyeron casitas para los personales”. Estas casas estaban alejadas de la casa principal. El personal tenía prohibido pasar por delante de la casa grande. Elevando el tono de su voz, Joselo dice “Y la gente respetaba, vos vieras como respetaban. ¡Nadie ni se asomaba por el jardín de ellos!”.

Fotografía 25: “La mansión suiza”



Fuente: Archivo personal de familia colona (Diapositiva recuperada)

En ese tiempo la madre los abandonó y retornó a Paraguay. Joselo se quedó con sus hermanos y sus padres viviendo en la propiedad de los Schnieper. Delante de la casa, sobre el ingreso a la chacra en un camino formado por cipreses, habían construido una “casita de material” (es decir, realizada con

ladrillos y con piso de cemento). Desde aquella época y hasta la actualidad, las viviendas de los peones rurales eran predominantemente realizadas con maderas “de descarte” (costaneros del árbol de Pino o tablas aserradas de Laurel), el piso suele ser de tierra o cemento alisado, y los techos confeccionados con chapas de cartón. Cuando su padre se jubiló Joselo se mudó a dicha casa con su esposa Concepción. Él señala que esa casa la construyeron para él en reconocimiento a la lealtad y el compromiso de las tareas que durante décadas realizaron junto a su padre y hermanos.

Ellos construyeron esa casita para mí, porque yo era el más inteligente del personal que había, sabía leer y escribir. El capataz era paraguayo y no sabía escribir. Por eso digo yo que ellos quizás me tenían más confianza, yo era el único que podía entrar a la casa...

La residencia de familias de trabajadores en las explotaciones agrícolas favoreció en algunos casos la generación de vínculos patrón-peón que, a la vez que perpetuaron la sujeción de la mano de obra, se afirmaron en el tiempo y generaron lazos de confianza. Además, como señala Joselo, durante esta etapa, la mayor parte de las familias de los trabajadores rurales contaban con muy pocos recursos económicos, no sabían leer ni escribir, y no tenían oportunidades para ocupar mejores puestos. Así la clase trabajadora fue ocupada por las filas de inmigrantes paraguayos que buscaban en Argentina mejores oportunidades de vida.

Por su parte, los grandes establecimientos yerbateros, a pesar de la crisis en la producción de tung, siguieron correspondiendo a familias de origen europeo, familias ya establecidas a cuenta de poseer un capital inicial, puesto en producción y acrecentado por la explotación de la población local. Para lo cual continuaron las formas de contratación y fijación de los trabajadores y sus familias, a través de los efectivos dispositivos que vinculaban el otorgamiento de la vivienda con el trabajo asalariado para el establecimiento. En este sentido Anastacia, que tiene 40 años y también es hija de productores de la Colonia, recordaba que en la época de sus padres (quienes vivían en su chacra pero trabajaban también afuera) “había pueblos, y había empresas, porque las empresas le proveían casas a la gente para trabajar. Había de material y también había de madera”. Ella distingue en su relato que esos espacios eran grandes y que todas las casas eran iguales, que había “muchísima gente”. Contaban con un espacio de 60, 70 metros, de modo que las familias no estén juntas y pudieran desarrollar sus cultivos para el consumo familiar. Además, en el interior de los establecimientos, algunos llegaban a tener una infraestructura que no se tenía siquiera en los municipios. Así Schnieper señalaba que

“en algunos de ellos, había escuelas, policía, correo. Estos establecimientos eran tan grandes que tenían toda la infraestructura adentro. La luz la generaban los secaderos,

porque algunos tenían más de 500 has de yerba, le daban luz a los obreros, y agua. Las casitas de los obreros eran con luz y agua, y les daban todo gratis! Hoy ya no existe más eso”.

El establecimiento Santa Teresita, por ejemplo, tenía una iglesia católica que el patrón mandó a construir porque, a pesar de que él era judío, consideraba que los trabajadores tenían que seguir recibiendo su culto. Esta emblemática Iglesia aún se encuentra a la vera del camino en Colonia Naranjito (antes de llegar a Letizia), y fue realizada completamente en piedra tallada lo que enaltece aún más el aspecto simbólico de su obra.

Entonces, este modelo de explotación de la mano de obra local (criolla y paraguaya) permitió el crecimiento tanto de los establecimientos agrícolas como de las chacras mas pequeñas de las familias de inmigrantes europeos, que llegaban a tener hasta 100 has.

Fotografía 26: Trabajadores realizando el rejunte de hoja verde recién cosechada en el secadero de un establecimiento agrícola.



Fuente: Archivo personal de Claire.

El éxito de tung había permitido ingresos anuales para la mayoría de las familias hasta la década de 1980, cuando el declive de los precios internacionales y la sustitución por aceites artificiales tornó insostenible la competencia en el mercado. Carlos mencionaba que cuando él era pequeño allí eran todos tungales. “Había todo tung, era impresionante. Había mucho trabajo para la gente. Después cuando el tung cayó, creo que en el 67, 68 empezó a decaer, y después ya no valió mas nada. Y ahora ya no hay fábrica no hay mas nada, eso no va a valer nunca más. Y lo mismo pasó con el citrus”.

A partir de ese momento en la Colonia se continuó con la producción de yerba mate como actividad económica principal, y algunas plantaciones de citrus cuyo destino comercial era el mercado concentrado de la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fé. No obstante ello, el cese la planta procesadora de tung y el abandono de esta actividad no implicó una apuesta de toda la comunidad a focalizar nuevamente en otros monocultivos, sino por el contrario, algunos colonos y trabajadores abandonaron la actividad, vendieron sus chacras y se fueron de la Colonia, asistiendo al primer éxodo de población, el cual sería nombrado en reiteradas oportunidades entre los diferentes relatos de los colonos actuales. Dada mi amistad con Don Contreras y Claire, por ejemplo, muchos de ellos solían mencionar el caso de los padres de Claire, quienes eran ingleses y habían llegado a tener una enorme producción de tung en las 60 hectáreas de su propiedad. En la década del 70 vendieron su chacra y regresaron a Córdoba, donde nacería más tarde Claire y retornaría a la Colonia 35 años después.

A partir de estos relatos de los productores más antiguos de la zona también pude situar el fenómeno de la venta de tierras a los criollos a partir de 1967 con la primer crisis productiva del tung y la clausura de la Compañía Suiza Argentina. En ese momento, algunos trabajadores rurales (como Justino, su hermano, Estanislao, Joselo y otros) pudieron adquirir pequeñas chacras. Sumado a que la obtención de permisos de residencia de familias paraguayas favoreció su instalación en parcelas que anteriormente pertenecían a la Cía Suiza-Argentina o a familias que abandonaron la producción de Tung.

Este fenómeno se dió principalmente entre trabajadores permanentes de antiguas explotaciones accedieron a lotes de pequeñas dimensiones a partir de préstamos o financiaciones por parte del administrador de la compañía o de los patrones; un tipo de transacciones mediada por un vínculo de confianza con los peones. Justino, que es hijo de un alemán y una paraguaya, comentaba que sus padres se asentaron en la Colonia cuando Don Carlos Dufaux, comenzó el loteo de algunas de sus tierras. Don Carlos ayudó al padre de Juan a comprar las tierras que hoy son el gran patrimonio

familiar y fuente de sustento de él, su hermano y las familias de sus hijas e hijos. El padre de Justino había sido capataz para Don Carlos, y había trabajado en el trazado de las chacras, en la apertura de caminos vecinales, y una incontable cantidad de tareas agrícolas que requería esa gran propiedad de 200 has que abarcada desde el puerto Letizia hasta la actual localidad de Jardín América. Así como sucedió a Joselo, el cargo de capaz, fue heredado por Justino.

Toda la gente de la Colonia trabajaba con él (Don Carlos Dufaux). El era un “pretensado” [pretencioso] para la época. El tenía chacras en Córdoba también y me quiso llevar para allá pero mi patrona [su esposa] no quiso. Yo era capataz de todas sus chacras. Era un movimiento grandísimo. Hacían yerba, cosecha de tung, limón, pino. ¡Era un movimiento!. Yo tenía que andar acá, allá por todos lados”.

Aunque estas familias de trabajadores lograron acceder a pequeñas parcelas para su producción propia, lo hacían a una escala mucho menor que los europeos (no más de 5 has, en la mayoría de los casos entrevistados). Los tamaños de las explotaciones implicaron que tuvieran que combinar el trabajo asalariado extra-predial en las chacras de las familias suizas y polacas con mayor capital (y también prestigio) de la zona, con el trabajo familiar en sus parcelas.

Sin embargo, este hito de acceso a la tierra por parte de ex-capataces o peones rurales devenidos en productores agropecuarios, fue fundamental debido a que favoreció el abastecimiento de los establecimientos agrícolas. Entre los más nombrados se destacan Maine y Cía, Maori, Santa Teresita, Menocchio, Flor de Lis (Industrial Paraguaya), Puerto Lapacho (Familia Dufaux), Yirard y la Cía Suiza-Argentina (hasta 1967) —los cuales desaparecerían con la desregulación de la yerba mate en 1991—. Se extendió por entonces un modelo de producción familiar que combinaba el trabajo de la propia explotación con el realizado fuera de ella. Es decir que este “nuevo colono”, un agricultor semi-asalariado, y que no llegaba a satisfacer sus necesidades materiales básicas por la explotación de su propiedad, se veía frecuentemente empujado a realizar trabajos extra-pediales, empleándose principalmente en tareas de mantenimiento y cosechas en los grandes establecimientos y las chacras de mayor tamaño, mediante el que se obtenían los ingresos extraordinarios. Mientras que el trabajo predial (organizado por el grupo doméstico) se destinaba a tareas relativas a la producción de cultivos primarios y de cultivos o cría de animales para el auto consumo del grupo familiar.

No obstante, aunque el movimiento y asiduidad de la demanda de trabajo agrícola de los establecimientos y las grandes chacras ha sido señalado por los pobladores como un elemento característico de los tiempos de auge de la producción agrícola, también se ha mostrado que se

trataba de un tipo de actividad que garantizaba ingresos estables, es decir, durante todo el año, pero escasos. Para quienes no residían en el interior de las explotaciones, las tareas eran pagadas por jornal, variando en función de las actividades realizadas. Así, por ejemplo, en temporadas de cosechas los salarios eran a destajo, mientras que tareas como carpir, machetear⁵⁹, plantar o preparar suelos eran actividades pagadas por jornada, es decir, por el día⁶⁰ de trabajo. Así, el tipo de trabajo asalariado [*mensualero*] fue desapareciendo con el correr de esta década, llegando a ser una condición de trabajo ya inexistente.

El último gran éxodo: los '90

Durante la década del '90 cerraron los ocho grandes establecimientos que generaban la mayor demanda de trabajo para la población de Letizia y de las colonias aledañas (Naranjito, San Casimiro, J. D. Perón, Puerto España, Puerto Lapacho), afectados por la desregulación del mercado de la yerba mate y el control de los precios de la materia prima. Así, los establecimientos Maine y Cía, Maori, Santa Teresita, Menocchio, Flor de Lis (Industrial Paraguaya), Puerto Lapacho (Familia Dufoux), Yirard, fueron desapareciendo y la población comenzó a emigrar; esta vez significando el pronunciamiento de un proceso de éxodo mucho más marcado que el mencionado veinte años atrás, cuando los productores tungaleros se reconvirtieron rápidamente a la producción yerbatera. Sobrevivieron a la crisis la Cooperativa Agrícola de Colonia San Casimiro, y la familia Schnieper, la única que, a pesar de la aguda crisis económica, instaló un nuevo secadero privado.

A este respecto, Justino mencionaba que la gente ya había empezado a irse de la Colonia tiempo antes, cuando se sucedió la crisis del Tung, porque según recuerda fue la época más próspera de la Colonia, porque

...el tung valía una fortuna. Cuando decayó todos empezaron a plantar soja, pero este

⁵⁹ Estas son reconocidas como tareas de mantenimiento. La *carpida* consiste en la acción de remover la tierra para evitar que otras plantas, consideradas frecuentemente “malezas”, “agoten” la planta que se cultiva con fines productivos. La tarea de *macheteada* por el contrario consiste en cortar las “malezas” de modo de mantener un control de su volumen y que el terreno quede más “limpio”, permitiendo el tránsito de trabajadores entre los surcos de los cultivos, facilitando asimismo otro tipo de tareas como la aplicación de fertilizantes o la cosecha. Ambas son consideradas tareas indispensables para garantizar el buen rendimiento de los cultivos.

⁶⁰ El día de trabajo puede contabilizarse de dos maneras: generalmente cuando los trabajadores se refieren a una jornada completa el tiempo estimado de trabajo se extiende desde las 7am a las 6pm, con un período de almuerzo y descanso de 1 a 2 horas debido a las fuertes temperaturas. Mientras que cuando se refieren a media jornada, es un tiempo estimado entre las 7am y las 11.30am.

grano valió dos o tres años y cuando decayó el precio y la fábrica dejó de comprarlo, los colonos cesaron de cultivarlo. La misma fábrica que compraba Tung compraba soja.

Desde esa época recuerda Justino que la gente empezó a irse de la Colonia.

Fotografía 27: Un productor familiar de yerba mate entrega su yerba mate a un secadero privado de la Colonia.



Ph.: Carla Traglia

Los pobladores más antiguos a los que he entrevistado, han estimado que antes del éxodo, entre 800 y 1000 familias habitaban en la zona que comprendía la Colonia y alrededores, teniendo en cuenta que cada establecimiento empleaba al menos 100 familias cada uno. Como señalaba en una ocasión Javier, hoy encargado del secadero de yerba:

Esta es una zona muy rica, donde hubo más de diez secaderos y establecimientos... y el

secadero es algo social, es increíble lo que aporta a un pueblo, porque está el empleado del secadero, el que maneja las máquinas, los cosecheros, los servicios, abogados, contadores, es un mundo de agregado de valor al producto.

Pero con el cierre de estas empresas, las familias trabajadoras, que carecían del capital económico y social necesario para recomenzar y/o sostener una producción propia y acceder a tierras productivas, migraron a las ciudades. Como mencionamos en el capítulo anterior, allí encontraban mayores posibilidades de acudir a la *ayuda* estatal. Se produjo entonces una gran migración de familias hacia Jardín América y otras ciudades donde podrían asentarse en terrenos fiscales que comenzaban a poblarse con otros grupos en situaciones similares.

Desde la década de 1990 hasta la actualidad sobrevivieron dos secaderos de yerba mate en la zona. El avance de las plantaciones de pino fue sustituyendo a otras producciones, dado que muchas explotaciones fueron vendidas a Alto Paraná S.A., cambiando rotundamente no sólo la dinámica de Colonia Letizia, sino de sus colonias aledañas. En la actualidad, un tercio de las tierras que corresponden a la localidad de Colonia San Casimiro pertenecen a esta empresa forestal. Javier sostenía que:

La Colonia no fue ajena a toda esta situación, a todos estos escalones que tenemos en el país. Acá hubo un éxodo rural impresionante, hubo por el cierre, que terminó la citricultura, terminó el tung, los secaderos se cerraron, quedamos nosotros, encima vienen los chilenos [Alto Paraná] y compran las tierras, y plantan resinoso, o sea que plantan pino, vienen gente de otro lado y laburan de otra manera. No es que hacen como un productor que limpia un pedacito, le da trabajo al vecino; vienen trabajan como hormigas y te plantan no sé cuantas hectáreas de pino por día.

Se puede apreciar en el relato de diferentes entrevistados cómo perciben que los afectaron los cambios económico-productivos y cómo impactaron éstos en su medio-ambiente. Sumados al éxodo de población y el cierre de los establecimientos que compraban sus productos, también los pobladores han señalado un cambio en el paisaje agrícola, de cuyos motivos se desprende la introducción y rápida expansión del monocultivo del pino. Concepción decía, por ejemplo, que “Antes había cosas lindas, los lapachos, las plantas”, y que “ahora es todo pino donde antes era todo monte”. Así donde antes los colonos podían rotar cultivos o criar animales, administrar los ciclos productivos según el ritmo de las necesidades o del valor de los productos agrícolas, y ello generaba un “control” sobre el paisaje agrícola. Sin embargo, desde hace veinte años las chacras abandonadas por sus dueños son objeto de consumo para la dádiva del mercado forestal que avanza sobre esas

tierras con maquinas y plantines de pino que requieren muy poca tarea de mantenimiento manual y exigen, dada su condición de “planta exótica”, la aplicación de grandes cantidades de agrotóxicos.

No obstante ello, también se ha señalado otra serie de condicionamientos que favorecieron la migración de familias enteras, tales como la falta de alternativas laborales y de actividades que generaran ingresos, la falta de electrificación rural, el deterioro de los caminos, y principalmente la localización geográfica de la Colonia, en los “márgenes del estado”. Este último factor es señalado por los pobladores actuales como un condicionante fundamental del desinterés de las políticas públicas y del estado. Por ejemplo, ello es frecuentemente relacionado con lo que, años anteriores al éxodo de los '90, significó para estas colonias el trazado de la ruta nacional 12, que demarcó una nueva área de circulación (alejado de la zona) y agudizó el abandono de la población rural en esta área. Schnieper me comentaba que la Colonia quedó muy “desprotegida” porque la ruta 12 iba a ser una ruta costera, es decir, que iría por el borde del río Paraná. Con ello, la ilusión de muchos colonos (como su padre y otros contemporáneos a ellos) se alimentaba de que la proyección vial conectase el área productiva con los centros urbanos, de modo que la comercialización y traslado de la producción se vieran favorecidos por ello. Schnieper menciona que

...entonces tuvimos la mala suerte que en los años 70 se trazó por donde está ahora, que era por donde iba antes la de tierra también. Entonces quedó el trazado urbano en Jardín, y es un problema porque la policía está allá, la farmacia, todo. Y bueno después, mi familia, las familias se fueron yendo todos.

Por el contrario, su trazado a 25 kilómetros, sumado al constante deterioro de los caminos vecinales, disminuyó la competitividad de los productores al elevar los costos de traslado y reducir la comercialización. Estos problemas, no menores para la cotidianidad de los productores agrícolas y los trabajadores rurales, desalientan la producción. A este respecto, Estanislao menciona que, durante el gobierno de facto de 1976-1983, en términos viales la Colonia estaba mejor “atendida” porque los militares se preocupaban por los caminos rurales, aunque en realidad su preocupación radicase principalmente en el control de esta agitada zona de frontera:

Y qué pasa, que estábamos mejor atendidos porque venían 5 máquinas y pasaban una vez al año y teníamos el camino lindo. Hasta la orilla del río. Y ahora, en la democracia, acá, en 30 años nos han arreglado tres veces el camino. Ustedes vieron cómo está el camino. Me molesta salir a Jardín, no hay camino, y por ahí te ataja alguien, que te pide que lo saques, que no hay camino que se le está muriendo la señora... y como Letizia está partido en dos, porque de acá es de Jardín, pero de allá donde está Don Contreras

ya es J. D. Perón, entonces Letizia es tierra de nadie. Es tremendo... los dos municipios se tienen que hacer cargo de su parte, pero al final es tierra de nadie. En las elecciones todos andan dando vuelta por ahí.

Desde entonces, muchas de las demandas que los pobladores tenían sobre el municipio eran desatendidos por la disputa en torno a la división administrativa a la que se veía sometida la Colonia. Un fenómeno que, como he mencionado hasta aquí, persiste hasta la actualidad.

En este contexto, la emigración de la población también implicó que muchas instituciones estatales y no estatales fueran desapareciendo. Ayala señalaba que en Letizia ya no queda nada, porque la gente se fue a vivir al pueblo.

Jardín América se hizo con las gentes de las Colonias viste, Colonia Naranjito, Puerto España, Letizia. Antes acá había una comisaría, había un club. Los jugadores jugaban en la Liga Santo Pipó. Cuando había baile... hasta de Asunción venían! Acá había gente! Y después se fueron yendo, todos todos.

Así los pobladores rememoran los tiempos del club, los concurridos partidos de fútbol, los bailes en el salón municipal, las escuelas con matrículas de 1000 chicos, la llegada semanal de médicos a la salita de primeros auxilios y a cada uno de los establecimientos en los que vivían los trabajadores. Los caminos eran patrullados fundamentalmente por el ejército, la prefectura patrullaba las costas del Río Paraná y la aduana el flujo de mercaderías que circulaba por los puertos. Estas memorias, construidas con un tono bucólico sobre un pasado que pareciera haber sido mejor que el tiempo presente, se sedimenta en gran medida en las trayectorias de vida de los pobladores que recuerdan la movilidad y dinámica de población, la centralidad del trabajo y las labores agrícolas, pero también en la vida social y cultural generada en la Colonia.

Vivir en la *chacra*: de peones a productores

Ante el advenimiento del éxodo de población de la Colonia, algunas familias pudieron adquirir pequeñas parcelas a medida que los establecimientos iban “liberando” tierras, o simplemente a partir de la compra de espacios que todavía quedaban libres. En Letizia, quienes primero accedieron a la compra de chacras fueron ex-capataces de establecimientos o de grandes propiedades, es decir, quienes reclutaban la mano de obra. En este sentido, al ordenar los relatos de

los pobladores más antiguos, pude comprender que ante el cierre de grandes establecimientos que comenzó en los años '70 y tuvo su punto culmine en los '90, la pulsión migratoria impactaba con fuerza en la población, a la vez que liberaba algunas tierras para quienes corrieran con la suerte y la valentía de quedarse con ellas.

El hecho de ocupar un cargo considerado de confianza (construido no sólo por la antigüedad sino también por la demostración de la lealtad hacia el patrón) permitió a unos pocos trabajadores solicitar préstamos de dinero a sus patrones para la compra de pequeñas chacras e inclusive, el patrón podía realizar la compra y luego descontarla del salario del trabajador o exigir la entrega de una proporción de la producción obtenida en los nuevos predios. Como contrapartida, ello significó el afianzamiento de una relación de dependencia, incondicionalidad y sujeción (prácticamente de por vida) a las decisiones de estos patrones. En otros casos, las tierras fueron entregadas como indemnizaciones por los despidos de los trabajadores formales.

Me interesó en particular la historia de vida y trayectoria laboral de Joselo , no sólo por ser uno de los capataces más antiguos, sino porque con frecuencia él suele afirmar que ha dejado “media vida en la chacra”. Sin embargo la carga emocional que refleja su expresión es apaciguada por la convicción de haber sido “reconocido” por sus patrones. La decisión de permanecer gran parte de su vida en la misma chacra y con los mismos patrones fue a su vez marcada por un consejo que recibió de joven por parte de un trabajador vecino, y a quien recuerda como alguien que marcó su destino. Decía:

Yo le debo a Don Evaristo, porque él me dijo cuando era joven que yo tenía que buscar un trabajo donde me aporten para la jubilación. Y vos tenés que aprovechar cuando tu patrón te tiene en cuenta. Porque uno se da cuenta cuando el patrón le tiene en cuenta, cuando vos le servís en donde el más te necesita.

A partir de lo cual es posible inferir que la generación de lazos entre el patrón y el peón, basados en una “incondicionalidad incuestionada”, no sólo induce a una mayor sobreexplotación del trabajador, sino que esta situación propicia la afirmación de los lazos de reciprocidad entre ambos. El trabajador, en este caso Joselo, se expresa disponible en todo momento y se sujeta al espacio de la explotación. No obstante, en el momento en que se presenta la oportunidad de adquirir una propiedad, las obligaciones son cuestionadas. A este respecto, él señala claramente:

Entonces vos le podes decir [al patrón] que hay una chacra en venta y pedirle que te compre. Si te puede ayudar (...). Y bueno, apareció esta chacra. En esa época salía 7000

pesos. Yo me acuerdo bien clarito. Fue un lunes, el jueves él me trajo la plata. Era un día de lluvia. (...) me dio la plata e hice el negocio.

Aunque Joselo relata la situación bajo un halo de victoria, en el cual él consiguió por el esfuerzo y la dedicación plasmada a la explotación de su patrón, también reconoce que los efectos de estos “favores” implicaron en una mayor sobreexplotación y en la perpetuación de un lazo de fidelidad al que debe responder aún hoy, habiendo transcurrido 30 años y siendo ya un trabajador jubilado:

Pero el patrón me dijo: `yo te voy a cobrar más de lo que te preste`. `no hay problema`, le dije. Y me cobró el doble, pero yo le pague en producción de yerba nomas (...) Fueron dos cosechas de yerba, el precio de la hoja verde era bueno, así que pagué la chacra, compré un auto marca citroën usado, y un colchón.

Su nuevo rol como productor no implicó el abandono del trabajo asalariado, pues el acceso a las tierras y la producción se dio en un contexto de debilitamiento de los precios en los mercados agrícolas en relación directa con políticas de Estado que apuntaban a desregular y liberalizar la economía. En este contexto, nuevamente algunas familias de trabajadores pasaron de ser “peones rurales” sin tierras, a “productores familiares” con pequeñas chacras, pero cuya producción era entregada a intermediarios según los precios fijados por los monopolios. Por tales motivos, para complementar los bajos ingresos por la venta de productos, muchos debieron continuar con trabajos extra-prediales. Algunos de ellos, lograron seguir trabajando con los patrones de los ex establecimientos o chacra, como en el caso de Joselo, mientras que otros trabajaban de forma temporaria en las explotaciones más grandes, principalmente durante las temporadas de cosecha de yerba mate.

A partir de estos y otros relatos, he observado que en la Colonia, las historias de vida de estas personas (ayer trabajadores, hoy productores semi-asalariados, muchos ya jubilados) muestran un proceso de sociabilidad en el trabajo agrícola que forjó un modo de hacer y de estar en el espacio, fuertemente asimilado a la idea del “trabajo duro”. Así fueron recurrentes las referencias a esta idea del esfuerzo físico y la penuria vinculada a la labor agrícola asalariada. La explotación de los cuerpos se traducía no solo en la venta de su fuerza de trabajo, sino también en el ímpetu que conllevaba la producción para el autoconsumo y la producción propia. Estanislao rememora esos tiempos, y a modo de contraste, señala que “antes acá todos laburaban para vivir, tenían una o dos vacas, pollos, chanchos, huerta”, para mostrar que las “cosas han cambiado” y que la “gente ya no sabe ni quiere trabajar la tierra”. A este respecto también señala que

Yo compré la chacra laburando, trabajaba afuera, plantaba todo, hacia leña, desmontaba. Nosotros hoy tenemos una casa en Jardín que pudimos comprar gracias a todo el esfuerzo que hacía (...) y hace unos años había plantado maderas de kiri y vendí y con esa plata compre dos terrenos también allá (...) pero a mí me gusta vivir acá, toda la vida viví en la chacra. Y no puedo andar sentado de balde [sin hacer nada]. Algo tengo que hacer, caminar aunque sea.

Anastacia también recuerda que en su niñez todos los niños y niñas contribuían en el trabajo agrícola y en el doméstico. El grupo familiar se organizaba para el cultivo de batata, maíz, porotos, mandioca, criaban animales, tenían vacas para producir leches, quesos. Eran un grupo numeroso, de diez hermanos y cada uno tenía una tarea asignada. “Se hacía para el consumo de la casa, para ayudar con los gastos”. Estas tareas no eran consideradas por el grupo familiar como trabajo, sino como las “obligaciones” que tenía cada miembro de la familia con el grupo. Pero además, las familias compartían e intercambiaban entre sí determinados productos, principalmente la carne. Por un lado, estas normas de intercambio se establecieron desde la época de sus padres y abuelos, en el cual el sacrificio de animales implicaba compartir entre vecinos, porque el consumo inmediato de la carne estaba asociado al hecho de carecer de electricidad para su refrigeración y conservación. Este servicio llegaría a la Colonia a principios de los años 1990. Anastacia menciona que como “antes había mucha gente y todos plantaban o todos tenían animales, entonces siempre había forma de invitarse. Se mataba por ejemplo un chanco y se compartían tantos kilos y después otro vecino cuando mataba le devolvía esos kilos”.

En este sentido, la memoria genésica de sus antiguos pobladores (los “establecidos”) se organiza en torno a los relatos de una época pasada en la que se recuerda la gran capacidad productiva, la resistencia física y el ímpetu a resistir las crisis económicas y productivas, reinventarse, empezar de nuevo. Ayala señala que:

En aquellos tiempos se ganaba y se podía comprar una tierra, pero el trabajo era también trabajar y trabajar sin parar. No había tractores, no había nada. A lo mejor alguna máquina habrá existido, porque había autos por ejemplo, pero eso tenían los grandes, los administradores de las empresas. Los personales era “a trabajar nomás se ha dicho”, a mano, a tumbar monte, hacha, leña, hacha. Imagínate la gente de antes, sábados y domingos se trabajaba...

Estas memorias también se han construido en torno a la presencia de una gran demanda de trabajo en la Colonia, y en la cual los trabajadores rurales no sólo vendían su fuerza de trabajo, sino que

además debían producir para el consumo familiar.

Desde allí, considero que es esto último lo que imprimió un carácter de sacrificio vinculado a la subsistencia y el trabajo de la tierra y que preferentemente refiere a una época pasada en la que se combinaban el uso del espacio para el consumo familiar con el trabajo como fuente de generación de ingresos. Ello ha contribuido a que sea fundamentalmente el hecho de “trabajar la tierra” lo que otorga legitimidad a su propiedad.

Es decir, que se puede sostener que Letizia se constituye históricamente como un espacio social construido a partir de una visión más o menos mancomunada de ‘trabajo duro’ como garantía de reproducción social. En la Colonia, tanto el trabajo predial como el extra predial ocuparon, un lugar esencial por ser ambos absolutamente complementarios. Entonces considero que el “trabajo” aparece como categoría analítica que nos permite entender la forma en que se fue configurando y distribuyendo el territorio.

No obstante ello, una cuestión central de esta última etapa del proceso que describimos, y que se refleja en la producción agrícola, es el gran problema que representa la fragmentación de antiguas chacras en otras más pequeñas (minifundios). En la actualidad, ante la compra o arrendamiento de grandes extensiones de tierra por parte de las empresas forestales, la Colonia quedó dividida en pequeñas chacras en las que estos productores, semi-asalariados, o cuidadores de chacra ajena, producen yerba mate y entregan a la Cooperativa de Colonia San Casimiro o al secadero de Schnieper, o quienes corren el riesgo como Esteban, a un acopiador extra-local. Luego, se encuentran las grandes explotaciones yerbateras, que manejan más de 100-200 has de cultivo. En una mayor escala están las tierras que corresponden a Alto Paraná, destinadas a la producción forestal, que no emplean mano de obra local. No obstante ello, la subdivisión de la Colonia, en pequeñas explotaciones no resulta favorable para los productores ante el advenimiento de una caída de precios. Así por ejemplo, la resistencia de los antiguos ya no es tal en las generaciones actuales. Sobre ello Javier señala que

El minifundio es más para granja, no para yerba, es para autoalimentarse. Porque hoy nadie vive de cinco hectáreas de yerba. Vas a producir un montón y no vas a poder vivir. Por eso están terminando los minifundistas ya, porque se mueren los viejitos y ya nadie quiere quedar, si más no se puede vivir

Las expresiones de la concentración de la tierra y del capital en la agroindustria yerbatera se traducen en menos oportunidades de competir en el mercado y la expulsión de las nuevas

generaciones que ya no ven posibilidades de arraigo en el campo. Así por ejemplo, aunque Estanislao sostiene que este proceso ha sido responsabilidad del estado, también reconoce que en su propia experiencia, la posesión de una chacra chica tampoco era garantía de que sus hijos persistan en la explotación. Por un lado, los productores sostienen que existe una atracción de los jóvenes por las ciudades, fundada en la indisponibilidad de tierras o de acceso a créditos para la producción, en favor de otros servicios que resultarían más accesibles en los grandes centros urbanos. En este plano, Estanislao comentaba que:

Para mí lo que quieren es que acá todos sean los capitalistas los grandes. Y esa gente que tiene 10, 15, 20 has que se vayan. Como hay campos de gentes que tiene 10, 15 mil has, como hay en La Pampa o Córdoba, Corrientes mismo. Esta parte acá mas cerca de Misiones hay colonias, pero mas allá hay todo latifundistas. Y yo creo que ellos quien terminar con esto porque entonces toda esta gente se acumula en las villas, viste, como en Posadas que creció y creció. Entonces esa gente necesita del Estado, porque viste, le tienen que asistir. Y esos son los votos cautivos, me entendés? Porque el Estado le da de comer pero le exigen que le voten.

Desde esta perspectiva, aunque Estanislao enseñó a sus tres hijos varones a trabajar en la chacra desde muy pequeños, el mismo reconoce que no quería que sus hijos se quedaran, porque allí “los productos y las plantas valen dos años y después ya no valen más. Vos dejás tu vida en la chacra y es así. Y acá es chico, cuatro hombres en 10 has no tiene joda”.

Al que vive realmente de la producción en este momento no va a vivir. Porque no hay realmente un precio fijado, de que esta valiendo tanto la tonelada. Y después tenés que esperar el cobro también, o sea que no sabes cuánto te van a pagar. O sea que si vos vas a vivir de la producción de yerba no vas a vivir, o sea el chico. Y el que es grande sí, un RB sí, ellos tienen otro ingreso, están posicionados económicamente de otra manera, ellos dejan la yerba canchada dentro de un deposito y no le afecta, no le importa si está un año así (...) pero un colono ya chico no, vos cosechas tu yerba pero no sabes cuánto cobras, nosotros por lo menos estamos en esa situación (Joselo)

Por lo dicho hasta aquí, considero que comprender las formas esperadas del comportamiento colectivo de la comunidad de Letizia, principalmente por parte de este grupo de pobladores, que viven en la chacra y al que denomino los “establecidos” implica atender a una trama social que incorpora no sólo transformaciones recientes en la regulación del trabajo o en la forma de producir monocultivos y distribuir la tierra, sino también a las estructuras mentales y de significación que se

emanan de la memoria y el entendimiento de esos cambios recientes. La historia de la Colonia nos ha permitido entender que ellos, los establecidos, se refieren al trabajo agrícola siempre a partir de valores tales como la obediencia, la predisposición, la perseverancia, el esfuerzo, el sacrificio y los sentidos comunes respecto al dolor corporal que ocasionan las tareas a las que hacen referencia. Veamos entonces qué sucede cuando las condiciones de trabajo y de producción ya no son las mismas pero persiste en un sentido social sobre esas viejas estructuras.

Nosotros y ellos: antiguos establecidos, nuevos marginados.

Quien transita por la Colonia puede percibir que, a diario, todo se condensa en una aparente homogeneidad cotidiana. La vida parece transcurrir tranquila, sin mayores precipitaciones que la estacionalidad de las cosechas.

Una mañana en que caminaba por la villa observé que había decenas de paltas negras, pasadas de tiempo, que habían caído a un costado del camino desde lo alto del árbol que cubría la salita. Como el camino es inclinado, las frutas, tan sabrosas y codiciada por los habitantes urbanos, se desperdigaba y rodaba por el suelo. Quienes caminaban por allí pasaban por su lado sin darle mayor trascendencia, y la nutritiva fruta volvía a la tierra ignorada por todos, mientras yo no podía simular el asombro de semejante desperdicio. En los meses en que decidimos vivir en Letizia, nuestra dieta atrevesaba dificultades. En parte porque manteníamos la ilusión de que vivir en la chacra implicaría alimentarnos con alimentos sanos, frescos y caseros a los que en la ciudad teníamos difícil acceso. La huerta que habíamos iniciado apenas nos proveía de algunas hojas verdes. El resto oscilaba entre lo que obteníamos de lo que que la naturaleza proveía, con sus árboles de paltas y cítricos (verdaderos vestigios de un pasado de productores citrícolas) y las búsquedas insaciables de hortalizas, huevos, pollos, quesos que algún vecino tuviera en algún tipo escondite y que, por supuesto, estuviera dispuesto a vendernos y así ahorrarnos el viaje al pueblo para ir a comprarlos.

Quienes habitan las chacras suelen señalar que “la gente” no sabe alimentarse, que la fruta se pudre y que sólo consumen de la tierra la mandioca, el maíz, y las naranjas o limones que dan ese sabor tan exquisito a los tererés de las tardes calientes. Pero allí, en esas chacras cargadas con la sacralidad apócrifa que crea la memoria de “las buenas costumbres agrícolas”, mi propia cotidianidad oscilaba entre los relatos de antigüedad o autoctonía y un presente desierto de hortalizas y animales de campo. Es que en gran medida, la Colonia es un paisaje de monocultivos y

ríspidos suelos rojos que parecen no poder soportar una sola gota más de veneno.

La idealización bucólica sobre un estilo de vida laborioso, tenaz y sacrificado de las familias más antiguas se cargaba sobre un vaivén de apreciaciones entre ese pasado anhelado y el presente despreciado. Así, a veces, tenía la impresión de que el hambre que sufrían algunas personas era condenada por los establecidos, porque allí todo depende más de un acto de voluntad que de las condiciones económicas u otro tipo de “abstracciones imprecisas”. Joselo señalaba, por ejemplo, que “el que trabaja honradamente, para comer no le falta y que el que pasa hambre es porque quiere”.

Me asombraba observar que ni en las chacras ni en la villa había demasiados cultivos ni animales de los cuales alimentarse. Allí nadie planta porque, según dicen los que viven en las chacras, los de la villa les roban, y lo hacen porque no saben ni quieren trabajar la tierra. Ayala decía que las generaciones de ahora tiene “mentalidad de viveza ... [que]...la sociedad tiene otro pensamiento, no le interesa”. Él, que es patrón pero también peón, dice que “la gente” trabaja un día o dos...“¡y después éste mosaico!”, haciendo un gesto con el pulgar hacia su boca para indicar que allí los trabajadores toman mucho alcohol. También señala que durante el día, los trabajadores de ahora, se pasan tomando tereré y no trabajando como era antes. “La buena vida se la pasan cuando hay tarefa”. Y aunque estén percibiendo los ingresos con los que, según el, se “dan la buena vida”, ellos roban lo que los productores cultivan. “En tiempos de tarefa o de interzafra, roban”. Ayala (al igual que varios de los productores de la Colonia) señala que ellos son nuevos pobladores que no quieren trabajar la tierra:

...siempre te están junando [espiondo] , te das vuelta y ya cargó una mandarina, una naranja, lo que raye [entre] en la bolsa. Lleva y guarda allá adelante en el camino y cuando se va ya lleva. Entonces es preferente darle [trabajo] a aquel que tiene [su propio cultivo], que sabes bien que no te va a tocar. Porque el que no plantó ese seguro que te va a llevar. Fíjate ahí en la villa, ahí no hay nada, hay alguno que tiene atrás de la casa una mandioca, pero....

En este punto, establece una comparación con los tareferos de las ciudades, al reconocer esas prácticas como habituales de los trabajadores que residen fuera de las áreas rurales y por tanto traen esos “códigos” a la Colonia. Ayala vuelve enfático sobre ello al decir que:

... es igual que cuando vienen de Jardín a cortar yerba. Una mochila así [grande] ya traen y dentro de la mochila ya traen una bolsa porque saben

que esta lleno de mandiocales por acá y llevan una media bolsita. Pero son 10, 15 [trabajadores que forman una cuadrilla], Y tiemblan esos mandiocales cuando vienen esos jardineros [oriundos de Jardín América]!... tiene que andar el patrón ahí y avisarle bien cómo son las condiciones.

Sobre ello, Anastacia también sostiene que los que roban son los que “vienen de afuera”, refiriéndose a los paraguayos que habitan, en su mayoría, en la villa. Y es en este sentido que el aglutinamiento de población no solo muestra indicios de diferentes tipos de conflictos en la sociabilidad hacia el interior de la villa, sino hacia afuera de ésta, es decir, en su relación con los pobladores más antiguos. Ella menciona que:

“son gente que no planta, no trabaja y encima tiene un beneficio. Por ahí se fija que el vecino plantó y sabe cuándo el vecino va a tener choclo [maíz] y le roba el choclo. Entonces el vecino qué hace, dice `ya no voy a plantar tanto´ o allá lejos `donde no me vean´, `no voy a plantar allá porque me van a robar todo´. Eso hace que el vecino que plantaba no plante la misma cantidad, porque ni siquiera va a sacar provecho el. Me entiendes? Porque ellos roban! Esa gente que viene de afuera, que tiene un salario universal, tiene cuatro hijos y cobra un salario universal no trabaja, y encima sabe cuando el vecino va a tener choclo...”

Es que, según sostiene, esta gente que los “invadió del otro lado, es gente que vive acá y que no es originaria ya de la Colonia, muy poca gente es originaria de la Colonia, hay mucha gente de afuera”. Ese sentimiento de invasión, de desconocimiento y de extrañeza frente a un otro, permite categorizar a los “nuevos” como una masa de “recién llegados” que vienen a traer consigo la marginalidad, la inseguridad y las malas costumbres, desmantelando “una homogeneidad social y cultural concebida como virtuosa” (Noel 2011: 116), que hacía a la colonia un lugar tranquilo y saludable para vivir.

La apelación a estos argumentos como formas de expresar los cambios que atraviesa la Colonia me había llevado a reflexionar en torno a la cuestión del origen de los migrantes que fundaron la Colonia, y que ha sido mostrada más arriba. Desde mi punto de vista, se produce un peculiar proceso de “extrañamiento” entre entre los pobladores mas antiguos y los que son señalados como los nuevos, principalmente porque estos alóctonos son, con frecuencia, parientes de los actuales pobladores o, cuando menos, trabajadores que cruzan el río desde hace tiempo durante la temporada de cosecha de yerba mate. Además, quienes hoy se pronuncian desde la percepción del “invadido” también son, y con asombrosa regularidad, hijos, hijas, nietos o nietas de los antiguos trabajadores

paraguayos de los establecimientos, que migraron en ese pasado memorable. Por ende, con el pasar del tiempo, los grupos no permanecieron impolutos, sino que fueron “mezclándose”, desdibujando por fuerza de “sangre y machete” ciertas diferencias, y forjando por ende, nuevas formas de identificarse.

En este sentido, el tiempo de residencia en la Colonia Letizia se presentó, como un criterio de diferenciación, y permitió al grupo de pobladores “establecidos” pronunciarse con soltura sobre aspectos que aducían a la inferioridad y desprecio contra los “recién llegados”. Aunque todos pertenecen, según he mostrado a partir del desarrollo de las formas de habitar, a la misma clase obrera, es decir, en general todos los pobladores antiguos o recientes, están más próximos a ser obreros rurales, que a constituirse como empresarios agrarios capitalistas. Las diferencias entre quienes habitan en la *villa* y quienes residen en las chacras, se establecen apelando en principio a la temporalidad, a un antes cohesivos frente a un ahora anómico. La superioridad del grupo establecido se manifiesta en buena medida de este tipo de diferencias, es decir, no sólo en términos de posesión de capital económico, sino en el grado más o menos elevado de cohesión entre familias que se asentaron hace dos o tres generaciones atrás y que compartieron una historia de sacrificios y resistencias a las crisis productivas, económicas y sociales. Sucede que en esas historias es posible observar cómo pasaron de ser los marginados de otros establecidos a ser los establecidos frente a los nuevos marginados.

Como señala Elias (2012), este tipo de configuración se relaciona con diferencias étnicas, nacionales y grupales. A este respecto, no se trataba sólo del arribo de los autóctonos, sino del lugar del que procedían. Otro productor antiguo de la Colonia señalaba que, “son todos paraguayos, todos!. Son personas nuevas, y hay días que trabajan, días que no, depende el voleo que tengan (...) Ahora hay muchos. Yo no los quiero porque son muy ventajeros”. De otra parte, Estanislao mencionaba que antes “los paraguayos que venían todos trabajaban, porque el paraguayo venía a trabajar. Ahora vienen todos por los subsidios, pero antes venían a trabajar. Eso podés preguntarle a cualquiera. Si es cierto o no lo que yo digo”.

No obstante ello, una de las cuestiones que diferencian este caso del modelo propuesto por Elias y Scotson (2016) radica en que, si bien existe un discurso mancomunado acerca de la percepción que se tiene sobre los nuevos pobladores de la villa, esto no deriva en un mayor grado de cohesión en el grupo de establecidos que se manifieste en el desarrollo de acciones conjuntas. Aunque si se observe el desprecio total y la estigmatización unilateral de los establecidos hacia los marginados, de los antiguos hacia los recién llegados, en términos de las relaciones sociales que se manifiestan a

través de distintas instancias de la vida cotidiana. Me refiero a que este grupo de pobladores establecidos se reconoce a sí mismo a través de ciertos “patrones de comportamiento”, entre los cuales se torna preponderante la disposición hacia el trabajo agrícola y que ha venido a ser cuestionada a partir de las modificaciones implícitas en la regulación laboral, pero también en la mayor libertad que habilitó la posesión de ingresos mensuales a partir de la llegada de las políticas sociales a esa zona. Ante ello, unos a otros se reconocen en torno una historia más o menos común, cuyo rasgo más notorio ha sido el sacrificio y trabajo duro. Es decir, los trabajadores actuales carecerían “del carisma adscrito al grupo, que el grupo dominante se atribuye a sí mismo”. Siguiendo a Elias y Scotson (2016), lo que aquí vemos es una diferenciación entre una clase obrera autóctona y una nueva clase obrera llegada posteriormente, pero también la diferenciación entre aquellos que se auto adscriben o se identifican a partir sus trayectorias de vida como agricultores o pequeños productores.

En el devenir de sus historias los establecidos han podido acceder a las pequeñas chacras, por compra directa o por cesión para usufructo, y por ende han transitado un camino de ascenso social que los llevó a abandonar la dependencia absoluta del trabajo asalariado, para ocupar el lugar de pequeños productores agrícolas semi-asalariados. La “estabilidad de los establecidos” radicaría entonces en el sentimiento victorioso de haber sobrevivido a un tiempo de sacrificios propios y de sus parientes a través de los cuales ellos, trabajadores y migrantes, accedieron a la propiedad o usufructo de las tierras productivas. De otra parte, un nuevo grupo de trabajadores, los alóctonos, han sido relegados a un espacio reducido, constituyendo así una villa de trabajadores sin tierra dentro de la misma Colonia agrícola.

La permanencia prolongada de quienes pudieron sobrevivir a las épocas de éxodo, (principalmente a la más aguda de ellas, acontecida a fines de los años '90 con el cierre de los ocho grandes establecimientos yerbateros sobre los que hice referencia más arriba) derivó en la construcción de un relato de autoctonía de aquellas familias. Estas estrategias argumentativas permiten mostrar, desde una perspectiva histórica, un proceso de diferenciación social que puede explicarse, *sequndum quid*, apelando a la dimensión temporal y espacial. Con ello, la antigüedad, el lugar físico de residencia y las actividades laborales-productivas que se desarrollan constituyen el elemento de más rápida constatación. No es un mismo origen lo que crea la identidad de quienes se construyen a sí mismos como originarios sino, como señala Marc Auge (2000), “lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido” (Pp. 27). El relativo grado de cohesión y de identificación colectiva se ve “amenazado” por

la llegada de un nuevo tipo de migrante - trabajador que “no quiere trabajar”, no procura, no se esfuerza, sino que persigue otros intereses.

El sentido asignado al trabajo como actividad creadora sugiere, desde la perspectiva de los establecidos, la idea de aquello “que ha sido contaminado”. Anastacia señala que antes cuando la gente tenía menos beneficios [para referirse a las políticas sociales], la gente que venía de afuera, venía a trabajar. Sin embargo los nuevos migrantes paraguayos se “mezclaron” con el segmento social de trabajadores excluidos que terminaron viviendo en la villa. Esto es, los que salieron de las chacras y los establecimientos y vieron en la villa una posibilidad para permanecer en la Colonia. Desde la construcción identitaria de estos relatos de antigüedad, los nuevos migrantes los corrompieron, pues como menciona Anastacia:

Ellos vinieron con otra cultura, otra cultura de trabajo, y hace que los que estaban acá, que no estaban bien preparados, que no tienen educación, es como que se mezcla mucho la cultura y se desvirtúa todo, se mezclan todos y no sale nada bueno”. Inmediatamente Anastacia va a señalar, que la gente que permaneció, que vive todavía en las chacras y las trabaja “no entra en esa lógica”.

En este sentido, los cambios que se expresan desde “afuera” de la *villa*, son pronunciados como determinantes en la corrupción de un “estilo de vida” que es inmediatamente resaltado a partir de los relatos de autoctonía. Sacrificio, trabajo duro, obediencia, aspiración de progreso e individuación fueron los elementos destacados en la elaboración de una suerte de sentido de comunidad al que adscribieron, siguiendo a Noel (2011b), ciertos establecidos para ciertos outsiders. Estableciéndose por contraste a una idea de configuración improvisada del espacio, a través de la villa pueden observarse una suerte de acontecimientos que, siguiendo a Marc Augé (2000) , exigen una interpretación

No para ser conocidos, sino para ser reconocidos, es decir, para ser dignos de un discurso, de un diagnóstico en términos catalogados, cuyo enunciado no sea susceptible de chocar con los guardianes de la ortodoxia cultural y la sintaxis social (Pp.27).

El arrebato de cultivos para el consumo, vinculados a la pérdida de una capacidad, y por sobre todo, de una voluntad hacia el trabajo, se expresan en la comunidad no sólo como elementos ejemplificadores en los discursos sobre los cambios respecto de un “antes”, sino la posibilidad de corporizarlos y localizarlos espacialmente dentro de la Colonia, apelando a la construcción de una imagen de extranjería.

En este sentido, sostengo que la elaboración de la diferencia, de un “otro” parecido pero distinto, conlleva una interpelación a modos de ser que se inscriben en tramas de la vida cotidiana en donde emergen significados, percepciones y prácticas de la gente de la Colonia y que, casi por añadidura, confluyen y se clasifican en los diferentes espacios físicos. Es a través de esas formas de habitar-ocupar el espacio que encuentran lugar y sentido esas alteridades, pero es fundamentalmente en la villa, donde estas significan la emergencia de distintos grados de conflictividad social y laboral, o al menos, donde además se tornan más visibles.

Para finalizar, como ha indicado Simmel (2012), “en el juego entre cercanía y distancia se produce una tensión específica en la medida en que la conciencia de compartir lo genérico acentúa todo aquello que no se tiene en común”. Y lo común aquí es que, a pesar de las diferencias generacionales y de las condiciones de posibilidad de las diferentes etapas de desarrollo de la Colonia, los trabajadores rurales —poseedores o carentes de tierras— siguen formando parte del “eslabón” más débil de una cadena productiva que no les permite diversificarse económicamente o movilizarse hacia otros sectores de la economía que les permita permanecer en el campo sin la sujeción a las decisiones de otros más poderosos.

CONSIDERACIONES FINALES

La forma en que exploramos, interrogamos, abordamos y analizamos distintos aspectos de la realidad está condicionada por los presupuestos teóricos, parámetros científicos y experiencias personales, así como también por el tipo de relación que establecemos en campo con nuestros interlocutores. En este sentido, Viveiros de Castro (2016) advertía sobre ello al decir que los conceptos antropológicos son relacionales al mostrarse como la expresión y el contenido de la relación entre el antropólogo y el nativo: “existe una equivalencia de derecho entre el discurso del antropólogo y del nativo, así como la condición mutuamente constituyente de esos discursos, que sólo acceden como tales a la existencia al entrar en relación de conocimiento” (Pp. 48). En este sentido, el proceso de investigación no toma un objeto acabado de una vez y para siempre, sino que está en constante proceso de elaboración y por ende, de cambio. En esta investigación, el objeto de estudio fue construido y modificado en el devenir de las relaciones establecidas con los interlocutores y de una multiplicidad de dimensiones articuladas en una misma trama de vida social. Resultaba atinado entonces abordar el estudio de un proceso de cambio social, desde “diferentes ángulos” que ayudaran a revelar y explicitar la perspectiva desde la cual mirar como investigadora. En ese camino, fue primordial dar la atención necesaria a los momentos a los que lo interlocutores daban sentido a sus acciones y vivencias, y vislumbrar el modo en que ellos hacían énfasis en ciertos aspectos de la realidad y no en otros. No obstante, ello no implicó abandonar las categorías teóricas sino, simplemente, no dejar que se conviertan en verdaderas “camisas de fuerza” durante el proceso de la investigación, como solemos señalar frecuentemente en los debates del equipo de la Zona de Etnografía Marginal (ZEM). Porque si bien las presuposiciones teóricas muestran caminos, el trabajo de campo abre tantos otros.

Siguiendo Guber (2004), el trabajo de sistematización mediante el cual integramos conceptos y elaboraciones teóricas en sistemas mayores de relaciones explicativas, exige explicitar los supuestos y optar por la relación que parecía más significativa. Así las cosas, la elaboración de esta tesis tuvo como premisa básica dar cuenta del proceso de conocimiento, en tres niveles —empírico, teórico y metodológico—. Considero que las perspectivas nativas sobre el *cambio social* dieron otro sentido a este trabajo, al enriquecer la comprensión de múltiples aspectos de la realidad abordada.

Entonces, la **tesis central** es que *los cambios sociales en la Colonia, son producidos e interpretados por los nativos a partir de una trama compleja de interrelaciones entre personas, espacios, tiempos e instituciones. Estos cambios en la vida cotidiana son expresados a partir de una nueva configuración del espacio que cristaliza el proceso de diferenciación social inherente a las transformaciones acaecidas en el ámbito laboral, productivo, familiar y comunitario. Entre los factores estructurales principales del cambio se destacaron el impacto local de las tendencias del sistema agroindustrial, la concentración del capital y la desregulación de los mercados que implicaron la expulsión de la población trabajadora de los establecimientos y las chacras; y en contrapartida, políticas públicas activas que, en años recientes, permitieron que algunas familias resistieran a la emigración rural. Las perspectivas nativas sobre el cambio social, conjugan diferentes interpretaciones, discursos y modos de acción que sólo pueden ser comprendidos de manera interrelacionada a riesgo de no reificar, falsear o fragmentar la realidad. La comprensión del cambio social en este contexto no puede excluir dimensiones de la vida cotidiana que en la realidad se presentan entramadas.*

Para los pobladores de Colonia todo ha cambiado y ello es mostrado como “carta de presentación” para describir su propia realidad actual. La colonia ya no es la de “antes”, y en gran medida ello se debe a la compleja interrelación de diferentes dinámicas producidas por cambios en el sistema agrícola productivo, en la regulación laboral y en las formas de trabajo, y por el acceso de una parte de la población de la Colonia a determinadas políticas sociales que buscan garantizar mayores derechos de ciudadanía.

En esa línea, se abordó la cuestión del *cambio social* en términos de aquello que sucede, no para romper la estabilidad de la estructura, sino para cuestionar o tensionar su equilibrio. Estos cambios fueron entendidos desde una perspectiva procesual y relacional, a partir de la “trama de la vida social”, poniendo en relación categorías relevantes, como Estado, territorio/ espacio, política, políticas públicas, vida cotidiana y, principalmente, trabajo y trabajadores.

El trabajo ocupa un lugar central en la vida de las personas del mundo moderno, organiza gran parte del tiempo y el espacio cotidiano de los grupos en sus vidas cotidianas, pero también instituye relaciones sociales. En términos generales, los grupos humanos suelen definirse socialmente o presentarse ante “otros” a partir de “lo que son”. En las llamadas sociedades modernas, determinados grupos construyen un sentido de identidad, de forma preferente aunque no exclusiva, en torno al tipo de actividad laboral que realizan. Es por su artificio, que buscamos encontrar una forma socialmente apropiada de auto representación del “nosotros somos”. Hablamos de que en tal o cual lugar residen y trabajan un tipo de trabajadores, que se trata de una comunidad de... metalúrgicos, pescadores, cosecheros, docentes, hilanderos, petroleros, y una larga lista de otros tipos de trabajadores que se agrupan en un espacio determinado. Y aunque el grado relativo de diversificación de las actividades laborales responden en gran medida al desarrollo demográfico y urbano de un territorio, en sitios más reducidos prevalece un menor número de opciones laborales.

En Letizia, un pequeño poblado de 150 familias, observamos que esa idea de un “nosotros somos” prevalece en un sentido de identidad fuertemente arraigado en el trabajo rural, en particular, a la cosecha de yerba mate, y en la residencia en las chacras y la complementariedad de sustentos que habilita ese tipo de espacio. El cultivo de yerba mate, no sólo regula los ciclos anuales de ocupación de las familias de la Colonia, sino que a lo largo de la historia local y regional, se consolidó como una actividad económica preminente, generando una dinámica particular de trabajo en su población. Los sentidos de identidad a los que adscriben los pobladores de la Colonia, son contruidos y afirmados alrededor de su mundo laboral por procesos comunicativos mediante determinados “relatos de identidad, que forman parte de un entramado de referencias comunes que instituye un sentido de nosotros y los otros” (Grimson. 1997: 2).

No obstante, vimos que la categoría *trabajo*, y con ella, *trabajador*, no tienen una sola acepción, sino que adoptan diferentes significados dependiendo del lugar desde donde se las enuncia y de las personas que las usan e interpretan.

Una de las primeras cuestiones que se puso de relieve fue que la forma de organizar el trabajo agrícola-productivo con trabajadores locales se diferencia de las formas de contratación de trabajadores con residencia urbana. En este sentido, investigaciones previas han tratado la cuestión de la residencia rural de los trabajadores considerándola como parte de su contextualización histórica, para entender de dónde provenían y cuál era su génesis como clase social. También cómo las transformaciones estructurales de los sistemas agrícolas han provocado movimientos de migración rural. Antes bien, los estudios de comunidades nos permite enfatizar acerca de los

procesos “micro” que dan cuenta de la resistencia y permanencia e invisibilidad de estos grupos familiares en el área. En este marco de referencia vimos que, en contraposición con la dinámica de traslado de cuadrillas para actividades específicas desde las ciudades al campo, aquí productores y trabajadores comparten un mismo territorio, marcado por vínculos vecinales, afirmados en el conocimiento mutuo y el tiempo de residencia, pero mantienen una definición polisémica del espacio y su distribución según la pertenencia a diferentes grupos sociales.

Para mostrar la especificidad del referente empírico y lograr una comparación con los trabajadores urbanos, se tornó necesario hacer hincapié en la dimensión histórico-temporal del problema, que permitiera abordar las perspectivas nativas del *cambio*. Durante el trabajo de campo, comenzar por el proceso de génesis de la Colonia fue de suma relevancia para comprender la construcción y vigencia de ciertos discursos hegemónicos acerca de la vida cotidiana en la Colonia, los cuales se teñían con epítetos denigrantes hacia algunos pobladores. Sin embargo, a lo largo del proceso de escritura de esta tesis, el trabajo metodológico realizado me condujo a comenzar con la presentación de un relato etnográfico, que aporta varios elementos para conocer la multidimensionalidad del problema de estudio. La descripción densa en situaciones de observación participante y entrevistas en profundidad, volcadas en un relato etnográfico, significaron una herramienta narrativa relevante para introducir al lector en la compleja trama de la vida social.

A su vez, la problematización de una situación de fiscalización laboral, tomada como “imponderable”, constituyó en sí misma “una ventana hacia adentro y hacia afuera” del proceso de conocimiento. Permitió exponer las manifestaciones del proceso del conflicto distinguido entre diferentes interlocutores. Durante el trabajo de campo, una de las cuestiones centrales del conflicto provocado por la fiscalización, fue que hizo visible la capacidad de agenciar determinados mecanismos de regulación estatal como un tipo de estrategia política desarrollada por parte de agentes particulares.

El sentido atribuido por los involucrados en la fiscalización fue eminentemente político, en este escenario en el cual determinados mecanismos estatales pudieron ser accionados para favorecer intereses personales, tanto en generación como en la resolución del conflicto. Y por otra parte, expuso la compleja relación que mantienen trabajadores y productores en una colonia asediada por la complejidad del sistema de explotación agroindustrial, marcado por fuertes asimetrías internas.

No obstante, este fenómeno también puede ser comprendido dentro del conjunto de prácticas emanadas de una mayor presencia estatal respecto de las regulaciones laborales establecidas desde la Ley del Régimen de Trabajo Agrario durante los años comprendidos en el gobierno de la ex

presidente Dra. Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011 y 2011-2015); período en el cual los pobladores de la Colonia percibieron mayor presencia estatal como una fuente de generación de *cambios* sociales, económicos y políticos de diferente índole.

Estas “nuevas presencias” del Estado, se manifiestan a través de políticas públicas, que dieron lugar al desarrollo de una serie de interpretaciones y acciones locales que tensionan y cuestionan las formas preexistentes de concebir las relaciones sociales de trabajo y de vida dentro de la Colonia. En este sentido, la perspectiva etnográfica permite vislumbrar cómo la población local interpreta y experimenta la actividad estatal. Como ha señalado Balbi (2010) la etnografía es un campo fértil para el análisis de “los límites y alcances de esta clase de actividad estatal, incluyendo el análisis de las maneras en que las poblaciones locales experimentan esa actividad estatal y producen otras formas de regulación que se entrecruzan con las emanadas de las agencias del Estado” (Pp. 173). Esto es, mostrar cuán alejadas o cercanas se encuentran las normas escritas de las prácticas reales y cómo son configuradas en una trama de relaciones sociales determinadas.

Por otra parte, el relato etnográfico dio pie a la presentación de dos categorías centrales: los “viejos” y “nuevos” pobladores de la Colonia, los cuales no sólo se diferencian a través de calificaciones explícitas de unos hacia otros, sino que habitan en espacios diferentes. A su vez, se identificaron diferentes tipos de sujetos sociales agrarios y de trayectorias socio-laborales individuales y colectivas que se expresan y diferencian espacialmente. La reconstrucción histórica del poblamiento de la Colonia, la autoadscripción de los pobladores, y la comprensión de determinados hitos (como las crisis de producción agrícola), motivaron la identificación de tres formas de habitar: vivir en *la villa*, vivir en *chacra ajena* y vivir en *la chacra*.

Comenzamos identificando los límites precisos que la población reconoce para clasificar el espacio. Además de límites inmediatamente reconocibles, como la frontera nacional marcada por el Río Paraná o las jurisdicciones municipales, se mostró el establecimiento de límites territoriales entre productores agropecuarios y trabajadores. Estos límites, que refieren a la delimitación del espacio dentro de la Colonia, constituyen una marca divisoria entre las antiguas chacras destinadas a la producción agrícola y la *villa municipal*, de formación reciente.

Los productores y pobladores más antiguos, explican las dificultades ocasionadas en torno al agotamiento de sus capacidades económicas y productivas, y la presión que perciben en función de las “nuevas presencias” del Estado. En lo que refiere a las políticas públicas relativas a la regulación de precios y el mercado laboral, los productores manifestaron que se vieron perjudicados pero de manera diferencial, al no discenir éstas el grado de participación de cada tipo de actor económico y

su localización en un escenario específico. Es decir, impactaron de manera particular generando rispideces, incongruencias y conflictos en las relaciones sociales dentro de la comunidad al provocar cambios en diversas dimensiones de la vida cotidiana de los pobladores de la Colonia. Ello se atestigua en que el avance de las regulaciones impactó visiblemente en las dinámicas de contratación, generando tácticas y estrategias para evitarlos, y por ende, una mayor coerción sobre la respuesta de trabajadores que vienen siendo sobreexplotados desde hace más de un siglo de actividad. Bajo el riesgo cierto de ser inspeccionados por el Ministerio de Trabajo, esto ha llevado a que los pequeños productores, que habitan de forma permanente en la Colonia y que daban trabajo a la gente, se encuentren en un situación dificultosa para contratarlos.

En este contexto, la emergencia de *la villa* y la percepción de los derechos que otorgan las políticas públicas a los trabajadores que la habitan, son objeto de un discurso condenatorio por parte de los patrones y antiguos pobladores de la Colonia, al señalarlos como *beneficiados* por la regulación laboral y la *ayuda estatal*. Antes bien, aunque se mostró que existe un entendimiento acerca de las imposiciones al desarrollo de la producción, se manifestó con más fuerza el carácter imputado a los trabajadores, como los detentores de una proceso espurio y fraudulento. En cuyo caso, la actitud de los trabajadores frente a las tareas agrícolas demandadas no es la esperada, éstos no hacen más que atentar contra una “cultura de trabajo” basada en el sacrificio y el esfuerzo individual. La idea en torno a una “incapacidad” para generar, cuanto menos, sus propios alimentos es relacionada a otra, la de “de no tener ganas ni voluntad para trabajar”.

A pesar de que los antiguos pobladores, quienes en su mayoría son los que habitan *chacras ajenas* o *chacras propias*, entienden que para los que habitan en asentamientos como *la villa*, es prácticamente imposible imitar sus propias prácticas agrícolas (es decir, la producción para el autoconsumo) o el intercambio de ayudas mutuas (en tareas agrícolas o el intercambio de tales alimentos producidos), éstos son rasgos señalados por ellos como notorios, y sensibilizan su percepción del *cambio* en la sociabilidad entre unos y otros.

En ese aspecto, las familias de trabajadores de la villa son sancionados moralmente en tres sentidos: el primero remite a la corrosión de su capacidad laboral, que se manifiesta en caracterizarlos como carentes de conocimientos agrícolas, poco comprometidos con el patrón, descuidados en las tareas y con una tendencia al carácter discontinuo de las mismas. El segundo refiere al abandono de la práctica de autoconsumo como un rasgo que permite atestiguar la abolición de “viejas y buenas” prácticas. Pero un tercer aspecto, fundamental en la comprensión de los discursos y las acciones que llevan a diferenciarlos a unos y otros, refiere a la idea de un nuevo poblador paraguayo. La

presencia de este inmigrante, que reside principalmente en la *villa*, alimenta un sentimiento de “invasión”, de un extranjero que, como dice Simmel (2012) confronta y exterioriza, y en cuyo caso viene a representar “la cercanía de lo lejano”. Empero, “lo lejano” no ha sido referido estrictamente a la dimensión espacial, sino a la construcción de la diferencia en términos fundamentalmente temporales. Con ello me refiero a que quienes vinieron de Paraguay lo hicieron por razones laborales, apoyados en círculos de parentesco y amistad; pero que lejos constituirse como un fenómeno reciente, se trata de una práctica que forma parte de la historia constitutiva de la Colonia, en la cual estacionalmente se esperaba la llegada de grupos de trabajadores rurales desde Paraguay para abastecer las necesidades de la cosecha yerbatera.

Sin embargo, en el último tiempo el motivo más señalado por los antiguos pobladores respecto de la inmigración remite a las estrategias políticas de funcionarios locales para atraer nuevos electores a cambio de una diversidad de *ayudas estatales* que serían negadas a ellos, en tanto *verdaderos* habitantes de la Colonia. No obstante, he mostrado que este supuesto, que incorpora varios niveles de interrelación entre lo laboral, lo social y lo político, vislumbra la “erosión” de una forma de sociabilidad característica de un tiempo pasado, en la cual los trabajadores nativos reconocían la llegada estacional de trabajadores paraguayos, pero sin cuestionar aspectos de sus estrategias económicas y políticas como migrantes temporales. Pues aquí lo que se ha tratado de mostrar es el carácter intrínseco a la definición de un “nosotros” como pobladores legítimos y portanto, portadores de un sentido de pertenencia indiscutible. Ello sugiere movilizar y acrecentar determinados relatos de identidad que justifiquen *su* merecimiento a los bienes y servicios estatales, y principalmente, clausuren la asistencia a los extranjeros e ilegítimos vecinos de la *villa*.

El pasado anhelado por los antiguos, en el que “el paraguayo venía a trabajar” o “se trabajaba duro para vivir”, es visto como un período de mayor cohesión social, en el cual se forjó una idea de *trabajo* arraigada en el sacrificio, la sumisión, la falta de libertades y el esfuerzo físico individual y colectivo como garantía de reproducción social. Esa mirada bucólica sobre el pasado se contrapone a un presente desordenado, anómico y desesperanzador, que emerge de los procesos de cambio políticos y socioeconómicos.

La construcción de un “otro”, que se atreve a habitar de una forma diferente a la de sus antecesores más recientes, permite representarlos, siguiendo a Elias y Scotson (2016) como “lo peor” de su segmento de la comunidad. Los “establecidos” se pronuncian con legitimidad sobre aspectos que aducen a la inferioridad y desprecio contra los “recién llegados”. Como señalaban los autores en su prolífico análisis, los establecidos (que para nuestro caso fueron analizados como los antiguos

pobladores) ven a los marginados como la minoría anómica, mientras que ellos representarían a la parte “mas ejemplar de su segmento, es decir el que reúne a la minoría de sus "mejores" integrantes” (Pp. 61). Esto podía advertirse en el discurso pronunciado por parte de los pobladores más antiguos, pero también de aquellos que eran reconocidos por la comunidad por su actitud responsable y resistente frente a las exigencias del trabajo rural. A partir de los cuales, “esta doble distorsión de la parte por el todo, permite al grupo establecido demostrar que están en lo cierto, tanto ante sí mismos como ante los marginados, es decir, ilustrar con hechos la existencia de un grupo "bueno" y de otro “malo”” (Op.cit.)

La superioridad del grupo establecido se manifiesta hoy a partir de la producción de diferencias que se constituyen no sólo en términos de posesión de capital económico, sino en el grado más o menos elevado de cohesión entre familias que se asentaron hace dos o tres generaciones atrás, y que compartieron una historia de sacrificios y resistencias a las crisis productivas, económicas y sociales.

A la luz de los relatos contruidos por los antiguos pobladores sobre sus historias de vida y de analizar el proceso histórico de constitución de esta colonia agrícola vimos que, como han señalado los autores, no hay establecidos sin marginados y que, siguiendo a Noel (2010), evidenciamos un movimiento poblacional que condujo a los antiguos marginados de otros establecidos, a ser los establecidos de los nuevos marginados. Estos nuevos marginados se tornaron sus objetos de segregación, y “los recursos identitarios que intentan movilizar se vuelven traducibles a alguna forma de legitimidad que les permite distinguirse de quienes no pueden recurrir a los mismos repertorios” (Noel 2010: 101). Parafraseando al autor, se trata de verdaderas “cronologías del deterioro” mediante las que ese pasado de mayor cohesión social, en el cual el trabajo agrícola y la subsistencia estaban marcados por el sacrificio, el esfuerzo físico y la sujeción física de la mano de obra a una sola explotación o un único patrón, es contrastado por ellos con una nueva época en la cual se elimina, o cuanto menos, se va desdibujando una “cultura del trabajo” fundada en la obediencia y la sobreexplotación histórica de los trabajadores agrícolas.

Sin embargo, la apelación a este tipo de argumento esconde la imposibilidad de quienes se sienten agraviados por las nuevas presencias (de personas “del otro lado”, pero también del Estado) de cuestionar las condiciones laborales de la actividad agrícola de antaño. Pues, ante las contradicciones inherentes a la complejidad del *cambio*, los “establecidos” apelan a la diferenciación que suscita el acceso de un segmento de la población local a determinados bienes y servicios básicos en una zona rural en la que, hasta no hace demasiado tiempo atrás, las garantías de

reproducción se obtenían del esfuerzo individual y de la voluntad de las empresas o de los patrones de ceder lotes para vivir o cultivar. Las visiones acerca de “lo bueno” y “lo malo” de aquel pasado reciente mantienen, al menos en la superficie, una serie de contradicciones que emergen permanentemente en la elaboración de discursos, y por ende, en la construcción de su identidad como pobladores legítimos. Así, la apelación a una cantidad de calificativos denigrantes hacia los “marginados”, no hace más que afirmar la presencia de planos contradictorios para explicar y enunciar los *cambios*.

Esta forma de presentar la realidad, evidencia un proceso de diferenciación social y se expresa espacialmente dentro de la Colonia. La conjunción de atributos y valoraciones morales que permiten la producción de la diferencia, de la alteridad, de una idea de “ellos y nosotros”, se sedimenta a priori en una estructura o base material que da cuenta de la distinción entre poseedores de medios de producción o de fuerza de trabajo, esto es, entre los que viven en la *villa* y los que viven en las *chacras*. Pero fundamentalmente, en una multiplicidad de sentidos atribuidos al trabajo y al Estado, como dos esferas que se influyen mutuamente para corroer el carácter histórico de los trabajadores rurales.

Entonces, la *villa* es el espacio en que hoy habitan los trabajadores rurales que anteriormente vivían en parcelas prestadas en chacras y establecimientos agrícolas, donde trabajaban, vivían, cultivaban y criaban sus animales, sin ninguna capacidad de agenciamiento, decisión o derecho a permanecer; pues, los contratos de cesión eran informales y se basaban en acuerdos “de palabra”. Empero, estas familias de trabajadores rurales continúan recibiendo escasos ingresos por sus tareas, a pesar de resultar indispensables para cubrir las necesidades de un tipo de trabajo marcado por su carácter manual. La mayoría de ellos se encuentran en condiciones de informalidad laboral. Motivo por el cual sostengo que es la persistencia de las relaciones de explotación y de las condiciones de contratación irregular de los trabajadores rurales lo que induce a que estos trabajadores acudan a algún tipo de *ayuda estatal*, y no como aducen mayormente los antiguos pobladores, la percepción de derechos de ciudadanía lo que lleva a la informalidad laboral y la erosión de una “cultura del trabajo”.

Una mirada situada en este espacio rural y en quienes viven día a día las vicisitudes de no tener tierras ni capital para producir, y en un contexto en el que la única fuente laboral es el trabajo rural, permite comprender por qué las familias que habitan *la villa*, aisladas de los centros urbanos y limitadas en opciones de empleo, buscan alternativas de ingresos entre los trabajos informales y

esporádicos (*changas* o *tarefa*) y las *ayudas* recibidas a través de los programas de la Seguridad Social no contributiva. Entre éstas, fueron más frecuentemente señaladas las pensiones por discapacidad percibida principalmente por los hombres, y el *salario universal* (AUHPS), percibido por las mujeres. En este sentido, dicho proceso emerge en un momento histórico particular, marcado por el restablecimiento de la cuestión social y la centralidad de los derechos que conjuga la regulación estatal de las relaciones laborales con el advenimiento de políticas públicas para agentes sociales históricamente invisibilizados en la economía nacional.

En un contexto en el que habían sido expulsados de los establecimientos, los trabajadores encontraron en *la villa* un lugar para permanecer y pensar una nueva realidad. Es decir, “liberados” de la omnipresencia de la figura del patrón y de la carga simbólica y económica de ocupar su espacio prestado, las condiciones de contratación comenzaron a ser cuestionadas, así como la disponibilidad, la obediencia y la correspondencia a un único patrón. Este proceso de *cambio social* se sostiene en las garantías de contar con un piso de protección social mínimo a través de los ingresos obtenidos por las políticas sociales. Los discursos que contraponen la mirada de quienes emplean de quienes son empleados emerge en la medida en que esta nueva forma de habitar “ha liberado” a los trabajadores del lugar opresivo e inestable que implicaba vivir en una *chacra ajena* y estar sujetos a un único empleador.

En este sentido, sostengo que las familias que permanecieron en la Colonia, a pesar de las crisis económicas que impulsaron el éxodo, muestran una férrea resistencia que se afirma en la “defensa de una forma de vida” expresada, no sólo en la residencia rural como un factor identitario, sino en la negación a la ruptura de los lazos con la tierra, con el entorno natural y la disposición del tiempo de trabajo. Estas percepciones y valoraciones de los trabajadores rurales se cristalizan, en que algunas familias deciden permanecer en la *villa* aunque las condiciones habitacionales sean precarias, o inclusive, aunque tengan menos oportunidades laborales que en las ciudades.

Algunas chacras ahora están al cuidado de una familia trabajadora, lo cual desde la perspectiva abordada, puede interpretarse como un estrategia de resistencia a la emigración. mediante “acuerdos” que permiten continuar con una forma de vida que combina la producción para el autoconsumo, el intercambio de trabajo y el trabajo asalariado. Se trata de una modalidad que reactualiza una antigua forma de contratación que implicaba la residencia dentro de los establecimientos o en las chacras donde trabajaban las familias, y que se sostuvo desde los tiempos de formación de la Colonia a principios del siglo pasado. La práctica de la agricultura de autoconsumo en base a relaciones domésticas de producción, complementaba los ingresos

obtenidos por el trabajo asalariado. El grupo familiar vivía en el mismo espacio donde trabajaba y desarrollaba sus actividades productivas a partir de la activación de la dimensión operacional del grupo doméstico, en la medida que los patrones les prestaban parcelas para la producción de alimentos. Estos últimos, además de asegurar la disponibilidad y el control de los trabajadores, y establecer formas de comportamiento, podían ocuparlos en tareas ajenas a la explotación agrícola, es decir, para todo tipo de necesidades personales. Esto sugiere que, cuanto menor era la posibilidad de diferenciar el trabajo gratuito del remunerado, mayor era la posibilidad de acumulación de los patrones e inclusive, de una movilidad social ascendente para aquellos patrones menos capitalizados. Es decir que el trabajo como relación social no garantizaba, ni garantiza todavía hoy, la reproducción social de los trabajadores al costo real de su reproducción.

La forma referida de *vivir en chacra ajena* fue común a muchas familias de trabajadores rurales desde la génesis de la Colonia hasta el cierre de los establecimientos agrícolas durante la década del '90. Bajo esas formas de convivencia de familias de patrones y trabajadores se establecieron lazos sociales, formas de trabajo y maneras de concebir los arreglos que inclusive hoy son reactivados bajo la condición de que cuenten con un grado de reconocimiento dentro de la comunidad que habilite un lazo de confianza con el propietario de la chacra.

En la actualidad, los trabajadores que viven bajo este sistema de explotación combinan las tareas de cuidado, mantenimiento y tareas específicas como las cosechas o los replantes para el dueño de la chacra, con la producción de cultivos de auto consumo y para la venta. Pero también complementan sus ingresos con el trabajo extra-predial para otros empleadores, principalmente en las épocas de cosecha de yerba mate. Es decir que, en la actualidad, vivir en *chacra ajena* sin la presencia permanente de los patrones, otorga al trabajador y su familia no sólo un espacio para habitar y trabajar, sino que les permite también tener eventualmente mayor libertad para acceder a otros empleos disponibles, a la vez que mantener una forma de vida todavía fuertemente vinculada al campo.

Esta modalidad, que se presenta como un punto medio entre vivir en la *villa* y ser propietario de una *chacra*, conlleva la interpretación de los diferentes roles que pueden ocupar aquellos que se ubican en esa posición. Quienes viven en *chacra ajena* pueden ser, simultáneamente, cuidadores de chacra, antiguos pobladores, trabajadores rurales (por jornada o por tarea, o por temporada como los tareferos) y agricultores familiares. El desempeño en roles diversos, los lleva a diferenciarse de los trabajadores de *la villa* en tanto ellos, como detentores de un estilo de vida y de trabajo rural

socialmente aceptado, no son señalados por la comunidad bajo los mismos adjetivos vejatorios, y ello a pesar de que, en ocasiones, también deban recurrir a *ayudas estatales*.

En síntesis, el surgimiento de *la villa* sugiere la expresión más directa de un largo proceso de transformaciones en la forma de producción agroindustrial. Sucesivas crisis agrícolas, y en particular, la severa crisis económica de la década del '90, provocaron el cierre de los ocho grandes establecimientos de la zona y la reestructuración de las relaciones de producción, impulsando la emigración de productores rurales - propietarios de las chacras y la expulsión de centenares de familias de trabajadores que residían en sus predios y en las colonias agrícolas aledañas. En ese contexto, durante los últimos 20 años, hemos asistido a un proceso de paulatina desaparición de antiguas formas de contratación de trabajadores rurales, que implicaban la residencia rural. Pero como en todo momento de crisis, hubo quienes resistieron. En esta Colonia ese proceso se expresó a partir de la ocupación de lotes en tierras fiscales del municipio, en consecuencia, en la emergencia de la *villa* obrera municipal. Ello modificó no sólo las relaciones y las formas de habitar dentro de la Colonia, sino que condicionó la simbolización sobre quienes habitan ese nuevo espacio.

Abordar los *cambios* desde las perspectivas nativas, atendiendo a la trama de la vida social de la que emergen, nos condujo a comprender, en primer lugar, lo inmediatamente visible, es decir, el espacio en el que la realidad tiene lugar. Como señala De Certau (1999) el relato del espacio nos habla de las disputas por su distribución y apropiación, de la cuales aquí emergen jerarquías en torno a categorías dicotómicas como productivo - no productivo, amplio - amontonado, sucio - limpio. Pero también en esos espacios habitan personas que se diferencian socialmente a través de su adscripción a otras categorías, tales como trabajadores asalariados - productores agrícolas - empresarios - propietarios de establecimientos agrícolas, migrantes paraguayos - europeos, antiguos - nuevos pobladores. Pero a pesar de las diferencias, todos los pobladores, antiguos o recientes, los de la villa o los que no habitan en ella, se encuentran en la actualidad más próximos a ser asalariados rurales que a constituirse como empresarios agrarios capitalistas, en la medida en que tanto los pequeños productores, como los trabajadores que aspiran a poseer algún día una chacra para vivir y producir dignamente, se ven agobiados por las presiones de un sistema agroindustrial que tiende a la concentración económica.

Así, las nuevas configuraciones en el trabajo, el espacio, el tiempo y la cotidianidad de la comunidad, anunciaron conflictos latentes al mostrar tensiones en el carácter asimétrico y salarial de las actividades agrícolas y en las propias concepciones en torno a la asistencia o el “deber” del Estado. En este sentido, desde la perspectiva de los pobladores, las reglas que dominan la esfera

doméstica y la laboral ya no son las mismas; y aquí se expresan en la manifestación de la diferencia entre los de la villa y los de las chacras.

Mi intención fue acercarlos al mundo de una colonia agrícola de Misiones situada en la frontera nacional con Paraguay, para mostrar las experiencias e historias personales y colectivas de las personas que en ella habitan, recuperando sus memorias y mostrando sus condiciones de vida y de trabajo, y fundamentalmente sus resistencias cotidianas. Espero finalmente que estas historias acerca de los procesos que son importantes para la vida cotidiana de los pobladores de Colonia Letizia, contribuyan, tal como lo soñó Geertz, a “ampliar el universo del discurso humano”.

GLOSARIO

ANSES: Administración Nacional de Seguridad Social

AUHPS: Asignación Universal por Hijos para la Protección Social.

CEMEP-ADIS: Centro Misionero para la Educación Popular - Asociación para un Desarrollo Integral y Sustentable

CRYM: Comisión Reguladora de Yerba Mate

EFA: Escuela de la Familia Agrícola

INYM: Instituto Nacional de Yerba Mate

IPRODHA: Instituto Provincial de Desarrollo Habitacional

MTEYSS: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.

RENATRE: Registro Nacional de Trabajadores Rurales y Empleadores

RENATEA: Registro Nacional de Trabajadores y Empleadores Agrarios

SITAJA: Sindicato de Tareferos de Misiones.

UATRE: Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abínzano, R.C. (1985). Procesos de Integración en una sociedad multiétnica. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, España.

Abínzano, R.C. (2004). Antropología de los procesos fronterizos: conocer y actuar en la región de fronteras. Cuadernos de Frontera. Año I, Volumen I.

Alcaráz, A.D. (2009). Concentración de la tierra en el Territorio Nacional de Misiones a fines del siglo XIX. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Aparicio, S., Benencia, R. (2016). De migrantes y asentados. Trabajo estacional en el agro argentino. Buenos Aires: CICCUS.

Aparicio, S., Giarracca, N., Teubal, M. (1992). Las transformaciones en la agricultura: el impacto sobre los sectores sociales. En: R. Sautu y R. Jorrat (comp), Después de Germani, exploraciones en la estructura social argentina (pp. 123-141). Buenos Aires: Paidós.

Aparicio, S., Re, D., Pereyra, S. (2016). Migración y yerba mate. En: R. Benencia y S. Aparicio (Coord.), De migrantes y asentados. Trabajo estacional en el agro argentino (pp. 99-114). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.

Asad, T. (2008). ¿Dónde están los márgenes del estado? Cuadernos de Antropología Social, 27, 53-62.

Auge, M. (2000). Los no lugares. Espacios del anonimato. Barcelona: Editorial Gedisa.

Azcuy Ameghino, E., Ortega, L.E. (2010). Sojización y expansión de la frontera agropecuaria en el nea y noa: transformaciones, problemas y debates. Documentos de trabajo del centro interdisciplinario de estudios agrarios, 5, 141-159.

Balbi, F.A. (2010). Perspectivas en el análisis etnográfico de la producción social del carácter ilusorio del Estado. Revista de Estudios Marítimos y Sociales, 3, 171-180.

- Balbi, F.A., Boivin, M. (2008): La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. *Cuadernos de Antropología Social*, 27, 7-17.
- Bartolomé, L. (1975). Colonos, plantadores y agroindustrias. La explotación agrícola familiar en el sudeste de Misiones. *Desarrollo Económico*. 15 (18), 239-264.
- Bartolomé, L. (2000). Los colonos de Apóstoles: estrategias adaptativas y etnicidad en una colonia esclava en Misiones. Posadas: Editorial Universitaria.
- Bartolomé, M. A. (2006). Antropología de las fronteras en América Latina. *AmeriQuests*, 2 (1).
- Baranger, D. (2000). El Proyecto ALDER y el campo del desarrollo rural. *Estudios Regionales*, 9 (11), 5-63.
- Benencia, R., Aparicio, S. (2016). De migrantes y asentados. Trabajo estacional en el agro argentino. Buenos Aires: Ediciones CICCUS.
- Bourdieu, P., Wacquant, L. (1995). Respuestas. Por una antropología reflexiva. México: Ed.Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2007). Efectos de lugar. En: *La miseria del mundo* (pp. 119-124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bucciarelli, M.A. (septiembre-octubre, 2011). Los territorios nacionales en la producción historiográfica argentina. Avances, perspectivas y desafíos. En: III Jornadas De Historia Política VI Jornadas Del Programa Historia Política “Las Provincias En La Política Nacional” Facultad de Derecho Universidad Nacional de Cuyo Mendoza, Mendoza, Argentina. Recuperado de: <http://cehepyc.uncoma.edu.ar/archivos/2013actualizacion2/2013ariasbucciarellilos%20nacn%20la%20produccion.pdf>
- Catullo, M. R., & Brites, W. F. (2014). Procesos de relocalizaciones. Las especificidades de los reasentamientos urbanos y su incidencia en las estrategias adaptativas. *Avá. Revista de Antropología*, (25), 93-109.
- Cecchini, S., Martínez, R. (2011). Protección Social inclusiva en América Latina. Una mirada integral, un enfoque de derechos. Santiago de Chile: CEPAL.
- Cerezo Editores (2010). "Mentes del Sur": Hugo Zemelman. El sujeto y su discurso en América Latina. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=pP5XgHY-ZJQ>

- De Certeau, M. (1999). Relatos de espacio. En: La invención de lo cotidiano, (pp. 127-142). México: Universidad Iberoamericana/ITESO/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Domenech, E.E. (2008). Migraciones internacionales y Estado nacional en la Argentina reciente. De la retórica de la exclusión a la retórica de la inclusión. III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población. ALAP, Córdoba, Argentina.
- Elias, N. (2012). La relación entre establecidos y marginados. En: G. Simmel, A. Schutz, N. Elías y M. Cacciari. El extranjero: sociología del extraño (pp. 47-87). Madrid: Sequitur.
- Ellias, N., Scotson, J. (2016). Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre los problemas comunitarios. México: Fondo de Cultura Económica.
- Favaro, O. (1997). Realidades contrapuestas a los estados provinciales: Los territorios nacionales, 1884-1955. Realidad Económica, 144, 79-96.
- Feldman-Bianco, B. (Org.) (1987). Antropología das sociedades contemporâneas. Métodos. Sao Paulo: Global.
- Gallero, M.C. (2008). La colonización privada en Misiones y el accionar de la Compañía El Dorado (1919-1959). Folia Histórica del Nordeste, 17, 63-84
- Gallero, M.C. (2009). La inmigración suiza en Misiones, Argentina. Société Suisse Des Américanistes / Schweizerische Amerikanisten Gesellschaft, 71, (33-43). Recuperado de: http://www.sag-ssa.ch/bssa/pdf/bssa71_05.pdf.
- Gallero, M.C., Krautstoftl, E. (2010). Proceso de poblamiento y migraciones en la Provincia de Misiones, Argentina (1881-1970). Avá, 16, 245-264.
- Gallero, M.C. (2011). Piporé: 80 años haciendo historia en la yerba mate. 1ra edición Misiones: Piporé. Misiones: Productores de yerba mate de Santo Pipó S.C.L.
- Gallero, M.C. (2013). Memorias inversas: criollos vs. colonos a través de un estudio de caso sobre el imaginario en la colonización de Misiones. En: M. Giordano, L.S. Klappenbach y R.I. Duprat (Eds.), Memoria e imaginario en el Nordeste Argentino. Escritura, oralidad e imagen. (pp. 183-216). Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Geertz, C. (2003). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En: La

- interpretación de las culturas, (pp.19-40). Barcelona: Gedisa.
- Geertz, C. (2003). Ritual y cambio social: un ejemplo javanés. En: La interpretación de las culturas, (pp.131-152). Barcelona: Gedisa.
- Gentiluomo de Lagier, E. (1999). La Colonia Suiza de Santo Pipó. 1919-1928. En: Primeras Jornadas sobre Poblamiento, Colonización e Inmigración. Posadas: Ediciones Montoya, 258-267.
- Gluckman, M. (1978). Política, derecho y ritual en la sociedad tribal. Madrid: Akal.
- Gluckman, M. (1987). Análisis de una situación social en Zululandia Moderna. En: Feldman-Bianco. Antropología das sociedades contemporáneas. Sao Pablo: Ed. Global Universitaria.
- Gluckman, M. (2009). Costumbre y conflicto en África. Perú: Fondo Editorial UCH, Universidad de Ciencias y Humanidades.
- Gortari, J., Rosendfeld, V. y Oviedo, A. (2016). Dinámica agraria y políticas públicas. Desigualdades sociales y regionales. Posadas: Editorial Universitaria.
- Grimson, A. (1999). Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires. Buenos Aires: Eudeba.
- Grimson, A. (2003). La nación en sus límites: contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil. Barcelona: Gedisa.
- Guber R. (2004). El salvaje metropolitano. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, R. (2011). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guizardi, M.L. (2012). Conflicto, equilibrio y cambio social en la obra de Max Gluckman. Papeles del CEIC, 88 (2), 1-47.
- Gupta, A. (2015). Fronteras borrosas: el discurso de la corrupción, la cultura de la política y el estado imaginado. En: P. Abrams, A. Gupta y T. Mitchell (Eds), Antropología del Estado (pp xx-xx). México: Fondo de Cultura Económica.
- Heredia, B. (2003). La morada de la Vida. Buenos Aires: La Colmena.
- Holmes, S., Sunstein, C.R. (2011). El costo de los derechos. Por qué la libertad depende de los impuestos. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2009). Censo Nacional Agropecuario 2008 - CNA'08. Resultados provisionales. Buenos Aires: Autor.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2011). Encuesta Permanente de Hogares Conceptos de Condición de Actividad, Subocupación Horaria y Categoría Ocupacional. Buenos Aires: Autor.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2012). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010: Censo del Bicentenario: Resultados definitivos Serie B N° 2. Buenos Aires: Autor.
- Jaquet, H. E. (2001). En otra historia: Nuevos diálogos entre historiadores y educadores en torno a la construcción y enseñanza de la historia de Misiones. Posadas: Editorial Universitaria.
- Jarosch, A. (1945). El tung y sus posibilidades en la República Argentina. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.
- Klein, E. (1985). El impacto heterogéneo de la modernización agrícola sobre el mercado del trabajo. Santiago de Chile: Prealc/OIT.
- Lombard, M. (2015). Legalización y construcción de asentamientos informales en México. Revista INVI, 83(30), 117-146.
- Malinoswky, B. (1986). Los argonautas del Pacífico Occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini.
- Meillaussoux, C. (1977). Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo. México: Siglo veintiuno Editores.
- Noel, G.D. (2011) Cuestiones Disputadas. Repertorios Morales y Procesos de Delimitación de una Comunidad Imaginada en la Costa Atlántica Bonaerense. PUBLICAR-En Antropología y Ciencias Sociales, 9 (11), 99-126.
- Novick, S. (2000). Políticas migratorias en la Argentina. En: E. Oteiza, S. Novick y R. Aruj. Inmigración y discriminación. Políticas y discursos. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Oddone, H. (2011). Perfil migratorio del Paraguay. Buenos Aires: Organización Internacional para las Migraciones.
- Pengue, W. (2014). Cambios y escenarios en la agricultura argentina del siglo XXI. Buenos Aires:

GEPAMA.

Pfeiffer, E.E. (1992). Introducción al método de agricultura biodinámica. Buenos Aires: Asociación para la Agricultura Biológico-dinámica de la Argentina.

Pietrafesa de Godoi, E. (2014). Territorialidade. En: L. Sansone y C. Alves Furtado (Org.), Dicionário crítico das ciências sócias dos países de fala oficial portuguesa (pp. 443-471). Salvador: EDUFBA.

Quaranta, G. (2010). Estructura ocupacional, características de la demanda y perfil de la oferta laboral en el agro argentino a principios de la década actual. En: G. Neiman (Dir), Estudio sobre la demanda de trabajo en el agro argentino (pp. 13-50). Buenos Aires: CICCUS.

Rau, V. (2005). Una expansión de la intermediación laboral para la cosecha yerbatera. En: VI Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Rau, V. (2012). Cosechando yerba mate. Estructuras sociales de un mercado laboral agrario en el Nordeste argentino. Buenos Aires: CICCUS.

Re, D., Roa M.L., Gortari, J. (compiladores). (2017). Tareferos, vida y trabajo en los yerbales. Posadas: EdUNaM.

Reboratti, C. (1990). Fronteras agrarias en América Latina. Revista Geocrítica Cuadernos Críticos de la Geografía Humana, 15, (87). Recuperado de: <http://www.ub.edu/geocrit/geo87.htm>

Renoldi, B. (2013). Fronteras que caminan: relaciones de movilidad en un límite trinacional. Revista Transporte y Territorio, 9, 123-140.

Rodriguez, L. (2015). Estado Y Producción: La Actividad Yerbatera en el Territorio Nacional de Misiones (1926- 1953). Folia Historica del Nordeste, 23, 43 – 64.

Sennett, R. (2000). La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Barcelona: Anagrama.

Schiavoni, G. (1995). Colonos y ocupantes: parentesco, reciprocidad y diferenciación social en la frontera agraria de Misiones. Posadas: EdUNaM.

Schiavoni, G. (2008). Desarrollo y estudios rurales en Misiones. Buenos Aires: Editorial CICCUS.

- Schiavoni, G. (2016). El Estado y las empresas en la conformación de la estructura agraria de la Provincia de Misiones (Argentina). *Boletín americanista*, (72), 35-50.
- Schiavoni, G., Gallero, M.C. (2017). Colonización y ocupación no planificada. La mercantilización de la tierra agrícola en Misiones (1920-2000). *Travesía*, 1 (19), 77-106.
- Schutz, A. (2012). El forastero: ensayo de psicología social. En: G. Simmel, A. Schutz, N. Elias y M. Cacciari, *El extranjero: sociología del extraño* (pp. 21-26). Madrid: Sequitur.
- Simmel G., Schutz A., Elías N. y M. Cacciari (2012). *El extranjero: sociología del extraño* (pp. 47-87). Madrid: Sequitur.
- Slutzky, D. (2014). Estructura social agraria y agroindustrial del Nordeste de la Argentina: desde la incorporación a la economía nacional al actual subdesarrollo concentrador y excluyente. Posadas:
- Stolen, K.A. (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Traglia, C. (2014). Nuevas conceptualizaciones del trabajo: procesos de articulación entre las políticas sociales y las políticas laborales en el mercado de trabajo yerbatero de Misiones. *La Rivada*, 3, 1-15.
- Traglia, C. (2014). “Ahora tenemos el salario”: Políticas Sociales, transformación y reestructuración en las dinámicas productoras de las familias yerbateras de Jardín América. (Tesis de Licenciatura). Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Misiones.
- Traglia, C., Vidal, M., Gortari, J., Rosenfeld, V., Oviedo, A. (2018). Concentración económica en cadenas agroindustriales de Misiones, Argentina: yerba mate, te y mandioca. *Saberes*, 10 (1), 19-36.
- Valenzuela, C. (2016). El nordeste como espacio periférico y transfronterizo. Una visión secular de los procesos de construcción socioeconómica y regional en los siglos XX y XXI. En: J. Gortari, V. Rosenfeld y A. Oviedo. *Dinámica agraria y políticas públicas. Desigualdades sociales y regionales* (pp. 17-26). Posadas: Editorial Universitaria.
- Van Gennepe, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid, Alianza Editorial.

Vidal, M. (2016). Organización del trabajo, acceso a la tierra y valorización del capital, en la producción de mandioca para venta en fresco, Departamento San Ignacio, Misiones. (Tesis de grado – no publicada). Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina.

Viveiros de Castro (2016) El Nativo Relativo. *Avá Revista de Antropología*, (29), 29-69.

Wagner, R. (2010). *A invenção da cultura*. São Paulo: Cosac Naify.

Wolf, E. (1982). *Europa y la gente sin Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zang, L.M. (2017). La inmigración suiza en el Territorio Nacional de Misiones entre 1920 y 1939. Una experiencia inmigratoria. *Revista Internacional de Estudios Migratorios*, 7(2), 308-338.

